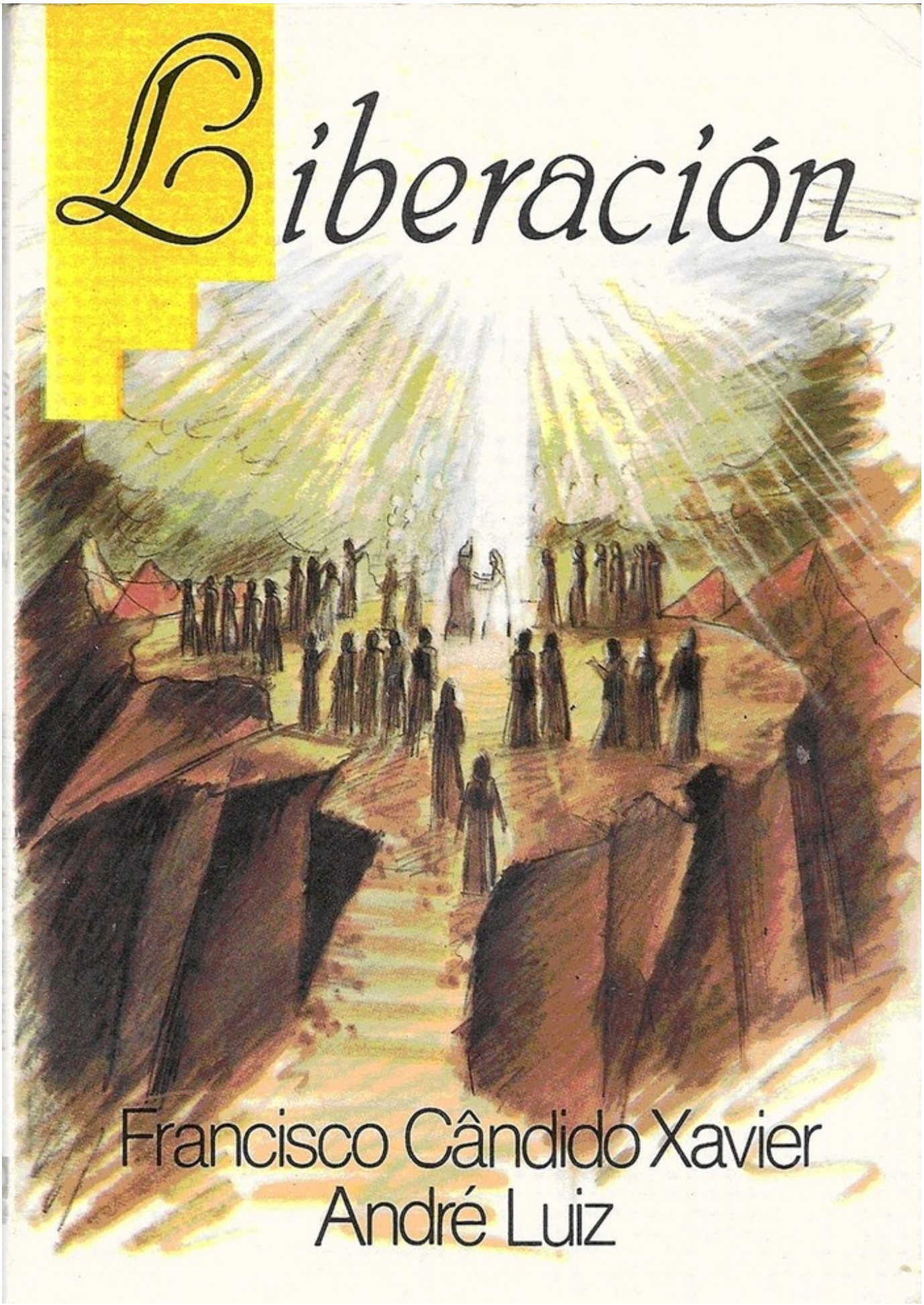
Liberación



Francisco Cândido Xavier
André Luiz

.

LIBERACIÓN

.

FRANCISCO CÂNDIDO XAVIER

.

ANDRÉ LUIZ

.

ÍNDICE

.

Ante las puertas libres 4
I – Oyendo explicaciones 8
II – La conversación del instructor 16
III – Entendimiento 23
IV – En una ciudad extraña 31
V – Operaciones selectivas 39
VI – Observaciones y novedades 48
VII – Cuadro doloroso 55
VIII – Inesperada intercesión 62
IX – Perseguidores invisibles 69
X – En aprendizaje 76
XI – Valiosa experiencia 84
XII – Misión de amor 92
XIII – Convocación familiar 102
XIV – Singular episodio 110
XV – Finalmente, el socorro 118
XVI – Encantamiento pernicioso 125
XVII – Asistencia fraternal 132
XVIII – Palabras de benefactora 140
XIX – Maravilloso entendimiento 147
XX – Reencuentro 154

.

ANTE LAS PUERTAS LIBRES

Ante las puertas libres de acceso al trabajo cristiano y al conocimiento saludable que André Luiz va impartiendo, nos acordamos de la antigua leyenda egipcia del pececito rojo.

En el centro de un hermoso jardín, había un gran lago adornado de ladrillos azul turquesa.

Alimentado por un diminuto canal de piedra, traía las aguas del otro lado, a través de una reja muy estrecha.

En ese reducto acogedor, vivía toda una comunidad de peces rollizos y satisfechos, en complicadas cuevas frescas y sombrías. Eligieron a uno de los conciudadanos de grandes aletas para el cargo de rey, y vivían allí, plenamente despreocupados, entre la gula y la pereza.

Entretanto, junto a ellos, había un pececito, menospreciado de todos.

No conseguía pescar la más leve larva, ni refugiarse en los nichos de barro.

Los otros, voraces y gordiflones, arrebataban para sí todas las larvas y ocupaban, displicentes, todos los lugares consagrados al descanso.

El pececito rojo nadaba y sufría. Por eso mismo era visto, en correría constante, perseguido por la canícula o atormentado de hambre.

No encontrando ninguna estancia en el amplio domicilio, el pobrecito no disponía de tiempo para mucho ocio y comenzó a estudiar con bastante interés.

Hizo el inventario de todos los ladrillos que adornaban los bordes del pozo, registró todos los huecos existentes en él, y sabía, con precisión, donde se reuniría la mayor masa de lodo cuando llovía.

Después de mucho tiempo, a costa de largas investigaciones, encontró la

reja del desagüe.

Frente a la imprevista oportunidad de aventura, se dijo a sí mismo:

–"¿No será mejor investigar la vida y conocer otros lugares?" Optó por la investigación.

A pesar de su delgadez por la mala alimentación, perdió varias escamas, con gran sufrimiento, para poder atravesar el pasaje estrechísimo.

Pronunciando votos renovadores, avanzó, optimista, por la corriente de agua, encantado con los nuevos paisajes, ricos en flores y el sol que tenía ante sí, y siguió, embriagado de esperanza...

Pronto alcanzó un gran río, e hizo innumerables conocimientos. Encontró peces de muchas familias diferentes, que simpatizaron con él, instruyéndole en cuanto a las dificultades de la marcha y revelándole caminos más fáciles.

Embebido contempló, en las márgenes, hombres y animales, embarcaciones y puentes, palacios y vehículos, cabañas y arboledas.

Habituado a tener poco, vivía con extrema simplicidad, sin perder jamás la ligereza y la agilidad naturales.

Consiguió, de ese modo, alcanzar el océano, ebrio de novedad y sediento de estudio.

Mientras, fascinado por la pasión de observar, se aproximó a una ballena para quien toda el agua del lago, en el que viviera, no sería más que una diminuta ración; impresionado con el espectáculo, se acercó a ella más de lo que debía y fue tragado con los elementos que constituían la primera comida del día.

En apuros, el pececito afligido oró al Dios de los peces, rogando protección en las fauces del monstruo y, a pesar de las tinieblas en que pedía salvamento, su oración fue oída, porque el cetáceo comenzó a sollozar y vomitó, restituyéndole a las corrientes marinas.

El pequeño viajero, agradecido y feliz, buscó compañías más simpáticas y aprendió a evitar los peligros y tentaciones.

Plenamente transformado en sus concepciones del mundo, pasó a observar las infinitas riquezas de la vida. Encontró plantas luminosas, animales extraños, estrellas móviles y flores diferentes en el seno de las aguas. Sobre todo, descubrió la existencia de muchos pececitos estudiosos y delgados, tanto como él, junto a los cuales se sentía maravillosamente feliz.

Vivía, ahora, sonriente y en calma, en el Palacio de Coral que eligiera, con centenares de amigos, para residencia dichosa, cuando al contar su laborioso pasado, vino a saber que solamente en el mar las criaturas acuáticas disponían de sólida garantía, ya que, cuando el estío se hiciese más arrasador, las aguas de otra altitud continuarían corriendo hacia el océano.

El pececito pensó, pensó... y sintiendo inmensa compasión de aquellos con quienes había convivido en la infancia, decidió consagrarse a la obra de su progreso y salvación.

¿No sería justo regresar y anunciarles la verdad? ¿No sería noble ampararles prestándoles, a tiempo, valiosas informaciones?

No lo dudó.

Fortalecido por la generosidad de los hermanos benefactores que vivían con él en el Palacio de Coral, emprendió el largo viaje de vuelta.

Volvió al río, del río se dirigió a los regatos y de los regatos se encaminó a los canales que le condujeron al primitivo hogar.

Esbelto y satisfecho como siempre, por la vida de estudio y servicio a la que se consagraba, paró en la reja y buscó, ansiosamente, a los viejos compañeros.

Estimulado por la proeza de amor que efectuaba, supuso que su regreso iba a causar sorpresa y entusiasmo general. Seguramente, la colectividad entera celebraría el hecho, pero, pronto verificó que nadie se movía en ese sentido.

Todos los peces continuaban pesados y ociosos, hartos en los mismos nidos lodosos, protegidos por flores de lotos, de donde salían apenas para disputar larvas, moscas o lombrices despreciables.

Gritó que había vuelto a casa, pero no hubo quien le prestase atención ya que nadie había notado allí su ausencia.

Apesadumbrado buscó, entonces, al rey de enormes agallas y le comunicó la reveladora aventura.

El soberano, algo entorpecido por la manía de grandeza, reunió al pueblo y permitió que el mensajero se explicase.

El benefactor despreciado, aprovechando la ocasión, aclaró, con énfasis, que había otro mundo líquido, glorioso y sin fin. Aquel pozo era una insignificancia que podía desaparecer, de un momento para otro. Más allá del desagüe próximo, se desarrollaba otra vida y otra experiencia. Allá afuera, corrían regatos ornados de flores, ríos caudalosos repletos de seres diferentes y, por fin, el mar donde la vida aparece cada vez más rica y más sorprendente. Describió las clases de tencas y salmones, de truchas y escualos. Describió al pez luna, el pez conejo y el gallo del mar. Contó que había visto el cielo repleto de astros sublimes y que descubrió árboles gigantescos, barcos inmensos, ciudades playeras, monstruos temibles,

jardines sumergidos, estrellas del océano y se ofreció para conducirles al Palacio de Coral, donde vivirían todos, prósperos y tranquilos. Finalmente, les informó que semejante felicidad tenía igualmente su precio. Todos deberían adelgazar, convenientemente, absteniéndose de devorar tanta larva y tanto gusano, en las grutas oscuras, y aprendiendo a trabajar y estudiar tanto como fuese necesario para la venturosa jornada.

Tan pronto terminó, escuchó un coro de carcajadas estridentes. Ninguno creyó en él.

Algunos oradores tomaron la palabra y afirmaron, solemnes, que el pececito rojo deliraba, que otra vida más allá del pozo era francamente imposible, que aquella historia de riachuelos, ríos y océanos era simple fantasía de cerebro demente, y algunos llegaron a declarar que hablaban en nombre del Dios de los peces, que traía los ojos vueltos hacia ellos únicamente.

El soberano de la comunidad, para ironizar mejor al pececito, se dirigió, en compañía de él, hasta la reja del desagüe y exclamó:

–"¿No ves que no cabe aquí ni una sola de mis aletas? ¡Gran tonto! ¡Vete de aquí! no perturbes nuestro bienestar... Nuestro lago es el centro del Universo... ¡Nadie posee vida igual a la nuestra!... "Expulsado a golpes de sarcasmo, el pececito realizó el viaje de retorno y se instaló, definitivamente, en el Palacio de Coral, aguardando el tiempo.

Después de algunos años apareció una pavorosa y devastadora sequía.

Las aguas descendieron de nivel. Y el pozo donde vivían los peces, panzudos y vanidosos, se secó, llevando a la comunidad entera a perecer, atorada en el lodo.

***

El esfuerzo de André Luiz, buscando encender luz en las tinieblas, es semejante a la misión del pececito rojo.

Encantado con los descubrimientos del camino infinito, realizados después de muchos conflictos en el sufrimiento, vuelve a los cubiles de la corteza terrestre, anunciando a los antiguos compañeros que, más allá de los cubículos en los que se movilizan, resplandece otra vida, más intensa y más bella, exigiendo, sin embargo, cuidadoso perfeccionamiento individual para la travesía del estrecho pasaje de acceso a las claridades de la sublimación.

Habla, informa, prepara, explica...

Con todo, hay muchos peces humanos que sonríen y pasan, entre la mordacidad y la indiferencia, buscando grutas pasajeras o peleando por larvas temporales.

Esperan un paraíso gratuito con milagrosos deslumbramientos, después de la muerte del cuerpo.

Pero, además de André Luiz y nosotros, humildes servidores de la buena voluntad, no olvidemos que para todos los caminantes de la vida humana pronunció el Pastor Divino las indelebles palabras: –"A cada uno le será dado de acuerdo con sus obras".

I - OYENDO EXPLICACIONES

En el amplio salón de la escuela en que nos reuníamos, el ministro Flacus, fijando en nosotros la mirada saturada de dulce magnetismo, nos invitaba a provechosas meditaciones.

Estábamos allí solo algunas decenas de compañeros para oír las edificantes instrucciones. Y, sin duda, el discurso se revestía de profundo interés.

Podíamos preguntar a voluntad, siempre que se ajustase al tema tratado,

y así guardar todas las informaciones compatibles con el nuevo trabajo que nos correspondía desempeñar.

Hasta entonces había oído comentarios alusivos a colonias purgatorias, perfecta-mente organizadas para el trabajo expiatorio al que se destinan, agrupando millares de criaturas arraigadas en el mal; ahora el instructor Gubio, que se mantenía silencioso en nuestra compañía, nos concedía permiso para acompañarle al mismo centro de ellas.

Interesados en la palabra fluida y primorosa del orador, seguimos el curso de las explicaciones con la expectación del alumno que no desea perder una sola palabra, observando que la serenidad y la atención se reflejaban en el rostro de todos los aprendices, teniendo en cuenta que todos, en aquel recinto, éramos candidatos al servicio de socorro a los hermanos ignorantes, atormentados en las sombras...

Llegando a nuestro espíritu, el ministro proseguía, satisfecho:

–Los superiores que se dispongan a trabajar en beneficio de los inferiores, en acción persistente y sustancial, no pueden utilizar la agresividad, bajo pena de precipitarse en el bajo nivel de ellos. La severidad pertenece al que instruye, pero el amor es el compañero de aquel que sirve.

Sabemos que la educación, la mayoría de las veces, parte de la periferia hacia el centro; sin embargo, la renovación, tomada como perfeccionamiento real, se mueve en sentido inverso. Pero ambos impulsos son alimentados y controlados por los poderes casi desconocidos de la mente.

El espíritu humano lucha con la fuerza mental, tanto como maneja la electricidad, pero con la diferencia, que si ya aprende a emplear la segunda en la transformación incesante de la Tierra, mal conoce la existencia de la primera, que preside todos los actos de nuestra vida.

Realmente, no tenemos círculos infernales de acuerdo con lo expuesto en la antigua teología, donde se muestran, indefinidamente, genios satánicos de

todas las épocas y sí, esferas oscuras en las que se agregan conciencias embotadas en la ignorancia, endurecidas en el ocio reprobable o confusas en el eclipse temporal de la razón. Desesperadas y desobedientes, crean zonas de tormentos reparadores. Semejantes criaturas, no obstante, no se regeneran a fuerza de palabras. Necesitan de amparo eficiente que cambie su tono vibratorio, elevando su modo de sentir y pensar.

Eminentes pensadores del mundo trazan directrices para la salvación de las almas; pues somos del parecer que poseemos suficiente número de caminos en ese sentido, en todos los sectores del conocimiento terrestre. Es necesario, en la actualidad, que se encamine el pensamiento del hombre en dirección a lo alto. Emprender el intento, incentivando tan solo los valores culturales, sería consagrar la tecnocracia, que busca la simple mecanización de la vida, destruyendo las simientes gloriosas de improvisación, infinito y eternidad.

Grandes políticos y venerables conductores, nunca faltaron en el mundo.

Pasan por la multitud, provocando revoluciones o dando normas. Pero reconozcamos que la organización humana, por sí sola, no atiende a las exigencias del ser imperecedero.

Pericles, el estadista que legó su nombre a un siglo, realizó un edificante trabajo educativo junto a los griegos; pero a la vez, no rebajó su belicosidad y los pruritos de hegemonía, sucumbiendo al asedio de situaciones muy penosas.

Alejandro, el conquistador, organizó un vastísimo imperio, estableciendo una civilización respetable; no obstante no pudo impedir que sus generales prosiguieran en conflictos sangrientos, difundiendo el saqueo y la muerte.

Augusto, el divino, unificó el Imperio Romano en sólidas bases concretando un avanzado programa político en beneficio de todos los pueblos, pero, no consiguió desterrar de Roma el desvarío por la dominación a cualquier precio.

Constantino el grande, abogado de los cristianos indefensos, ofreció un nuevo patrón de vida al planeta; con todo, no modificó las disposiciones detestables de cuan-tos guerreaban en nombre de Dios.

Napoleón, el dictador, impuso nuevos métodos de progreso material, en toda la Tierra; pero, no se libró, él mismo, de las garras de la tiranía, por la simple ambición de poder.

Pasteur, el científico, defendió la salud del cuerpo humano, consagrándose, abnegado, al combate silencioso contra la selva microbiana; sin embargo, no pudo evitar que sus contemporáneos se destruyeran en disputas incomprensibles y crueles.

Estamos delante de un mundo civilizado en la superficie, que reclama no sólo la presencia de aquellos que enseñan el bien, sino, principalmente, de aquellos que lo practican.

Sobre los manantiales de la cultura, en los valles de la Tierra, es imprescindible que desciendan los torrentes de la compasión del cielo, a través de los montes del amor y de la renuncia.

Cristo no brilla sólo por la enseñanza sublime. Resplandece en la demostración. En su compañía, es indispensable que mantengamos el coraje de amparar y salvar, descendiendo a los abismos.

No lejos de nuestra paz relativa, en círculos oscuros de desencanto y desesperación, se mezclan millones de seres, clamando compasión... ¿Por qué no encender una luz piadosa, dentro de la noche en la que se sumergen desorientados? ¿Por qué no sembrar esperanza, entre corazones que abdicaron de la fe en sí mismos?

Al frente, pues, de inmensas colectividades, en dolorosa petición de reajuste, es imprescindible el auxilio restaurador.

Somos aún entidades infinitamente humildes e imperfectas, para ser candidatos, por el momento, a la condición de ángeles.

Comparada a la grandeza, inabordable para nosotros, de millones de soles que obedecen a leyes soberanas y divinas, en pleno Universo, nuestra Tierra, con todas las esferas de sustancia ultrafísica que la rodean, puede ser considerada cual naranja minúscula ante el Himalaya, y nosotros, confrontados con lo excelso de los espíritus Superiores, que dominan en la sabiduría y la santidad, no pasamos por ahora, de bacterias, controladas por el impulso del hambre y por el magnetismo del amor. Por eso, aun consiguiendo sencillos avances de la inteligencia, somos microbios que sueñan con el crecimiento propio para la eternidad.

Mientras el hombre, nuestro hermano, desintegra con asombro las formaciones atómicas, nosotros, distanciados del cuerpo denso, estudiamos esa misma energía, a través de aspectos que la ciencia terrestre, por ahora, mal conseguiría imaginar. Pero, como caminantes en el progreso infinito, empezamos apenas, él y nosotros, a sondear la fuerza mental, que condiciona las manifestaciones en los más variados planos de la naturaleza.

Encarcelados aún en la ley del retorno, hemos efectuado innumerables recapitulaciones por milenios consecutivos.

En general, sabemos hoy que el espíritu humano emplea la razón, hace, precisa-mente, cuarenta mil años... Sin embargo, con el mismo furioso ímpetu con que el hombre de Neandertal aniquilaba al compañero, a golpes de sílex, en la gloriosa era de las grandes potencias, el hombre actual, extermina al propio hermano con aviones y bombas.

Los investigadores de la razón, ligeramente tiznados de principios religiosos, identifican tan sólo, en esa anomalía siniestra, la resistencia de la imperfección y la fragilidad de la carne, como si la carne fuese algo diabólico, olvidando que la materia más densa no es sino el conjunto de las incontables vidas inferiores en proceso de perfeccionamiento, crecimiento y liberación.

En los campos de la corteza planetaria está la inteligencia, como si estuviese anestesiada por los peligrosos narcóticos de la ilusión; no obstante, la auxiliaremos a sentir y reconocer que el espíritu permanece vibrando en todos los ángulos de la existencia.

Cada especie de seres, del cristal hasta el hombre y de éste hasta el ángel, abarca innumerables familias de criaturas, operando en determinada frecuencia del Universo. Y el amor divino alcanza a todos, lo mismo que el Sol llega a los sabios y a los gusanos.

Sin embargo, al avanzar estamos con quienes se localizan en la esfera próxima.

El dominio vegetal se vale del imperio mineral, para sustentarse y evolucionar. Los animales aprovechan los vegetales en la obra de mejoramiento. Los hombres se socorren de unos y otros para crecer mentalmente y proseguir adelante...

Luchan entre sí los reinos de la vida, conocidos en la Tierra.

Se torturan y se devoran, a través de rudas experiencias, para que los valores espirituales se desarrollen y resplandezcan, reflejando la luz divina...

En ese punto, el ministro hizo una larga pausa, nos miró bondadosamente y continuó:

–Pero ... más allá del reino humano, más allá de las fronteras sensoriales que guardan, ociosamente, el alma encarnada, amparándola con limitada visión y benéfico olvido, comienza un gran imperio espiritual, próximo a los hombres. Allí se agitan millones de espíritus imperfectos que comparten, con las criaturas terrenas, las condiciones de habitabilidad de la corteza del mundo. Seres humanos, situados en otra franja vibratoria, se apoyan en la mente encarnada, a través de incontables falanges, tan semiinconscientes en la responsabilidad y tan incompletas en la virtud, como los propios hombres.

La materia, congregando millones de vidas embrionarias, es también la condensación de la energía, atendiendo a los imperativos del "yo" que preside su destino.

Del hidrógeno a las más complejas unidades atómicas, el poder del espíritu eterno es la palanca directora de protones, neutrones y electrones, en la senda infinita de la vida. Se demora la inteligencia en la región transitoria en el cuerpo humano adaptada a sus exigencias de progreso y perfeccionamiento, dentro del cual el protoplasma le proporciona instrumentos de trabajo, crecimiento y expansión. Mientras, en ese mismo espacio, se prolonga la materia en otros estados, y en esos otros estados la mente desencarnada, en viaje al conocimiento y a la virtud, se sitúa en la esfera física, bus-cando dominarla y absorberla, estableciendo una gigantesca lucha de pensamiento que al hombre común no le es dado calcular.

Frustrados en sus aspiraciones de vanidoso dominio, en el domicilio celestial, hombres y mujeres de todo el mundo, después de la muerte, penetran en esa región, en la que se prolongan las actividades terrenas, y eligen el instinto de soberanía sobre la Tierra como única felicidad digna del impulso de conquistar. Hijos rebeldes de la Providencia, intentan desacreditar la grandeza divina, estimulando el poder autocrático de la inteligencia insumisa y orgullosa, y buscan preservar los círculos terrestres para la dilatación indefinida del odio y de la revuelta, de la vanidad y de la criminalidad, como si el planeta, en su expresión inferior, fuese el único paraíso, aún no sometido integralmente a sus caprichos, en vista de la permanente discordia de la ignorancia en que el miedo y la maldad, con inquietudes y persecuciones recíprocas, consumen sus fuerzas y hacen inútil el tiempo, no percibiendo la situación dolorosa en la que se hallan.

Fuera del amor verdadero, toda unión es temporal, y la guerra será siempre el estado natural de aquellos que perseveran en la posición de indisciplina.

Un reino espiritual, dividido y atormentado, rodea la experiencia humana, en todas direcciones, intentando dilatar el dominio permanente de la tiranía y de la fuerza.

Sabemos que el Sol opera por medio de radiaciones, nutriendo, maternalmente, la vida a millones de kilómetros. Sin referirnos a las condiciones de la materia en la que nos movemos, recordemos que, en nuestro sistema, las existencias más rudimentarias, desde las cumbres iluminadas a los antros de las tinieblas, están sujetas a su influencia.

Como sucede a los cuerpos gigantescos del cosmos, también nosotros, espiritual-mente, caminamos para el cenit evolutivo, experimentando las radiaciones unos de los otros. En ese proceso multiforme de intercambio, atracción, imantación y repulsión, se perfeccionan mundos y almas, en la comunidad universal.

Dentro de semejante realidad, toda nuestra actividad terrestre se desdobla en un campo de influencias que ni siquiera nosotros, los aprendices humanos en círculos más altos, podríamos, por lo pronto, determinar.

Incapaces de proseguir, más allá de la tumba, camino del cielo que no supieron conquistar, los hijos de la desesperación se organizan en grandes colonias de odio y miseria moral, disputando, entre sí, el dominio de la Tierra. Conservan, igualmente, como nos ocurre a nosotros mismos, largos y valiosos patrimonios intelectuales y, ángeles decaídos de la ciencia, buscan, por encima de todo, la perversión de los procesos divinos que orientan la evolución planetaria.

Mentes endurecidas en la rebeldía, intentan solapar, en vano, la sabiduría eterna, creando quistes de vida inferior en la organización terrestre, atrincherados en las pasiones oscuras que flagelan sus conciencias. Conocen innumerables recursos de perturbar y herir, oscurecer y aniquilar. Esclavizan el servicio benéfico de la reencarnación, en grandes sectores expiatorios, y disponen de agentes de la discordia, contra todas las manifestaciones de los sublimes propósitos que el Señor nos indicó para nuestras acciones.

Los hombres terrenos que, semi-liberados del cuerpo, consiguieron identificar, de algún modo, su existencia, retrocedieron, tímidos y despavoridos, esparciendo, entre los contemporáneos, las nociones de un

infierno punitivo e interminable, enclavado en tenebrosas regiones, más allá de la muerte.

La mente infantil de la Tierra, amparada por la ternura paternal de la providencia, a través de la teología común, nunca pudo aprender, más intensamente, la realidad espiritual, que nos gobierna los destinos.

Son pocos lo que entienden la muerte como un simple cambio de envoltorio y escaso número de personas, aun tratándose de los religiosos más avanzados, guardaron la prudencia de vivir en el cuerpo de conformidad con los principios superiores que esposaron. Estamos enfrentados, ahora, por la necesidad de la proclamación de verdades viejas para los oídos viejos, y nuevas para los oídos nuevos de la inteligencia juvenil situada en el mundo.

El hombre, presumible heredero de la corona celeste, es el conductor del propio hombre, dentro de enormes extensiones del camino evolutivo. Entre aquél que ya se acerca al ángel y el salvaje que aún limita con el irracional, existen millares de posiciones, ocupadas por el raciocinio y por el sentimiento de los más variados matices. Y, si hay una corriente, brillante y maravillosa, de criaturas encarnadas y desencarnadas, que se dirigen hacia el monte de la sublimación, entonando glorioso cántico de trabajo, inmortalidad, belleza y esperanza, exaltando la vida, existe otra corriente, oscura e infeliz, en las mismas condiciones, interesada en descender a los antros de las tinieblas, lanzando perturbación, desánimo, desorden y sombra, consagrando la muerte. Espíritus incompletos que somos aún, nos adherimos a los movimientos que nos corresponden y recogemos los beneficios de la ascensión y de la victoria, o los perjuicios del descenso y de la derrota, controlados por inteligencias más vigorosas que la nuestra que siguen con nosotros, codo con codo, en la zona progresiva o deprimente, en la que nos colocamos.

El infierno, por esto mismo, es un problema de dirección espiritual. Satanás es la inteligencia perversa.

El mal es el desperdicio del tiempo o el empleo de la energía en sentido contrario a los propósitos del Señor.

El sufrimiento es la reparación o enseñanza renovadora.

Con todo, las almas decaídas no constituyen una raza espiritual sentenciada irremediablemente al satanismo, integrando tan sólo a la colectividad de las criaturas humanas desencarnadas, en posición de absoluta insensatez. Se mezclan a la multitud terrestre, ejercen acción singular sobre innumerables hogares y administraciones, y el interés fundamental de las más poderosas inteligencias, entre ellas, es la conservación del mundo ofuscado y distraído, a fuerza de la ignorancia defendida y del egoísmo recalcado, aplazándose el reino de Dios, entre los hombres, indefinidamente...

De milenio a milenio, la región en la que respiran, padece extremas alteraciones, como sucede en el campo provisionalmente ocupado por los pueblos conocidos. La materia que constituye su residencia, sufre tremendas modificaciones y se opera un precioso trabajo selectivo en la transformación natural, dentro de los moldes del bien infinito. Pero aunque formen filas compactas, incesantemente renovadas, persisten por siglos sucesivos, acompañando el curso de las civilizaciones en los esplendores y experiencias, las aflicciones y derrotas.

Al hacer el Ministro una nueva pausa, un compañero preguntó:

–Gran benefactor, reconocemos la veracidad de sus afirmaciones; sin embargo, ¿por qué no suprime el Señor, compasivo y sabio, tan pavoroso cuadro?

El mentor mostró un gesto de condescendencia y respondió:

–¿No será lo mismo que interrogar por la tardanza de nuestra propia adhesión al reino divino? ¿Se siente usted suficientemente iluminado para negar el lado sombrío de la propia individualidad? ¿Se liberó de todas las tentaciones, que fluyen de los escondrijos misteriosos de la lucha interna? ¿No admite que el orbe posea sus círculos de luz y tinieblas, como acontece a nosotros mismos, en los recesos del corazón? Y así, como peleamos en

formidables conflictos internos, la vida planetaria es compelida igualmente a combatir en los ángulos recónditos de sí misma. En cuanto a la intervención del Señor, acordémonos que lo que ahora estamos estudiando, no se refiere a los aspectos de la compasión sino a los problemas de la justicia.

Nosotros y la humanidad militante en la carne, no representamos sino una diminuta parte de la familia universal, confinados a la franja vibratoria que nos es peculiar.

Somos simplemente algunos millones de seres ante la eternidad. Y estemos convencidos que, si el diamante es pulido por el diamante, el malo sólo puede ser corregido por el malo. Funciona la justicia a través de la injusticia aparente, hasta que el amor nazca y redima a los que se condenaron, a largas y dolorosas sentencias delante de la buena ley.

Hombres perversos, calculadores, delincuentes e inconsecuentes, son vigilados por genios de la misma naturaleza, que se afinan con las tendencias de las que son portadores.

Realmente nunca faltó protección del cielo contra los tormentos que las almas, endurecidas e ingratas, sembraron en la Tierra y los ángeles guardianes no se despreocupan de los tutelados; no obstante, sería ilógico y absurdo asignar un ángel para custodiar a criminales.

Los hombres encarnados, en general, permanecen cercados por las oscuras y degradantes irradiaciones de entidades imperfectas e indecisas, como ellos mismos, criaturas que son invisibles a su mirada, pero que comparten su espacio.

En razón de eso, el planeta, por el momento, aún no pasa de ser una gran criba de mejora, a la cual solo los individuos excepcionales, perfeccionados por su propio esfuerzo, consiguen escapar, en dirección de las esferas sublimes.

Considerando semejante situación, el maestro Divino exclamó ante el

juez, en Jerusalén: "Por ahora, mi reino no es de aquí" y, por la misma razón, Pablo de Tarso, después de luchas angustiosas, escribe a los Efesios que "no tenemos que luchar contra la carne y la sangre, sino, contra los principados, contra las potestades, contra los príncipes de las tinieblas y contra las huestes espirituales de la maldad, en las propias regiones celestiales".

Más allá del reino humano, el imperio inmenso de las inteligencias desencarnadas participa, continuamente, en el juicio a la humanidad.

Y, en nuestra condición de trabajadores incompletos, que retenemos viejas dificultades y terribles inhibiciones en el orden de la mejora iluminativa, nos corresponde preparar recursos de auxilio, reconociendo que la obra redentora es trabajo educativo por excelencia.

El sacrificio del maestro representó el fermento divino para toda la masa. Por ello Jesús, por encima de todo, es el donador de la sublimación para la vida imperecedera. Se abstuvo de manejar las pasiones de la turba, considerando reconocer que la verdadera obra de salvación permanece arraigada al corazón, y se distanció de los decretos políticos, no obstante reverenciarlos, con inequívoco respeto a la autoridad constituida, por no ignorar que el servicio del reino celeste no depende de compromisos exteriores, sino del individualismo consagrado a la buena voluntad y al espíritu de renuncia en beneficio de los semejantes.

Sin nuestro esfuerzo personal en el bien, la obra regeneradora será aplazada indefinidamente, por lo que es indispensable nuestra ayuda fraternal, para que nuestros hermanos, provisionalmente en el mal, se conviertan a los designios divinos, aprendiendo a utilizar los poderes de la luz potencial que poseen. Solamente el amor sentido, creído y vivido por nosotros, provocará el brote de los rayos de amor en nuestros semejantes. Sin polarizar las energías del alma en la dirección divina, ajustando su magnetismo al centro del Universo, todo programa de redención es un conjunto de palabras, de escaso valor.

El ministro sonrió para nosotros expresivamente, y concluyó: –¿He sido bastante claro?

Se reflejaba en todos los rostros el deseo de oírle por más tiempo; no obstante, Flacus, aureolado de luz, descendió de la tribuna y se puso a conversar familiarmente con nosotros.

La charla había llegado a su final.

Las consideraciones oídas despertaban en mí el máximo interés. No obstante, era necesario aguardar nueva oportunidad, para más amplios esclarecimientos.

.

II - LA CONVERSACIÓN DEL INSTRUCTOR

Al salir de la escuela, el instructor Gubio, posando sus ojos lúcidos sobre Eloy y sobre mí, comentó:

–Para muchas criaturas, es difícil comprender el régimen inteligente de los espíritus perversos. Sin embargo es lógico y natural. Si aún estamos lejos de la santidad, a pesar de los propósitos superiores que ya nos orientan, ¿qué decir de los hermanos infelices que se dejaron prender, sin resistencia, a la ignorancia y a la maldad? No conocen región más elevada que la esfera carnal, a la que aún se unen por lazos vigorosos. Enredados en fuerzas de bajo patrón vibratorio, no aprenden la belleza de la vida superior y, mientras mentalidades frágiles y enfermizas se doblan humilladas, los genios de la impiedad les dominan, agrupándoles en comunidades extensas y convirtiéndolas en bases oscuras de odio y desesperación silenciosas. Organizan, así, verdaderas ciudades, en las que se refugian falanges compactas de almas que huyen avergonzadas de sí mismas ante cualquier manifestación de la luz divina. Hijos de la revuelta y de las tinieblas se aglomeran ahí, buscando preservarse y amparándose, por millares, unos en los otros...

Percibiendo nuestra sorpresa, el instructor prosiguió, en respuesta a nuestras mudas preguntas:

–Tales colonias perturbadoras, deben haber comenzado con las primeras inteligencias terrestres entregadas a la desobediencia y a la indisciplina, ante los dictámenes de la paternidad Celestial. El alma, caída en vibraciones inarmónicas, por el abuso de la libertad que le fue confiada, necesita tejer los hilos del reajuste propio, y millones de hermanos nuestros se niegan a semejante esfuerzo, ociosos e impenitentes, prolongan-do el laberinto en el que muchas veces se pierden por siglos. Inhabilitados para ir rumbo al Cielo, en virtud de las pasiones devastadoras que les magnetizan, se agrupan, de conformidad con las tendencias inferiores en las que se afinan, alrededor de la corteza terrestre, alimentándose de estímulos inferiores, como ocurre a los propios hombres encarnados. El objetivo esencial, de tales ejércitos sombríos, es la conservación del primitivismo mental de la criatura humana, para que el Planeta permanezca, tanto como sea posible, bajo su yugo tiránico.

Las observaciones de Gubio me impactaban.

Yo también había pasado por los bajos círculos de la vida, después del trance corporal pero no había identificado la existencia de esos grupos de entidades malignas del campo espiritual, aunque oyese, en muchas ocasiones, impresionantes comentarios en torno a ellas.

Efectivamente, no conseguía, por mí mismo, extraer las realidades del angustioso período que la puerta del sepulcro me había ofrecido.

Me había sentido perseguido, a través de largos pantanos... Erré, inquieto, durante días y noches que me parecieron sin fin, atormentado y desdichado; pero me costaba creer que las actividades maléficas tuviesen dirigentes. Por esto mismo, pregunté:

–¿Con qué fin esas legiones retrasadas se agrupan más allá de la muerte, si desprovistas de la carne, deben saber, más que nunca, que se empeñan en combates inútiles? ¿No se sienten atraídas al plano del esclarecimiento puro, viendo la posición que ocupan? ¿No están rodeados, en el presente, de las más sublimes revelaciones de la naturaleza? ¿No entenderían como más justos, el trabajo edificante y el estudio noble, en la elevada aspiración de

ascender hacia la sabiduría santificante? ¿Por qué motivos se aglomeran, así, a través de grupos despreciables y diabólicos? Es fácil de entender la jornada evolutiva del hombre, después del sepulcro, pero permanecer deliberadamente en la crueldad y el odio, más allá de la muerte, confunde a cualquiera…

El orientador sonrió, delicado, y explicó:

–Nos referimos a Espíritus humanos, aunque estén desencarnados, y tales preguntas, André, podrían ser formuladas, incluso en la corteza de la Tierra. ¿Por qué razón nosotros mismos, antes de despertar la conciencia para la revelación divina, nos precipitábamos en las líneas inferiores, todos los días, yendo en contra de la Ley? Con nuestros ojos, observábamos el bendito diluvio de claridad solar, fluyendo incesante del espacio infinito... sabíamos que la existencia del cuerpo correría rápida, que llega-ría la muerte, común a todos, que regresaríamos del mundo carnal por la misma puerta misteriosa a través de la cual penetramos en él; no obstante, ¿cuantas veces habremos menoscabado la Excelsa Sabiduría con actitudes de indiferencia criminal? Ante las sugestiones del plano divino que llenan ahora el pensamiento, ¿te acuerdas de algún tiempo pasado en el que hayas meditado, sinceramente, en tu propia sublimación? Si desenterráramos el pasado, amigo mío, encontraríamos lamentables recuerdos ... No debemos parar o desanimarnos. Como hace el tronco frágil, es imperioso crecer, subir, para alcanzar el oxígeno de la cima, y, a pesar de estar encadenados a lo que fuimos, a semejanza del árbol humilde preso a los residuos del complicado envoltorio que encerraba su simiente, reclamamos ascensión, aire puro y generosidad de condiciones, para producir el bien que el Señor espera de nosotros.

La explicación de Gubio era bella y sugestiva; pero se me hacía difícil aceptar la idea de purgatorios e infiernos dirigidos.

–Estoy de acuerdo –exclamé con respeto–, pero es increíble tanta ignorancia, más allá del cuerpo que mantiene ilusiones... la sepultura nos abre a todos un camino nuevo. Es razonable que la mente perturbada sufra amarguras de reajuste hasta que se restaure; sin embargo, apropiarse un espíritu desencarnado de ciertos sectores del camino, como si fuera señor absoluto de ellos, para perpetuar su tiranía, es algo que me cuesta entender...

–Sí –volvió a decir el orientador, convincente–, tal hecho puede sorprender; sin embargo, debe enseñarnos. Reconozcamos, por ejemplo, que el hombre común ya atravesó, desde hace milenios, la fase evolutiva en que se encuentra el irracional y, en varias ocasiones, revela comportamientos de nivel inferior al de él.

Imprimiendo una grave entonación a la voz agradable y fraternal, explicó:

–Sabemos que nosotros mismos, los desencarnados, nos movemos en un campo de materia que se caracteriza por una densidad específica, diferente a las antiguas formas físicas, y nuestra mente, en cualquier parte, en la corteza o aquí donde nos hallamos, es un centro psíquico de atracción y repulsión. El espíritu encarnado respira en una zona de vibraciones más lentas, envuelto en un vehículo constituido por billones de células, que son otras tantas vidas microscópicas inferiores. Pero, cada vida, por más insignificante que sea, posee expresión magnética especial. La voluntad, a pesar de estar condicionada por leyes cósmicas y morales, maneja la comunidad de los corpúsculos vivos, que permanecen a su servicio por tiempo limitado, como el electricista que emplea la corriente para diversas actividades. Siendo cada uno de nosotros una fuerza inteligente, con facultades creadoras y actuando en el Universo, estaremos siempre engendrando agentes psicológicos, a través de la energía mental, exteriorizando el pensamiento e improvisando con él, causas positivas, cuyos efectos pueden ser próximos o remotos sobre el punto de origen. Sin poner en marcha la voluntad, seremos juguetes de las circunstancias predominantes, en el ambiente que nos rodea; sin embargo, tan pronto queramos gestionarla, es indispensable que resolvamos el problema de dirección, ya que nuestros estados personales reflejarán nuestro íntimo deseo. Existen principios, fuerzas y leyes en el universo minúsculo, tanto como en el universo macrocósmico. Si un hombre enfoca su voluntad para la idea de enfermedad, la enfermedad responderá a su petición, con todas las características de los moldes estructurados por el pensamiento enfermizo, porque la sugestión mental positiva determina la sintonía y receptividad de la región orgánica en conexión con el impulso emitido, y las entidades microbianas, que viven y se reproducen en el campo mental de los millones de personas que las mantienen, acudirán en masa, absorbidas por las células que las atraen, en obediencia a las órdenes interiores, reiteradamente recibidas, formando en el cuerpo la enfermedad idealizada. Claro que, en ese capítulo, tenemos también las pruebas necesarias, en los casos en que determinada personalidad renace, atendiendo a impositivos de

las lecciones expiatorias, pero, aun ahí, el problema de la unión mental es infinitamente importante, ya que el enfermo, que se complace en la aceptación y en el elogio de su propia decadencia, acaba siendo un excelente incubador de bacterias y síntomas mórbidos, mientras que el espíritu en reajuste, cuando reacciona valeroso contra el mal, aunque sea benéfico y merecido, encuentra inmensos recursos al concentrarse en el bien, integrándose en la corriente de vida victoriosa.

Atendía a las explicaciones, profundamente interesado, sin interrupciones por lo que Gubio continuó:

–Nuestra mente es una entidad colocada entre fuerzas inferiores y superiores para lograr el perfeccionamiento. Nuestro organismo periespiritual, fruto sublime de la evolución, como ocurre al cuerpo físico en la esfera de la Tierra, puede ser comparado a los polos de un aparato eléctrico. El espíritu encarnado sufre la influencia inferior, a través de las regiones en que se sitúan el sexo y el estómago, y recibe los estímulos superiores, aún procedentes de almas no sublimadas, a través del corazón y del cerebro. Cuando la criatura busca manejar su propia voluntad, escoge la compañía que prefiere y se lanza al camino que desea. Aunque no escasean millones de influencias primitivas, manejando emociones y deseos, en bajos círculos, y abocándonos a caídas momentáneas en abismos del sentimiento destructivo, por los cuales ya peregrinamos hace muchos siglos, tampoco nos faltan millones de peticiones santificantes, invitándonos a la ascensión hacia la gloriosa inmortalidad.

El instructor, fijando en nosotros la mirada tranquila, siguió:

–¿Entendéis ahora la opción de ciertos espíritus por la caza oscura del crimen, después de la tumba, como ocurre a millones de encarnados que, en plena armonía con la naturaleza terrestre, estiman vivir en el domicilio de la enfermedad? Las actitudes mentales profundas no se modifican fácilmente. El rey que gobierna a millares, el dirigente que se acostumbró a trazar férreas directrices, el hombre que se habituó a dominar caracteres ajenos, cuando no disponen de principios santificantes en el terreno del ideal para alimentarse íntimamente en la tarea a la que se consagran, no se transforman en servidores humildes de un momento para otro, sólo porque se deshicieron de la carga de células materiales. Cuando no se encaminan a los precipicios de la

locura, en el eclipse total de la razón, por tiempo indeterminado, en vista de los desvaríos en la intelectualidad y en el poder, son conservados y respetados en la obra evolutiva del mundo, por las cualidades apreciables y dignas que ya conquistaron, no obstante las pasiones violentas que marca su vida íntima, y son utilizados, entonces, por genios superiores, en los servicios de perfeccionamiento planetario, en que vigilan y reajustan a los más débiles, siendo vigilados y reajustados por los más fuertes, convirtiéndose, gradual e imperceptiblemente, al supremo bien, aceptando el plano divino en cuya ejecución pasan a colaborar con fidelidad y valor. En tal posición, auxilian y son auxiliados, dan y reciben, impulsan el progreso y progresan por su parte...

Impuso una ligera pausa a las explicaciones y, enseguida, prosiguió en otro sentido:

–Semejante realidad nos obliga a meditar en la extensión del servicio espiritual, en todos los ángulos evolutivos. La educación para la eternidad no se limita a la ilustración superficial que un hombre común puede adquirir, acudiendo algunos años a la universidad, es obra de siglos de paciencia. Si existen árboles marcados por centenares de años, dentro de las finalidades a las que se destinan, ¿qué decir de los milenios reclamados por un individuo, en la obra de su propia sublimación?

No podemos olvidar el amor que debemos a los ignorantes, a los débiles, a los infelices. Es imprescindible caminar en los pasos de aquellos que, igualmente, un día, nos extendieron sus manos compasivas.

El argumento era demasiado edificante para que interfiriésemos con nuevas preguntas.

El orientador continuó aclarando:

–Los átomos que integran la hostia de un templo son, en el fondo, iguales a aquellos que forman el pan pobre de una cárcel. Así es toda la materia en sí misma. Pasiva y plástica, es análoga en las manos de las entidades sabias o ignorantes, amorosas o brutalizadas, en el estado de condensación conocido

en la corteza planetaria y más allá de ello. En razón de eso, son comprensibles las transitorias construcciones levantadas en nuestro plano por criaturas desviadas del bien. Para quien anestesió las facultades en el placer fugitivo, la separación de la carne, generalmente, constituye acceso a doloroso grado en la incomprensión. Y considerando que la mayoría de las criaturas humanas persigue las sensaciones del cuerpo físico, como si las atracciones genésicas y el desvariado apego a los bienes provisionales de los círculos más bajos, encerrasen toda la felicidad del mundo, la cosecha de personalidades desequilibradas es siempre inquietante, conservando, casi inalteradas, las filas oscuras de los insensatos cultiva-dores de la satisfacción egoísta a cualquier precio. Locos peligrosos, como voluntarios, dirigidos por inteligencias soberanas, especializadas en dominación, constituyen hordas terribles que, por así decirlo, vigilan las salidas de las esferas inferiores, en todas las direcciones.

–¿Y por qué permite Dios semejante irregularidad? –preguntó Eloy, consternado– ¿no bastaría una ligera orden del eterno para arreglar esto?

Gubio no se hizo esperar en la respuesta:

–¿No será lo mismo que preguntar el motivo por el cual el Señor nos esperó hasta ayer? ¿Creeremos en paraísos milagrosos? ¿No sabemos, por ventura, que cada hombre se sentará en el trono que levantó o se proyectará al fondo del abismo que prefirió? Más allá de esto, es necesario reconocer que, si el escultor esculpe la piedra, usando una lima resistente, el Señor del Universo perfecciona el carácter de los hijos, desviados de su causa, usando corazones endurecidos, temporalmente apartados de su obra. No siempre el mejor juez puede ser el hombre más dulce.

Cualidades morales y virtudes excelsas no son simples fórmulas verbales. Son fuerzas vivas. Sin la posesión de ellas es impracticable la ascensión del espíritu humano. Personalidades vulgares se apegan a la salvaguarda de recursos exteriores y centralizan, en ellos, los sentimientos más nobles, prendiéndose a fantasías inútiles... La mente se encarcela entonces en la inseguridad, en la fragilidad, en el pavor. El choque de la muerte imprime tremendos conflictos a la organización periespiritual, vehículo destinado a sus propias manifestaciones, en el círculo nuevo de materia diferente al que fueron arrebatadas, y, después de perder benditos años en el campo didáctico

de la esfera carnal, enredadas en conflictos deplorables, yerran afligidas, agotadas y rebeldes, ajustándose al primer grupo de entidades viciosas que les garanticen continuidad de aventura en placeres ficticios. Forman asociaciones enormes y compactas, con base en las emanaciones de la corteza del mundo, donde millones de hombres y mujeres alimentan sus exigencias más bajas; hacen vida colectiva provisional a fuerza de absorber las energías en las residencias de los hermanos encarnados, como si fuesen extensa colonia de criminales viviendo a expensas de un generoso rebaño. Con todo, es importante tener en cuenta que el hombre explota a la vaca, menos consciente e incapaz de ser juzgada por delito de complicidad, al paso que, en la esfera humana, el cuadro presenta otro aspecto. La criatura racional no se eximirá de la responsabilidad. Si el perseguidor invisible a los ojos terrestres crea grupos para el culto sistemático a la rebeldía y al egoísmo, el hombre encarnado, señor de valiosos patrimonios de conocimiento santificante, garantiza la obra nefasta por la fuga constante a las obligaciones divinas de cooperador de Dios, en el plano de servicio, en el que se localiza, alimentando una ruin alianza. Uno y otro, compartiendo los resultados de la indiferencia destructiva o de la acción condenable, se atormentan y se perturban recíprocamente, como fieras que se devoran entre sí, en el bosque de la vida. Se obsesionan, mutuamente, cuando están en la carne o fuera de ella. Pasan siglos así, unidos uno al otro, presos a lamentables ilusiones y propósitos siniestros, con extremas perturbaciones para sí mismos, ya que la herencia celestial no se da a los que menosprecian en sí mismos las simientes divinas. Hay millones de almas humanas que no se apartaron aún de la corteza terrestre, hace más de diez mil años. Mueren en el cuerpo denso y renacen en él, como sucede a los árboles que brotan siempre, profundamente arraigados en el suelo. Recapitulan, individual y colectivamente, lecciones multimilenarias, sin atinar con los dones celestiales de los que son herederos, alejadas deliberadamente del santuario de sí mismas, en el terreno movedizo de la egolatría inconsecuente, agitándose, de cuando en cuando, en guerras arrasadoras que alcanzan los dos planos en el impulso mal dirigido de liberación, a través de crisis de furia y sufrimiento. Destruyen entonces lo que construyeron laboriosamente y modifican los procesos de vida exterior, cambiando de civilización.

El instructor, sintiendo la profunda atención con que atendíamos, comentó, después de leve pausa:

–Sin embargo, en el fluir y refluir de las numerosas eras, los hijos del planeta, que se conservan atentos a las determinaciones divinas, libres de la

antigua esclavitud a la miseria moral, vuelven al ambiente oscuro del cautiverio, que ya abandonaron, a fin de amparar a los ignorantes y desvariados, en sublime trabajo de compasión. Forman las vanguardias de Cristo, en los más diversos puntos del globo, y por millones, bajo su patrocinio, operan en el amor y en la renuncia, avanzando difícilmente dentro de la humanidad, enfrentando la ofensiva incendiaria y exterminadora con las bendiciones de la luz celestial...

La exposición no podía ser más clara. Eloy, entretanto, observó, asombrado:

–¿Quién diría, en la Tierra, nuestro viejo domicilio, que la vida infinita se extendería, así, extraña y amenazadora?

–Sí, –asintió el orientador–, pero la ortodoxia, en el mundo, acostumbra a ser el cadáver de la revelación. Argumentos teológicos, por milenios, obstruyen los canales de la inteligencia humana, en cuanto a las realidades divinas. Pero la criatura seguirá en la tarea del auto-descubrimiento. La fuerza mental, en la lucha común, permanece restringida al círculo estrecho de la personalidad egoísta, copiando al molusco encadenado a la concha, y sabemos que semejante energía, patrimonio eterno con el que nos sublimamos o viciamos, emite rayos luminosos sobre la materia pasiva que nos cerca, dependiendo de nosotros la dirección que venga a tomar. Si millones de rayos luminosos forman un astro brillante, es natural que millones de pequeños desesperos integren un infierno perfecto. Herederos del poder creador, generaremos fuerzas afines con nosotros, donde estuviéremos. ¿No será todo esto perfectamente inteligible? Por esta razón el Señor mandó colocar en el libro divino su aviso celestial: –"he aquí que estoy a la puerta y toco". Si alguien abre la puerta viva del alma, se dará realmente el coloquio redentor, entre el maestro y el discípulo. El corazón es tabernáculo, y la sublimación de las potencias que lo integran es la única vía de acceso a las esferas superiores.

El devoto orientador dando término oportuno a las explicaciones, sonrió benévolo, y preguntó:

–¿Cuál de nosotros cometería el absurdo de exigir vuelo al globo cautivo?

La mente humana, arraigada en los intereses más fuertes de la Tierra, puede ser así considerada.

Nos sentimos sumamente satisfechos con la explicación.

En aquella conversación de algunos minutos, teníamos precioso material de observación para largo tiempo.

Proseguíamos, ahora, en silencio, extáticos ante la belleza imponente de la noche maravillosamente estrellada.

Un viento suave susurraba cánticos sin palabras en el follaje leve, y grupos de amigos, que iban y venían, mostraban, en la mirada, la misma dulce felicidad, que se desprendía de la arboleda florida.

Y así, bañados en conmociones inolvidables, buscamos el santuario en el que recibiríamos instrucciones para el próximo servicio, inundados de confianza y alegría, en la posición de trabajadores jubilosos que caminasen, contentos, hacia la lucha, como si avanzasen, felices, para una fiesta de luz.

.

III - ENTENDIMIENTO

El cielo estrellado y la Luna, esparcían vibraciones de belleza inexpresable, sembrando esperanza, alegría y consuelo.

Informado en cuanto a los objetivos que nos conducirían a la corteza, con escalas en una colonia purgatorial, utilicé la hora de descanso para aprovechar la convivencia con el instructor, intentando obtener preciosas enseñanzas.

–Es admirable pensar –dije respetuosamente– que se forman verdaderas expediciones, en nuestra esfera, para atender a un simple caso de obsesión.

–Los hombres encarnados –dijo el orientador con cierta vaguedad en la mirada, como si llevase el alma a imágenes fugitivas del pasado– no sospechan la extensión de los cuidados que despiertan en nuestros círculos de acción. Somos todos, ellos y nosotros, corazones imantados unos a los otros, en la forja de benditas experiencias. En la historia evolutiva y redentora de la humanidad, cada espíritu posee un capítulo especial. Tiernos y ásperos lazos de amor y odio, simpatía y repulsión, nos encadenan recíprocamente. Las almas encarnadas en la corteza, se guardan en sueño pasajero, con olvido temporal de las actividades previas. Se bañan en el río Estige de los antiguos, (que servía según ellos de entrada en el otro mundo), cuyas aguas les permiten, durante cierto tiempo, seguridad para retornar a oportunidades de elevación. Sin embargo, mientras se sumergen en olvido benéfico, estamos por nuestra parte, en bendita vigilia. Los peligros que amenazan a nuestros seres amados, de ahora o de épocas que el tiempo consumió desde hace mucho, no nos dejan impasibles. Los hombres no se hallan solos en la estrecha senda de pruebas saludables, en las que se encuentran. La responsabilidad, por el perfeccionamiento del mundo, nos compete a todos.

Al conocer más con respecto a la joven señora que nos correspondía socorrer, comenté:

–Por ejemplo, la enferma a cuya asistencia fuimos admitidos, está en su pasado espiritual...

–Sí –confirmó Gubio, humildemente–, pero no fui designado para servir en el caso de Margarita, la enferma objeto de esta breve expedición, solo porque haya sido mi hija en eras remotas. En cada problema de socorro, es imprescindible considerar las distintas partes en juego. En virtud del enigma de obsesión que nos proponemos resolver, tenemos que buscar todas las personalidades que componen el cuadro de servicio. Perseguidores y perseguidos se entrelazan, en cada proceso de auxilio, en gran número. Cada espíritu es un hilo importante, en la extensa región de la corriente humana. Cuanto más crecemos en conocimientos y aptitudes, amor y autoridad, mayor es el ámbito de nuestras uniones en la esfera general. Existen almas que se encuentran bajo el interés de millones de otras almas. Mientras sus vidas

transcurren bajo los ascendientes del bien, las dificultades no llegan a surgir; pero, cuando la perturbación se establece, no es fácil deshacer obstáculos, porque, en tales circunstancias, es indispensable que procedamos con absoluta imparcialidad, dando a cada uno lo que le corresponde. El hombre terrestre, sobre todo en los días tormentosos, acostumbra a ver solamente "su lado", pero, por encima de la justicia común, propiamente considerada, otros tribunales más altos funcionan... En razón de eso todos los casos de desarmonía espiritual, en la Tierra, mueven aquí una extensa red de servidores que pasan a tratarles, sin inclinaciones personales, en base al amor que Jesús ejemplificó y, en esas ocasiones, nos preparamos a satisfacer todos los imperativos del trabajo de salvación, que la tarea nos imponga o proporcione, dentro de las actividades que sean necesarias.

A esa altura de la instructiva conversación, llegamos a un gracioso templo.

En este dulce rincón, consagrado a la materialización de entidades sublimes, la luz suave de la noche calma, se hacía más bella.

Las vibraciones constantes de las oraciones, emitidas allí por varios siglos, habían creado, en torno a la edificación, un prodigioso clima encantador.

De fondo se escuchaba una melodía celeste, y las flores delicadas del atrio parecían corresponder a los sonidos cristalinos, variando, en el brillo y en el color, casi imperceptiblemente.

Yo traía el corazón oprimido, como si la felicidad de las últimas horas, en la que oyera reflexiones tan confortadoras y graves sobre el mundo y la vida, me acercase a la insignificancia personal frente a la grandeza divina, y lágrimas tranquilas me inundaron el rostro.

El instructor se puso al frente y, juntos, penetramos al jardín que rodeaba el apacible santuario.

Algunos hermanos se adelantaron, acogedores.

El instructor Gama, que se encargaba de los servicios de la casa, nos abrazó y dijo con bondad:

–Llegan en el momento preciso. Los donadores de fluidos sublimados se encuentran en sus puestos y la otra comisión ya vino.

Entramos sin demora.

Supe, de inmediato, que otro grupo, constituido por dos hermanas, se hallaba allí con el objetivo de recibir instrucciones de servicio para esferas más bajas.

Una cálida claridad azul brillante bañaba el largo recinto, adornado de flores níveas, semejantes a los lirios que conocemos en la Tierra.

No hubo tiempo para conversaciones previas.

Nada más saludarnos cordialmente, fue compuesto el conjunto de oración.

Los donadores de energía radiante, médiums de materialización en nuestro plano, se alineaban, no lejos, en número de veinte.

Una conmovedora música sonó, argentina y suave, en el aposento próximo, predisponiéndonos a la meditación de orden superior.

E inmediatamente después de la oración, hermosa y espontánea, pronunciada por el responsable de más alta categoría en la institución, la tribuna que había en la sala se iluminó. Una nube blanquecina, de sustancia lechosa brillante, se espesó alrededor y, poco a poco, de ese bloque de nieve translúcida, emergió la figura viva y respetable de una mujer. Su mirada simpática poseía una indecible serenidad y el porte reflejaba la elegancia de

una señora a la antigua usanza. Nos saludó con un gesto de bendición, como dirigiéndonos a todos, los rayos de la luz esmeralda que, en forma de aureola, adornaban su cabeza.

Las dos jóvenes, que formaban la comisión de servicios, avanzaron con lágrimas discretas y se postraron de rodillas…

–Madre querida –clamó una de ellas, con tal inflexión de voz que nos llegó a las fibras más íntimas–, ¡ayúdame a hablarte! La nostalgia, largamente reprimida, es un fuego que consume el corazón. ¡Auxíliame! ¡No me dejes perder este dulce y divino minuto!

A pesar de los sollozos de emoción, que vibraban en su pecho, continuó:

–¡Bendícenos para la gran jornada!... Hace mucho tiempo aguardamos esta momento de reencontrarnos contigo... Perdónanos, madre, si insistimos tanto en nuestro ruego... sin embargo, sin tu protección amorosa ¿cómo vencer en los torbellinos del abismo?

Deseando, tal vez, justificarse, ante los ojos maternos, dijo:

–De conformidad con tus amadas recomendaciones, más allá de nuestras tareas habituales, en la zona de servicio en la que tu bondad nos situó, hemos velado por papá, sumergido en las sombras todavía, hace seis años que lo buscamos en balde...

Escapa a la influencia renovadora y se complace en la compañía de entidades que, por donde pasan, vampirizan a las criaturas. No recibe la actuación cariñosa, sino en forma de pensamientos vagos, de los que se deshace fácilmente, y, si multiplicamos providencias de salvamento, procede como un loco... Gesticula sin control, colérico e irritado, grita blasfemias y solicita la ayuda de seres viciados, a cuyas radiaciones oscuras se une, repeliendo las sugestiones y nuestra presencia... Prefiere el contacto de entidades ignorantes e infelices, en lugar de la ternura…

En ese punto, una emoción más intensa le impidió continuar:

La noble señora, bajó de la tribuna, levantó a las hijas y acogiéndolas en los brazos, exclamó con acento consolador en la voz, sin lágrimas, no obstante, la visible melancolía:

–Amadas hijas, el sol combate las tinieblas todos los días. Luchemos contra el mal, incesantemente, hasta la victoria. No estáis solas en el conflicto doloroso. Disculpemos a papá, infinitamente, y colaboremos por restituirle a la tierra firme de la luz. Si Cristo trabaja por nosotros, desde el principio de los siglos, sin que podamos comprender la amplitud de su sacrificios, ¿qué decir de nuestras obligaciones de amparo y tolerancia, unos para con los otros? Claudio se hizo, para siempre, acreedor de nuestra estima y gratitud, a pesar del pavoroso crimen oculto que le arrebató a las profundidades...

Envenenó a un pariente, para conseguir la riqueza material que nos proporcionó educación y comodidad en la esfera carnal. Por extrema dedicación a nosotras tres, no dudó ante la tentación que le unió a infernal compromiso. Dueño de sentimientos inquietos, no supo esperar la bendición del tiempo y tomó acción, para situarnos en un oasis de aparente calidad... Para vernos felices, vivió durante cuarenta años consecutivos entre el remordimiento y el sufrimiento, psíquicamente sintonizado con espíritus maliciosos y vengativos de las sombras, pero, a pesar de eso, nos fue posible pasar una bendita existencia de progreso y comodidades, en una casa dichosa y abundante, sin saber que, en nuestras bases espirituales, existía un acto oscuro de asesinato y violencia.

A esa altura, la entidad materializada lloró conmovedoramente. Abrazadas las tres, en un cuadro emocionante y mudo, la madre prosiguió:

–Pero volveremos al campo de lucha regeneradora y bienhechora... ¿Qué vale para nosotros el paisaje celestial, sin la liberación de aquellos que amamos? El corazón amoroso, atormentado, renunciará a ir a una estrella, para estar al lado de un ser querido, en duelo con las serpientes de un charco... ¿Podríamos gozar, por ventura, el espectáculo augusto de las

esferas resplandecientes, oyendo su armonía indefinible, en una situación destacada, adquirida a costa de aquellos que gimen y desfallecen en las tinieblas?

Abandonar a quien nos sirvió de escalón, en plena ascensión divina, es una de las más horrendas formas de ingratitud. El Señor no puede bendecir una ventura, recogida al precio de angustias para aquellos que nos las dieron. Estoy convencida que hay más grandeza en el ángel que desciende al infierno para salvar los hijos de Dios, desviados y sufridores, que en el mensajero espiritual que se da prisa en comparecer ante el trono del Eterno para alabarle, con olvido de sus propios benefactores.

La venerable señora enjugó el copioso llanto y prosiguió:

–Olvidemos, pues, hijas mías, lo que somos hoy, para socorrer a los que, con el propósito de servirnos, cayeron al despeñadero siniestro y tormentoso. Saldemos nuestras deudas secretas con abnegación y devoción. Más tarde, recibiré a Antonio, el sobrino envenenado, en mis brazos maternales, aproximándole a Claudio a través de la cordialidad y del respeto vivido en común. Le enseñaré, con alegre ternura, a pronunciar el nombre de Dios y a deshacer las pesadas nubes de revuelta, que empañan su vida íntima. Para inclinarle a la comprensión y a la piedad, con más eficiencia, me comprometí a acoger, también, en el tabernáculo materno, a seis criaturas desviadas del bien, a las cuales se apegó, desvariado, en las regiones inferiores. Mi afecto reinará difícilmente en un hogar repleto de corazones poco afines con el mío, donde Jesús me enseñará a deletrear, venturosa, la dulce lección del sacrificio silencioso... Muchas veces, lidiaré con la discordia y la tentación; todavía, no podemos creer en felicidades repentinas. Conquistaremos, en cooperación bendita, aquella paz que Claudio soñó para nosotros y que él mismo no disfrutó...

Pero, para que yo parta, rumbo a la reencarnación, es necesario que papá renazca primero. Sin ese marco inicial, no puedo emprender nuestro proceso redentor en su nueva fase. Ayudémonos, así, recíprocamente. Mientras yo intentaré transformar a Antonio, reajustando sus fibras afectivas, inclinad ambas el espíritu paterno a la esperanza y a la meditación constructiva...

Las jóvenes lloraban con una mezcla de angustia y alegría, y la señora iluminada dijo al despedirse:

–No os desaniméis. El tiempo es uno de los más preciosos dones del Señor y lo tendremos como aliado. El porvenir nos reunirá de nuevo en el bendito refugio terrestre. Claudio y yo, entonces ya renovados, recibiremos muchos hijos, y vosotras dos estaréis entre ellos, confortándonos los corazones. Tendré, sobre el pecho, algunas piedras preciosas por pulir, en el esfuerzo de cada día y, dentro del alma, dos flores cuyo perfume celestial me dará las energías necesarias para perseverar hasta el fin...

Me compensaréis vosotras de todos los cansancios... Juntas, por el amor imperecedero, trabajaremos animadas por el recuerdo, aunque impreciso, de la gloriosa vida espiritual que, un día, nos acogerá, felices y triunfantes. Acordémonos de Jesús y avancemos...

Calló la emisaria, y las jóvenes, sabiendo que el tiempo se iba a agotar, le abrazaron emotivamente, sedientas de cariño. La madre les besó enternecida y, después de saludarnos cordialmente, volvió a la tribuna, para desaparecer a nuestra mirada, en una onda de neblina que se esfumó.

Nos miramos, entre lágrimas, como quien reposa la mente en una suave melodía.

Las hermanas volvieron al lugar que ocupaban, y una música suave se hizo oír, renovando el ambiente, posiblemente para modificar nuestro campo vibratorio.

Pensando en la inconmensurable bondad del Padre, recordé los lazos afectivos que me ligaban al pasado, comprendiendo que todas las medidas del bien son planificadas y pacientemente ejecutadas, por los que se encuentran en estadios superiores, lamentando íntimamente las oportunidades perdidas por mi espíritu en otro tiempo.

Aún no había vuelto en mí de esta idea, cuando otra nube, de blanca

sustancia coronada de tonos dorados, se hizo visible en lo alto. En breves instantes, revestida de luz, otra mensajera surgía en la tribuna.

Sus ojos irradiaban un dulce magnetismo santificante.

Llevaba un vestido de gasa azul radiante e intenso, y descendió, dignamente, mirándonos suavemente, como buscando a alguien con interés particular.

El instructor se levantó, reverente, y caminó en dirección a ella, cual discípulo sumiso.

La recién llegada pronunció frases de paz, sin afectación, y le dirigió la palabra en tono de infinita ternura.

–Hermano Gubio, agradezco tu colaboración. Creo que ha llegado, efectivamente, el instante de aceptar tu ayuda fraternal, en favor de la liberación de mi infortunado Gregorio. Espero, hace siglos, por su renovación y penitencia. Impresionado por los in-mensos recursos del poder, en el pasado distante, cometió repugnantes crímenes. Inter-nado en una peligrosa organización de extraviados morales, se especializó, después de la muerte, en oprimir ignorantes e infelices. Por el endurecimiento del corazón, con-quistó la confianza de genios crueles, desempeñando, en el presente, la detestable función de gran sacerdote en misterios oscuros. Dirige una falange condenable, de centenas de otros espíritus desdichados, endurecidos en el mal y que le obedecen con deplorable ceguera y casi absoluta fidelidad. Agravó sus grandes deudas, traídas de su vida terrestre, y viene siendo instrumento infeliz en las manos de enemigos del bien, poderosos e ingratos... Pero, desde hace cincuenta años, ya consigo aproximarme a él mentalmente. Recalcitrante y duro al principio, Gregorio, ahora, experimenta algún tedio, lo que constituye una bendición en los corazones infieles al Señor. Ya veo, en su espíritu, los rudimentos de su necesaria transformación. Aún no llora, bajo el arrepentimiento benéfico, y me parece lejos del remordimiento salvador; pero ya duda de la victoria del mal y mantiene interrogaciones en la mente envilecida. No es tan severo, en la dirección de los espíritus desventurados que siguen sus directrices, y el colapso de su resistencia no me parece tan lejano.

En ese instante, noté que la venerable señora derramaba discretas lágrimas, que se deslizaban por su rostro como simientes de luz.

Paró por algunos momentos, inmersa por los dolorosos recuerdos, y continuó:

–Hermano Gubio, perdona mi llanto que no significa amargura o desaliento… Para el juicio humano común, mi hijo espiritual será, tal vez, un monstruo... Sin embargo, para mí, es la joya primorosa del corazón ansioso y enternecido. Pienso en él como si hubiese perdido la perla más linda en un mar de lodo y tiemblo de alegría al considerar que voy a reencontrarle. No es pasión enfermiza la que vibra en mis palabras. Es el amor que el Señor encendió en nosotros, desde el principio. Estamos unidos, delante de Dios, por el magnetismo divino, tanto como las estrellas se imantan, unas a las otras, en el imperio universal. No encontraré el cielo, sin que los sentimientos de Gregorio se vuelvan, igualmente, hacia la eterna sabiduría. Nos alimentamos, en la creación, con los rayos de vida imperecedera que emitimos, unos para con los otros. ¿Cómo alcanzar la perfecta ventura si recibo del hijo amado tan solo rayos de fuerzas en desvarío?

Nuestro orientador la contempló, con los ojos húmedos y rogó:

–¡Noble Matilde! estamos listos. ¡Danos tus órdenes! Por más que hiciésemos por tu alegría, nuestro esfuerzo sería pobre y pequeño ante los sacrificios que tú haces por todos nosotros.

Con una sonrisa triste, prosiguió la respetable señora:

–Descenderé, dentro de pocos años, para el torbellino de luchas carnales, para esperar a Gregorio en una existencia de rescate difícil y doloroso. Le educaré bajo los principios superiores que rigen la vida. Crecerá bajo mi inspiración inmediata y recibirá la prueba peligrosa y aflictiva de la riqueza material. Nuestro plan es que él acoja, en el curso del tiempo, en labor gradual, a la extensa región de servidores viciados que hoy le siguen, y a él

obedecen, con el fin de encaminarles, tanto a los posiblemente encarnados cuanto a los desencarnados, a través del camino de santificación por la disciplina benéfica en constructivo sudor. Padecerá calumnias y vilipendias. Será humillado, muchas veces, a la vista de los hombres. Triunfará en los bienes efímeros y en las honras mentirosas. Recibirá, en el desdoblamiento de la tarea salvadora, tentaciones de toda especie que le serán abiertas por la colonia de ignorancia, perversidad y delincuencia en la que actual-mente se encuentra, y conocerá, después de experiencias inquietantes, la deserción de los falsos amigos, el abandono, la miseria, la enfermedad, la vejez y la soledad. Se apegará profundamente a mi cariño, en la infancia, en la juventud y en la madurez; aunque, en la cosecha de pruebas más duras, ya le habré precedido en el viaje a la tumba... pero, en esa época, que presiento tan lejana, mi corazón materno, aunque esté en la esfera espiritual, le reforzará, paso a paso, en dirección del esperado triunfo... En las amarguras y desilusiones, que le ayudarán a reestructurar y perfeccionar los poderes de la mente, mi voz de amor eterno será notada por él, con más precisión... Pero, hasta allá, Gubio, tengo que trabajar mucho y sin desánimo, con incesante aprovechamiento de las horas. Intercederé por él, movilizaré a mis amigos, rogaré a Jesús fortaleza y serenidad. Iniciaremos la liberación, con tu abnegada ayuda, en la zona abismal.

La venerable mensajera hizo una ligera pausa y, concentrando la mirada sobre nuestro instructor, siguió con nueva inflexión de voz:

–Atenderás a Margarita, que fue tu hija amadísima y que se encuentra, aún, imantada a Gregorio por las acciones oscuras del pasado y colaborarás, con mi devoción materna, para que, en el alma de él, se convierta la sublevación en humildad y la frialdad en calor. Cuando le encuentres, ponte la capa del siervo servicial y háblale en mi nombre. Bajo el hielo que endurece sus sentimientos descansa, encendida, la llama del amor que nos une para siempre. Dispongo, ahora, del permiso de hacerme sentir y creo que, a la vista de tu amorosa tarea, se moverá su espíritu endurecido.

Sé cuanto te cuesta la incursión en los dominios del dolor, porque, sólo aquel que sabe amar y soportar, consigue el triunfo en las conciencias que se degradaron en el mal; mientras, amigo mío, los dones divinos descienden sobre nosotros dentro de justas condiciones. El Señor nos enriquece para que enriquezcamos a otros, nos da algo para ensayar la distribución de beneficios que le pertenecen, nos ayuda a fin de que auxiliemos, por nuestra parte, a los

más necesitados. Más recoge quien más siembra...

Delante de aquellos ojos divinos, ahora inundados en lágrimas, que no llegaban a caer, Gubio se valió de la pausa y expuso, reverente:

–Abnegada Matilde, soy pequeño en exceso para merecer tus palabras. Donde existe la alegría, el sufrimiento no se detiene. Me socorriste, con tu intercesión, amparando mi afecto, ante las necesidades de Margarita. Un corazón paternal es siempre venturoso, humillándose por los hijos que ama. Soy simplemente tu deudor y si Gregorio me flagelase, en los círculos en los que domina, semejante aflicción se convertiría, igualmente, en júbilo, dentro de mí. De cualquier modo, él me recordará tu bondad y tu devoción, apoyándome en los propósitos de descender para servir. Los dolores que me pueda acarrear, serían espinas benditas en las rosas que me ofreciste. En tu nombre, salvaré a mi hija, cuya experiencia actual, en el cuerpo denso, nos es sumamente importante para las reencarnaciones venideras... Trabajaré, reconocido, por la ocasión que me diste, lucharé con coraje y feliz...

Mostrando intenso júbilo y gran esperanza en su rostro, la señora agradeció, con palabras generosas, y concluyó:

–Al terminar la fase esencial de tu misión, en los días próximos, sobre lo que seré notificada por nuestros mensajeros, iré a tu encuentro en los "campos de salida". Entonces, ¿quién sabe? es probable que se verifique el encuentro personal que anhelo, hace tiempo, por cuanto Gregorio vendrá, posiblemente, en tu compañía hasta un punto en que, de alguna forma, la manifestación de la luz será posibilitada ante las tinieblas.

La emisaria acentuó la expresión brillante del rostro exteriorizando la dulce expectativa que llenaba su alma y expuso:

–La hora ha llegado ... El Señor estará con nosotros. Hay tiempo de plantar y tiempo de recoger. Gregorio y yo sembraremos de nuevo. ¡Seremos madre e hijo otra vez!

Deteniéndose particularmente sobre nuestro instructor, dijo:

–Ojala mis lágrimas de alegría puedan caer como rocío en tu espíritu laborioso.

Te seguiré en la acción y me aproximaré en el instante oportuno. Creo en la victoria del amor, tan pronto como se produzca el reencuentro. En ese día bendito, a Gregorio y los compañeros que sienten más afinidad hacia él, les traeremos a círculos regeneradores y, en esas esferas de reajuste, pienso reorganizar los elementos para el futuro prometedor, soñando en su compañía las realizaciones que tenemos que alcanzar.

Gubio pronunció algunas frases de compromiso fraterno. Trabajaríamos sin descanso.

Nos desvelaríamos para ejecutar las órdenes afectuosas. La singular entrevista terminó entre oraciones de gratitud al eterno Padre.

Terminado aquel culto vivo de amor inmortal, nos despedimos de la familia cristiana que allí se congregaba.

Afuera, la noche se hacía más bella.

La Luna reinaba en un trono de azul suave, constelado de estrellas luminosas.

Innumerables flores nos saludaban con perfume embriagador. Alcé, hacia el instructor, los ojos repletos de preguntas, pero Gubio, acariciándome los hombros, delicadamente murmuró:

–Reposa tu mente y no preguntes por ahora. Mañana, seguiremos en dirección de la nueva tarea que nos exigirá mucha prudencia y comprensión

fraterna, y convéncete que el servicio nos aclarará todo con su lenguaje vivo.

.

IV - EN UNA CIUDAD EXTRAÑA

Al siguiente día, nos pusimos en marcha.

Respondiendo a nuestras preguntas, el instructor nos informó que nos ausentaríamos por algunos días.

Más allá de los servicios referentes al encargo particular que teníamos, entraríamos en algunas actividades secundarias de auxilio. Técnico en misiones de esa naturaleza, afirmó que nos había admitido en un trabajo que él podría realizar por sí mismo, no sólo por la confianza que depositaba en nosotros, sino también, por la necesidad de formación de nuevos cooperadores, especializados en el ministerio de socorro a las tinieblas.

Después de la travesía de varias regiones “en descenso”, con escalas por diversos puestos e instituciones de socorro, penetramos en un gran dominio de sombras.

La claridad solar era diferente.

Un humo ceniciento cubría el cielo en toda su extensión. El vuelo se hizo más penoso.

La vegetación exhibía un aspecto siniestro y angustioso. Los árboles no se vestían de follaje abundante y las ramas, casi secas, parecían brazos erguidos en súplicas dolorosas.

Aves agoreras, de gran tamaño, de una especie similar a los cuervos, graznaban sordamente, parecían pequeños monstruos con alas espiando presas ocultas.

Pero, lo que más entristecía, no era el cuadro desolador, más o menos semejante a otros que ya había conocido, y, sí, los ruegos cortantes que provenían de los charcos. Gemidos, típicamente humanos, que eran pronunciados en todos los tonos.

Hubiéramos podido examinar individualmente a los sufridores que allí estaban, si nos hubiésemos parado a ello; sin embargo, Gubio, a la manera de otros instructores, no se detenía para atender la curiosidad inútil.

Recordando la "selva oscura", que Dante Alighieri describe en el inmortal poema, tenía el corazón oprimido con preguntas inquietantes.

Aquellos árboles extraños, de hojas resecas, pero vivas, ¿serían almas convertidas en silenciosas centinelas de dolor cómo la mujer de Lot, transformada simbólicamente en estatua de sal? Y aquellos grandes y raros búhos, cuyos ojos brillaban, desagradablemente, en las sombras, ¿serían hombres desencarnados bajo tremendo castigo de la forma? ¿Quién lloraba en los valles extensos de lodo? ¿Criaturas que hubiesen vivido en la Tierra que recordábamos, o duendes desconocidos para nosotros?

De cuando en cuando, grupos hostiles de entidades espirituales en desequilibrio se acercaban, siguiendo adelante, indiferentes, incapaces de notar nuestra presencia. Hablaban en voz alta, en lenguaje degradado, pero inteligible, evidenciando, por las carcajadas, deplorables condiciones de ignorancia. Llevaban uniformes y portaban armas.

Avanzamos más profundamente, pero, nos sofocaba el ambiente. Reposamos, de algún modo, vencidos por la fatiga, y Gubio, después de algunos momentos, nos dijo:

–Nuestras organizaciones periespirituales, a la manera de escafandra

hecha con material absorbente, por acto deliberado de nuestra voluntad no deben reaccionar contra las bajas vibraciones de este plano. Estamos en la posición de hombres que, por amor, descienden a operar en un inmenso lago de lodo para socorrer eficientemente a los que se adaptaron a él, son compelidos a cubrirse con las sustancias del charco, sufriendo con paciencia y coraje, la influencia deprimente. Atravesamos importantes límites vibratorios y debemos adaptar nuestra forma exterior al medio que nos recibe, a fin de ser realmente útiles a los que nos proponemos auxiliar. Finalizada nuestra transformación transitoria, seremos vistos por cualquiera de los habitantes de esta región poco feliz. La oración, de ahora en adelante, debe ser nuestro único hilo de comunicación con lo Alto, hasta que yo pueda verificar, estando en la corteza, cual es el momento más adecuado de nuestro retorno a los dones de luminosidad. No estamos en cavernas infernales, pero llegamos a un gran imperio de inteligencias perversas y atrasadas, cercano a la corteza, donde los hombres terrestres sufren, permanentemente, su influencia. Llegó, para nosotros, el momento crucial. Es indispensable mucha capacidad de renuncia, para poder alcanzar nuestros fines. Podemos perder por falta de paciencia o por escasez de vocación para el sacrificio. Para el grupo de hermanos retar-dados que nos rodeará, seremos simples desencarnados, ignorantes de nuestro destino.

Pasamos a inhalar las sustancias espesas, que emanaban alrededor, como si el aire estuviese constituido por fluidos viscosos.

Eloy se estiró, jadeante, y no obstante experimentar, por mi parte, una asfixiante opresión, busqué imitar al instructor, que toleraba la metamorfosis, silencioso y palidísimo.

Observé, confundido, que la integración voluntaria con los elementos inferiores del plano, nos desfiguraba enormemente. Poco a poco, nos sentimos pesados y tuve la idea de estar, de improviso, religado, de nuevo, al cuerpo de carne, porque, aunque me sintiese dueño de mí propia individualidad, me veía revestido de materia densa, como si llevase una inesperada armadura.

Transcurridos largos minutos, el orientador nos rogó, diligente: – ¡Prosigamos! De ahora en adelante seremos anónimos. No nos conviene, por el momento, la identificación personal.

–Pero, ¿no será esto mentir? –clamó Eloy, casi rehecho. Gubio compartió con nosotros una mirada de benevolencia y explicó bondadoso:

–¿Te acuerdas del texto evangélico que recomienda que no sepa la mano izquierda lo que da la derecha? Este es el momento de ayudar sin alarde. El Señor nos extiende invisibles recursos de salvación, sin que veamos su presencia. En esta ciudad sombría, trabajan innumerables compañeros del bien en las condiciones en las que nos hallamos. Si nos damos a conocer, en estos campos, en los cuales noventa y cinco por ciento de las inteligencias se encuentran consagradas al mal y a la desarmonía, nuestro programa se irá a pique en algunos instantes. Centenas de millares de criaturas padecen aquí amargos choques de retorno a la realidad, bajo la vigilancia de tribus crueles, formadas por espíritus egoístas, envidiosos y brutalizados. Para la sensibilidad medianamente desarrollada, el sufrimiento aquí es inmenso.

¿Y hay gobierno establecido en un reino extraño y siniestro como este? –pregunté.

–¿Cómo no? –respondió Gubio, atentamente–. Como ocurre en la esfera carnal, la dirección, en este dominio, es concedida por los poderes superiores, a título precario. En la actualidad, este gran emporio de padecimientos regenerativos permanece dirigido por un sátrapa de incalificable impiedad, que se puso a sí mismo el pomposo título de gran juez, asistido por asesores políticos y religiosos, tan fríos y perversos como él mismo. Aquí existe una gran aristocracia de genios implacables, dominando a millares de mentes perezosas, delincuentes y enfermizas...

–¿Y por qué permite Dios semejante absurdo?

En esta ocasión, era mi colega el que preguntaba de nuevo, semi-aterrorizado ahora, ante los compromisos que asumiéramos.

Lejos de perturbarse, Gubio replicó:

–Por las mismas razones educativas a través de las cuales no aniquila a una nación humana cuando, desvariada por la sed de dominio, desencadena guerras cruentas y destructoras, pero la entrega a la expiación de sus propios crímenes y al infortunio de sí misma, para que aprenda a integrarse en el orden eterno que preside a la vida universal. De período a período, contando cada uno por varios siglos, la materia, utilizada por semejantes inteligencias, es revuelta y reestructurada, como sucede en los círculos terrenales; pero, si el Señor atiende a los hombres por los hombres que se santifican, corrige igualmente a las criaturas por intermedio de las criaturas que se endurecen o bestializan.

–Significa, entonces, que los genios malditos, los demonios de todos los tiempos... exclamó, reticente.

–Somos nosotros mismos –completó el instructor, paciente– cuando nos desviamos impenitentes de la Ley. Ya deambulamos por estos sitios sombríos e inquietantes, pero los choques biológicos del renacimiento y de la desencarnación, más o menos recientes, no te permiten el brote de recuerdos completos del pasado.

Pero conmigo, la situación es diferente. La extensión de mi tiempo, en la vida libre, me permite recuerdos más dilatados en el tiempo y, de antemano, conozco las lecciones que constituyen novedad. Muchos de nuestros compañeros, elevados a la altura, no identifican otra cosa en estos parajes sino motivos de cansancio, repugnancia y pavor; sin embargo, es forzoso observar que el pantano, invariablemente, es una zona de la naturaleza, pidiendo socorro de los siervos más fuertes y generosos.

Una música exótica se hacía oír no distante y Gubio nos rogó prudencia y humil-dad, necesarias para el éxito en el trabajo a realizar.

Nos levantamos, nuevamente, y avanzamos.

Nos costaba movernos cada vez más. En voz baja, el orientador reiteró la recomen-dación:

–Ante cualquier angustia íntima, no nos olvidemos de la oración. Es, de ahora en adelante, el único recurso que disponemos a fin de movilizar nuestras reservas mentales superiores, en nuestras necesidades de reabastecimiento psíquico. Cualquier precipitación puede arrojamos a estados primitivos, lanzándonos en nivel inferior, análogo al de los espíritus infelices que deseamos auxiliar. Tengamos calma y energía, dulzura y resistencia, con el ánimo vuelto hacia Cristo. Acordémonos que aceptamos el encargo de esta hora, no para ajusticiar y, sí, para educar y servir.

Nos adentramos por el camino, tanto como se hacía posible.

En pocos minutos, penetramos en una gran aglomeración de callejuelas, llenas de casas decadentes y sórdidas.

Al principio, rostros horrendos nos contemplaban furtivamente, pero en la medida que atravesábamos el terreno, éramos observados, con actitud agresiva, por transeúntes de miserable aspecto.

Algunos kilómetros de vía pública, repletos de cuadros deplorables, desfilaron a nuestros ojos.

Centenas de mutilados, lisiados de todos los matices, entidades visceralmente desequilibradas, nos ofrecían paisajes escalofriantes.

Impresionado con la multitud de criaturas deformadas, que se alineaban bajo nuestra vista, perfectamente agrupadas, allí, en experiencia colectiva, dirigí algunas preguntas al instructor, en tono discreto.

¿Por qué tan extensa comunidad de sufridores? ¿Qué causas imponían tan flagrante decadencia de la forma?

Paciente, el orientador no se demoró en la respuesta.

–Millones de personas –informó, tranquilo–, después de la muerte, encuentran peligrosos enemigos en el miedo y en la vergüenza de sí mismas. Nada se pierde, André, en el círculo de nuestras acciones, palabras y pensamientos. El registro de nuestra vida se opera en dos fases distintas, perseverando, en el exterior, a través de los efectos de nuestra actuación en criaturas, situaciones y cosas, y persistiendo, en nosotros mismos, en los archivos de nuestra conciencia, que recoge, matemáticamente, todos los resultados de nuestro esfuerzo, en el bien o en el mal, al interior de ella misma. El espíritu, en cualquier parte, se mueve en el centro de las creaciones que desarrolló. Defectos y cualidades loables lo envuelven, donde se encuentre. La criatura, en la Tierra donde peregrinamos, oye argumentos alusivos al cielo y al infierno y cree, vagamente, en la vida espiritual que le espera, más allá de la tumba. Más temprano de lo que pueda imaginar, pierde el vehículo de carne y comprende que no se puede ocultar, por más tiempo, deshecha la máscara del cuerpo bajo el cual se escondía, a la manera de la tortuga dentro del caparazón. Se siente tal cual es y recela de la presencia de los hijos de la luz, cuyos dones de penetración identificarían en él instantáneamente, sus bajas cualidades. El periespíritu, para la mente, es una cápsula más delicada, más susceptible de reflejarle la gloria o el estado vicioso, en virtud de los tejidos rarefactos de los que se constituye. En razón de eso, las almas decaídas, en un impulso de rebeldía contra los deberes que nos competen a cada uno, en los servicios de sublimación, se alían, unas a las otras, a través de organizaciones en las que exteriorizan, tanto como le es posible, las lamentables tendencias que les son peculiares.

–Pero –interferí– ¿No hay recursos para ayudar a semejantes comunidades? –La misma ley de esfuerzo propio funciona igualmente aquí.

No faltan llamadas santificantes de lo alto; con todo, con la ausencia de la adhesión íntima de los interesados al ideal de su mejoría propia, es impracticable cualquier iniciativa legítima, en materia de reajuste general. Sin que el espíritu, señor de la razón y de los valores eternos que le son consecuentes, delibere poner en marcha su propio patrimonio, en el sentido de elevar su campo vibratorio, no es justo que sea arrebatado, por imposición, a regiones superiores, que él mismo, por lo pronto, no sabe desear. Y hasta que resuelva lanzarse a la empresa de su propia ascensión, va siendo aprovechado, por las leyes universales, en lo que pueda ser útil a la

obra divina. La lombriz, mientras es lombriz, es compelida a trabajar el suelo; el pez, mientras es pez, no vivirá fuera del agua...

Sonriendo, ante su propia argumentación, concluyó de buen humor:

–Es natural, pues, que el hombre, dueño de grandes teorías de virtud salvadora, mientras se demora en la inferioridad, sea empleado en actividades inferiores. La Ley siempre posee lógica.

Se calló Gubio, evidentemente influenciado por la necesidad de no despertar demasiada atención en torno nuestro.

Impresionado, no obstante, por la miseria que allí encuadraba tanto dolor, me perdí en un mar de indagaciones íntimas.

¿Qué imperio extravagante era aquél? ¿Algún país donde vivían tipos sub-huma-nos? Yo sabía que semejantes criaturas no vestían cuerpos carnales y que se congregaban en un reino purgativo en beneficio propio; pero mientras, se vestían con ropajes de materia francamente inmunda. Lombroso y Freud, encontrarían ahí material de observación. Incontables tipos que interesarían, de cerca, a la criminología y a la psicología, vagaban absortos, sin rumbo. Innumerables ejemplares de pigmeos, cuya naturaleza en sí aún no puedo precisar, pasaban delante de nosotros, a montones. Plantas exóticas, desagradables a nuestra mirada, proliferaban allí, y numerosos animales monstruosos, se movían al azar, dándome la idea de seres agobiados a los que una pesada mano había transformado en duendes. Callejuelas y despeñaderos oscuros se multiplicaban en derredor nuestro, acentuando el angustioso asombro.

Después de atravesar un largo camino, no pude contener las preguntas que me acuciaban.

El instructor comentó, discreto:

–Guarda las preguntas intempestivas por el momento. Estamos en una colonia purgativa muy grande. Quien no cumple aquí dolorosa penitencia regeneradora, puede ser considerado inteligencia subhumana. Millares de criaturas, utilizadas en los servicios más rudos de la naturaleza, se mueven en estos sitios en posición infraterrestre. La ignorancia, por ahora, no les confiere la gloria de la responsabilidad. En el desarrollo de tendencias dignas, son candidatos a la humanidad que conocemos en la corteza. Se sitúan entre el raciocinio fragmentario del mono y la idea simple del hombre primitivo en la floresta. Se apegan a personalidades encarnadas y obedecen, ciegamente, a los espíritus prepotentes que dominan en paisajes como este. Guardan, en fin, la ingenuidad del salvaje y la fidelidad del perro. El contacto con ciertos individuos, les inclina al bien o al mal y somos responsables en cuanto al tipo de influencia que ejercemos sobre la mente infantil de semejantes criaturas. Con respecto a los espíritus, que se muestran en estas calles siniestras, exhibiendo formas casi animalescas, observamos en ellos varias demostraciones de la anormalidad a la que somos conducidos por la desarmonía interna. Nuestra actividad mental nos marca el periespíritu. Podemos reconocer esto estando aún en el mundo. El glotón comienza a adquirir as-pecto deprimente en el cuerpo que habita. Los viciados, en el abuso del alcohol, pasan a vivir boca abajo, arrojados al suelo, a la manera de grandes gusanos. La mujer que se habituó a mercadear con su cuerpo físico, olvidando las sagradas finalidades de la vida, presenta una máscara triste, sin salir de la carne. Pero, aquí André, el fuego devorador de las pasiones revela sus víctimas con más hedionda crueldad.

Seguramente, porque yo reflexionase en el problema de asistencia, el orientador adujo:

–Es impracticable la asistencia individual y sistemática en una ciudad en la que se amontonan millares de alienados y enfermos. Un médico del mundo sorprendería, aquí, por centenares, casos de amnesia, de psicastenia, de locura, a través de neurosis complejas, alcanzando la conclusión de que toda la patogenia permanece radicada en los ascendientes de orden mental. Lo que cura en estos lugares, es el tiempo con la piedad celestial, por intermedio de embajadores de la renuncia, en servicios de intercesión para los espíritus arrepentidos, que se refugien en la obediencia a los imperativos de la Ley, inspirados por la buena voluntad.

Algunos transeúntes repulsivos caminaban a nuestro lado y Gubio

consideró prudente guardar silencio.

Noté la existencia de algunas organizaciones de servicios que nos parecerían, en la esfera carnal ingenuas e infantiles, reconociendo que la ociosidad era allí la nota dominante. Y como no viese niños, excepción hecha de las razas de enanos, en quienes no distinguía los padres de los hijos, arriesgué de nuevo a preguntar en voz baja.

Respondió el instructor, atento:

–Para los hombres de la Tierra, propiamente considerada, este plano es casi infernal. Si la compasión humana separa los niños de los criminales, ¿qué decir del cariño con que la compasión celestial vela por la infancia?

–¿Y por qué, en general, tanta ociosidad en este plano?

Casi todas las almas humanas, situadas en estas cavernas, absorben las energías de los encarnados y vampirizan su vida, como si fuesen lampreas insaciables en el océano del oxígeno terrestre. Suspiran por el retorno al cuerpo físico, ya que no perfeccionaron la mente para la ascensión, y persiguen las emociones del campo carnal con el desvarío de los sedientos en el desierto. Como fetos adelantados absorbiendo las energías del seno materno, consumen altas reservas de fuerza de los seres encarnados que les acogen, desprevenidos de conocimiento superior. De ahí, esa desesperación con la que defienden en el mundo los poderes de la inercia y esa aversión con la que interpretan cualquier progreso espiritual o cualquier avance del hombre en la montaña de santificación. En el fondo, las bases económicas de toda esa gente residen, aún, en la esfera de los hombres comunes y, por esto, defienden apasionadamente el sistema de robo psíquico, del que se alimentan, junto a las comunidades de la Tierra.

A esa altura, encontramos accidentes en el suelo, que el instructor nos llevó a atravesar.

Subimos, difícilmente, una cuesta escarpada y, en una pequeña explanada

que se mostró a nuestros ojos espantados, el paisaje se alteró.

Palacios extraños surgían imponentes, revestidos de claridad rojiza, semejante a la aureola del acero incandescente.

En plazas bien cuidadas, llenas de gente, transitaban carros soberbios, empujados por esclavos y animales.

El aspecto era similar al de las grandes ciudades de Oriente, doscientos años atrás.

Literas y carruajes transportaban personalidades humanas, trajeadas de modo sorprendente, generalmente de color escarlata, acentuando la dureza de sus rostros.

Un alto edificio se destacaba delante de una fortaleza, con todas las características de un templo, y el orientador me confirmó esto, afirmando que la casa se destinaba a un ostentoso culto externo.

Mientras andábamos, admirando el suntuoso caserío, en contraste chocante con el vasto reino de miseria que acabábamos de atravesar alguien nos interpeló, descortés:

–¿Qué hacen?

Era un hombre alto, de nariz aguileña y ojos felinos, con todas las maneras del policía irrespetuoso, tratando de identificarnos.

–Buscamos al sacerdote Gregorio, a quien venimos recomendados –aclaró Gubio, humilde.

El extraño se puso al frente, dijo que le acompañásemos en silencio y nos guió a un caserón de feo aspecto.

–¡Es aquí! –dijo en tono seco y, después de presentarnos a un hombre maduro, envuelto en larga y complicada túnica, se retiró.

Gregorio no nos recibió con hospitalidad. Fijó en Gubio los ojos desconfiados de fiera sorprendida y preguntó:

–¿Llegaron de la corteza, hace mucho tiempo?

–Sí –respondió nuestro instructor–, y tenemos necesidad de auxilio. –¿Ya fueron examinados?

–No.

–¿Y quién les envió? –inquirió el sacerdote, bajo visible perturbación. –Cierta mensajera de nombre Matilde.

El anfitrión se estremeció, pero observó, implacable.

–No sé quien sea. Sin embargo, pueden entrar. Tengo trabajo en los ministerios y no puedo oírles ahora. Pero mañana al anochecer, serán llevados a los sectores de selección, antes de ser admitidos a mi servicio.

Ni una palabra más.

Entregados a un servidor de aspecto desagradable, nos llevó a una celda oscura, y confieso que acompañé a Gubio y Eloy, con el alma conturbada por un recelo absorbente e indefinible.

.

V - OPERACIONES SELECTIVAS

Transcurridas largas horas en aquel compartimiento oscuro, aprovechadas en meditaciones y oraciones, sin conversaciones, fuimos conducidos, a la noche siguiente, a un edificio de grandes y curiosas proporciones.

El extraño palacio tenía la forma de un enorme hexágono, alargándose, hacia arriba, en torres parduscas, y reunía muchos salones consagrados a extraños servicios. Iluminado, externa e interiormente, por la claridad de voluminosas antorchas, presentaba el aspecto desagradable de una casa incendiada.

Bajo la custodia de cuatro guardias de la residencia de Gregorio, que nos comunicaron la necesidad del examen antes de cualquier contacto directo con el aludido sacerdote, penetramos al recinto de largas dimensiones, en el cual se congregaban algunas decenas de entidades en deplorables condiciones.

Jóvenes y viejos, hombres y mujeres, se mezclaban, allí, en relativo silencio. Algunos gemían y lloraban.

Observé que la multitud estaba formada, en su casi totalidad, de almas dolientes. Muchos padecían visibles desequilibrios mentales.

Reconocí, impresionado, su aspecto enfermizo.

El periespíritu de todos los que allí se hallaban, pacientes y espectadores, mostraba la misma opacidad del cuerpo físico. Los estigmas de la vejez, de la molestia y del desencanto, se mostraban igualmente allí como lo harían en el cuerpo humano.

El miedo controlaba a los más desesperados, ya que el silencio era sofocante, a pesar de la inquietud que se traslucía en todos los rostros.

Algunos servidores de la casa, con trajes característicos, separaban, en distintos grupos, a las personas desencarnadas que entrarían, en aquel momento, en selección para el juicio oportuno.

Discretamente, el instructor nos explicó:

–Presenciamos una ceremonia semanal de los jueces implacables, que viven aquí. La operación selectiva se realiza en base a las irradiaciones de cada uno. Los guardias que vemos en trabajo de selección, componiendo diversos grupos, son técnicos especializados en la identificación de numerosos males, a través de los colores que caracterizan el halo de los espíritus ignorantes, perversos y desequilibrados. La división, para facilitar el servicio judicial, es, por esto mismo, de las más complejas.

A esa altura, el personal de Gregorio nos dio una tregua, apartándose de nosotros, de algún modo, no obstante para vigilarnos desde las galerías repletas de gente.

Respetado nuestro trío por los seleccionadores, que no nos separaron, estábamos ahora en el campo de las víctimas.

Atento a la explicación oída, pregunté curioso.

–¿Todas esas entidades vinieron obligadas, conforme sucedió con nosotros? ¿Hay espíritus satánicos, recordando los cuadros religiosos de la corteza, disputando las almas en el lecho de muerte?

El orientador respondió, en voz baja:

–Sí André, cada mente vive en la compañía que elige. Semejante principio prevalece para quien respira en el cuerpo denso o fuera de él. Pero, hay que reconocer que la mayoría de las almas, aisladas en este sitio, vinieron hasta aquí obedeciendo a fuerzas de atracción. Incapaces de percibir la presencia de los benefactores espirituales, que militan entre los hombres encarnados, en tareas de renuncia y benevolencia, en vista del bajo tenor vibratorio en el que se precipitaron, a través de delitos reiterados, de la ociosidad impenitente o del deliberado endurecimiento en el error, no encontraron sino el manto de sombras, en que se envolvieron y, desvariadas, solas, buscaron a las criaturas desencarnadas, afines con ellas, uniéndose de forma natural a esta inmensa colmena, con todo el bagaje de pasiones destructoras que les marcaron el camino. Llegando aquí, sufren la vigilancia de inteligencias poderosas y endurecidas, que imperan dictatorialmente en estas regiones, donde los frutos amargos de la maldad y de la indiferencia llenan el granero de los corazones desprevenidos y maliciosos.

–¡Oh! –exclamé en un susurro– ¿por qué motivo confiere el Señor atribuciones de jueces a espíritus déspotas? ¿Por qué estará la justicia, en esta ciudad extraña, en manos de príncipes diabólicos?

Gubio estampó en la fisonomía una significativa expresión y agregó: –¿Quien se atrevería a nombrar a un ángel de amor para ejercer el papel de verdugo? Por lo demás, como sucede en la corteza planetaria, cada posición, más allá de la muerte, es ocupada por aquel que la desea y la busca.

Miré en derredor y mi alma se llenó de angustia. Entre las víctimas, agrupadas por montones, como si fuesen animales exóticos para una fiesta, predominaban la humildad y la aflicción; pero entre los centinelas que nos rodeaban, traslucía la ponzoña de la ironía.

Palabras soeces eran emitidas, irrespetuosamente, sin ningún control.

Al frente de una gran tribuna vacía, y bajo las galerías laterales abarrotadas de gen-te, una compacta multitud se amontonaba, irreverente.

Transcurrieron algunos minutos desagradables, pesados, cuando se hizo

oír un absorbente vocerío:

–¡Los magistrados! ¡Los magistrados! ¡Sitio! ¡Sitio para los sacerdotes de la justicia!

Miré hacia afuera, curiosamente, tanto como me era posible, y vi que unos funcionarios, rigurosamente trajeados a la moda de los lictores de la Roma antigua, cargando la simbólica hachuela (fasces) al hombro, avanzaban, rodeados por servidores que sostenían grandes antorchas alumbrando el camino. Penetraron el atrio a pasos rítmicos y, después de ellos, los siete jueces, exquisitamente ataviados venían en andas, transportados por dignatarios de esa corte brutalizada.

¿Qué solemnidad religiosa era aquella? Las poltronas suspendidas eran idénticas a la "silla gestatoria" de las ceremonias papales.

Entrando al recinto, los lictores pasaron el instrumento simbólico a las manos y se alinearon, correctos, ante la espaciosa tribuna, sobre la cual resplandecía un foco de luz.

Los jueces, a su vez, descendieron, pomposos, de los tronos izados y tomaron asiento, en una especie de nicho, destacándose en lo alto, inspirando silencio y temor. La turba inconsciente, alrededor, calló súbitamente.

Hubo un redoble de tambores, como si estuviésemos en una parada militar, y una composición musical semi-salvaje, acompañó su ritmo, hiriendo nuestra sensibilidad.

Terminado aquel ruido, uno de los jueces se levantó y se dirigió a la masa, aproximadamente en estos términos:

–Ni lágrimas, ni lamentos.

Ni sentencias condenatorias, ni absolución gratuita. Esta casa no castiga, ni recompensa.

La muerte es el camino para la justicia.

Inútil cualquier apelación a la compasión, entre criminales.

No distribuimos sufrimiento, y sí, somos administradores del gobierno del mundo.

Nuestra función es la de seleccionar delincuentes, a fin de que las penas, labradas por la voluntad de cada uno, sean debidamente aplicadas, en lugar y tiempo justo.

Quien abrió la boca para vilipendiar y herir, prepárese a recibir, de vuelta, las fuerzas tremendas que desencadenó, a través de la palabra envenenada.

Quien abrigó la calumnia, soportará a los genios infelices, a los cuales confió los oídos.

Quien desvió la visión, hacia el odio y al desorden, descubra nuevas energías, para contemplar los resultados del desequilibrio al que se consagró, espontáneamente.

Quien utilizó las manos, en sementeras de malicia, discordia, envidia, celos y perturbación deliberada, que se prepare para la cosecha de espinas.

Quien centralizó los sentidos, en el abuso de facultades sagradas, espere, de ahora en adelante, necesidades enloquecedoras, porque las pasiones envilecedoras, mantenidas por el alma en el cuerpo físico, explotan, aquí, dolorosas y arrasadoras. La presa de un pantano guarda microbios y monstruos, segregados a distancia del curso tranquilo de las aguas; sin

embargo, llega un momento en el que la tempestad o la decadencia sorprenden la obra vigorosa de albañilería, y las formas repelentes, liberadas, se esparcen y crecen en toda la extensión de la corriente.

¡Seguidores del vicio y del crimen, temblad!

¡Condenados por vosotros mismos, conserváis la mente prisionera de las más bajas fuerzas de la vida, a la manera del batracio, encarcelado en el pantano, al cual se habituó en el transcurso de los siglos!...

En ese punto, el orador hizo una pausa y observé a los circundantes. Ojos espantados por el pavor, se veían en todos los rostros.

El juez, por su parte, no parecía tener el menor resquicio de misericordia. Se mostraba interesado en crear un ambiente negativo a cualquier especie de levantamiento moral, estableciendo en los oyentes un angustioso temor.

Prolongándose el intervalo, dirigí, con la mirada, silenciosa pregunta a nuestro orientador, que me habló casi en secreto:

–El juez conoce, hasta la saciedad, las leyes magnéticas en las esferas inferiores, y procura hipnotizar a las víctimas en sentido destructivo, no obstante utilice, como vemos, la verdad contundente.

–No vale acusar a la magistratura en esta colonia –prosiguió la voz estruendosa–, porque nadie escapará a los resultados de sus propias obras, como el fruto no huye a las propiedades del árbol que lo produjo.

Malditos sean, por el gobierno del mundo, quienes no respetan nuestras deliberaciones, basadas, además, en los archivos mentales de cada uno.

Captando intuitivamente la queja mental de los oyentes, gritó, terrorífico:

–¿Quién nos acusa de crueldad? ¿No es un benefactor del espíritu colectivo el hombre que se consagra a la vigilancia de una penitenciaría? ¿Quiénes sois vosotros, sino despojos humanos? ¿No vinisteis hasta aquí conducidos por los propios ídolos que adorasteis?

En ese momento, el llanto convulsivo invadió a muchos. Gritos atormentados, rogativas de compasión se hicieron oír. Muchos se postraron de rodillas.

Se generó un inmenso dolor.

Gubio tenía la diestra sobre el pecho, como si contuviese el corazón, pero, viendo, por mi parte, aquel enorme grupo de espíritus rebelados y humillados, orgullosos y vencidos, lamentando amargamente las oportunidades perdidas, recordé mis viejos caminos de ilusión y ¿por qué no decirlo? –me arrodillé también compungido, implorando piedad en silencio.

Desesperado, el juez gritó, colérico:

–¿Perdón? ¿Cuándo disculpasteis, sinceramente, a los compañeros de la senda? ¿Dónde está el juez recto que pueda ejercer impune la misericordia?

E incidiendo toda la fuerza magnética que le era peculiar, a través de las manos, sobre una pobre mujer que le miraba aterrorizada, le ordenó, con voz taciturna:

–¡Venga aquí! ¡Venga aquí!

Con expresión de sonámbula, la infeliz obedeció la orden, destacándose de la multitud, y, colocándose en el piso, bajo los rayos positivos de la atención de él.

–¡Confiese! ¡Confiese! –ordenó el despiadado árbitro, conociendo la organización frágil y pasiva a la que se dirigía.

La desventurada se golpeó en el pecho, dándonos la impresión que rezaba el "Yo pecador" y gritó, envuelta en lágrimas:

–¡Perdonadme! ¡Perdonadme! ¡Oh, Dios mío!

Y, como si estuviese bajo la acción de una droga misteriosa que le obligase a desnudar lo íntimo delante de nosotros, habló, en voz alta y pausada:

–Maté a cuatro hijitos, inocentes y tiernos... y combiné el asesinato de mi intolerante esposo... Pero, el crimen, es un monstruo vivo. Me persiguió, mientras estaba en el cuerpo... Intenté huir, a través de todos los recursos, en vano... y, por más que buscase ahogar el infortunio en el placer y la bebida, más me zambullí... en el charco de mí misma...

De repente, pareciendo sufrir la interferencia de recuerdos poco dignos, clamó: –¡Quiero vino! ¡Vino! ¡Placer!...

En vigorosa demostración de poder, afirmó, triunfante, el magistrado: –¿Cómo libertar a semejante fiera humana, al precio de ruegos y lágrimas?

Enseguida, fijando sobre ella las irradiaciones que emanaban de su temible mirada, aseveró:

–¡La sentencia fue labrada por ella misma! no pasa de una loba, de una loba, de una loba...

En la medida que repetía la afirmación, como si procurase persuadirle a

sentirse en la condición del mencionado irracional, noté que la mujer, profundamente influenciable, modificaba su aspecto. Se le torció la boca, su cerviz se curvó espontáneamente, hacia el frente, los ojos se alteraron dentro de las órbitas. Una simiesca expresión revistió su rostro.

Se veía patente, en aquella exhibición de poder, el efecto del hipnotismo sobre el cuerpo periespiritual.

En voz baja, procuré recoger la enseñanza de Gubio, que me aclaró en un susurro:

–El remordimiento es una bendición, sin duda, por llevarnos a la corrección, pero, también es una brecha, a través de la cual el acreedor se insinúa, cobrando la deuda. La dureza coagula nuestra sensibilidad durante cierto tiempo; sin embargo, siempre llega un minuto en que, el remordimiento, nos abre la vida mental a los choques de retorno de nuestras propias emisiones.

Y con voz casi imperceptible, agregó:

–Tenemos aquí la génesis de los fenómenos de licantropía inexplicables, aún, para la investigación de los médicos encarnados. ¿Te recuerdas de Nabucodonosor, el poderoso rey al que se refiere la Biblia? Nos cuenta el Libro Sagrado que él vivió, sintiéndose animal, durante siete años. El hipnotismo es tan viejo como el mundo, y es un recurso empleado por los buenos y por los malos, tomando como base, sobre todo, los elementos plásticos del periespíritu.

Pero, notando que la mujer infeliz proseguía guardando extraños caracteres en el semblante, pregunté:

–¿Esta infortunada hermana permanecerá, de ahora en adelante, en tal envilecimiento de la forma?

Finalizada la larga pausa, el instructor me dijo, con tristeza:

–Ella no pasaría por esta humillación sino la mereciese. Más allá de eso, si ya se adaptó a las energías positivas del juez cruel, en cuyas manos vino a caer, puede esforzarse, también, íntimamente, en renovar la vida mental para el bien supremo y recibir la influencia de benefactores, que nunca escasean en la senda redentora. Todo, André, en casos como este, se resume a un problema de sintonía. Donde ponemos el pensamiento, allí se desarrollará la propia vida.

El orientador no consiguió continuar.

Los lamentos se hicieron estridentes a nuestro alrededor. Interjecciones de espanto y dolor eran proferidas por doquier.

El magistrado que detentaba la palabra, ordenó silencio y censuró, ásperamente, la actitud de los quejosos. Inmediatamente después, notificó que los espíritus selectores se materializarían, en breves minutos, y que los interesados podrían solicitar de ellos las explicaciones que deseasen. Simultáneamente, irguió las manos en mímica reverencial y, haciéndonos sentir que presidía el extraño cenáculo, hizo una invocación, en alta voz, denunciando en los gestos, la condición de respetable sacerdote, en gran solemnidad.

Terminada la alocución, grandes efluvios nebulosos, semejantes a una nube móvil, aparecieron en la tribuna que se mantenía vacía hasta entonces.

Y, poco a poco, delante de nuestros ojos asombrados, tres entidades tomaron forma perfectamente humana, presentando una de ellas, en la que el porte guardaba mayor autoridad jerárquica, un pequeño instrumento cristalino en las manos.

Vestían túnicas de curiosa e indefinible sustancia, en amarillo vivo, y se revestían de un halo color fuego. Esa aureola, más acentuada y viva en la frente, despedía radiaciones perturbadoras, que recordaban al hierro

incandescente.

Los dos compañeros del personaje central del trío, tomaron hojas de apunte de un cofre vecino y descendieron hasta nosotros en silencio.

La turba, antes agitada, asumió inesperada quietud.

Aun no sé de qué recóndita organización provenían tales funcionarios espirituales; no obstante, observé que el jefe del trío expedicionario, mostraba infinita melancolía en el rostro.

Alzó el instrumento cristalino frente al primer grupo formado por catorce hombres y mujeres. Efectuó observaciones, que no percibí, y dijo algo a los compañeros, que tomaron nota inmediatamente. Pero, antes que se retirase, dos miembros del conjunto avanzaron implorando socorro:

–¡Justicia! ¡Justicia! –suplicó el primero– estoy castigado sin culpa... Fui hombre de pensamiento y de letras, entre las criaturas encarnadas... ¿Por qué deberé soportar la compañía de los avarientos?

Mirando al selector, angustiosamente, reclamó:

–¡Si escogéis con equidad, libradme del laberinto en el que me veo! No había terminado, y el segundo interfirió, diciendo:

–Venerable magistrado, ¡por quién sois!... no pertenezco a la clase de los avaros. ¡Me imantaron a seres sórdidos y despreciables! Mi vida transcurrió entre libros, no entre monedas... La ciencia me fascinó, los estudios eran mi tema predilecto... ¿Puede así el intelectual equipararse al usurero?

El dirigente de la selección mostró reservada piedad, en el semblante calmo, y explicó, con firmeza:

–Clamas en balde, porque una desagradable vibración de egoísmo endurecido os caracteriza a todos. ¿Qué hiciste del tesoro cultural recibido? Tu "tono vibratorio" demuestra avaricia. El hombre que amontona letras y libros, teorías y valores científicos sin distribuirlos en beneficio de los otros, es hermano infortunado de aquellos que amontonan monedas y acciones, títulos y objetos preciosos, sin ayudar a nadie. El mismo plato les sirve en la balanza de la vida.

–¡Por amor de Dios! –suplicó uno de los asistentes conmovedoramente.

–¡Esta casa es de justicia en nombre del gobierno del mundo! –corrigió el dirigente, sin alterarse.

E impasible, aunque visiblemente amargado, se puso en marcha.

Auscultaba una formación de ocho personas; sin embargo mientras se comunicaba con los asesores, acerca de las observaciones recogidas, un caballero de faz macilenta, destacándose, exclamó, alardeando una enorme furia:

–¿Qué ocurre en este recinto misterioso? Estoy entre calumniadores confesos, cuando desempeñé el papel de hombre honrado... Crié una numerosa familia, nunca traicioné las obligaciones sociales, fui correcto y digno y, no obstante haber sido jubilado, desde temprano, cumplí todos los deberes que el mundo me señaló...

Con acento colérico decía, afligido: –¿Quién me acusa? ¿Quién me acusa?...

El seleccionador explicó, serenamente:

–La condena viene de ti mismo. Calumniaste tu propio cuerpo,

inventando, para él, impedimentos y enfermedades, que sólo existían en tu imaginación, interesada en huir de trabajo benéfico y salvador. Debilitaste tus órganos robustos, con deficiencias y molestias deplorables, tan solo con el propósito de conquistar reposo prematuro. Conseguiste cuanto pretendías, empeñaste amigos, sobornaste conciencias delictivas y obtuviste el descanso remunerado, durante cuarenta años de experiencia terrestre, en que no hiciste más que dormir y conversar sin provecho. Ahora es razonable que tu círculo vital se identifique al de cuantos se sumergieron en el pantano de la calumnia criminal.

El infeliz no tuvo fuerzas para la réplica. Se sumergió en lágrimas y tomó de nuevo su lugar en el grupo.

Alcanzando al tercer grupo, formado por mujeres, todavía no había aplicado el singular instrumento a su campo vibratorio, cuando fue abordado por una de ellas, pavorosamente desfigurada, que le lanzó atroces quejas.

–¿Por qué tamaña humillación? –preguntó bañada en lágrimas– fui dueña de una casa que me llenó de trabajo, volví para acá rodeada de consideraciones especiales, naturalmente debidas a mi estado social y me agrupan entre mujeres sin pudor ¿qué autoridades son éstas que imponen a una dama como yo, de noble procedencia, la convivencia de meretrices?

Una fuerte crisis de sollozos le embargó la voz.

Pero el seleccionador, con una calma que más se acercaba a la frialdad, declaró:

–Estamos en una esfera donde el equívoco se hace más difícil. Consulta tu conciencia. ¿Has sido, realmente, la patrona de un hogar respetable como juzgas ser? El tenor vibratorio indica que tus energías santificantes de mujer, en su mayor parte, fueron despreciadas. Tus archivos mentales informan de desarreglos emotivos, en cuya extinción gastarás largo tiempo. Por lo que parece, el altar doméstico no fue demasiado tu lugar.

La señora gritó, gesticuló, protestó, pero los seleccionadores prosiguieron en la tarea que se impusieron.

Llegado a nosotros, aplicó el instrumento en el que se destacaban pequeños espejos y habló a los auxiliares, definiéndonos la posición:

–Entidades neutras.

Nos atisbó, con mirada penetrante, como si viese nuestras intenciones más profundas y pasó adelante.

Instado por mí, Gubio aclaró:

–No fuimos acusados. Nos será posible el alistamiento en el servicio deseado. –¿Qué aparato viene a ser ese? –preguntó Eloy con curiosidad.

El orientador no se hizo rogar y explicó:

–Se trata de un captador de ondas mentales. La selección individual exigiría largas horas. Las autoridades, que dominan en estas regiones, prefieren la apreciación en grupo, lo que se hace posible por los colores y vibraciones del círculo vital que nos rodea a cada uno.

–¿Por qué nos consideró neutros? –pegunté.

–El instrumento no es susceptible de marcar la posición de las mentes que ya se transfirieron para nuestra esfera. Es un recurso válido para la identificación de periespíritus desequilibrados y no alcanza la zona superior.

–Pero, ¿por qué se habla, en esta casa, en nombre del gobierno del mundo? El instructor me dirigió un expresivo gesto y agregó:

–André, no te olvides que nos encontramos en un plano de materia un tanto densa y no en los círculos de gloriosa santidad. No olvides la palabra "evolución", y recuerda que los mayores crímenes, de las civilizaciones terrestres, fueron cometidos en nombre de la divinidad. ¿Cuántas veces, en el cuerpo físico, supimos de sentencias crueles, emitidas por espíritus ignorantes, en nombre de Dios?

Poco a poco, la ceremonia terminó con la misma imponencia de culto conque se había iniciado y, bajo la vigilancia de los centinelas, volvimos al punto de origen, envueltos en meditaciones y profundos pensamientos.

.

VI - OBSERVACIONES Y NOVEDADES

De vuelta al domicilio de Gregorio, fuimos transferidos, de la celda tenebrosa, a un aposento de ventanas enrejadas, donde todo degradaba a la vista. Seguramente, debíamos el cambio al resultado que habíamos alcanzado en las operaciones selectivas, pero, en verdad, aun así, nos hallábamos en una auténtica casucha. De cualquier modo, era para nosotros un inmenso consuelo contemplar algunas estrellas, a través de la neblina del paisaje nocturno.

El instructor, experto en idénticas expediciones a la nuestra, nos recomendó no tocar los barrotes de metal, que nos impedían la retirada, indicando que estaban imantados por fuerzas eléctricas de vigilancia, y poniendo de relieve que nuestra condición todavía era la de simples prisioneros.

Entretanto, nos aproximamos a las ventanas, que nos comunicaban con el exterior, y observé que el espectáculo era digno de estudio.

Había una gran animación en la vía pública, congregando a varios grupos de criaturas en conversación no lejos de nosotros.

Los diálogos y entendimientos sorprendían. Casi todos se referían a la esfera carnal.

Cuestiones minuciosas y pequeñas, de la vida particular, eran analizadas con inequívoco interés; con todo, las notas dominantes caían en el desequilibrio sentimental y en las emociones primarias de la experiencia física.

Percibí diferente expresión en los "halos vibratorios", que revestían la personalidad de los conversadores, a través de los colores de típica variación.

Me dirigí a Gubio, buscando una explicación.

–Todavía no puedes apreciar –respondió, servicial–, la extensión del intercambio entre encarnados y desencarnados. A determinadas horas de la noche, tres cuartas partes de la población, de cada uno de los hemisferios de la corteza terrestre, se hallan en las zonas de contacto con nosotros, y el mayor porcentaje de esos semi-liberados del cuerpo, por la influencia natural del sueño, permanecen detenidos en los círculos de baja vibración, como éste, en el que nos movemos provisionalmente. Por aquí, muchas veces, se forjan dolorosos dramas que se desarrollan en los campos de la carne. Grandes crímenes tienen, en estos sitios, su origen y, si no fuese por el trabajo activo y constante de los espíritus protectores, que se desvelan por los hombres en labor sacrificada de caridad y de educación perseverante, bajo la égida de Cristo, muchos más trágicos acontecimientos se producirían entre los encarnados.

Con el alma vuelta hacia las nociones de la vida inmensa que el ambiente sugería, rememoré el curso incesante de las civilizaciones. Pensamientos más elevados me aclararon mi razón. La Bondad del Señor no violenta el corazón. El Reino Divino nacerá dentro de él y, a la manera de la semilla de mostaza que se libera de los envoltorios inferiores, crecerá, gradualmente, bajo los impulsos constructivos del propio hombre.

¡Que temeraria concepción la de un paraíso fácil!

Gubio percibió mi posición mental y habló en apoyo de mis pobres reflexiones íntimas:

–Sí, André, la corona de la sabiduría y del amor es conquistada por la evolución, por esfuerzo, por asociación de la criatura a los propósitos del Creador. La marcha de la civilización es lenta y dolorosa. Grandes pesares se hacen indispensables para que el espíritu consiga desarrollar la luz que le es propia. El hombre encarnado vive, simultáneamente, en tres planos diferentes. Así como ocurre con el árbol, que tiene sus raí-ces en el suelo, guarda el encarnado raíces transitorias en la vida física; extiende las ramas de los sentimientos y deseos en los círculos de materia más leve, como el vegetal se alarga en el aire; y es sustentado por los principios sutiles de la mente, tanto como el árbol es garantizado por su savia. En el árbol tenemos raíz, copa y savia en tres procesos diferentes de manutención, para la misma vida y, en el hombre, vemos el cuerpo denso de carne, organización periespiritual y mente, representando tres expresiones distintas de base vital, con vistas a los mismos fines. Según observamos, el hombre exige, para sustentarse, en el cuadro evolutivo, relativa seguridad en el campo biológico, alimento de las emociones que le son propias, en las esferas de vida psíquica que se afinan con él, y base mental, en el mundo íntimo. La vida es patrimonio de todos, pero, la dirección, pertenece a cada uno. La inteligencia caída se precipita, despeñadero abajo, encontrando siempre, en los círculos inferiores que elige por morada, millones de vidas inferiores, junto a las cuales es aprovechada, por la Sabiduría Celestial, para mayor gloria de la obra divina. En la economía del Señor, ninguna cosa se pierde y todos los recursos son utilizados en la química del bien infinito. Aquí mismo, en esta ciudad, teníamos, al principio, un auténtico imperio de vidas primitivas que, poco a poco, fue ocupado por extensas colectividades de almas vanidosas y crueles. Se atrincheraron en estos sitios, guardando el loco propósito de hostilizar la bondad excelsa, y ejercen funciones útiles, junto a una enorme agrupación de criaturas todavía sub-humanas, no obstante atender a servicios que, para nosotros, serían insoportables en el presente. Usan la violencia en grandes dosis, sin embargo, en el curso de los años, la influencia intelectual de ellas traerá grandes beneficios a los oprimidos de ahora, y estemos convencidos que, a pesar de ostentar inteligencia y poder, permanecerán en los puestos que ocupan apenas mientras la Dirección Divina lo consienta, atenta al principio que determina que cada asamblea tenga el gobierno que merece.

El instructor hizo una pausa más larga, y concentré mi atención en dos mujeres que conversaban, cerca de la reja.

Una de ellas, ya desencarnada, decía a la compañera, aun presa a la experiencia física, parcialmente liberada en las alas del sueño:

–Notamos que últimamente estás más débil, más servicial... ¿No estarás desencantada en cuanto a los compromisos asumidos?

La interpelada explicó un tanto confundida:

–Sucede que Juan se afilió a un círculo de oraciones, lo que, de alguna manera, nos viene alterando la vida.

La otra dio un salto atrás, a modo de un animal sorprendido y gritó:

–¿Oraciones? ¿Estás ciega en cuanto al peligro que eso significa? Quien reza cae en la mansedumbre. Es necesario atormentarle, torturarle, herirle para que la rebeldía le mantenga en nuestro círculo. Si ganase piedad, nos destrozará los planes, dejando de ser nuestro instrumento en la fábrica.

La interlocutora, no obstante, observó, ingenua: –Él dice que está más calmado, más confiado...

–Marina –dijo la otra, intempestivamente–, tu sabes que no podemos hacer milagros y no es justo aceptar reglas y embustes de espíritus acobardados que, con el pretexto de fe religiosa, se erigen en dictadores de la salvación. Necesitamos a tu marido, y muchas otras personas que a él se agregan, en servicio y en nuestro nivel. El proyecto es enorme e interesante para nosotros. ¿Ya olvidaste cuanto sufrimos?

Y, tocándole exquisitamente en los hombros, indicó:

–No admitas encantamientos espirituales. La realidad es nuestra y nos corresponde aprovechar la ocasión, integralmente. Vuelve al cuerpo y no cedas un milímetro. Echa a los apóstoles improvisados. Nos hacen mal. Controla más a Juan. Desarrolla un servicio eficiente y no le des libertad. Hiérelo despacito. Su desesperación llegará, por fin, y con las fuerzas de la desobediencia que exteriorizará, en nuestro favor, alcanzaremos los fines que nos proponemos. Nada de transigir. No te atemorices con promesas de infierno o cielo después de la muerte. En todas partes, la vida es aquello que hacemos de ella.

Boquiabierto con lo que oía, observé que la entidad, astuta y vengativa, envolvía a la interlocutora en fluidos sombríos, como lo hacen los hipnotizadores comunes.

Dirigí una mirada interrogativa a nuestro orientador que, después de haber acompañado atentamente la escena, informó servicial:

–La obsesión de ese tipo presenta millones de casos. Por la mañana en la esfera de la corteza, esa pobre mujer, vacilante en la fe, incapaz de apreciar la felicidad que el Señor le concedió con un matrimonio digno y tranquilo, despertará en el cuerpo, con el alma desconfiada y abatida. Oscilando entre "creer" y "no creer" no sabrá polarizar la mente en la confianza, con la que debe enfrentar las dificultades del camino, y aguardar las manifestaciones santificantes de lo Alto y, en vista de la incertidumbre íntima en la que se encuentran sus actitudes, quedará imantada a esa hermana ignorante e infeliz, que la persigue y subyuga, para conseguir una deplorable venganza. Se convertirá, por eso, en objeto de acentuado sufrimiento para el esposo y sus conquistas incipientes peligrarán.

–¿Cómo se liberaría de semejante enemiga? –preguntó Eloy, interesado. –Manteniéndose en un patrón de firmeza superior, con suficiente disposición para el bien. Con ese esfuerzo, noble y continuo, mejoraría intensivamente sus principios mentales, situándoles en las fuentes sublimes de la vida y, en vez de convertirse en material absorbente de las irradiaciones enfermizas y depresivas, pasarían a emitir rayos transformadores y constructivos en

beneficio de sí misma y de las entidades que se encuentren en su camino. En todos los cuadros del Universo, somos satélites unos de los otros. Los más fuertes arrastran a los más débiles, pero, entendiéndose que el más frágil de hoy puede ser la potencia más alta de mañana, conforme a nuestro aprovechamiento individual. Expedimos rayos magnéticos y los recibimos al mismo tiempo. Es imperioso reconocer, sin embargo, que aquellos que se hallan bajo el control de energías ciegas, acomodándose a los golpes y sugestiones de la fuerza tiránica, emitidos por las inteligencias perversas que les asedian, se demoran largo tiempo en la condición de aparatos receptores del desorden psíquico. Es muy difícil reajustar a alguien que no desea reajustarse. La ignorancia y la rebeldía son efectivamente la fuente de sofocantes males.

Observé, no lejos de nosotros, como si estuviesen ligadas a las personalidades bajo nuestro examen, ciertas formas indecisas, oscuras. Se asemejaban a pequeñas esferas ovoides, cada una de las cuales poco mayor que un cráneo humano. Variaban profusa-mente en sus particularidades. Algunas denunciaban movimiento propio a la manera de grandes amebas, respirando en aquel clima espiritual; otras, con todo, parecían en repo-so, aparentemente inertes, unidas al halo vital de las personalidades en movimiento.

Analicé detenidamente el cuadro, como un investigador de laboratorio ante formas desconocidas.

Gran número de entidades, en las cercanías de la reja, transportaban esas esferas vivas, como si estuviesen imantadas a sus propias irradiaciones.

Nunca había observado, antes, tal fenómeno.

En nuestra colonia de residencia, aun tratándose de criaturas perturbadas y sufridoras, el campo de emanaciones era siempre normal. Y en nuestro servicio, al lado de almas en desequilibrio, en la esfera de la costra, nunca había visto aquella irregularidad, por lo menos en todo lo que pude observar.

Inquieto, recurrí al instructor, rogándole ayuda.

–André –respondió él, circunspecto, evidenciando la gravedad del asunto–, comprendo tu espanto. Se ve que eres nuevo en los servicios de auxilio. Ya oíste hablar seguramente de una "segunda muerte"...

–Sí, he acompañado a varios amigos en la tarea de la reencarnación, cuando, atraídos por imperativos de evolución y redención, retornan al cuerpo de carne. Otras veces, raras, tuve noticias de amigos que perdieron el vehículo periespiritual, con-quistando planos más altos. A esos misioneros, distinguidos por elevados títulos en la vida superior, no me fue posible seguirles de cerca.

Gubio sonrió y consideró:

–Entonces sabes que el cuerpo periespiritual también se transforma y perece aunque esté estructurado en un tipo de materia más especial.

–Sí... dije, reticente, en mi sed de saber.

–Viste a compañeros –prosiguió el orientador–, que se deshicieron de él, rumbo a esferas sublimes, cuya grandeza por lo pronto no nos es dado sondear, y observaste a hermanos que se sometieron a operaciones reductibles y desintegradoras de los elementos periespirituales, para renacer en la carne terrestre. Los primeros son servidores ennoblecidos y gloriosos en el deber bien cumplido, mientras que los segundos son colegas nuestros, que ya merecen la reencarnación asistida por valores intercesores, pero tanto como ocurre a los compañeros respetables de esos dos tipos, los ignorantes y los malos, los desviados y los criminales también pierden, un día, la forma periespiritual. Por la densidad de la mente, saturada de impulsos inferiores, no consiguen elevarse y gravitan alrededor de las pasiones absorbentes que, por muchos años, eligieron como centro de intereses fundamentales. Gran número, en esas circunstancias, en especial los participantes de condenables delitos, se imantan a los que se asociaron en los crímenes. Si el discípulo de Jesús se mantiene ligado a Él, a través de imponderables hilos de amor, inspiración y reconocimiento, los pupilos del odio y de la perversidad se

demoran unidos, bajo la orientación de las inteligencias que les entrelazan en la red del mal. Enriquecer la mente con conocimientos nuevos, perfeccionar las facultades de expresión, purificarla en las corrientes iluminativas del bien y engrandecerla con la incorporación definitiva de principios nobles, es desarrollar nuestro cuerpo glorioso, en la expresión del apóstol Pablo, estructurándolo en materia sublimada y divina. Esa materia, André, es el tipo de vehículo al que aspiramos, al referirnos a la vida que nos es superior. Estamos aún presos a las aglutinaciones celulares de los elementos fisio-periespirituales, tanto como la tortuga permanece encadenada a la concha. Nos sumergimos dentro de los fluidos carnales y de ellos nos liberamos, en vicioso vaivén, a través de numerosas existencias, hasta que despertamos a la vida mental, para expresiones santificadoras. Somos cual arbustos del suelo planetario. Nuestras raíces emocionales se sumergen, más o menos profundamente, en los círculos de la animalidad primitiva. Viene la hoz de la muerte y siega las ramas de nuestros deseos terrenos; sin embargo, nuestros vínculos guardan una gran vitalidad, en las camadas inferiores, y renacemos entre aquellos mismos que se convirtieron en nuestros asociados de largas eras, a través de luchas vividas en común, y a los cuales nos encadenamos por la comunión de intereses de la línea evolutiva en la que nos encontramos.

Las explicaciones eran bellas y nuevas a mis oídos, y, en razón de eso, no hice más preguntas que me formulaba en mi interior, para comprender, con atención, las consideraciones del instructor que prosiguió:

–La vida física es puro aprendizaje educativo, dentro de la eternidad, y a ella nadie es llamado para ser candidato a paraísos de favor y, sí, al molde vivo del cielo en el santuario del espíritu, por el máximo aprovechamiento de las oportunidades recibidas en el perfeccionamiento de nuestros valores mentales, con la evolución de las simientes divinas que traemos con nosotros. El trabajo incesante hacia el bien, la elevación de motivos en la experiencia transitoria, la disciplina de los impulsos personales, con amplio curso a las manifestaciones más nobles del sentimiento, el esfuerzo perseverante en el bien infinito, constituyen las vías de crecimiento mental, con adquisición de luz para la vida imperecedera. Cada criatura nace en la corteza de la Tierra para enriquecerse a través del servicio a la colectividad. Sacrificarse es superarse, conquistando la vida mayor. Por esto mismo, Cristo afirmó que el mayor en el reino celestial es aquel que se convirtiere en siervo de todos. Un hombre podrá ser temido y respetado en el planeta, por los títulos que le otorgó la convención humana, pero, si no progresó en el dominio de las ideas, mejorándose y perfeccionándose, llevará consigo una mente estrecha y

enfermiza. En suma, ir a la materia física y regresar de ella al campo de trabajo, en el que nos hallamos en el presente, es someternos a profundos choques biológicos, destinados a la expansión de los elementos divinos que integrarán, un día, la forma gloriosa.

Como me viese en la actitud del aprendiz que interroga en silencio, Gubio indicó:

–Para mayor claridad, volvamos al símbolo del árbol. El cuerpo físico es el vegetal, limitado en el espacio y en el tiempo, el cuerpo periespiritual es el fruto que expresa el resultado de las variadas operaciones del árbol, después de cierto período de maduración y la materia mental es la simiente que representa el substrato del árbol y del fruto, condensando las experiencias. La criatura, para adquirir sabiduría y amor, renace innumerables veces, en el campo fisiológico, a la manera de la simiente que regresa al suelo. Y cuantos se complican deliberadamente, apartándose del camino recto, en la dirección de zonas irregulares en que recogen experimentos enfermizos, atrasan, como es natural, la propia marcha, perdiendo largo tiempo para apartarse del terreno resbaladizo al que se relegaron, ligados a grupos infelices de compañeros que, en compañía de ellos, se extraviaron a través de graves compromisos con la liviandad o con el desequilibrio. ¿Comprendiste, ahora?

A pesar de la gentileza del orientador, que hacía lo posible por expresar claramente sus ideas, osé preguntar:

–¿Y si consultásemos a esos esferoides vivos? ¿Nos oirían? ¿Poseen capacidad de sintonía?

Gubio indicó, solícito.

–Perfectamente, entendiendo sin embargo, que la mayoría de las criaturas, en semejante posición, en los sitios inferiores como éste, adormecen en extrañas pesadillas. Oyen las llamadas que les hacemos, pero nos responden de modo vago dentro de la nueva forma en que se segregan, incapaces como son, provisionalmente, de exteriorizarse a sí mismos, de manera completa, sin los vehículos más densos que perdieron con agravio de

responsabilidad, en la inercia o en la práctica del mal. En verdad, ahora se catalogan como fetos o amebas mentales movidas, con todo, por entidades perversas o rebeldes. El camino de semejantes compañeros, es la reencarnación en la corteza de la Tierra o en otros sectores de la vida congénere, como ocurre a la simiente destinada a la cueva oscura para trabajos de producción, selección y perfeccionamiento. Claro que los espíritus, en evolución natural, no muestran fenómenos dolorosos en cualquier período de transición, como el que examinamos. La oveja que prosigue firme en la senda justa, contará siempre con los beneficios derivados de las directrices del pastor; no obstante, las que se desvían, huyendo, por el simple gusto de entregarse a la aventura, no siempre encontrarán sorpresas agradables o constructivas.

El orientador calló por unos momentos y preguntó enseguida: – ¿Entendiste la importancia de una existencia terrestre?

Sí, entendía, por experiencia propia, el valor de la vida corporal, en la costra planetaria; con todo, allí, delante de los esferoides vivos, tristes mentes humanas, sin capacidad de manifestación, mi respeto al vehículo de carne creció enormemente. Comprendí entonces, con más propiedad, el sublime contenido de las palabras de Cristo: "andad mientras tengáis luz". El asunto era fascinante e intenté examinarlo con Gubio más detenidamente; sin embargo, el orientador, sin perder la cortesía que le era característica, me recomendó que esperase al día siguiente.

.

VII - CUADRO DOLOROSO

Por la mañana, un emisario del sacerdote Gregorio, con semblante malhumorado, vino a notificamos, en su nombre, que teníamos libre hasta las primeras horas de la tarde cuando nos recibiría para una entrevista particular.

Salimos del cubículo, sinceramente desahogados.

La noche había sido simplemente aflictiva, por lo menos para mí que no

conseguí ninguna quietud en el reposo. No solamente el ruido exterior era continuo y desagradable, sino también la atmósfera pesada, asfixiante. Las alucinantes conversaciones del ambiente me perturbaban y herían.

Nos invitó Gubio a una pequeña excursión educativa, diciéndome, bondadoso: –Veamos, André, si podremos aprovechar algunos minutos, estudiando los "ovoides". Eloy y yo le acompañamos, satisfechos.

La calle estaba llena de tipos característicos de la anormalidad deprimente.

Lisiados de todos los matices, idiotas de variadas máscaras, hombres y mujeres de fisonomía torturada, iban y venían. Ofrecían la perfecta impresión de alienados mentales. Con la excepción de algunos que nos clavaban la mirada sospechosa y cruel, con manifiesta expresión de maldad, la mayor parte, a mi ver, se situaba entre la ignorancia y el primitivismo, entre la amnesia y la desesperación. Muchos se mostraban irritados ante la calma de la que dábamos testimonio. Ante los desmantelamientos y detritos que había en todas partes, concluí que el esfuerzo colectivo se mantenía ausente de cualquier servicio metódico respecto a la materia del plano. La conversación ociosa era, allí, lo que dominaba.

El instructor nos informó entonces con mucho acierto, que las mentes extraviadas, de modo general, luchan con ideas fijas e implacables, que les ciegan, invirtiendo un largo tiempo para reajustarse. Rebajadas por las propias acciones, pierden la noción del buen gusto de la confortación constructiva, de la belleza santificante y se entregan a una lamentable relajación.

En efecto, el paisaje, bajo el punto de vista del orden, dejaba mucho que desear. Las edificaciones, exceptuados los palacios de la plaza gubernativa, donde se notaba el movimiento de gran masa de esclavos, desilusionaban por el aspecto y condiciones en las que se mantenían. Las paredes, revestidas de sustancia semejante al lodo se mostraban repelentes no solo a la visión, sino también al olfato, por las exhalaciones desagradables.

La vegetación, en todos los ángulos, era escasa y esmirriada.

Eran frecuentes los gritos humanos, hijos del dolor de la inconsciencia, provocándonos sincera piedad.

Si fuesen pocos los transeúntes infelices se podría pensar en un servicio metódico de asistencia individual; pero, ¿qué decir de una ciudad formada por millares de locos declarados? ¿Dentro de una colmena de esa naturaleza, el hombre sano que intentase imponer socorro al espíritu general no sería efectivamente el alienado mental a los ojos ajenos? Era impracticable, por eso mismo, cualquier organización benéfica visible, a no ser a través del servicio arriesgado como aquel del que nuestro instructor se incumbiera, tocado por la renuncia, en la obra de santificación con Cristo.

Más allá de las perturbaciones reinantes, capaces de romper los nervios a las criaturas más equilibradas de la corteza del mundo, emanaba, en la atmósfera una sofocan-te niebla que no dejaba entrever el horizonte distante.

El Sol, a través de una espesa cortina de humo, cuya procedencia no me fue posible determinar, era visto por nosotros, a semejanza de una bola de sangre inflamada.

Eloy, forzando el buen humor, preguntó a propósito, si el infierno era un hospicio de proporciones así tan vastas, a lo que nuestro orientador respondió afirmativamente e informando que el hombre común no posee sino una vaga idea de la importancia de las creaciones mentales en la propia vida.

La mente estudia, proyecta, determina y materializa los deseos que le son peculiares en la materia que le circunda, explicó Gubio, y esa materia que plasma sus impulsos está siempre formada por innumerables vidas inferiores, en proceso evolutivo, en los cuadros del Universo sin fin.

Marchamos atravesando largos laberintos y nos encontramos ante una extensa edificación que, con buena voluntad, llamaremos asilo de espíritus desamparados.

Mientras estaba encarnado, me sería extremadamente difícil creer en una escena igual a la que se mostró a la visión inquieta. Ningún sufrimiento, después de la muerte del cuerpo, me llegó tan profundo el corazón.

El griterío, alrededor, era para espantar.

Atravesamos una muralla llena de lodo y, después de avanzar algunos pasos, el pavoroso cuadro se abrió a nuestros ojos. Un ancho y profundo valle se extendía, habitado por toda especie de padecimientos inimaginables.

Nos sentíamos, ahora, en la extremidad de una explanada que se quebraba en abrupto despeñadero.

Delante, a una distancia de decenas de kilómetros, se sucedían cavernas y abismos como si estuviésemos ante el inmenso cráter de un volcán vivo alimentado por el dolor humano, porque, allá dentro, torbellinos de voces explotaban, sin interrupción, como una extraña mezcla de lamentos de hombres y animales.

Las fibras más íntimas me temblaron, y, no sólo en mí, sino igualmente en el espíritu de Eloy, el movimiento era de retroceso instintivo.

No obstante, el orientador, estaba firme.

Lejos de fomentar la debilidad, la ignoró deliberadamente, y dijo, con calma:

–Se amontonan aquí, como si fuesen leños secos, millares de criaturas que abusaron de los sagrados dones de la vida. Son reos de su propia conciencia, personalidades que alcanzaron la supervivencia sobre las ruinas del propio "yo", confinados en un oscuro sector de alienación mental. Agotan residuos envenenados, que acumularon en la esfera íntima, a través de largos

años vacíos de trabajo edificante, en el mundo físico, entregándose, en el presente, a interminables días de tortura redentora.

Y, tal vez porque nuestro espanto creciese a la vista de la escena aflictiva y tenebrosa, nos indicó serenamente:

–No estamos contemplando sino la superficie de tenebrosas cárceles confundiéndose con los precipicios subcrostales de la corteza.

–¿Pero no habrá recurso a tanto desamparo? –preguntó Eloy, compungidamente. Gubio reflexionó algunos momentos y dijo en tono grave:

–Cuando encontramos un muerto, es fácil concederle sepultura digna, pero si los cadáveres son contados por multitudes, nada nos queda sino adoptar la fosa común. Todos los espíritus renacen en los círculos carnales para destruir los ídolos de la mentira y de la sombra, y entronizar dentro de sí mismos, los principios de la sublimación victoriosa para la eternidad, cuando no se encuentran en el simple camino evolutivo; con todo, en las demostraciones de orden superior que les corresponden, prefieren, en la mayoría de las ocasiones, adornar la muerte con la ociosidad, la ignorancia agresiva o el crimen disfrazado, olvidando la gloriosa inmortalidad que les compete alcanzar. En vez de estructurar un destino santificante con vistas al porvenir infinito, menosprecian oportunidades de crecimiento, eluden el aprendizaje saludable y contraen débitos clamorosos, retardando la obra de elevación propia. ¿Y si ellos mismos, señores de preciosos dones de inteligencia con todo el acervo de revelaciones religiosas que disponen para solucionar los problemas del alma, se confían voluntariamente a semejante atraso, qué podemos hacer sino seguir en las líneas de paciencia por donde se regula la influencia de nuestros benefactores? Sin duda, este paisaje es inquietante y angustioso, pero comprensible y necesario.

Le pregunté si en aquel purgatorio no había compañeros amigos, con la misión de consolar, a lo que nuestro instructor respondió, afirmativamente:

–Sí –dijo–, esta inmensa colectividad, dentro de la cual existen muchos individuos que por el sufrimiento continuo se caracterizan por el

comportamiento sub-humano, no está olvidada. La renuncia opera con Jesús, en todas partes. Pero, ahora, no disponemos de oportunidades para la identificación de misioneros y servidores del bien. Vamos al estudio que nos interesa de más cerca.

Descendimos algunos metros y encontramos a una escuálida mujer tirada en el suelo.

Gubio fijó en ella los ojos muy lúcidos y, después de algunos momentos, nos recomendó seguir sus observaciones.

–¿Ves, realmente, André? –inquirió, paternalmente.

Percibí que la infeliz estaba cercada por tres formas ovoides, diferenciadas entre sí en las disposiciones y en los colores, pero, que hubieran sido imperceptibles a mis ojos, sino hubiese sido capar de desarrollar todo mi potencial de atención.

–Observo, sí, la existencia de tres figuras vivas, que se yuxtaponen al periespíritu, a pesar de expresarse por intermedio de materia que me parece leve gelatina fluida y amorfa.

Gubio me explicó, sin demora.

–Son entidades infelices, entregadas a los propósitos de venganza y que perdieron grandes patrimonios de tiempo, en virtud de la revuelta que atormenta su ser. Reduje-ron su periespíritu bajo inenarrables tormentas de desesperación, y se imantan, de forma natural, a la mujer que odian, hermana ésta que, por su parte, aún no descubrió que la ciencia de amar es la ciencia de liberar, iluminar y redimir.

Auscultamos más de cerca a la desventurada criatura.

Asumió Gubio la actitud del médico ante el paciente y los aprendices.

La mujer sufridora, envuelta en un halo de "fuerza cenicienta oscura", notó nuestra presencia y gritó, entre la aflicción y la idiotez:

¡Joaquín! ¿Dónde está Joaquín? ¡Díganme; por piedad! ¿Adonde le llevaron? ¡Ayúdenme! ¡Ayúdenme!

Nuestro orientador le tranquilizó con algunas palabras y dándole la atención de la que el psiquiatra dispensaría al enfermo en crisis grave, nos dijo:

–¡Examinad los ovoides! Sondeadles, magnéticamente, con las manos. Operé, con rapidez.

Toqué el primero y noté que reaccionaba, positivamente.

Mostré, en un acto de voluntad, mi capacidad de oír el campo íntimo de la forma y, asombrado, oí gemidos y frases como si fuesen lejanos por el hilo del pensamiento:

–¡Venganza! ¡Venganza! No descansaré hasta el fin... Esta mujer infame me pagará...

Repetí la experiencia con los otros dos y los resultados fueron idénticos. Las exclamaciones "¡asesina! ¡asesina!..." salían de cada uno.

Después de acariciar a la enferma fraternalmente, analizándole, atento, el instructor nos dirigió la palabra, explicando:

–Joaquín será naturalmente el compañero que le precedió en la

reencarnación. Seguramente ya regresó a la Tierra, a fin de prepararle lugar. La pobrecita está esperando la ocasión de retorno a la lucha benéfica. Veo su drama cruel. Fue una tiránica señora de esclavos en el siglo pasado. Percibo los recuerdos de la hacienda próspera y feliz, en sus archivos mentales. Fue joven y bella, pero se casó, de acuerdo con el programa de pruebas salvadoras, con un caballero de edad madura, que, a su vez, ya tenía relaciones sentimentales con una esclava. A pesar del matrimonio, no abandonó él tal relación. Por eso, la pobre madre y esclava, aún joven, penitente y desdichada, siguió en la propiedad rural con los retoños de su amor infeliz. Con el paso del tiempo, la esposa conoció toda la extensión del asunto y reveló la ira que poblaba su alma. Se dirigió al marido, colérica y violenta, obligándole a seguir sus dictados. La esclava fue separada de los dos hijos que poseía y vendida para una región donde, en breve, encontró la muerte por fiebre maligna. Los dos muchachos atados al tronco, padecieron vejaciones y flagelaciones frente a la choza. Acusados de ladrones, por el capataz, a instancias de la señora dominada de egoísmo aterrador, fueron cargados de pesadas cadenas. Vivieron bajo humillaciones incesantes. En pocos meses, cayeron, sin remisión, minados por la tuberculosis que nadie socorrió. Desencarnados se reunieron con su madre que se encontraba en plena rebeldía, formando un trío perturbador en la hacienda, sustentando siniestros propósitos de venganza. Invitados a la tolerancia y al perdón por amigos espirituales que les visitaban frecuentemente, nunca cedieron un ápice en los planes sombríos en los que empeñaron su corazón. Atacaron, despiadados, a la mujer que les tratara con dureza, imponiendo un destructivo remordimiento a su espíritu vacilante y débil. Dominando su vida psíquica, se transformaron, para ella, en peligrosos verdugos invisibles, utilizando todos los medios de que disponían para acrecentar sus sufrimientos. Debido a esto, ella enfermó gravemente. Socorrida por médicos y sacerdotes diversos, no recuperó nunca más el equilibrio orgánico. Su cuerpo físico fue minado, poco a poco. Incapaz de expandirse, mentalmente, en el idealismo superior, que corrige desvaríos íntimos y facilita la cooperación vibratoria de las almas que respiran en esferas más elevadas, la infeliz hacendada sufrió, aislada en el orgullo destructivo que marcaba su camino, diez años de amarguras constantes e indefinibles. Claro que poseía, por su parte, amigos prestos a extenderle generosas manos con ocasión de la muerte del cuerpo que se tornó inevitable; con todo, cuando nos cegamos en el mal, nos inhabilitamos nosotros mismos, a la recepción de cualquier recurso del bien.

El instructor hizo una ligera pausa en la narrativa y continuó:

–Fuera de las ataduras carnales, se vio perseguida por las víctimas de otro tiempo, teniendo anulada la capacidad de iniciativa en virtud de las emisiones vibratorias del propio miedo perturbador. Padeció muchísimo, aunque contó con la compasión de benefactores de lo Alto que siempre intentaron conducirle a la humildad y a la renovación por el amor, pero el odio es un horno ardiente, mantenedor de ceguera y sublevación. Desencarnado el esposo, vino semi-loco a encontrarle en el mismo invencible abatimiento, incapaz de socorrerle en vista de los propios dolores que le obligaban a difíciles rectificaciones. Los impíos adversarios siguieron su obra deplorable y, aun después de perder la organización periespiritual, se adhirieron a ella, con los principios de materia mental en la que se revisten. La revuelta y el pavor de lo desconocido, con absoluta ausencia de perdón, nos ligan unos a los otros, cual cadenas de bronce. La infeliz perseguida, en la posición en la que se encuentra, no les ve, no les palpa, pero siente su presencia y oye sus voces, a través de la inconfundible acústica de la conciencia. Vive atormentada, sin dirección. Tiene el comportamiento de un ser casi irresponsable.

La infortunada criatura no parecía entender las informaciones dichas allí en voz alta, y que le afectaban. Clamaba, amedrentada, por el auxilio del compañero.

Aproveché la ocasión para algunas indagaciones.

–Ante ese cuadro conmovedor, ¿cómo encarar la solución? –pregunté Gubio indicó, con mucha calma:

–Necesita tiempo. La perturbación viene inesperadamente, y se instala rápidamente pero se retira muy despacio. Aguardemos la obra paciente de los días.

Después de una expresiva pausa, indicó:

–Todo me hace creer que los misioneros de la caridad ya recondujeron al esposo a las corrientes de la reencarnación y es de suponer que esta hermana se halle en vías de seguirle los pasos, en breve tiempo. Naturalmente,

renacerá en círculos de vida torturada, enfrentando inmensos obstáculos para reencontrar al ex esposo y compartir con él las experiencias futuras. Entonces...

–¿Los enemigos serán sus hijos? –pregunté con impaciencia.

–¿Cómo no? Ciertamente, el caso ya se encuentra bajo la jurisdicción superior. Esta mujer volverá a la carne, seguida por las mentes de los adversarios que aguardarán junto a ella, el tiempo de inmersión en los fluidos terrestres.

–¡Oh! –exclamé, profundamente espantado– ¿no se separará de los perseguidores, ni siquiera para el regreso? He acompañado reencarnaciones que, invariablemente, son seguidas por medidas especiales...

–Sí, André –dijo el instructor–, observaste los procesos en los que funcionaron elementos intercesores de importancia, atendiendo a la noble misión de los interesados en el futuro y, con el auxilio divino, semejantes casos se cuentan por millones. Con todo, existen, aún, en los sectores de la lucha humana, millones de renacimientos de almas criminales que vuelven a la zambullida en la carne presionadas compulsivamente por el plano superior de modo que expíen delitos graves. En esos casos, el individuo responsable por la desarmonía reinante se convierte en centro de gravitación de las conciencias desequilibradas por su culpa y asume los trabajos de reajuste, siempre largos y complicados, de acuerdo con los dictámenes de la Ley.

Comprendiendo mi asombro, Gubio explicó:

–¿Por qué te extrañas? Los principios de atracción gobiernan el universo entero. En los sistemas planetarios y en los sistemas atómicos vemos el núcleo y los satélites. En la vida espiritual, los ascendientes esenciales no difieren. Si los buenos representan centros de atención de los Espíritus que tienen afinidad por sus ideales y tendencias, los grandes delincuentes se transforman en núcleos magnéticos de las mentes que se extraviaron de la senda recta, en obediencia a ellos. Nos elevamos con aquellos que amamos y redimimos o nos rebajamos con aquellos que perseguimos y odiamos.

Las explicaciones me inspiraban profundos pensamientos, en cuanto a la grandeza de las leyes que rigen la vida y, atento a la meditación de aquel instante, evité nuevas preguntas.

El instructor acarició la frente de la desventurada criatura, envolviéndola, intencionalmente, en una bendición de fluidos divinos y dijo:

–¡Pobre hermana! ¡Que el Cielo le de fuerzas en la jornada por emprender! Seguida de cerca por la influencia de los seres que con ella se proyectaron en el abismo mental del odio, tendrá una infancia dolorosa y sombría por los pesares desconocidos que se acumularán en su alma oprimida. Conocerá enfermedades de diagnóstico imposible, por ahora, en el cuadro de los conocimientos humanos, por tener su origen en la persistente e invisible actuación de los enemigos de otra época... Tendrá una adolescencia torturada por sueños de maternidad y no reposará íntimamente, mientras no acaricie, en su propio seno, a los tres adversarios convertidos, entonces, en hijos de su ternura sedienta de paz... Transportará consigo tres centros vitales inarmónicos y, hasta que les reajuste en la forja del sacrificio, encaminándoles a la senda correcta, será, en la condición de madre, un imán atormentado a la sede oscura y triste de una constelación de dolor.

El estudio era, sin duda, absorbente y fascinante, pero la hora impedía más servicios y era imperioso regresar.

.

VIII - INESPERADA INTERCESIÓN

La sala en la que fuimos recibidos por el sacerdote Gregorio parecía un extraño santuario, cuya luz interior se alimentaba de antorchas ardientes.

Sentado en un pequeño trono que destacaba su figura en el desagradable ambiente, el exótico personaje se rodeaba de más de cien entidades en actitud de adoración. Dos servidores, extravagantemente vestidos, manejaban grandes incensarios en cuyo interior se consumían sustancias

perfumadas, de fuertes emanaciones.

Vestía una túnica escarlata y estaba rodeado de un halo pardo oscuro, cuyos rayos, inquietantes y contundentes, nos herían la retina.

Fijó en nosotros la mirada inquisidora y nos extendió la diestra, dándonos a entender que nos podíamos aproximar.

Fuertemente interesado, acompañé a Gubio.

¿Quién sería Gregorio en aquel recinto? ¿Un jefe tiránico o un ídolo vivo, saturado de misterioso poder?

Doce criaturas que rodeaban el dorado asiento, se arrodillaban humildes, atentas a las órdenes que pudiese dar.

Con un simple gesto ordenó silencio para la conversación que entablaría con nosotros, porque, en algunos segundos, el recinto se vació de cuantos se hallaban dentro de él.

Comprendí que trataríamos un grave asunto y me fijé en nuestro orientador para imitar sus movimientos.

Gubio, seguido por Eloy y por mí, a reducida distancia, se acercó al anfitrión de rudo aspecto que le contemplaba, observando por mi parte, el esfuerzo de nuestro instructor para salvar los obstáculos del momento, para no sentirse mentiroso, delante de su propia conciencia.

Le saludó Gregorio, exhibiendo fingida complacencia, y habló:

–Acuérdate que soy juez, mandatario del gobierno establecido aquí. No

debes, pues, faltar a la verdad.

Transcurrida una pequeña pausa dijo:

–En nuestro primer encuentro, pronunciaste un nombre...

–Sí –respondió Gubio, sereno–, el de una benefactora. –¡Repítelo! –ordenó el sacerdote, imperativo.

–Matilde.

El semblante de Gregorio se hizo sombrío y angustiado. Se diría que había recibido en aquel instante una tremenda puñalada invisible. Disimulando esta emoción y, con la firmeza de un administrador orgulloso y torturado, preguntó:

–¿Qué tiene de común conmigo semejante criatura? Nuestro orientador replicó, sin afectación: –Afirmó quererte con desvelado amor materno.

–¡Evidente engaño! –contestó Gregorio–, mi madre se separó de mí, hace algunos siglos. Por lo demás, aunque me interesase tal reencuentro, estamos fundamentalmente divorciados uno del otro. Ella sirve al Cordero, y yo sirvo a los dragones [3].

[3- Espíritus caídos en el mal, desde eras primitivas de la creación planetaria, y que operan en zonas inferiores de la vida, personificando líderes de rebelión, odio, vanidad y egoísmo; sin embargo, no son demonios eternos, porque individualmente se transforman para el bien, en el curso de los siglos, como sucede a los propios hombres (Nota del autor espiritual)].

Aquella particularidad de la conversación bastaba para excitar mi curiosidad. ¿Quiénes serían los dragones que decía? ¿Genios satánicos de

leyenda? ¿Espíritus caídos en el camino evolutivo, con la inteligencia vuelta en contra de los principios saludables y redentores de Cristo, que todos veneramos en la condición de Cordero de Dios? Sin duda, no me equivocaba; no obstante, Gubio me lanzó una significativa mirada, después de sondearme en silencio la pregunta íntima invitándome, sin palabras, a sellar los labios entreabiertos de asombro.

Indiscutiblemente, aquel instante no permitía la conversación de un aprendiz y debía destinarse a las manifestaciones conscientes y seguras de un maestro.

–Respetable sacerdote –dijo nuestro orientador, con gran sorpresa para mí–, no puedo discutir tus motivos personales. Sé que hay un orden absoluto en la creación y no ignoro que cada espíritu es un mundo diferente y que cada conciencia tiene su camino.

–¿Criticas, por ventura, a los dragones que se ocupan de la justicia? –preguntó Gregorio, duramente.

–¿Quién soy yo para juzgar? –comentó Gubio, con simplicidad– no paso de ser un servidor en la escuela de la vida.

–Sin ellos –prosiguió el sacerdote, algo colérico–, ¿qué sería de la conservación de la Tierra? ¿cómo podría operar el amor que salva, sin la justicia que corrige? Los grandes jueces son temidos y condenados; ya que soportan los residuos humanos, conviven con las repugnantes llagas del Planeta, lidian con los crímenes del mundo, se convierten en carceleros de los perversos y de los viles.

Y como un culpable, que busca grandes justificaciones, continuó, irritado: –Los hijos del Cordero podrán ayudar y rescatar a muchos.

No obstante, millones de criaturas como sucede conmigo mismo, no piden auxilio, ni liberación. Se afirma que no pasamos de extraviados morales. Sea. Seremos entonces, criminales, vigilándonos unos a los otros. La Tierra nos

pertenece porque, dentro de ella, la animalidad domina ofreciéndonos el clima ideal. No tengo, por mi parte, ninguna noción del Cielo. Creo que sea una corte de elegidos, mas el mundo visible para nosotros solo es un extenso reino de condenados. En el cuerpo físico caímos en la red de circunstancias fatales; con todo, la trama que los planos inferiores nos prepararon, servirá a millones. Si es nuestro destino trillar la mies del mundo, nuestro tamiz no será complaciente. Expertos como somos en la caída, probaremos a todos los que encontremos en el camino. Ordenan los grandes jueces que guardemos las puertas. Tenemos, por eso, servidores, en todos los lugares. Se subordinan a nosotros todos los hombres y mujeres apartados de la evolución regular, y es forzoso reconocer que semejantes individuos se cuentan por millones. Más allá de eso, los tribunales terrestres son insuficientes para la identificación de todos los delitos que se procesan entre las criaturas. Nosotros somos los ojos de la sombra, para quienes los menores dramas ocultos no pasan desapercibidos.

Ante la pausa que se hizo, contemplé el rostro de Gubio, que no presentaba ninguna alteración.

Mirando a Gregorio, con humildad, indicó:

–Gran sacerdote, yo sé que el Señor Supremo nos aprovecha en su obra divina, según nuestras tendencias y posibilidades para satisfacer sus designios. Los fagocitos en el cuerpo humano son utilizados en la eliminación de la impureza, del mismo modo que la centella eléctrica irrumpe, inaguantable, a fin de sanar los desequilibrios atmosféricos. Respeto tu poder, porque si la sabiduría celeste conoce la existencia de las hojas tiernas de los árboles, sabe también la razón de tu extenso dominio; pero, ¿no estás de acuerdo en que nuestra interferencia prevalece sobre la fatalidad, círculo cerrado de circunstancias que nosotros mismos creamos? No estoy habilitado a apreciar el trabajo de los jueces que administran estos parajes de sufrimiento reparador...

Pero, conozco los cuadros pavorosos que se desdoblan a tu mirada. Observo, de cerca, a los criminales que se imantan unos a los otros; sondeo, de vez en cuando, los dramas sombríos de aquellos que yacen en las grutas del dolor, magnetizados al mal que practicaron, y no ignoro que la justicia debe reinar, de acuerdo a las ordenes soberanas. Sin embargo, respetable

Gregorio, ¿no admites que el amor, instalado en los corazones, redimiría todos los pecados? ¿No aceptas, acaso, la victoria final de la bondad, a través del servicio fraterno que nos eleva y conduce al Padre Supremo? Si invirtiéramos en las empresas divinas del Cordero las mismas energías que se despenden al servicio de los dragones, ¿no alcanzaríamos, más apresuradamente, los objetivos del supremo triunfo?

El sacerdote oyó esto, contrariado, y clamó con desagradable inflexión de voz:

–¿Cómo pude escucharte, callado, tanto tiempo? somos aquí jueces en la muerte de todos aquellos que desperdiciaron los tesoros de la vida. ¿Cómo inocular amor en corazones endurecidos? ¿No dijo el Cordero, cierta vez, que no se debe lanzar perlas a los puercos? Para cada pastor de rebaño en la Tierra, hay mil puercos ostentando las insignias de la carne. Y si tu Maestro reclama pastores a su apostolado, ¿qué hacer, de nuestra parte, sino constituir equipos de inteligencias vigorosas, especializadas en corregir a las criaturas delincuentes que se colocan bajo nuestra vara directiva? Los dragones son los genios conservadores del mundo físico y se esmeran en preservar la aglutinación de los elementos planetarios. Coherentes con la lógica, no entienden el paraíso de imposición. Si el amor conquistase la Tierra, de un día para otro, desintegrando los abismos oscuros a fin de que la luz sublime brillase para siempre, fácil e instantánea, ¿cómo acomodar en ese clima celestial las conciencias de los lobos y leones, panteras y tigres (por la extrema analogía que aún guardan con esas fieras), almas esas que habitan formas humanas por millares de millares? ¿Qué sería de los cie-los si no vigilásemos los infiernos?

Carcajada sarcástica y estrepitosa siguió a las palabras. Pero, Gubio, no se perturbó. Con simplicidad, volvió a considerar:

–Me permito recordar, que, si nos lanzásemos todos a socorrer a los miserables, la miseria se extinguiría; si educásemos a los ignorantes, la tiniebla no tendría razón de ser; si amparásemos a los delincuentes, ofreciéndoles estímulo a la lucha regeneradora, el crimen sería barrido de la faz de la Tierra,

El sacerdote hizo vibrar una campanilla que me pareció destinada a expandir sus expresiones de ira y gritó, roncamente:

–¡Cállate! ¡Insolente! ¡Sabes que te puedo castigar!

–Sí –dijo nuestro orientador, imperturbable–, creo conocer la extensión de tus posibilidades. Mis compañeros y yo, a una leve orden de tu boca, podemos recibir prisión y tortura y, si esta representa la voluntad de tu corazón, estamos prontos a recibirla. Conocíamos, de antemano, las probabilidades en contra nuestra de esta aventura; pero el amor nos inspira y confiamos en el mismo poder soberano que te permite aplicar la justicia.

Gregorio miró a Gubio, asombrado, en vista de tamaño coraje y, seguramente, aprovechando éste la transformación psicológica del momento, dijo con firmeza serena:

–Nos dijo Matilde, nuestra benefactora, que tu nobleza no se desvaneció y que tus elevadas cualidades de carácter permanecen invioladas, no obstante la dirección diferente que imprimiste a tus pasos; por esto mismo, identificando tu valía personal, te llamo "respetable" en los ruegos que te dirijo.

La cólera del sacerdote pareció amainarse.

–No creo en tus informaciones –dijo, contrariado–, mas sé claro en las peticiones. No dispongo de tiempo para habladurías inútiles.

–Venerable Gregorio –pidió nuestro instructor, humilde–, seré breve. Óyeme con tolerancia y bondad. No ignoras que tu madre espiritual jamás se olvidaría de Mar-garita, amenazada actualmente de locura y muerte, sin razón de ser...

Escuchando el informe, el sacerdote cambió visiblemente, expresando en

el rostro una inquietud indescriptible. La extraña aureola que le revestía la frente reveló tonalidades más oscuras. Una dureza singular apareció en los ojos felinos y los labios se le contrajeron en un rictus de infinita amargura.

Creí por un momento que nos fulminaría si pudiese, pero se contuvo, inmóvil, a pesar de la expresión agresiva y ruda.

–No desconoces que Matilde tiene en tu compañera de otras eras una pupila muy amada al corazón. Las oraciones de esa torturada hija espiritual alcanzan su alma abnegada y luminosa. Gregorio, Margarita se empeña en vivir en el cuerpo, hambrienta de redención. Aspiraciones renovadoras inundaron su infancia y, ahora que el matrimonio en plena juventud revigoriza sus esperanzas, desea demorarse en el campo de la lucha benéfica, para resarcir el pasado culpable. Ciertamente, fuertes razones te impulsan a obligar su retorno, ya que le impusiste un caprichoso camino de muerte. No te repruebo, ni te acuso, pues nada soy. Y aunque el Señor me confiriese algún alto encargo representativo, no podría juzgarte, sino después de haber vivido tu propia tragedia, experimentando tus propios dolores. Sin embargo sé que por el amor o por el odio del pasado, ella permanece intensamente ligada a los rayos de tu mente y todos sabemos que los acreedores y los deudores se encontrarán, unos con otros, tarde o temprano, cara a cara... Pero su actual existencia implica un gran servicio salvador. Desposó a un antiguo asociado de lucha evolutiva que no es ajeno a tu corazón y reinará, maternalmente, en un hogar en el que consagrados benefactores organizarán un hermoso ministerio de trabajo iluminativo. Espíritus amigos de la verdad y del bien se preparan para recibir su ternura materna, cual flores benditas por el rocío celeste en camino de preciosa fructificación. Vengo a rogarte pues, que sea suavizada la venganza cruel. Nuestra alma, por más impasible que sea, se modifica con las horas. El tiempo todo lo devasta y elimina todos los patrimonios de la inferioridad, para que la obra de perfeccionamiento permanezca. La materia que nos sirve a las manifestaciones, se modifica con los días. Y, por más invencibles que fuesen los poderosos jueces a los cuales obedeces, no superan ellos, de ningún modo, la autoridad soberana del Todo-Misericordioso que les permite actuar en nombre de la corrección, para el bien común.

Pesados minutos de expectación y silencio cayeron sobre nosotros.

Nuestro instructor, no obstante, lejos de desanimarse, tomó de nuevo la palabra, con la voz suplicante:

–Si aún no consigues oír los recursos interpuestos por la Ley del Cordero Divino, que nos recomienda el amor recíproco y santificante, no hagas oídos sordos a los ruegos del corazón materno. Ayúdanos a liberar a Margarita, salvándole de la destructiva persecución. No es necesaria tu ayuda personal. Nos bastará tu indiferencia, a fin de que actuemos con la necesaria libertad.

El sacerdote se rió, contrahecho, y expresó:

–Observo que conoces la justicia. –Sí –dijo Gubio, melancólico. El anfitrión habló sin disimulo:

–Quien labra sentencias, desprecia la renuncia. Entre los que defienden el orden, el perdón es desconocido. Ordenaban los legisladores de la Biblia que las sentencias se basasen en el principio de cambio de: "ojo por ojo y diente por diente". Y ya que te muestras tan bien informado acerca de Margarita, ¿podrás, en sana conciencia, suprimir las razones que me compelen a decretar su muerte?

–No discuto los motivos que te conducen –exclamó nuestro orientador entre afligido y entristecido–, sin embargo, quiero insistir en la súplica fraterna. Auxílianos a conservar aquella existencia valiosa y fructífera. Ayudándonos, ¿quién sabe? Tal vez, por los brazos cariñosos de la víctima de hoy podrías, tú mismo, volver al baño de la experiencia humana, renovando caminos para glorioso futuro.

–¡Cualquier idea de vuelta a la carne me resulta intolerable! –gritó Gregorio, contrariado.

–Sabemos, gran sacerdote –continuó Gubio, con calma–, que sin tu permiso, en vista de los lazos que Margarita creó con tu mente, poderosa y activa, nos sería difícil cualquier actividad liberadora. ¡Déjanos libertad de acción! No te pedimos suspender la sentencia, ni pretendemos justificar a Margarita. Quien asume compromisos ante las Leyes Eternas es obligado a

encararlos, ahora o más tarde, para el rescate justo. Con todo, te rogaríamos un aplazamiento en la ejecución de tus propósitos. Concede a tu deudora un intervalo benéfico, en homenaje a los desvelos de tu madre y, posible-mente, el tiempo se encargará de modificar este proceso doloroso.

Mostrando expresión de sorpresa, frente a la imprevista solicitud de aplazamiento, cuando nosotros mismos, esperábamos que el orientador se impusiese, reclamando la revocación definitiva, Gregorio dijo, menos contundente:

–Tengo necesidad del alimento psíquico que solo la mente de Margarita me puede proporcionar.

Preguntó Gubio, con fuerza:

–¿Y si reencontrases el dulce consuelo de la ternura materna, como alimento de tu alma, hasta que Margarita te pudiese suministrar, redimida y feliz, el sublimado pan del espíritu?

El sacerdote se levantó por primera vez y clamó; –No lo creo...

–¿Y si te propusiésemos semejante bendición a cambio de tu neutralidad ante nuestro esfuerzo de salvación? ¿Nos permitirías actuar simultáneamente con los servidores que obedecen tus órdenes? ¿No les inclinarías contra nosotros y nos dejarías equipararnos con ellos, intentando la recuperación? El tiempo de esa forma, daría la última palabra, en tus decisiones...

Gregorio reflexionó algunos instantes y replicó: –Es muy tarde.

–¿Por qué? –preguntó nuestro instructor, inquieto.

–El caso de Margarita –aclaró el sacerdote en tono significativo– está

definitiva-mente entregado a una falange de sesenta servidores a mi servicio, bajo la jefatura de un duro perseguidor que odia a su familia. La solución definitiva podría haber sido alcanzada en pocas horas, pero no deseo que ella vuelva a mis manos, con la revuelta de la víctima, en cuya fuente interior solo me fuese posible recoger las aguas turbias de la desesperación y de la hiel. Será torturada como me torturó en otra época; padecerá humillaciones sin nombre y deseará la muerte como valioso bien. Lograda la rendición por el sufrimiento dilacerante, su mente me recibirá como a un benefactor, amoroso y providencial, envolviéndome en las emisiones de cariño que vengo esperando hace muchos años. No sería fructífera cualquier tentativa liberadora. Su razón se oscurece, poco a poco, y el trabajo de imantación para la muerte está casi terminado.

Nuestro dirigente, no obstante, no se dio por vencido e insistió:

–¿Y si nos confundiésemos con tu falange, intentando el servicio que nos proponemos? Compareceríamos, junto a la enferma, como amigos tuyos y, sin desacatar tu autoridad, procuraríamos ejecutar el programa, que nos trajo hasta aquí, testimoniando la humildad y el amor que el Cordero nos enseña.

Gregorio pensaba en silencio, pero Gubio proseguía con simplicidad y firmeza: ¡Concédelo!... ¡concédelo!... ¡Danos tu palabra de sacerdote!

¡Recuerda que, un día, aunque no lo creas, enfrentarás, de nuevo, la mirada de tu madre!

El interpelado, después de largos minutos de reflexión, levantó los brazos y dijo:

–No creo en las posibilidades del intento; sin embargo, estoy de acuerdo con la providencia a la que recurres. No interferiré.

En seguida, tocando la campanilla de modo particular, ordenó que los auxiliares se aproximasen. Como medio vencido en la batalla en la que se empeñara con su propia conciencia, invocó la presencia de un tal Timón, que

surgió delante de nosotros sorprendiéndonos con su semblante de verdugo. Le dirigió la palabra, preguntando por el estado del “caso Margarita”, a lo que el delegado informó estar en proceso de alienación mental casi concluido. Sería cuestión de pocos días su ingreso en una casa de salud.

Gregorio ordeno, señalándonos, que el auxiliar de siniestro aspecto nos situase junto a la falange que operaba, activa, en la ejecución gradual de su decreto de muerte.

.

IX - PERSEGUIDORES INVISIBLES

Al día siguiente, por la mañana, en compañía de entidades ignorantes y extraviadas, nos dirigimos a una confortable residencia, donde nos sorprendió un inesperado espectáculo.

El edificio de enormes dimensiones proclamaba la condición aristocrática de los moradores, no solo por la grandeza de las líneas, sino también, por los admirables jardines que le rodeaban. Paramos junto al ala izquierda, notándola ocupada por muchas personalidades espirituales de aspecto deprimente.

Rostros patibularios, caras siniestras.

Indiscutiblemente aquella construcción residencial permanecía vigilada por carceleros fríos e impasibles, a juzgar por las sombras que los rodeaban.

Traspasé el umbral, con el alma oprimida.

El aire estaba saturado de elementos intoxicantes. Disimulé, costosamente, el malestar, recogiendo impresiones aflictivas y dolorosas.

Entidades inferiores, en gran cantidad, fueron a la sala de entrada, sondeando nuestras intenciones. Pero, en posesión de las instrucciones de nuestro orientador, todo lo hacíamos para asemejarnos, a delincuentes vulgares. Reparé que el propio Gubio se había hecho tan oscuro, tan opaco en la organización periespiritual, que de modo alguno se haría reconocible, a excepción de nosotros, que estábamos con él desde el principio.

Instado por Sergio, un rapaz pilluelo que nos introdujo con maneras poco dignas, Saldaña, el director de la falange operante, vino a recibirnos.

Empezó a hacer gestos hostiles, pero, ante la seña con la que Gregorio nos proporcionó, nos admitió en la condición de compañeros importantes.

–¿El jefe decidió apretar el cerco? –preguntó a nuestro instructor, confidencial-mente.

–Sí –informó Gubio, de modo vago–, desearíamos examinar las condiciones generales del asunto y auscultar a la enferma.

–La joven señora va cediendo, despacito –aclaró el singular personaje indicándonos un gran corredor repleto de sustancias fluídicas detestables.

Nos acompañó, un tanto solícito, pero desconfiado, y, después de una breve pausa nos dejó libre la entrada a la gran habitación de la pareja.

La mañana resplandecía, allá afuera, y el sol entraba en el cuarto, a través de la vidriera cristalina.

Una mujer aún joven, mostrando extrema palidez en las líneas del semblante digno, se entregaba a una tormentosa meditación.

Comprendí que era Margarita, la obsesionada que nuestro orientador se proponía socorrer.

Dos desencarnados de horrible aspecto, se inclinaban, confiados y dominadores, sobre el busto de la enferma, sometiéndola a complicada operación magnética. Esa particularidad del ambiente era para espantar. No obstante, mi asombro fue mucho más lejos, cuando concentré todo mi potencial de atención en la cabeza de la joven. Penetrando la materia espesa de la almohada en la que descansaba, surgían algunas decenas de "cuerpos ovoides" de varios tamaños y de color plúmbeo pareciendo grandes simientes vivas, conectados al cerebro de la paciente a través de hilos sutilísimos cuidadosamente dispuestos.

La obra de los perseguidores desencarnados era meticulosa, cruel.

Margarita, yacía absolutamente presa, por el cuerpo periespiritual, no solo a los truculentos perturbadores que le asediaban, sino también a la amplia falange de entidades inconscientes, que se caracterizaban por el vehículo mental, apropiándose de sus fuerzas, vampirizándole en proceso intensivo.

En verdad, ya había observado gran cantidad de casos violentos de obsesión, pero siempre dirigidos por pasiones fulminantes. Pero allí existía un cerco técnicamente organizado.

Evidentemente, las "formas ovoides" habían sido traídas por los hipnotizadores que se encontraban allí.

Con el debido permiso, analicé la zona física hostilizada.

Observé que todos los centros metabólicos de la enferma aparecían controlados. La misma presión sanguínea se demoraba bajo la orden de los perseguidores. La región torácica presentaba apreciables heridas en la piel y examinándola, cuidadoso, vi que la enferma inhalaba sustancias oscuras que no solamente le pesaban en los pulmones, sino se reflejaban, sobre modo, en las células y fibras conjuntivas, formando úlceras en la epidermis.

La vampirización era incesante. Las energías normales del cuerpo parecían transportadas a las “formas ovoides” que se alimentaban de ellas, automáticamente, en un movimiento indefinible de succión.

Lamenté la imposibilidad de consulta inmediata al instructor, ya que Gubio, naturalmente, si estuviese libre, nos suministraría aclaraciones pertinentes, pero concluí que la infortunada señora debía haber sido atrapada a través del sistema nervioso central, ya que los propósitos siniestros de los perseguidores se hacían patentes en cuanto a la lenta destrucción de las fibras y células nerviosas.

Margarita se mostraba exhausta y amargada.

Dominadas las vías del equilibrio en el cerebelo y envueltos los nervios ópticos por la influencia de los hipnotizadores, sus ojos espantados daban la idea de los fenómenos alucinatorios que acometían su mente, dejando percibir el bajo tenor de las visiones y audiciones interiores a las que se veía sometida.

Interrumpí las observaciones cuidadosas para verificar la actitud psicológica de nuestro orientador, que se arriesgó a la aventura para socorrer a aquella joven enferma a quien amaba como a una hija muy querida al corazón.

Se esforzaba Gubio por no traicionar la inmensa piedad que se apoderaba de él, delante de la enferma conducida hacia la muerte.

Reconocí que si la enferma me fuese tan querida, no habría vacilado un momento. Movilizaría pases de liberación, a lo largo del bulbo, retiraría aquella carga pesada e inútil de mentes enfermizas y, enseguida, lucharía contra los perseguidores uno a uno.

Pero, nuestro instructor, no procedió así.

Miró el paisaje aflictivo con inequívoca tristeza, pero, inmediatamente después, detuvo su mirada bondadosa en Saldaña como pidiéndole impresiones más profundas.

Secretamente tocado por el impulso positivo de nuestro dirigente, el jefe de la tortura se sintió en la obligación de darle informaciones.

–Estamos en servicio más activo, hace exactamente diez días –dijo–

–La presa fue cogida de lleno y, felizmente, no contamos con ninguna resistencia. Si vinieron a colaborar con nosotros, sepan que según creo, no tenemos mayor trabajo que hacer. Algunos días más y la solución no se hará esperar.

Bajo mi punto de vista, Gubio conocía todas las particularidades del asunto, pero, con el propósito evidente de captar simpatía, interrogó:

¿Y el marido?

–Vaya –apuntó Saldaña con una sonrisa sarcástica–, el infeliz no tiene la menor noción de vida moral. No es mal hombre; sin embargo, con el matrimonio pasó apenas de "gozador de la vida" a "hombre serio". La paternidad sería un contratiempo y los hijos, si los recibiese, no pasarían para él de curiosos juguetes. Hoy, llevará a la esposa a la iglesia.

Y, reforzando la inflexión sarcástica, dijo:

–Van a misa con la esperanza de lograr mejorías.

Nada más darnos la información, un triste y simpático caballero, en cuya expresión cariñosa identifiqué al esposo de la víctima, entró en el aposento,

intercambiando, con ella palabras amorosas y confortantes.

Le amparó, servicial y le ayudó a vestirse con esmero. Transcurridos algunos minutos, vi asombrado como los cónyuges, acompañados por un extenso grupo de holgazanes perseguidores, tomaban un taxi en dirección de un templo católico.

Les seguimos sin pausa.

El vehículo, en mi visión, se transformó como si fuese un coche de fiesta carnavalesca. Diversas entidades se alojaban, dentro y en torno a él, desde el guardabarros hasta el techo.

Mi curiosidad era enorme.

Descendiendo a la puerta de un elegante santuario, observé un extraño espectáculo. La turba de desencarnados en posición de desequilibrio era tal vez cinco veces mayor que la asamblea de creyentes en carne y hueso. Comprendí inmediatamente que la mayor parte se hallaba allí con el propósito deliberado de perturbar y frustrar.

Saldaña se encontraba excesivamente preocupado con las víctimas, para dedicarnos mayor atención e, intencionalmente, Gubio se apartó en nuestra compañía, a fin de confiarnos algunas consideraciones.

Penetramos al templo donde estaban nada menos que de siete a ocho centenares de personas.

La algazara de los desencarnados ignorantes y perturbadores era ensordecedora. La atmósfera pesaba. La respiración se hacía difícil por la condensación de los fluidos semi-carnales reinantes allí; sin embargo, al fijarme en los altares, una reconfortante sorpresa me alivió el corazón. De los adornos y objetos del culto emanaba una dulce luz que se extendía por las

alturas de la nave inundada por el sol; se hacía perceptible la nítida línea divisoria entre las energías de la parte inferior del recinto y las del plano superior. Se dividían los fluidos a la manera de agua cristalina y aceite impuro, en un gran recipiente.

Contemplando la hermosa claridad de los nichos, pregunté a nuestro instructor:

–¿Qué es lo que vemos? ¿No dice el segundo mandamiento, traído por Moisés, que el hombre no debe hacer imágenes de escultura para representar la paternidad celestial?

–Sí –afirmó el orientador–, y ordena el Testamento que nadie se debe doblar delante de ellas. Pues efectivamente, André, es un error crear ídolos de barro o de piedra para simbolizar la grandeza del Señor, cuando nuestra obligación primordial es la de rendirle culto en la propia conciencia; pero la bondad divina es infinita y aquí nos hallamos ante una gran cantidad de mentes infantiles.

Y, sonriendo, dijo:

–¿Cuántas veces, amigo mío, la niña arrulla muñecas, para prepararse convenientemente para las responsabilidades de la vida adulta? Aún existen en la Tierra tribus primitivas que adoran al Padre en la voz del trueno y colectivos salvajes que hacen de varios animales objeto de idolatría. No por eso el Señor les abandona. Se vale de los impulsos elevados que ellos ofrecen y socorre sus necesidades educativas. En esta casa de oración, los altares reciben las proyecciones de materia mental sublimada de los creyentes. Hace casi un siglo, las oraciones fervorosas de millares de ellos envuelven los nichos y pertrechos del culto. Es natural que resplandezcan. A través de semejante material, los mensajeros celestes distribuyen dádivas espirituales con todos cuantos sintonicen con el plano superior. La luz que ofrecemos al Cielo sirve siempre de base a las manifestaciones del Cielo para la Tierra.

Ante la ligera pausa, posé la mirada por la multitud bien vestida.

Casi todas las personas, aun aquellas que ostentaban en las manos delicados objetos de culto, se revelaban mentalmente muy distantes de la verdadera adoración a la Divinidad. El halo vital del que se rodeaban definía por sus colores el bajo patrón vibratorio al que se acogían. En gran parte, dominaban el pardo oscuro y ceniciento cargado. En algunos, los rayos rojos y negros denunciaban la cólera vengativa que a nuestros ojos no conseguía disfrazar. Entidades desencarnadas, en deplorable situación, se esparcían en todos los rincones, en las mismas características.

Reconocí que los creyentes elegantes, aunque deseasen orar con sinceridad, necesitaban para ello un inmenso esfuerzo.

La liturgia anunció el inicio de la ceremonia, pero con gran asombro para mí, el sacerdote y los acólitos, no obstante dirigirse para el campo de luz del altar mayor, luciendo soberbia vestimenta, yacían en sombras, sucediendo lo mismo a los asistentes. Mientras, viniendo de más alto, tres entidades de sublime posición jerárquica se hicieron visibles a la santa misa con el evidente propósito de sembrar, allí, los beneficios divinos. Magnetizaron las aguas expuestas, saturándolas de principios saludables, como acontece en las sesiones de Espiritismo Cristiano, y, enseguida pasaron a fluidificar las hostias, transmitiéndoles energías sagradas a la fina contextura.

Admirado, volví a observar el templo, pero los hermanos ignorantes que operaban allí, sin cuerpo físico, tanto como ocurría a los encarnados, ni de lejos percibían la presencia de los nobles emisarios espirituales que actuaban en nombre del bien infinito.

Observé, a través del halo de mucha gente, que determinado número de feligreses se esforzaba por mejorar la actitud mental en la oración. Reflejos purpúreos tendiendo a vacilante brillo, aparecían aquí y allí; con todo, los malhechores desencarnados, premeditadamente, se apostaban al pie de los que eran candidatos a la fe renovadora y reverente, buscando turbarles. Fijé la atención en una señora que acompañaba al sacerdote con manifiesto deseo de recibir la bendición celestial; los ojos húmedos y los tenues rayos de luz que se proyectaban de su mente, decían de la sincera aspiración a la vida superior que, en aquel instante, le bañaba el pensamiento devoto; mientras,

dos extraviados de la esfera inferior, percibiendo su esperanza constructiva, intentaban anular su atención y, según lo que me fue permitido verificar, le sugerían recuerdos de bajo tenor, inutilizando su intención positiva.

Me volví hacia el orientador, que provechosamente explicó:

–La historia de genios satánicos, atacando a los devotos de variados matices, es, en el fondo, absolutamente verdadera. Las inteligencias pervertidas, incapaces de recibir las ventajas celestiales, se transforman en instrumentos pasivos de las inteligencias rebeldes, que se interesan por la ignorancia de las masas, con lamentable menosprecio por la espiritualidad superior que gobierna nuestros destinos. La adquisición de fe, demanda trabajo individual de los más persistentes. La confianza en el bien y el entusiasmo de vivir que la luz religiosa nos infunde, modifican nuestro tono vibratorio. Ganamos infinitamente, con la inmersión de las fuerzas interiores en el idealismo sublimado de la creencia santificante que poseemos. Sin embargo, el servicio real que nos corresponde no se resume sólo a palabras. La profesión de fe no es todo. La experiencia del alma en el cuerpo denso se destina, de manera fundamental, al perfeccionamiento del individuo. Es en los pesares de la marcha donde el ser se desarrolla, se depura e ilumina. No obstante, la tendencia de los creyentes, en general, es la de huir a los conflictos del camino. Existen personas que después de servir al ideal religioso, durante dos años, pretenden el reposo de veinte siglos. En todas las casas de fe, los mensajeros del Señor distribuyen favores y bendiciones compatibles con las necesidades de cada uno; pero es imprescindible que se prepare el corazón en las líneas del mérito, a fin de recogerlos. Entre emisión y recepción, prevalece el imperativo de la sintonía. Sin esfuerzo previo es imposible obtener el beneficio. En balde impondríamos de inmediato al hombre salvaje la vida en un palacio moderno. A los acordes de nuestra música, preferiría él los ruidos del viento, y una cesta de flechas le parecería más valiosa que uno de nuestros parques industriales más perfectos. Por lo tanto para que alguien se coloque camino en la evolución social es indispensable sea educado, con buena voluntad, aceptando las sugestiones de mejora y servicio.

Gubio extendió la mirada a través de la multitud que presenciaba la ceremonia, aparentemente con fervor, y dijo:

–En verdad, la misa es un acto religioso tan venerable como cualquier otro en el que los corazones procuran identificarse con la protección divina; no obstante, raros son aquellos que traen hasta aquí el espíritu efectivamente inclinado a la asimilación del auxilio celestial. Y para la formación de semejante clima interior, cada creyente, más allá del servicio de purificación de los sentimientos, necesitará también combatir la influencia perturbadora que procede de los compañeros desencarnados que buscan enfriar su fervor.

Continuó Gubio prestándonos valiosas aclaraciones alusivas a la solemnidad, mientras la misa se encaminaba hacia la fase final.

Las voces del coro, proyectaban vibraciones armoniosas y lúcidas, a lo largo de la nave radiante y vi que muchos espíritus sublimes penetraron al recinto, con el semblante glorificado, en dirección al altar, donde el celebrante elevaba el cáliz, después de bendecir la sagrada partícula.

Intensa luminosidad fluía del sagrario, envolviendo todo el material del culto, pero, sorprendido, observé que el sacerdote, al erguir la ofrenda sublime, apagó la luz que la revestía con los rayos cenicientos y oscuros que él mismo expelía en todas las direcciones. Inmediatamente después, cuando se preparó a distribuir el alimento eucarístico entre los once comulgantes que se postraban, noté que las hostias, en el plateado recipiente que las custodiaba, eran auténticas flores de harina, coronadas de dulce resplandor. Irradiaban luz con tanta fuerza que el magnetismo oscuro de las manos del ministro no conseguía inutilizarlas. Sin embargo, frente a la boca que se disponía a recibir el pan simbólico, ennegrecían como por encanto. Solamente una señora, aún joven, recogió la flor divina con la pureza deseable. Vi la hostia, cual foco de fluidos luminosos, atravesar la faringe, alojándose la claridad en pleno corazón.

Intrigado, busqué oír al instructor que me explicó, sin demora:

–¿Aprendiste la lección? El celebrante, a pesar de estar consagrado para el culto, es ateo y gozador de los sentidos sin esfuerzo interior de sublimación propia. Su mente vaga lejos del altar. Se halla sumamente interesado en terminar la ceremonia con brevedad, para no perder una alegre excursión en perspectiva. En cuanto a los que comparecieron a la mesa de la eucaristía,

llenos de sentimientos rastreros y sombríos, ellos mismos se incumben de anular las dádivas celestiales, antes que les traigan beneficios inmerecidos. Tenemos, aquí, gran cantidad de creyentes titulares, pero muy pocos amigos de Cristo y servidores del bien.

El final de la misa dispersó a los fieles que más parecían una ruidosa bandada de pajaritos de bello plumaje.

Absorto en profundas reflexiones, ante lo que observé, acompañé a nuestro orientador y a Eloy, junto a la enferma y el esposo, que se retiraron de vuelta al hogar, cercados por el mismo séquito de entidades infelices, sin la menor alteración.

.

X - EN APRENDIZAJE

De regreso a casa, con indiscutible extrañeza, observé que nuestro instructor no emprendía ningún ataque en defensa de la enferma querida.

La joven señora, nuevamente en el lecho, semi-aniquilada ponía los ojos en el aire vacío, repleta de indefinible pavor.

Uno de los insensibles magnetizadores presentes, a insinuación de Saldaña, comenzó aplicar energías perturbadoras, a lo largo de los ojos, torturando las fibras de sustentación. No solamente el cristalino de los dos órganos visuales, presentaba fenómenos alucinatorios, sino también, las arterias oculares se revelaban bajo fuertes modificaciones.

Percibí la facilidad con que los seres perversos de las sombras hipnotizan a sus víctimas, imponiéndoles los tormentos psíquicos que desean.

Gruesas lágrimas bañaban el rostro de la enferma, traduciendo su agitación interior.

La mente afligida y sufridora tiranizaba al corazón que latía, precipitadamente, imprimiendo graves alteraciones en todo el cosmos orgánico.

De las complicadas operaciones sobre los ojos, el magnetizador pasó a interesarse por las vías del equilibrio y por las células auditivas cargándolas de sustancia oscura, como si estuviese echando combustible a un motor.

Margarita, aunque lo desease, ahora no conseguiría levantarse.

Una compacta emisión de fluidos tóxicos se mezclaba con la linfa de los canales semicirculares.

Terminada la singular intervención, Saldaña despidió a los terribles colaboradores, con excepción de los dos responsables del hipnotismo, alegando que había servicio en otra parte de la ciudad. Otros casos aguardaban a la legión de Gregorio, y Margarita, de acuerdo con el jefe de tortura, ya había recibido suficiente material de postración para treinta horas consecutivas.

Poco a poco se vació la casa, semejante, ahora, a despreciada colmena de avispas voraces. Con todo, allí permanecían Saldaña, los dos magnetizadores, nosotros tres y la colección de mentes, en "formas ovoides", unidas al cerebro de la señora flagelada.

A solas con el temible obsesor, Gubio procuró sondear su interior, discretamente.

–Sin duda que su fidelidad a los compromisos asumidos –declaró nuestro orientador atento– es bastante significativa.

Y mientras Saldaña sonreía, vanidoso, continuó con la mirada penetrante

y dulce:

–¿Qué razones habrían conducido a Gregorio a encomendarle tan delicada misión? –¡El odio, amigo mío, el odio! –explicó el interpelado, decidido.

–¿A la señora? –adujo Gubio, indicando a la enferma.

–No exactamente a ella, sino al padre, juez sin alma que destrozó mi hogar. Hace once años precisamente que la sentencia cruel del magistrado cayó sobre mis descendientes, exterminándoles...

Y, ante la expresión de real interés que nuestro instructor dejaba percibir, el infeliz continuó:

–Tan pronto abandoné el cuerpo físico, presionado por una tuberculosis galopante, rebelde con la pobreza que me lanzara a la extrema penuria, no pude apartarme del ambiente doméstico. Mi infortunada Iracema me dio un hijo querido, a quien no pude legar ningún recurso apreciable. Jorge y su madre pasaron, de ese modo, a enfrentar dificultades y aflicciones que no puedo recordar sin inmensa angustia. Trabajando en rudo servicio de bracero, mi hijo no conseguía sustentar dignamente la casa, debilitándose la madre en padecimientos continuados y sufridos en silencio. Aun así, Jorge contrajo nupcias, muy temprano, con una compañera de trabajo que, a su vez, le dio una hijita atormentada y sufridora. La vida corría desesperadamente para el hogar mal alimentado y desprotegido, cuando cierto crimen con robo y asesinato sucedió en la empresa en la que mi desventurado muchacho trabajaba, y toda la culpa, en vista de circunstancias inexplicables, recayó sobre él. Le acompañé a la prisión inmerecida y, sin ningún recurso para ampararle, seguí los interrogatorios infernales a los que fue sometido, como si fuera un homicida vulgar. Después de que me uniese a la vida de mis parientes, desde el instante horrible para mí, de la transición corporal, jamás me sentí dispuesto a la sumisión. La experiencia humana no me había dado tiempo para estudios religiosos o filosóficos. Me habitué muy temprano a la rebelión contra aquellos que gozan los beneficios del mundo en detrimento de los desfavorecidos de la suerte y, reconociendo que la tumba no me reveló ningún milagroso dominio, preferí la continuidad de la vida en mi oscura casucha, donde la convivencia de Iracema, a través de profundos lazos

magnéticos, de algún modo me reconfortaba. Asistí, por esto, con indescriptible terror, a los detestables acontecimientos. Humillado, en mi condición de hombre invisible para los encarnados, visité jefaturas y comisarías, autoridades y guardias, intentando encontrar a alguien que me auxiliase a salvar a Jorge, inocente. Identifiqué al verdadero criminal que, aun hoy, disfruta una posición social envidiable y todo hice, sin resultado, por aclarar el oprobioso proceso. Mi hijo sufrió todo género de atrocidades morales y físicas, castigado por un delito que no cometió. Desanimado, por mi parte, de recoger algo útil, junto a los verdugos policiales que llegaron a improvisar fantásticas confesiones de la víctima, busqué al juez de la causa, con la esperanza de interferir benéficamente. Pero, el magistrado, lejos de aceptarme la inspiración que le invitaba a la justicia y a la piedad, prefirió oír los pareceres de amigos influyentes en la política, que se interesaban vivamente por la indebida condenación, con el ansia de exculpar al verdadero criminal.

Saldaña hizo pequeño intervalo, acentuando la expresión de profundo rencor, y prosiguió:

–Describir en palabras lo que fue mi dolor es algo imposible. Jorge recibió dolo-rosas penas cuando su cuerpo vacilaba bajo malos tratos e Irene, mi nuera, perturbada por la necesidad y por el infortunio, olvidó las obligaciones de madre suicidándose para imantarse al espíritu de mi pobre hijo, ya por sí mismo tan infeliz. Torturada por los sucesos aflictivos, mi esposa desencarnó en un centro de indigencia, reuniéndose a su vez con la angustiada pareja. Mi nieta, hoy una joven, pero amenazada por incierto porvenir, atiende el servicio doméstico, aquí mismo en esta casa, donde el desvariado hermano de Margarita procura arrastrarla, sutilmente, a grave desvío moral. El juez, que preside aquí la asamblea familiar, recibiendo en sueños mis promesas de venganza, buscó colocarla junto a los propios parientes empeñados en reparar de algún modo su crimen; pero a pesar de eso, mi venganza no será menos enérgica.

Sorprendido, noté que nuestro orientador no intentó ningún adoctrinamiento. Posan-do los ojos llenos de simpatía en el interlocutor, murmuró apenas:

–Realmente, la semilla del dolor es de las que más nos afligen...

Reforzado por el tono amigo de aquella frase, Saldaña prosiguió:

–Mucha gente me invita a la transformación espiritual, convidándome al perdón estéril. Pero no acepto ningún consejo de ese tipo. Mi desventurado Jorge, bajo la presión mental de Irene, desgarrada, y de Iracema, oprimida, no resistió y se perturbó. Enloqueciendo en la cárcel, fue transferido de la celda húmeda para un misérrimo psiquiátrico, donde más se asemeja a un animal acorralado. ¿Cree que pueda, mi cerebro disponer de recursos para meditar en una compasión que no recibí de persona alguna? Mientras estos cuadros permanezcan bajo mis ojos, no abriré mi alma a las sugestiones religiosas. Estoy simplemente delante de la vida. La sepultura apenas derrumba el muro de la carne, ya que los dolores continúan tan vivos y tan contundentes como en otra época, cuando soportábamos la caja de los huesos. Fue en ese estado que el sacerdote Gregorio me encontró y le agradaron mis disposiciones íntimas. Necesitaba de alguien con el alma suficientemente endurecida, para presidir la retirada técnica de esta joven que él desea arrebatar, lentamente, a la existencia terrestre, y me alabó en mi firmeza. Casi siempre disponemos de servidores en masa para las tentativas rectificadoras. Pero, no es fácil encontrar un compañero decidido a perseverar en la venganza hasta el fin, con el mismo odio del principio. Observó que yo cubría sus exigencias y me confió la tarea.

Paseando una colérica mirada por los ángulos del dormitorio, dijo: –Todos aquí pagarán. Todos...

Admirado, me fijé en Gubio que se mantenía imperturbable, silencioso.

Si fuera yo, tal vez me desbordase en comentarios extensos y tiránicos, con referencia a la ley de amor que nos gobierna los destinos; reclamaría, con énfasis, la atención del perseguidor para las enseñanzas de Jesús y, si fuese posible le doblaría la lengua indisciplinada e insolente.

Pero, el instructor no procedió así.

Sonrió, mudo, buscando disfrazar su propia tristeza.

Dos o tres minutos transcurrieron, largos, entre nosotros. Mostraba el reloj las doce menos cuarto del mediodía, cuando se oyeron algunos pasos.

–Es el médico –elucidó Saldaña con manifiesta expresión de sarcasmo–, pero en balde buscará lesiones y microbios...

Casi en el mismo instante, un caballero de edad madura penetró al cuarto en compañía de Gabriel, el esposo de la víctima.

Se acercó a la enferma, le acarició gentilmente y pronunció algunas palabras reconfortantes.

Margarita, en vano, intentó sonreír. Le faltaban fuerzas para tanto.

La conversación seguía su curso cuando una entidad, evidentemente bien intencionada, compareció. Nos vio y demostró comprender nuestra posición, porque fijó en nosotros una cautelosa mirada sin decir palabra, acercándose al médico, solícitamente, como si fuera dedicado enfermero.

El especialista no parecía profundamente interesado en el caso, pero, al auscultar a Margarita, entregada a un sopor inquietante, conversó con el marido de la víctima de manera superficial. Declaró que la joven señora, en su opinión, ciertamente se mantenía bajo el imperio de una epilepsia secundaria y que, en último instancia, pediría la colaboración de eminentes colegas para someterle a un examen pormenorizado de la lesión cerebro-meníngea seguido, posiblemente, de una intervención quirúrgica.

Pero, en seguida, observé que la entidad espiritual recién llegada y que le asistía, con desvelo, posó la diestra en su frente, como si desease transmitirle algún consejo providencial.

El médico, al cabo de algunos minutos, obligado por la sugestión exterior

que no sabría comprender exactamente, invitó a Gabriel a uno de los ángulos del cuarto y sugirió:

–¿Por qué no intenta con algún médium? Conozco últimamente algunos casos intricados que van siendo resueltos, con éxito.

Y para no dar la idea de una capitulación científica, enfatizó:

–Según sabemos hoy hasta la saciedad, la sugestión es una fuerza misteriosa, casi desconocida.

El esposo de la enferma recibió el consejo, con simpatía, y preguntó: –¿Podrá orientarme en ese sentido?

El psiquiatra expuso:

–Bien, no tengo relaciones con ellos, sin embargo, según creo, no tendrá dificultad para encontrarles.

Después, dejó, allí, algunas indicaciones escritas, relativo a drogas e inyecciones, y se dispuso a salir, bajo la risa burlona de Saldaña que dominaba ampliamente la situación.

Gubio conversó algo con el verdugo desencarnado y, en seguida, se dirigió, a mí, indicándome:

–André, debe seguir al médico para realizar observaciones. Pero dentro de algunas horas, vuelva a nuestro puesto.

Comprendí que el orientador me proporcionaba la cosecha de nuevas enseñanzas y acompañé al psiquiatra, cauteloso y contento.

Distante ahora del lugar en el que nuestro instructor trababa batalla singular, me acerqué a la personalidad que asistía al médico de cerca y entablamos un amistoso diálogo.

El nuevo amigo atendía por el nombre de Mauricio, era enfermero del médico al que protegía y recibía con satisfacción la tarea de ampararle en los servicios profesionales.

–Todos los médicos –dijo convencido– aún siendo materialistas, con la mente impermeable a la fe religiosa, cuentan con amigos espirituales que les auxilian. La salud humana es de los más preciosos dones divinos. Cuando la criatura, por relaja-miento o indisciplina, la menosprecia, se hace difícil el socorro a sus centros de equilibrio, porque en todos los lugares, el peor sordo es aquel que no quiere oír. Sin embargo, por parte de cuantos ayudan a la marcha humana, de la esfera espiritual, hay siempre medidas de protección a la armonía orgánica, para que la salud de las criaturas no sea perjudicada. Claro que hay errores tremendos en la medicina que no podemos evitar. Nuestra colaboración no puede traspasar al campo receptivo de aquel que se interesa por la cura ajena o por su propio reajuste. Entretanto, realizamos siempre en favor de la salud general cuanto nos es posible.

Y, en una expresión profundamente significativa, acentuó: –¡Ah! ¡si los médicos orasen!

En ese instante, alcanzamos el punto de destino, anticipándonos, de algún modo, al amigo encarnado bajo mi observación.

La residencia confortable, a pesar del hermoso jardín que la rodeaba, permanecía repleta de fluidos desagradables.

El clima doméstico era perturbador. Mauricio explicó, sin preámbulos:

–Estamos sumamente interesados en que nuestro amigo se instruya en el

trato con las magnas cuestiones del alma, a fin de perfeccionarse en la tarea junto a la mente enferma, por eso encaminamos hasta aquí, por vías indirectas, libros y publicaciones acerca del asunto; pero en contra de nuestro deseo no solamente existen sus preconceptos, propios de la clase médica, sino también la influencia perniciosa que la segunda esposa ejerce sobre él. Hombre inteligente, pero muy arraigado a los sentidos, nuestro amigo no soportó la viudez y desposó, hace cinco años, a una joven que le exige demasiado para su edad. Sucede, también que a ese problema se suma una cuestión muy grave; la primera esposa desencarnada dejó dos muchachos y permanece unida a la casa, que considera de su propiedad exclusiva. Por más que intentamos retirarla, aún no lo conseguimos, porque el pensamiento de los hijos, en conflicto con el padre y con la madrastra, le llama continuamente. El duelo mental en esta casa es enorme. Nadie cede, nadie disculpa y el combate espiritual permanente transforma el recinto en un núcleo de tinieblas.

Se calló el informante mientras entrábamos, y pude notar que, efectivamente, la ex-dueña de casa, sin el cuerpo físico, en singular posición de revuelta, se hallaba allí, abrazada a uno de los hijos, joven de unos dieciocho años, que fumaba nerviosamente en una hamaca. Se veía perfectamente su condición de receptáculo de la sublevada mente materna.

Ideas inquietantes y delictivas le poblaban la cabeza.

Hilos tenuísimos de fuerzas magnéticas le unían a la madre infeliz.

Tenía las manos crispadas y la mirada absorta, maquinando planes diabólicos y por más que le envolviese el socorro de Mauricio, ni él, ni su madre, se mostraban susceptibles de recibir la influencia restauradora.

–He trabajado tanto como me es posible –explicó el nuevo compañero– para establecer aquí, el espiritualismo de orden superior. Nos hallamos, sin embargo, en un campo inmensamente refractario.

En ese instante, el médico traspasó el umbral y Mauricio colocó sobre su frente la diestra generosa, buscando suministrarle intuiciones exactas,

referentes al caso de Margarita. El especialista, en un momento dado, comenzó a percibir el aparejamiento mental, para examinar el asunto que le era sugerido, recordando cierta publicación técnica, única manera, a través de la cual, conseguía percibir los pensamientos del compañero espiritual. Aun así, el esfuerzo no logró el éxito esperado.

El hijo atacó al progenitor con acerbas recriminaciones, por haber tardado excesivamente para el almuerzo.

El médico rápidamente desligó la mente de nuestros hilos invisibles, precipitándola en el torbellino de las vibraciones antagónicas.

La esposa desencarnada vino igualmente sobre él, furiosamente. Observé que el dueño de la casa no sintió los puños activos en el rostro, pero la sangre se le concentró en la región de las sienes tiñéndosele la máscara fisonómica de patente cólera. Rezongó algunas palabras, saturadas de indignación, y perdió, totalmente, el contacto espiritual con nosotros.

Mauricio le señaló con irreprimible tristeza y dijo:

–Siempre es así. Es muy difícil aproximarnos en la esfera física, a aquellos a quienes nos proponemos auxiliar. Surgen valiosas ocasiones de realización espiritual, como nos ocurre en el presente delante del problema de Margarita. No obstante, nuestras tentativas no tienen éxito. Un hombre, intelectual izado por la responsabilidad académica, por sí mismo debería sentir santa curiosidad ante la vida, absteniéndose de cierto comercio más intenso con la satisfacción egoísta de la experiencia en el cuerpo. Sin embargo, la criatura acostumbra a perseguirle hasta el desgaste completo de la forma carnal de la que se sirve. Por más que le convoquemos al precioso viaje de la periferia al centro, para que ella se amolde a los imperativos de la vida que espera, más allá del sepulcro, nuestro esfuerzo es casi siempre considerado aplazable e inútil.

Sonrió, enigmático, y agregó:

–Y no olvidemos que nos hallamos frente a un hombre llamado por el campo social al ministerio de la cura.

En ese interín, la pequeña familia se reunió alrededor de la mesa puesta, y la segunda esposa del médico me impresionó por el esmero en su aspecto. La pintura del rostro, sin duda, era admirable. El traje elegante y sobrio, las joyas discretas y el peinado armonioso realzaban la profundidad de su mirada, pero estaba rodeaba de sustancia fluídica deprimente. Un halo plúmbeo indicaba su posición de inferioridad. Socialmente, aquella dama debía ser de las de más fino trato; con todo, terminada la comida dejó positivamente evidenciada su deplorable condición psíquica. Después de una discusión poco feliz con el marido, la joven mujer buscó el sueño de la siesta, en un diván.

Intencionalmente, Mauricio me invitó a vigilar su reposo y con enorme sorpresa, aturdido, inclusive, no vi los mismos trazos fisonómicos en la organización periespiritual que abandonaba la estructura carnal, entregada al descanso. Alguna semejanza era de notarse, pero, al final de cuentas, la señora se volvió irreconocible. Tenía, en el semblante, las señales de las brujas de los viejos cuentos infantiles. La boca, los ojos, la nariz y los oídos revelaban algo de monstruoso.

La propia esposa desencarnada, presente allí, en clamorosa revuelta, no se animó a enfrentarse a ella. Retrocedió, semi-aterrorizada, intentando ocultarse junto al hijo.

Me acordé, entonces, del libro en el que Oscar Wilde nos cuenta la historia del retrato de Dorian Grey, que adquiría una horrenda expresión en la medida que el dueño se alteraba, íntimamente, en la práctica del mal y, dirigiendo a Mauricio una mirada indagadora, recibí de él una sensata explicación:

–Sí, amigo mío –dijo tolerante–, la imaginación de Wilde no fantaseó. El hombre y la mujer con sus pensamientos, actitudes, palabras y actos crean en lo íntimo, la verdadera forma espiritual a la que se acogen. Cada crimen, cada caída, dejan invalidez y surcos horrendos en el campo del alma tanto como cada acción generosa y cada pensamiento superior incrementan la belleza y perfección de la forma periespiritual, dentro de la cual el individuo

real se manifiesta totalmente después de la muerte del cuerpo denso. Hay criaturas bellas y admirables en la carne y que, en el fondo, son verdaderos monstruos mentales, del mismo modo que hay cuerpos torturados y detestados, en el mundo, escondiendo espíritus angélicos de hermosura celestial.

Y, designando a la infeliz que se ausentaba de casa, semi-liberada del vehículo material, comentó:

–Esta hermana desventurada permanece bajo el imperio de espíritus gozadores y animalizados que, por mucho tiempo la retendrán en lamentables desequilibrios. Creemos que ella, sin fe renovadora, sin ideales santificantes y sin conducta digna, no se percatará tan rápido de los peligros que corre y solamente se acordará de llorar, aprender y transformarse para el bien cuando se aleje en definitiva del cuerpo de carne, en la condición de auténtica bruja.

El asunto era realmente fascinante y la lección era inmensa. Mientras, mi tiempo disponible se agotaba.

Debía regresar pronto.

.

XI - VALIOSA EXPERIENCIA

Atento a la sugestión del médico amigo, al siguiente día, por la mañana, se dispuso Gabriel a conducir a la esposa al examen de un afamado profesor en ciencias ocultas, con la intención de conseguir su restablecimiento.

Pude observar, entonces, que la libertad de los hombres, en el terreno de la consulta, es casi ilimitada, ya que, por nuestra parte, Gubio mostró un profundo desagrado, diciéndome, discreto, que lo haría todo por impedirlo, que solamente sería aconsejable, a su parecer, a través de una autoridad distinta en el asunto.

El profesor indicado era, según la opinión de nuestro desvelado orientador, admirable exponente de fenómenos, portador de dones mediúmnicos notables, pero no ofrecía provecho sustancial a los que se acercasen a él, por guardar la mente muy presa a los intereses vulgares de la experiencia terrestre.

Ejercer las ciencias ocultas –me habló el instructor, en voz casi imperceptible– es una actividad común, tan común como cualquier otra. Lo esencial es desenvolver trabajo santificante. Visitar médiums de reconocida competencia en el trato entre los dos mundos, señores de magníficas facultades en el sector informativo, es lo mismo que entrar en contacto con los dueños de soberbia fortuna. Si el que posee tan grandes bienes no se halla interesado en gastar los recursos que dispone en favor de la felicidad de los semejantes, el conocimiento y el dinero solo agravarán sus compromisos con el egoísmo practicado, en la distracción inoperante o en la pérdida lamentable de tiempo.

A pesar de la oportuna observación, notamos que el esposo de la obsesionada no ofrecía receptividad mental que favoreciese la modificación aconsejable.

Todo nuestro esfuerzo sutil para colocarle en otro camino terminó en rotundo fracaso. Gabriel no sabía cultivar la meditación.

Aunque visiblemente preocupado, comentó el orientador: –De cualquier modo, nos hallamos aquí para ayudar y servir. Acompañaremos a la pareja en esa nueva aventura.

En breve tiempo, estaríamos en contacto con el médium.

Con mucho interés, como quien sabía de antemano los sucesos que se producirían, Saldaña nos acompañó, sin apartarse de la joven señora.

Algunos minutos antes de las once de la mañana, nos encontrábamos todos en un amplio salón de espera, aguardando la consulta.

Tres grupos más de personas se congregaban allí en ansiosa espera.

Se demoraba el profesor en el consultorio, aislado, atendiendo a un enfermo mental que profería en alta voz frases incoherentes.

Observé que los presentes eran seguidos por gran número de desencarnados. Para definir correctamente, la casa entera más se asemejaba a larga colmena de trabajadores sin cuerpo físico.

Entidades de reducida expresión evolutiva iban y venían, prestando poca atención a nuestra presencia.

En vista de la férrea disposición de Saldaña, en el sentido de mantener a Margarita bajo severa custodia personal, nuestro instructor, alegando interés en el sondeo del ambiente, se apartó un tanto, en nuestra compañía, deteniéndose en el examen cuidadoso de los consultantes.

Nos acercamos a un sofá, donde un caballero de edad madura, dando muestra de evidente molestia nerviosa, permanecía acompañado por dos jóvenes. Un sudor frío le bañaba la frente y extrema palidez, con trazos de terror exteriorizaba la lipotimia. Tenía visiones pavorosas en el campo íntimo, solamente accesibles a él mismo. Observé las perturbaciones cerebrales y vi asombrado las distintas formas ovoides, oscuras y diferenciadas entre sí, adheridas a la organización periespiritual. Necesitaba el consejo de nuestro instructor. Gubio le observaba meticuloso, seguramente preparando valiosas enseñanzas. Transcurridos algunos instantes, nos habló, en voz baja.

–Veamos a que calamidades fisiológicas pueden los disturbios de la mente conducir a un hombre. Tenemos aquí a un investigador de la policía con graves perturbaciones. No supo sustentar el bastón de la responsabilidad. Abusó de él para humillar y herir. Durante algunos años, consiguió mantener el remordimiento a distancia; sin embargo, cada pensamiento de indignación de las víctimas pasó a circular en su atmósfera psíquica, esperando ocasión de hacerse sentir. Con su manera cruel de proceder, atrajo, no sólo la ira de

mucha gente, sino también la convivencia constante de entidades de pésimo comportamiento que le arruinaron aun más el tenor de su vida mental. Llegado el tiempo de meditar sobre los caminos recorridos, en la intimidad de los primeros síntomas de senectud corporal, el remordimiento le abrió una gran brecha en la fortaleza en la que se atrincheraba. Las fuerzas acumuladas de los pensamientos destructivos que provocó para sí mismo a través de la conducta irreflexiva a la que se entregó liviana-mente, liberadas súbitamente por la aflicción y por el miedo, quebraron su resistencia orgánica, como tempestades que se suceden furiosas, desmoronando el dique frágil con el que se cree contener el impulso creciente de las aguas. Sobreviniendo la crisis, energías desequilibradas de la mente, en desvarío, flagelaron los delicados órganos del cuerpo físico. Los más vulnerables sufrieron consecuencias terribles. No solo el sistema nervioso padece una tortura increíble: el hígado traumatizado se inclina a la cirrosis fatal.

Captando nuestras preguntas silenciosas, en cuanto a la solución posible en aquel enigma doloroso, el orientador comentó:

Este amigo, en el fondo, está perseguido por sí mismo, atormentado por lo que hizo y por lo que ha sido. Sólo la extrema modificación mental para el bien podrá conservarle en el cuerpo físico; una fe renovadora, con esfuerzo de reforma persistente y digna de la vida moral más noble, le conferirá directrices superiores, dotándole de fuer-zas imprescindibles a la auto-restauración. Permanece dominado por los cuadros malignos que improvisó en gabinetes aislados y oscuros, por el simple gusto de agredir infelices, con el pretexto de salvaguardar la armonía social. La memoria es un disco vivo y milagroso. Fotografía las imágenes de nuestras acciones y recoge el sonido de cuanto hablamos y oímos... Por intermedio de ella, somos condenados o absueltos, dentro de nosotros mismos.

El asunto era seductor, pero tal vez para no despertar demasiada atención en Saldaña y en otros espíritus menos educados que nos contemplaban curiosamente, Gubio pasó a observar con nosotros otro caso.

Nos acercamos a un diván, en el que una respetable señora se sentaba al lado de una joven con anemia clorótica, pareciéndonos abuela y nieta. Dos espíritus de aspecto siniestro rodeaban a la joven como si debiese estar custodiada por guardianes tiránicos.

La señora aguardaba, con ansiedad, el instante de la consulta. La joven que profería disparates, no hablaba por sí misma. Hilos tenues de energía magnética le ligaban el cerebro a la cabeza del hermano que se mantenía a la izquierda. Se hallaba absolutamente controlada por los pensamientos de él, a la manera de magnetizado y magnetizador. La enferma reía sin propósito y conversaba sola, hablando de proyectos de venganza, con todas las características de la idiotez e inconsciencia.

Gubio la examinó con la atención habitual e informó:

–Encontramos aquí un doloroso drama del pasado. La vida no puede ser considerada en la cuenta estrecha de una existencia carnal. Abarca la eternidad. Es infinita en los siglos infinitos. Esta joven se comprometió gravemente en el pasado. Desposó a un hombre y desvió al hermano para vicioso camino. El primero se suicidó, el segundo se volvió loco. Helos aquí, ahora, al lado de ella para deplorable venganza. En la actualidad la abuelita le preparó un matrimonio noble, recelando dejarla en el mundo entregada a sí misma; entretanto, en vísperas de la realización del plan benéfico, ambas víctimas de otro tiempo, mentalmente endurecidas en el propósito del desagravio, buscan impedir la unión. El ex -marido ultrajado, en la fase primera de evolución, aún no consiguió olvidar su falta y ocupa los centros del habla y del equilibrio. Le llena la mente de ideas de él, la subyuga y requiere su presencia en la esfera en la que se encuentra. Permanece la pobrecita saturada de fluidos que no le pertenecen. Cierta-mente ya peregrinó por diversos consultorios de psiquiatría, sin resultado, y viene hasta aquí procurando socorro.

–¿Encontrará remedio adecuado? –interrogó Eloy, bajo fuerte impresión.

–No me parece muy bien encaminada –explicó nuestro instructor, sin presunción. Exige renovación interior y por lo que creo, no obtendrá en esta casa sino un ligero paliativo. En casos de obsesión como éste, en que la paciente aún puede reaccionar con seguridad, se hace indispensable una resistencia personal. No adelanta retirar el hierro, que perturba un imán cuando el propio imán continúa atrayendo al hierro.

Efectivamente, habríamos recibido nuevas enseñanzas al continuar en el estudio enfocado; sin embargo, Saldaña, de lejos, nos dirigía una mirada indagadora y era preciso seguir adelante.

Buscamos el rincón más oscuro del salón, donde dos hombres de edad madura se mantenían en silencio. De inmediato, reconocimos que uno de ellos guardaba indiscutible desequilibrio orgánico. Muy pálido y abatido, demostraba señales de profunda inquietud.

Junto a ellos se encontraba una entidad desencarnada, de humilde aspecto. La tomé como parte integrante de la vasta colección de espíritus perturbados que allí se encontraban; pero, con agradable sorpresa para mí, se dirigió a Gubio exclamando de manera discreta:

–Ya identifiqué por su tono vibratorio, la posición de amigos del bien. Indicando el enfermo, comentó:

–Vengo aquí en la defensa de este amigo. Según estarán informados, disponemos en el recinto de un vigoroso médium sin iluminación interior de mayor importancia. Está acompañado de algunas decenas de espíritus desencarnados de educación incipiente que absorben sus emanaciones y trabajan ciegamente bajo sus órdenes, tanto para el bien como para el mal.

Sonriendo, expuso:

En esta casa, el enfermo no es amparado por el que socorre y de quien se viene a valer, sino por la asistencia espiritual edificante que pueda disfrutar.

Y como yo preguntase, con respecto al enfermo, explicó gentil:

–Este compañero es un austero administrador de los servicios públicos. En su condición de supervisor, incapaz de usar el algodón de la ternura en heridas ajenas, adquirió odios gratuitos y silenciosas persecuciones que

flagelan su mente sin cesar, desde hace muchos años, con peligrosos reflejos en el sistema circulatorio, zona menos resistente de su cosmos físico. Luchando, decidido, por reajustar a funcionarios reincidentes, pero sin armas de amor en su propia defensa, presenta considerables perjuicios en las venas coronarias. Semejantes ataques de fuerzas imponderables le dañaron el hígado y el bazo que se muestran en lamentables condiciones. Sin embargo, sucede que la gran corriente de perseguidores despertados por su acción enérgica y educativa, consiguió insinuar en los médicos que le asisten, la necesidad de una intervención en la vesícula biliar, preparando, con eso, un choque operatorio, que le llevará a la muerte inesperada del cuerpo. El plan fue admirablemente bien trazado. Pero, por el bien que existe en el fondo de la severidad con la que nuestro compañero ha actuado, buscaremos socorrerle a través del médium que decidió visitar. Recibí instrucciones, en el sentido de anular la operación quirúrgica y confío en la victoria de mi tarea.

Francamente me gustaría llevar a efecto un examen en el paciente, para verificar hasta qué punto había sufrido los golpes mentales en servicio, pero la mirada de Gubio se hizo imperativa.

Nos esperaba la ejecución de deberes importantes y necesitábamos volver con Saldaña. El problema de Margarita era complejo y debíamos enfrentar la solución con el ánimo firme.

El obsesor de la infortunada señora sintiendo la ayuda espontánea, nos acogió sin desconfianza.

Asumiendo aires de persona superinteligente, comunicó a nuestro instructor que resolvió solicitar la neutralidad de los siervos espirituales del profesor operante. Con fina sagacidad aseveró que era necesario evitar la piedad del médium y confundirle en sus observaciones, a través de todos los recursos posibles.

Nada más decir esto, rogó la presencia de uno de los colaboradores más influyentes del profesor y apareció ante nosotros la exquisita figura de un enano de semblante enigmático y expresivo.

Inmediatamente, Saldaña le pidió su cooperación, aclarando que el operador de la casa no debería profundizar en el problema de Margarita. Le prometía a cambio del favor, no sólo a él, sino también a otros auxiliares en el asunto, una excelente remuneración en una colonia no distante. Y le describió con largas promesas, cuanto le podría proporcionar en regalos y placeres en el albergue de entidades perturbadas e ignorantes, donde conociéramos a Gregorio.

El servidor manifestó su alegría y aseguró que el médium no percibiría nada. Con justificada curiosidad, acompañé el desarrollo de los acontecimientos. Después de entrar al gabinete, percibí que el consultorio no inspiraba confianza.

El profesor pactó inmediatamente el precio del trabajo del que se encargaría, exigiendo por adelantado a Gabriel su pago. El intercambio allí, entre las dos esferas, se resumía a un negocio tan común como cualquier otro.

Reconocí que el médium, si bien podía controlar de algún modo a los espíritus que se alimentaban de su esfuerzo, era también fácilmente controlado por ellos.

El recinto yacía repleto de entidades en la fase primaria de evolución.

Saldaña, excesivamente atareado, nos anunció que presidiría, de cerca, los trámites de la acción mediúmnica, notificándonos alegremente, que tendría plena ayuda de las entidades allí dominantes.

En razón de eso, podríamos analizar los hechos, en compañía de Gubio, válida para nuestro aprendizaje.

Después de quedar visiblemente satisfecho con el acuerdo financiero establecido, se colocó el vidente en profunda concentración y noté el flujo de energía que emanaba de él, a través de todos los poros, pero muy particularmente de la boca, de la nariz, de los oídos y del pecho. Aquella fuerza, semejante a vapor fino y sutil, poblaba el ambiente y observé que los

individuos de orden primario o retardados, que ayudaban al médium en sus incursiones en nuestro plano, la sorbían, a grandes bocanadas, alimentándose de ella, como se nutre el hombre común de proteínas, carbohidratos y vitaminas.

Examinando la escena, Gubio nos aclaró con voz imperceptible a los demás:

–Esta fuerza no es patrimonio de privilegiados. Es propiedad vulgar de todas las criaturas, pero la entienden y la utilizan solamente aquellos que la ejercitan a través de cuidadosas meditaciones. Es el "spíritus subtilísimus" de Newton, o el "fluido magnético" de Mesmer o la "emanación ódica" de Reichenbach. En el fondo, es la energía plástica de la mente que se acumula en sí misma, tomándola del fluido universal en el que todas las corrientes de la vida se bañan y se rehacen, en los más diversos reinos de la naturaleza, dentro del Universo. Cada ser vivo es un transformador de esa fuerza, según el potencial receptivo e irradiante que le corresponde. Nace el hombre y renace, centenares de veces, para aprender a usarla, desenvolverla, enriquecerla, engrandecerla y divinizarla. Entretanto, en la mayoría de las veces, la criatura huye de la lucha que interpreta como sufrimiento y aflicción, cuando es inestimable recurso de auto-mejora-miento, aplazando la propia santificación, camino único de nuestra aproximación al Creador.

Viendo la escena que se desarrollaba, comentó:

–Pero es forzoso convenir, que este vidente es vigoroso como instrumento. Permanece en perfecto contacto con los espíritus que le asisten y que encuentran en él, una sólida base.

–Sí –confirmó el orientador, sereno– pero, no vemos aquí ninguna señal de sublimación en el orden moral. El profesor de relaciones con nuestra esfera, inabordable, por el momento, al hombre común, sintoniza con las emisiones vibratorias de las entidades que le acompañan en posición primitiva, puede oír sus pareceres y tomar nota de sus consideraciones. Pero esto no basta. Deshacerse alguien del vehículo de carne, no es iniciarse en la divinidad. Hay millones de espíritus en evolución que rodean a los hombres encarnados, en todos los círculos de lucha, muy inferiores, en algunos casos,

a ellos mismos y que, fácilmente, se convierten en instrumentos pasivos de sus deseos y pasiones. De ahí, la necesidad de mucha capacidad de sublimación para cuantos se consagran al intercambio entre los dos mundos, porque si la virtud es transmisible, los males lo son igualmente.

En ese ínterin, observamos que el médium, desligado del cuerpo físico, oía, atenta-mente, justamente la argumentación del asalariado más inteligente, cuya cooperación Saldaña había obtenido.

–Vuelva, amigo mío –decía, jactancioso, al médium desdoblado–, y diga al esposo de nuestra hermana enferma que el caso es simplemente orgánico. Le bastará el socorro médico.

¿No es una obsesa vulgar? –inquirió el médium, algo dubitativo:

¡No, no, esto no! Aclare el problema. El enigma es de medicina común. El sistema nervioso, estropeado. Esta señora es candidata a los electrochoques del hospital. Nada más.

–¡¿No sería lícito intentar algo en favor de ella?! –volvió a decir el vidente, sensibilizado.

El interpelado se rió con una tranquilidad pasmosa y remató:

–Vaya, vaya, usted debe saber que, individualmente, cada criatura tiene su propio destino. Si pudiéramos hacer algo, lo sabría. No perdamos más tiempo.

A esa altura, Saldaña le dirigía una sonrisa de satisfacción, aprobando el consejo y haciéndonos sentir cómo es posible engañar a muchos, cuando el hombre no confía en sus propias observaciones.

Ante el cuadro que nos era dado apreciar, me dirigí discretamente a Gubio, preguntando:

–¿Nos hallamos delante de una auténtica manifestación mediúmnica?

–Sí –confirmó en tono grave–, frente al fenómeno auténtico dentro del cual una individualidad encarnada recibe los pareceres de otra, ausente del envoltorio carnal. Entretanto, André, los compañeros de ideal cristiano, encarnados en la corteza de la Tierra, van comprendiendo, ahora, que el fenómeno en sí es tan rebelde cuanto el río que arrolla sin control, sin compuertas, sin disciplina. Jamás avalaremos un Espiritismo dogmático e intolerante. Pero es imprescindible que el clima de oración, de renuncia edificante, de espíritu de servicio y de fe renovadora, a través de patrones morales ennoblecidos, constituya la nota fundamental de nuestras actividades en el psiquismo transformador, a fin de que nos encontremos, realmente, en un servicio de elevación para el Supremo Padre. Tenemos aquí un médium de posibilidades ricas y extensas que, por el simple comercio vulgar al que redujo el empleo de sus facultades, no despierta impresiones constructivas en aquellos que le buscan. Puede ser cooperador valioso en ciertas circunstancias, pero no es el trabajador ideal, susceptible de provocar el interés de los grandes benefactores de la vida superior. Estos no se animarían a comprometer grandes instrucciones por intermedio de servidores, aunque bien intencionados, que no vacilan en vender las esencias divinas a cambio de dinero. El camino de la oración y del sacrificio es, por lo tanto, indispensable para cuantos se proponen dignificar su vida. La oración sentida aumenta el potencial radiante de la mente, dilatando las energías y ennobleciéndola, mientras que la renuncia y la bondad educan a todos los que se acercan a la fuente del sumo bien. No basta, de esa manera, exteriorizar la fuerza mental de la que todos estamos dotados y emplearla. Es indispensable, por encima de todo, imprimirle una dirección divina. Es por esta razón que avalamos el Espiritismo con Jesús, única fórmula de no perdernos en ruinosa aventura.

Comprendí los preciosos argumentos del instructor, pronunciados a media voz y, extremadamente impresionado, guardé respetuoso silencio.

El médium volvió de nuevo a su físico, finalizando la operación, simplemente técnico-mecánica de contacto con nuestra esfera, sin ningún resultado en el capítulo de elevación espiritual que pudiera considerarse una

mejora. Abrió los ojos, se reajustó en la silla e informó a Gabriel que el problema sería solucionado a través de la psiquiatría. Comentó la situación precaria de los nervios de la doliente y llegó a sugerir un especialista conocido de él para que se intentase un nuevo método de cura.

La pareja agradeció, conmovedoramente, y, mientras se despedían, el profesor recomendó, a la enferma, resistencia y cautela, ante los estados mentales depresivos.

La joven señora recibió las observaciones con el desencanto y el dolor de quien se siente anonadada por el sarcasmo, y partió.

Saldaña, abrazó a los cooperadores que tan bien habían desempeñado la deplorable tarea, combinó la ocasión de un encuentro amistoso, a fin de conmemorar lo que para ellos era un significativo triunfo y, en seguida, nos dijo con voz firme:

–¡Vamos, amigos! quien inicia la venganza, debe marchar seguro hasta el fin.

Gubio le dirigió una triste sonrisa, con la que disfrazaba la aflicción extrema, y le acompañó, humildemente.

.

XII - MISIÓN DE AMOR

Volviendo a casa, algunas horas transcurrieron. Pero, a la noche, Saldaña manifestó el propósito de visitar a su hijo hospitalizado.

Con espanto, observé que nuestro instructor le pedía permiso para que le acompañásemos.

El perseguidor de Margarita, algo sorprendido, accedió, inquiriendo, no obstante, la causa de semejante solicitud:

–¡Quién sabe si podremos ser útiles! –respondió Gubio, optimista.

Guardadas rigurosas precauciones por parte de Saldaña, que se hizo sustituir, junto a la enferma, por Leoncio, uno de los dos implacables hipnotizadores, nos dirigimos al hospital psiquiátrico para delincuentes.

Entre las diversas víctimas de la demencia, relegadas al reajuste cruel, la posición de Jorge era de lamentar. Lo encontramos de bruces en el cemento helado de una primitiva celda. Mostraba las manos heridas adheridas al rostro inmóvil.

El progenitor, que hasta allí parecía impermeable y endurecido, contempló al hijo con visible angustia en los ojos velados de llanto y explicó con infinita amargura en la voz:

–Está reposando después una de fuerte crisis.

Pero, no era el muchacho demente y abatido quien más inspiraba compasión. Agarradas a él, unidas al círculo vital que le era propio, la madre y la esposa desencarnadas absorbían sus recursos orgánicos. Yacían igualmente estiradas en el suelo, letárgicas casi, como si hubiesen atravesado un violento acceso de dolor.

Irene, la suicida, tenía la mano derecha en la garganta, presentando el cuadro perfecto de quien vivía bajo dolorosa impresión del envenenamiento, mientras que la madre enlazaba al enfermo con los ojos fijos en él, exhibiendo ambas, señales ineludibles de una atormentada introversión. Fluidos semejantes a masa viscosa les cubrían todo el cerebro, desde la extremidad de la médula espinal hasta los lóbulos frontales acentuándose en las zonas motoras y sensitivas.

Concentradas en las fuerzas del infeliz, como si la personalidad de Jorge representase el único puente que disponían para la comunicación con la forma de existencia que acababan de abandonar, se mostraban totalmente subyugadas por los intereses primarios de la vida física.

–Están locas –informó Saldaña, con la intención evidente de ser agradable–, no me comprenden, ni me reconocen, aunque me miren. Se comportan como niñas fustigadas por el dolor. Son corazones de porcelana quebrados fácilmente.

Y frunciendo el ceño, trastornado ahora por irreprimible rencor, acrecentó:

–Raras son las mujeres que saben conservar la fortaleza en las guerras de represalia. En general, sucumben rápidamente, vencidas por la ternura inoperante.

Nuestro orientador, deseando anular las vibraciones de cólera en el compañero, detuvo el rumbo de las impresiones destructivas, confirmando, pesaroso:

Están, efectivamente, en profunda hipnosis. Nuestras hermanas no consiguieron, de momento, traspasar la pesadilla del sufrimiento, en el trance de la muerte, como sucede al viajero que inicia la travesía por una gran corriente de aguas turbias, sin recursos para alcanzar la otra orilla. Unidas al hijo y esposo, objeto que les centralizó en las horas finales del cuerpo denso todas las preocupaciones afectivas, combinaron las propias energías con las fuerzas torturadas de él y se quedan sufriendo en el centro de los fluidos que constituyen su creación individual, como acontece a la polilla “Bombyx mori” inmovilizada y durmiente bajo los hilos, tejidos por ella misma.

El obsesor de Margarita escuchó las observaciones, demostrando patente sorpresa en la mirada y comentó, con más calma:

–Por más que yo quise identificarme, gritándoles mi nombre a los oídos, no consiguen entenderme. Se mueven y se lastiman a través de largas frases

inconexas, pero la memoria y la atención parecen muertas. Si insisto, cogiéndolas, ansioso por infundirles vida nueva para que me puedan auxiliar en mi venganza, es inútil todo esfuerzo, ya que regresan inmediatamente a Jorge, tan pronto como las dejo libres, en un impulso análogo al de las agujas, que un imán recoge a distancia.

–Sí –corroboró nuestro instructor–, se muestran temporalmente confundidas por el pavor, desánimo y sufrimiento. Por la ausencia de trabajo mental continuo y bien coordinado, no expulsaron las "fuerzas coagulantes" del desaliento, que ellas mismas produjeron, no conformes, ante los imprevistos de la lucha normal en la Tierra y se entregaron, con indiferencia a un deplorable sopor, dentro del cual se alimentan de las energías del enfermo. Drenado incesantemente en sus reservas psíquicas, el enfermo, hipnotizado por ambas, vive entre alucinaciones y desesperación, naturalmente incomprensibles para cuantos lo rodean.

Con sincera disposición de servir, Gubio se sentó en el piso de cemento y, en gesto de extrema bondad, acomodó en el regazo las cabezas de los tres personajes de aquella escena conmovedora de dolor, y, dirigiendo la mirada amiga al verdugo de la mujer que pretendía salvar, que le observaba espantado, preguntó:

–¿Saldaña, me permite hacer algo en beneficio de los suyos? La fisonomía del perseguidor se modificó.

Aquel gesto espontáneo de nuestro orientador le llegó al corazón, emocionándole en las fibras más íntimas, a juzgar por la sonrisa que le inundó el semblante, hasta entonces, desagradable y sombrío.

–¿Cómo no? –habló casi gentil... –Es lo que busco realizar inútilmente.

Impresionado con la lección que recibíamos, contemplé el paisaje alrededor, comparándole con el de la habitación en la que Margarita experimentaba sufrimiento y tortura. Los impedimentos aquí eran mucho más difíciles de vencer. El cubículo estaba repleto de inmundicia. En las celdas contiguas, entidades de repugnante aspecto se arrastraban sin rumbo.

Mostraban algunas características animalescas terroríficas. La atmósfera, para nosotros, se hacía sofocante, saturada de nubes de sustancias oscuras, formadas por los pensamientos en desequilibrio de encarnados y desencarnados que deambulaban en el local, en lamentable situación.

Comparando las situaciones, me preguntaba mentalmente: ¿por qué motivo no operaría nuestro orientador en el cuarto de la señora, que amaba como hija espiritual, para entregarse allí, sin reservas, al trabajo de asistencia cristiana? Pero, viéndole tan solícito en la solución del problema afectivo que atormentaba al adversario, entendí, poco a poco, a través de la acción del mentor magnánimo, la belleza emocionante y sublime de la enseñanza evangélica: "Ama a tu enemigo, ora por aquellos que te persiguen y calumnian, perdona setenta veces siete".

Gubio, bajo nuestra mirada conmovida, acariciaba la frente de las tres entidades sufridoras, pareciendo liberar a cada una de los fluidos pesados que las sumían en profundo abatimiento. Transcurrida media hora en la operación magnética de estímulo, dirigió, nuevamente, la mirada al verdugo de Margarita, que analizaba sus mínimos gestos con redoblada atención, y preguntó:

–¿Saldaña, no te enfadarías si yo orase en voz alta? La pregunta obtuvo los efectos de un choque.

–¡Oh! ¡Oh!... –dijo el interpelado sorprendido–, ¿crees en semejante fórmula? Pero captando, de pronto, la infinita buena voluntad, dijo, confuso:

–Sí... sí... si quieren...

Nuestro instructor se valió de aquel minuto de simpatía y, alzando el pensamiento a lo alto, suplicó, humilde:

–¡Señor Jesús!

Nuestro Divino Amigo...

¡Hay siempre quien pide por los perseguidos, pero pocos se acuerdan de auxiliar a los perseguidores!

En todas partes, oímos rogativas en beneficio de los que obedecen, pero es difícil que sorprendamos una súplica en favor de los que mandan. Hay muchos que ruegan por los débiles para que sean socorridos a tiempo; no obstante rarísimos corazones imploran la ayuda divina para los fuertes, a fin de que sean bien conducidos.

Señor, tu justicia no falla.

Conoces aquel que hiere y al que es herido.

No juzgas por el patrón de nuestros deseos caprichosos, porque tu amor es perfecto e infinito...

Nunca te inclinaste solamente para los ciegos, enfermos y desalentados de la suerte, porque amparas en la hora justa, a los que causan la ceguera, la enfermedad y el desánimo...

Si salvas, en verdad, las victimas del mal, buscas, igualmente, a los pecadores, los infieles y los injustos.

No menoscabaste la jactancia de los doctores y conversaste amorosamente con ellos en el templo de Jerusalén.

No condenaste a los afortunados, y, si, les bendeciste las obras útiles. En casa de Simón, el fariseo orgulloso,

No despreciaste a la mujer desviada, le ayudaste con fraternas manos. No desamparaste a los malhechores, aceptaste la compañía de los ladrones, en el día de la cruz. Si, Tú, Maestro, Mensajero Inmaculado, procediste así en la Tierra, ¿quiénes somos nosotros, Espíritus endeudados, para maldecirnos unos a los otros? ¡Enciende en nosotros la claridad de un entendimiento nuevo!

Auxílianos a interpretar los dolores del prójimo como nuestros propios dolores. Cuando estemos atormentados, haznos sentir las dificultades de aquellos que nos atormentan para que sepamos vencer los obstáculos en tu nombre. Misericordioso amigo, no nos dejes sin rumbo, relegados a la limitación de nuestros propios sentimientos...

Aumenta nuestra fe vacilante, muéstranos las raíces comunes de la vida, a fin de comprender, finalmente, que somos hermanos unos de los otros.

Enséñanos que no existe otra ley, fuera del sacrificio, que nos pueda permitir el anhelado crecimiento para los mundos divinos. Impúlsanos a la comprensión del drama redentor al que nos hallamos vinculados. Ayúdanos a convertir el odio en amor, porque no sabemos, en nuestra condición de inferioridad, sino transformar el amor en odio, cuando tus designios se modifican, con respecto a nosotros.

Tenemos el corazón con llagas y los pies heridos en la larga marcha, a través de las incomprensiones que nos son propias, y nuestra mente, por esto, aspira al clima de la verdadera paz, con la misma ansiedad con que el viajero extenuado en el desierto anhela por agua pura.

Señor, infúndenos el don de ampararnos mutuamente. Beneficiaste a los que no creyeron en Ti, protegiste a los que no te comprendieron, resucitaste para los discípulos que huyeron, legaste el tesoro del conocimiento divino a los que te crucificaron y olvidaron... ¡¿Por qué razón, nosotros, míseros gusanos del lodo ante una estrella celeste, cuando somos comparados contigo, dudaríamos en extender nuestras manos a los que no nos entienden aún?!

El instructor imprimió una especial inflexión a las últimas frases de la rogativa.

Eloy y yo, teníamos los ojos turbios de lágrimas, tanto como Saldaña que retro-cedió, aterrorizado, hacia uno de los ángulos oscuros de la triste celda.

Gubio se transformó, gradualmente. Las vibraciones vigorosas de aquella súplica, que salió de su corazón, expulsaron las partículas oscuras de las que se había cubierto cuando penetrábamos a la colonia penal en la que conocimos a Gregorio, y una sublimada luz brillaba en su semblante, que el llanto de amor convertía en arco iris de intraducible belleza. Parecía ocultar un foco desconocido en el pecho y en la frente, que despedía rayos luminosos de azul intenso, al mismo tiempo que un hermoso hilo de claridad le unía con lo alto, ante nuestra aturdida mirada.

Finalizado el intervalo, hizo incidir toda la luminosidad que lo envolvía sobre las tres criaturas que asilaba en el regazo y oró:

–¡Es para ellos, Señor, para los que reposan aquí, en densas sombras, que suplicamos Tu bendición! Llévales, Maestro, a la claridad y a la compasión, libéralos para que se equilibren y se reconozcan...

Ayúdales a sumergirse en las emociones del amor santificante, olvidando las pasiones inferiores para siempre.

Que puedan ellos sentir el desvelado cariño, porque también te aman y te buscan, inconscientemente, aunque permanezcan torturados en el valle profundo de sentimientos oscuros y degradantes...

En ese punto, el orientador se quedo callado. Intensos chorros de luz se proyectaban en torno a él, lanzados por manos invisibles a nuestros ojos. Con gran emotividad, Gubio aplicó pases magnéticos en cada uno de los tres infelices y, enseguida, habló al joven encarnado:

–¡Jorge, levántate! Estás libre para el necesario reajuste.

El interpelado abrió desmesuradamente los ojos, pareciendo despertar de una angustiosa pesadilla. La inquietud y tristeza desaparecieron de su rostro rápidamente. En un impulso maquinal obedeció a la orden recibida, irguiéndose con absoluto control.

La interferencia del benefactor quebró los hilos que le prendían a las parientas desencarnadas, liberando su psique.

Presenciando el acontecimiento, Saldaña gritó en lágrimas: –¡ Hijo mío! ¡Hijo mío!...

El enfermo no oyó las exclamaciones nacidas del entusiasmo paterno, pero buscó el lecho sencillo donde se tranquilizó serenamente.

Vencido en sus mejores sentimientos, el verdugo de Margarita se aproximó a nuestro instructor, cual niño humillado que reconoce la superioridad del maestro, pero antes que pudiese tomarle las manos, para besarlas, le pidió Gubio, sin afectación:

–Saldaña, cálmate. Nuestras amigas despertarán ahora. Acarició la cabeza de Iracema y la infortunada madre de Jorge volvió en sí, gimiendo:

–¡¿Dónde estoy?!...

No obstante, observando la presencia del marido, al lado, le llamó por su nombre y gritó desvariada de emoción:

–¡Socórreme! ¿Dónde está nuestro hijo? ¿Y nuestro hijo?

Pasó, luego a emitir las frases de quien reencuentra a un ser amado, después de larga ausencia.

El obsesor, tocado en las fibras recónditas de su ser, derramaba ahora abundantes lágrimas y buscaba la mirada de Gubio, instintivamente, rogándole, sin palabras, medidas de salvación.

En qué mal sueño estaba? –preguntaba la desventurada hermana, llorando convulsivamente– ¿qué celda inmunda es ésta? ¿Será verdad que ya atravesamos la tumba?

Y, en crisis de desesperación, decía:

–¡Temo al demonio! ¡Temo al demonio! ¡Oh, Dios mío! ¡Sálvame, sálvame!...

Nuestro instructor le dirigió palabras de ánimo y le mostró al hijo que descansaba, a nuestro lado.

Recomponiéndose gradualmente, preguntó a Saldaña porque estaba como mudo, sin expresar las palabras amorosas y confiadas de otro tiempo, a lo que el verdugo de Margarita respondió significativamente:

–Iracema, yo aún no aprendí a ser útil... No sé consolar a nadie.

En ese momento, la madre, ya despierta, pasó a interesarse por la compañera de infortunio, que movía la mano derecha sobre la garganta. Costándole creer que se tratase de la nuera, pues para ella estaba irreconocible, la llamó, afligida:

–¡Irene! ¡Irene!

Intervino Gubio, con el poder de despertar que le era peculiar, distribuyendo vigorosas energías a los centros cerebrales de la criatura que continuaba abatida.

Transcurridos algunos instantes, la nuera de Saldaña se levantó, en un grito terrible.

Sentía dificultad en articular la voz. Se sofocaba ruidosamente, presa de una angustia infinita.

Nuestro orientador, vigilante, le cogió ambas manos con la diestra y con la mano izquierda le administró recursos magnético -balsámicos sobre la glotis y sobre todo, a lo largo de las papilas gustativas, calmándole de alguna manera.

Aunque estaba despierta, la suicida no mostraba conciencia de sí misma. No guardaba la menor idea que su cuerpo físico se deshiciera en la tumba. Era el tipo de sonámbula perfecta, despertando súbitamente.

Se adelantó en dirección al esposo, reintegrada en sus propias facultades y exclamó:

–¡Jorge, Jorge! ¡Ya veo que el veneno no me mató! Perdóname el gesto impensado... ¡Me curaré para vengarte! ¡Asesinaré al juez que te condenó a tan crueles padecimientos!

Observando, al contrario de lo que esperaba, que el esposo no reaccionaba, imploró: –¡Oye! ¡Atiéndeme! ¿Dónde dormí tanto tiempo? ¡Nuestra hija! ¿Dónde está?

El interpelado, al estar desligado de la influencia directa en los centros periespirituales, prosiguió en la misma actitud flemática e impasible de quien apreciaba con dificultad su propia situación.

Fue Gubio quien se acercó a Irene explicando: –¡Tranquilízate, hija mía!

–¿Sosegarme? ¿Yo? –protestó la infortunada– ¡No puedo!

Quiero volver a casa... Esta reja me asfixia... ¡Caballero, condúzcame nuevamente al hogar! Mi esposo permanece encarcelado injustamente... Estará casi demente... No me escucha, no me atiende. Por mi parte siento la garganta carcomida de veneno mor-tal... ¡quiero a mi hija y a un médico!

Nuestro orientador le respondió con voz triste, acariciándole la frente:

–Hija, las puertas de tu casa en el mundo se cerraron para tu alma con los ojos del cuerpo que perdiste. Tu esposo yace libre de los compromisos del matrimonio carnal y tu hija, desde hace mucho, fue acogida en otro hogar. Es indispensable, pues, que te rehagas, de modo que puedas prestarles toda la ayuda que deseas.

La desdichada criatura se arrojó de rodillas, sollozando.

–Entonces ¿he muerto? ¿La muerte es una tragedia peor que la vida? –clamó, desesperada.

–La muerte es simple mudanza de vestidura –explicó Gubio sereno–, somos lo que somos. Después del sepulcro, no encontramos sino el paraíso o el infierno creados por nosotros mismos.

Y endulzando la voz para conversar en la condición de un padre, prosiguió, conmovido:

–¿Por qué tiraste el remedio de tu salvación, destrozando el vaso sagrado que lo contenía? ¿Nunca oíste el llanto de los que padecían más que tú?

¿Jamás te inclinaste para oír las quejas que venían de más hondo? ¿Por qué no te fijaste en el silencioso martirio de aquellos que no poseen manos para reaccionar, piernas para andar, voz para suplicar?

–La revuelta me consumió... –explicó la desventurada.

–Sí –confirmó el instructor solícito–, un momento de rebeldía pone un destino en peligro, como un diminuto error de cálculo amenaza la estabilidad de un edificio entero.

–¡Infeliz de mí! –suspiró Irene, aceptando la amarga realidad– ¿dónde estaba Dios que no me socorrió a tiempo?

–La pregunta es inoportuna –aclaró nuestro instructor bondadosamente. ¿Buscaste saber, antes, dónde te encontrabas a punto de olvidarte tan profundamente de Dios? La bondad del Señor nunca se ausenta de nosotros. Si estaba en la bendita oportunidad terrena que te conducía a la victoria espiritual, reside también ahora en las lágrimas de contrición que te encaminan a la regeneración. Admito que puedas, en breve, alcanzar semejante bendición; pero cavaste un enorme precipicio entre tu conciencia y la armonía divina, que precisarás atravesar efectuando tu propia recomposición. Por algún tiempo experimentarás la consecuencia del acto impensado. Intoxicaste la materia delicada sobre la cual se estructuran los tejidos del alma y pocas circunstancias te atenúan la gravedad de la falta. Pero no pierdas la esperanza y dirige los pasos en la dirección del bien. Si el horizonte, a veces, se hace más lejano, nunca se vuelve inalcanzable.

Y dándole ánimos, paternalmente, dijo: –Vencerás, Irene; vencerás.

La interlocutora, entre la desilusión y la rebelión, no parecía interesada en retener tan elevados conceptos. Desviando la atención de la verdad que le hería profunda-mente, identificó la presencia de Saldaña, y empezó a gritar.

Gubio intervino, calmándole.

Sin embargo, la compañera de Jorge, dominado el temor infantil, regresó a la intemperancia mental, posó en el suegro los ojos atormentados y preguntó:

–Sombra o fantasma, ¿qué buscas aquí? ¿Por qué no vengaste al hijo infeliz? ¿No te duele tanta infamia inútil? ¿No tienes acaso armas con las que puedas herir al juez desalmado que nos destrozó la vida? ¿Cesa, entonces, con la muerte, la devoción de los padres? ¿Descansarás por ventura, en algún cielo, contemplando a Jorge, así, reducido a andrajos? ¿O ignoras la realidad cruel? ¿Qué razones te impulsan a estar mudo como una estatua? ¿Por qué no buscaste, sin reposo, la justicia de Dios, que no se encuentra en la Tierra?

El perseguidor de Margarita las recibía como latigazos en lo íntimo, por lo que una extrema indignación empalideció su semblante. Dudaba en cuanto a la actitud a asumir, pero, reconociendo que estaba ante una entidad amorosa y sabia, buscó la mirada de Gubio, rogándole cooperación, en silencio, y nuestro instructor tomó la palabra por él.

–Irene –exclamó melancólico–, ¿la certeza de la vida victoriosa, por encima de la muerte, no te infunde respeto al corazón? ¿Supones que estemos subordinados a un poder que no nos conoce? Ante la nueva verdad que te sorprende el alma, ¿no percibes la infinita sabiduría de un Supremo Donador de todas las bendiciones? ¿Dónde se encuentra la felicidad de la venganza? La sangre y las lágrimas de nuestros enemigos sólo profundizan las llagas que nos abrieron en los corazones. ¿Crees que la legítima consagración de un padre deba traducirse a través del homicidio, de la persecución o de la cólera? ¡Saldaña vino hasta esta cárcel, por amor, y yo creo que sus más nobles conquistas, vuelven a la superficie de su personalidad, triunfantes y renacientes!... No precipites la ternura paterna en el abismo de la desesperación, de cuyas tinieblas procuras inútilmente huir.

La desdichada mujer calló, sollozante, mientras el suegro enjugaba las lágrimas que las observaciones generosas de Gubio le habían arrancado.

Fue entonces que Iracema dijo estar exhausta y suplicó una cama.

Nuestro orientador invitó a Saldaña a decidirse.

Si Jorge mejoraba, ambas señoras desencarnadas exigían socorro urgente. No sería lícito abandonarlas en aquel clima de desintegración de las mejores energías morales.

Perfectamente –concordó el obsesor de Margarita, ahora intensamente cambiado–, conozco los malvados que se reúnen aquí y ahora que Iracema e Irene volvieron a la conciencia que les es propia, me preocupa la gravedad del asunto.

Nuestro instructor le explicó que podríamos ampararlas en una organización de socorro, no distante, pero, para llevar a efecto semejante medida, deberíamos tener su consentimiento.

Saldaña aceptó contento y lo agradeció, sorprendido. Se sentía estimulado al bien a través de la palabra cordial de nuestro orientador y se encontraba dispuesto a no perder la mínima ocasión de corresponder a su dedicación fraterna.

Después de algunos minutos nos ausentábamos del hospital conduciendo a las hermanas enfermas a un lugar adecuado, donde Gubio las internó con todo el prestigio de sus virtudes celestes, ante el asombrado Saldaña, que no sabía como expresar el reconocimiento que le inundaba del alma.

Al volver, cabizbajo y humillado, el perseguidor de Margarita preguntó, tímida-mente, en que consistía un servicio de salvación, a lo que nuestro orientador contestó, atentamente:

–En todos los lugares, un amor grande puede socorrer a un amor menor, ampliando sus límites e impulsándole hacia lo alto, y, en todas partes, la gran fe, victoriosa y sublime, puede auxiliar a la fe pequeña y vacilante.

Saldaña no volvió a decir una palabra e hicimos la mayor parte del camino en significativo silencio.

.

XIII - CONVOCACIÓN FAMILIAR

Llegando a la gran residencia en la que Margarita descansaba, antes de instalarnos de nuevo junto a la enferma, Gubio, asistido ahora por el enorme respeto de Saldaña, le dirigió la palabra examinando la oportunidad de conversar con el juez y analizar la situación de la hijita de Jorge, refugiada allí.

El magistrado residía con los parientes en el ala central del gran edificio del que Gabriel y la esposa usaban una pequeña dependencia. Hasta entonces, no habíamos llegado a su domicilio.

–Es posible –informó nuestro instructor– promover una benéfica reunión, convocando a algunos encarnados para su posible reajuste. El juez dispone de alguna habitación en la que podamos permanecer reunidos por algunos minutos.

Saldaña afirmó a través de monosílabos, a la manera del aprendiz que se ve en la obligación de adherirse, indiscriminadamente, al maestro.

–La noche es propicia –prosiguió el instructor, servicial– estamos en los primeros minutos de la madrugada.

Entramos respetuosos, pero confieso que el sueño del magistrado no podría ser tan pacífico como desearía, en virtud del gran número de entidades sufridoras que llamaban a sus puertas internas. Algunas rogaban con gritos fuertes. La mayoría reclamaba justicia.

Nos disponíamos a visitar los aposentos particulares del dueño de la casa, cuando un joven encarnado surgió delante de nosotros cauteloso,

deslizándose camino del piso inferior.

Saldaña, tocó, levemente, el brazo de Gubio y le dijo:

–Este es Alencar, hermano de Margarita y perseguidor de mi nieta. –Veámosle –exclamó el interpelado, cambiando de dirección.

Seguimos al joven, que ni de lejos podía intuir nuestra presencia y observamos que, después de descender algunos escalones, se apostaba a la entrada de un modesto cuarto, intentando forzarlo.

Se percibía que el joven había bebido mucho.

–Todas las noches –comentó Saldaña, preocupado– procura abusar de nuestra pobre niña. No tiene el mínimo respeto a sí mismo. Viendo la resistencia de Lía, la persigue con diversas amenazas y creo que si aun no alcanzó los fines indignos que pretende, es porque permanezco vigilante, actuando en su defensa con la brutalidad que me caracteriza.

Notamos admirados, el tono de humildad que se revelaba en las palabras del vigoroso verdugo.

Saldaña resurgía, visceralmente transfigurado. La consideración que dispensaba a Gubio expresaba la súbita transformación que se operaba en él. Mostraba comprensión y dulzura en los gestos reverentes.

Oyéndole, nuestro orientador, sin ningún alarde de superioridad, comentó:

–Efectivamente, Saldaña, este joven se revela poseído de fuerzas degradantes y necesita colaboración enérgica que le auxilie a buscar higiene mental.

En seguida, atentamente, le administró pases magnéticos en los órganos visuales.

Transcurridos algunos minutos, Alencar se retiró, algo tambaleante, a su dormitorio, con los párpados semi-cerrados, creyendo Saldaña que a partir de aquella hora y por algunos días una enfermedad inofensiva le ayudaría a meditar en los deberes del hombre de bien.

El obsesor de Margarita se mostraba muy contento. De inmediato, en compañía de nuestro devoto orientador, pasamos a los aposentos privados del juez.

El magistrado se mantenía con el cuerpo reposado sobre un colchón suave, pero, mostrando la mente inquieta, flagelada.

Permitió Gubio que yo le tocase la frente, investigando sus pensamientos más profundos.

En aquella hora avanzada de la noche el encanecido caballero meditaba: "¿Dónde estarían centralizados los supremos intereses de la vida? ¿Dónde la ambicionada paz espiritual que no había conquistado en más de medio siglo de experiencia activa en la Tierra? ¿Por qué archivaba en el corazón los mismos sueños y necesidades del hombre de quince años, cuando había traspasado ya los sesenta? Había crecido, estudiado, se había casado... Todas las luchas, en el fondo, no habían cambiado su personalidad. Conquistó los títulos que distinguen, en el mundo a los sacerdotes del derecho y, por centenas de veces, había vestido la toga para juzgar procesos difíciles. Había dictado innumerables sentencias que afectaban el destino de muchos hogares y de colectividades enteras. Había recibido homenajes de pobres y ricos, grandes y pequeños, en el transcurso del viaje por el agitado mar de la experiencia terrestre en vista de la posición que disfrutaba en el ataviado barco del tribunal. Había respondido a millares de consultas en casos de armonía social, pero en la vida íntima, su alma se sentía como en un desierto. Sentía sed de fraternidad con los hombres; sin embargo, la posesión del oro y la eminencia en la actividad pública le imponían grandes obstáculos para leer la verdad en la máscara de los semejantes. Experimentaba inmensa hambre de Dios. No obstante, los dogmas de las religiones sectarias y las discordias

entre ellas, le alejaban el espíritu de cualquier acuerdo con la fe actuante en el mundo. Por otro lado, la ciencia común, negativista e impenitente, le secaba el corazón. ¿Toda la existencia se resumiría a simples fenómenos mecánicos dentro de la naturaleza? Adoptada esa hipó-tesis, toda la vida humana sería tan importante como la burbuja de agua deshaciéndose en el viento. Se sentía desgarrado, oprimido, exhausto. Él, que había llevado luz a muchos en cuanto a las más elevadas normas de conducta personal ¿cómo se explicaría ahora a sí mismo? Ante los primeros síntomas de la vejez del cuerpo de carne, reaccionaba, amargado, contra la extinción gradual de las energías orgánicas. ¿Por qué las arrugas del rostro, el blanquear de los cabellos, el debilitamiento de la visión y el empobrecimiento de la vitalidad, si la juventud vibraba en la mente ansiosa por renovarse? ¿Sería la muerte simplemente la noche sin alborada? ¿Qué misterioso poder disponía, así, de la vida humana, conduciéndola a objetivos inesperados y ocultos?”

Retiré la diestra, percibiendo que el respetable funcionario tenía los ojos húmedos.

Se aproximó Gubio y le colocó las manos sobre la frente comunicándonos que le prepararía para la conversación próxima dirigiendo su intuición para los recuerdos del proceso en el que Jorge fuera implicado.

En unos instantes noté que los ojos del juez exhibían otra expresión. Se diría contemplando escenas distantes, con indecible tortura. Se mostraban angustiados, doloridos...

El instructor me recomendó volver a la auscultación psíquica y volví a posar la mano derecha sobre su cerebro.

Con mis percepciones generales, algo desarrolladas, oí sus pensamientos nuevos.

–“¿Por qué razón se detenía –meditaba el padre de Margarita– en aquel proceso liquidado, a su ver, desde hacía mucho, hiriendo su corazón? Los años habían transcurrido sobre el crimen oscuro, pero el asunto revivía en su cabeza, como si la memoria le impusiese, tiránica y despiadada, como un

disco de extraño padecimiento moral. ¿Qué motivos le llevaban a recordar semejante pieza judicial con tanta fuerza? Veía a Jorge, mentalmente, olvidado en el abismo de la inconsciencia y recordaba sus palabras vehementes afirmando su inocencia. No conseguía explicar qué ideas habían hecho que recogiese a su hija, introduciéndola en su hogar, en balde procuraba el móvil secreto que le llevaba a fijarse en este asunto, en aquella madrugada de inexplicable insomnio. Recordó que el sentenciado había perdido la asistencia de los mejores amigos y la esposa se suicidó en plena desesperación... No obstante, ¿por qué detenerse en aquel caso sin importancia? Él, el juez, llamado a incontables procesos, resolvía enigmas mucho más intricados e importantes. No conseguía, pues, explicarse sobre las reminiscencias del humilde condenado, reo de un crimen común…”

En ese instante, el instructor nos pidió a Eloy y a mí que trajésemos a Jorge, fuera del vehículo carnal, al domicilio del magistrado, mientras prepararía, a este último, el desligamiento parcial del cuerpo a través del sueño.

Volvimos, el compañero y yo, al cubículo del obseso que se hallaba ausente del cuerpo físico, en gran postración.

Administré, a su organismo periespiritual, recursos fluídicos reparadores y le transportamos a la residencia indicada.

En ese momento, el dueño de la casa y la nieta de Saldaña, provisionalmente libera-dos de sus envolturas corporales, ya se encontraban al lado de Gubio, que recibió a Jorge con desvelado cariño, y, uniendo a los tres como identificándoles en una fuerte corriente magnética, dio fuerzas a sus mentes, por intermedio de operaciones fluídicas, para que le oyesen en espíritu, tanto como fuese posible. Noté, entonces, que el despertar no era análogo para los tres. Variaba de acuerdo con la posición evolutiva y condiciones mentales de cada uno. El magistrado era más lúcido por la agilidad de los raciocinios; la joven Lia se colocaba en segundo lugar por las singulares cualidades de inteligencia; por último estaba Jorge, en vista del agotamiento en el que se encontraba.

Viéndose frente al antiguo reo y su hija, que identificó de pronto, el juez

preguntó, llevado por irreprimible espanto:

–¿Dónde estamos? ¿dónde estamos?

Ninguno de nosotros se atrevió a darle la respuesta.

Gubio, no obstante, oraba en silencio; y cuando una hermosa luz irradió del tórax y del cerebro, dándonos a entender que el sentimiento y la razón se hallaban en él, hermanados en claridad celeste, dijo al asombrado interlocutor, tocándole, afable-mente, los hombros:

–Juez, el hogar del mundo no es tan solo un asilo de cuerpos que el tiempo transformará. Es, igualmente, el nido de las almas donde el espíritu puede entenderse con el espíritu, cuando el sueño sella los labios de carne, susceptibles de mentir. Nos congregamos en tu propio hogar para una audiencia con la realidad.

El jefe de aquella casa escuchaba, perplejo.

El hombre encarnado en la Tierra, –continuó Gubio, entusiasmado–, es un alma eterna usando un cuerpo perecedero, alma que procede de milenarios caminos para la integración con la verdad divina, a la manera del guijarro que desciende, rodando en los siglos, de la cima del monte hacia el seno recóndito del mar. Somos todos actores del drama sublime de la evolución universal, a través del amor y del dolor... No debemos interferir en los destinos, unos de los otros, cuando nuestros pies siguen el recto camino. Sin embargo, si nos desviamos de la ruta adecuada, es razonable la llamada del amor para que el dolor disminuya.

El magistrado asoció los conceptos oídos a la presencia de Jorge, en la sala, y preguntó, afligido:

–¿Apelan, quizás, en favor de este condenado?

–Sí –respondió nuestro instructor, sin dudar. ¿No crees que esta víctima aparente de un inconfesable error judicial ya haya agotado el cáliz del martirio oculto?

–Pero su caso está cerrado.

–No, juez, ninguno de nosotros llegó al fin de los procesos redentores que nos corresponden. No sería Jorge, el único sentenciado que no sea digno de revocar su sufrimiento...

El interlocutor abrió, desmesuradamente, los ojos, mostrando cierto orgullo herido y replicó, casi sarcástico:

–Pero, yo fui el juez de la causa. Consulté los códigos necesarios antes de emitir la sentencia. El crimen fue investigado, los datos periciales y los testigos condenaron al reo. No puedo en conciencia aceptar intromisiones, aun tardías, sin un argumento poderoso.

Gubio le contempló, compasivo, y dijo:

–Comprendo tu negativa. Los fluidos de la carne tejen un velo demasiado pesado para ser fácilmente roto por los que no se apegan, aun, diariamente, al contacto de la espiritualidad superior. Invocas tu condición de sacerdote de la ley, para aplastar el destino de un trabajador que ya perdió todo cuanto poseía, a fin de que rescatase, intensivamente, los errores del pasado distante. Te refieres al título que la convención humana te confirió, atendiendo a imposiciones del Poder Divino; pero no pareces amoldarte a los sublimes fundamentos de tu elevada misión en el mundo, porque el hombre que aceptó la gestión de los bienes materiales o espirituales del Planeta, nunca alardea de su superioridad, cuando es consciente de las obligaciones que le corresponden, por entender en la administración fiel un camino de perfeccionamiento, aun a través del extremo sufrimiento moral. Distribuir amor y justicia, simultáneamente, en la actualidad de la Tierra, en que la mayoría de las criaturas menosprecian semejantes dádivas, es cribarse de

dolores. ¿Admites que el hombre vivirá sin cuentas, aun aquel que se supone capacitado para juzgar el prójimo en definitiva? ¿Crees que haya tu raciocinio acertado en todos los casos? ¿Habrás actuado imparcialmente, en todas las decisiones? No lo creas... El juez justo fue crucificado en un madero de líneas rectas por consagrarse en el mundo a la extrema rectitud. Todos nosotros, en la senda multisecular del conocimiento edificante, muchas veces colocamos el deseo por encima del deber y el capricho, tirando al suelo los principios redentores que debemos observar. ¿En cuántas ocasiones te doblegaste a la presiones de la política de los hombres, ávidos de transitorio poder? ¿en cuántos procesos permitiste que tus sentimientos tuviesen incidencia en el resultado?

El hombre, en cuya presencia identificaba Saldaña a un peligroso enemigo, se mostraba infinitamente confundido. Una palidez cadavérica le cubría el rostro sobre el cual gruesas lágrimas comenzaron a correr.

–Juez –continuó Gubio, con la voz firme–, sino fuese porque la compasión divina te concede, en el ejercicio de tus funciones, diversos auxiliares invisibles, amparando tus acciones, por amor a la justicia que representas y a las víctimas de tus errores involuntarios y de las pasiones de aquellos que te rodean no te permitiría la permanencia en el cargo. Tu palacio residencial está repleto de sombras. Muchos hombres y mujeres, a los que ya sentenciaste en más de veinte años, en el ejercicio del Derecho, arrebatados por la muerte, no consiguieron seguir adelante, unidos como se hallan a los efectos de tus decisiones y se quedan en tu propia casa, aguardando explicaciones oportunas. Misionero de la ley, sin hábitos de oración y meditación, únicos recursos a través de los cuales podrías abreviar el trabajo de esclarecimiento que te asiste, grandes sorpresas te reserva el trance final del cuerpo.

Verificándose una pausa larga, el magistrado exteriorizó, en los ojos, indefinible terror, cayó de rodillas y rogó:

–¡Benefactor o vengador enséñame el camino! ¿qué debo hacer en beneficio del condenado?

–Facilitarás la revisión del proceso y le restituirás a la libertad.

–Entonces ¿es inocente? –preguntó el interlocutor exigiendo bases sólidas para futuras conclusiones.

–Nadie sufre sin necesidad, frente a la Justicia Celestial y tan gran armonía rige el Universo que nuestros propios males se convierten en bendiciones. Explicaremos todo.

Y dándonos a entender que necesitaba grabar en la mente del juez cuanto le pedía de la acción providencial, continuó:

–No sólo harás eso. Ampararás a la hija, hoy internada por favor en tu casa, en un digno establecimiento, donde pueda recibir la necesaria educación.

–Pero –intervino el jurista–, esta niña no es mi hija.

–No te pediríamos semejante encargo, si no pudieses efectuarlo. ¿Crees que el dinero debe satisfacer tan solo las exigencias de aquellos que se reunieron a nosotros, dentro de los lazos consanguíneos? ¡Libera el corazón, amigo mío! respira en más alto clima. Aprende a sembrar amor en el suelo que pisas. Cuanto más alta esté colocada en la experiencia humana, más intenso puede tornarse el esfuerzo de la criatura, en su elevación. En la Tierra, la justicia abre tribunales para examinar el crimen en sus varia-dos aspectos, especializándose en la identificación del mal; sin embargo, en el Cielo, la Armonía abre santuarios para apreciar la bondad y la virtud, consagrándose a la exaltación del bien en la totalidad de sus ángulos divinos. Ahora que estás a tiempo, haz de Jorge un amigo y de su hija una compañera de lucha que te acaricie, un día, los cabellos blancos y te ofrezca, más tarde, la luz de la oración, cuando tu espíritu atraviese el oscuro portal de la tumba.

El juez, en llanto, interrogó: –¿Pero, como actuar?

–Mañana –informó el instructor, con calma y persuasivo– te levantarás del

lecho sin el recuerdo integral de nuestro acuerdo de ahora, porque el cerebro de carne es un instrumento delicado incapaz de soportar la carga de dos vidas, pero te surgirán ideas nuevas, hermosas y claras, con respecto al bien que necesitas practicar. Con todo, la intuición, que es el rayo milagroso de la conciencia, funcionará, libremente, transmitiéndote las sugestiones de esta hora de luz y paz, cual cantera de bendiciones ofreciéndote flores perfumadas y espontáneas. Llegado ese momento no permitas que el egoísmo ahogue el impulso de las buenas obras. En el corazón que duda, el raciocinio vulgar lucha contra el sentimiento renovador, contaminando la corriente limpia con el recelo de ingratitud o con la ruinosa obediencia a los preconceptos establecidos.

Delante de Saldaña, que acompañaba la escena, demostrando indecible bienestar, Jorge y la hija intercambiaban miradas de alegría y esperanza.

El magistrado les contempló, pensativo, notando su propósito de dirigir a nuestro instructor nuevas interpelaciones. No obstante, dominado por las emociones del minuto, se calló, resignado y humilde.

Entretanto, Gubio, escudriñando sus pensamientos, le tocó la frente, levemente, con ambas manos y habló con voz firme:

Me gustaría indicar ciertos aspectos con respecto a la culpabilidad del reo, con el fin de que tu conciencia de juez consolide ciertos puntos de vista, ya ligados al proceso que estamos viendo. En verdad, en cuanto al delito que es acusado, Jorge tiene las manos limpias. Pero la existencia humana, es como precioso tejido en el que los ojos mortales apenas ven el lado negativo. Con los sufrimientos de hoy, reparamos las deudas de ayer. Con esto, no deseamos decir que nuestras faltas, muchas veces provenientes de la ociosidad o de la impenitencia de ahora, generando resultados ruinosos para nosotros mismos y para otros, sean recursos providenciales al pago de deudas ajenas porque así consagraríamos la fatalidad como soberana del mundo, cuando, en todo momento, creamos causas y consecuencias con nuestros actos cotidianos. Las entidades que gimen a tus puertas no lloran sin razón y, más pronto o más tarde, la toga que llevas temporalmente, arreglará cuentas con todos aquellos que en torno a ella se lamentan. Jorge, sin embargo, que no se encuentra aquí reclamando y, sí traído por nosotros para benéfico entendimiento, liberó, ya, cierta parte del pasado doloroso.

Gubio, en ese instante, hizo una pausa en sus explicaciones, miró al interlocutor más profundamente y prosiguió, con grave entonación de voz:

–Juez, las personas y sucesos que afectan nuestra conciencia de manera particular no constituyen un objeto vulgar en la marcha reveladora de la vida. En este momento, traes la mente subyugada por tu encarnación actual y no podrías seguirnos en la recuperación del pasado reciente. No obstante, ya ausculté tus archivos mentales y veo los cuadros que el tiempo no destruyó. En el siglo pasado, poseías una gran extensión de tierra y te enorgullecías de la posición de señor de decenas de esclavos que, en su mayoría encarnados, actualmente, integran el conjunto de colaboradores en los trabajos comunes a los que te dedicas. A todos ellos, debes asistencia y cariño, auxilio y comprensión. Pero no todos los siervos del pasado tienen las mismas relaciones con tu espíritu. Algunos tuvieron un papel importante en el drama que viviste y vuelven, para despertar tu corazón. El Jorge de hoy era ayer tu esclavo, aunque naciese casi bajo el mismo techo que tú. Era tu servidor, ante los códigos terrestres, y hermano consanguíneo, ante las divinas leyes, a pesar de tener otra madre. Nunca le perdonaste esto, considerado en tu casa como un ultraje al nombre familiar. Llegados ambos a la tarea de la paternidad, tu hijo de ayer y de hoy sedujo a la hija del pasado y de ahora de Jorge y cuando esto ocurrió, con escarnio supremo para un hogar cautivo y triste, determinaste medidas condenables que culminaron en la irreprimible desesperación de Jorge, en otros tiempos, el cual, desarbolado y casi demente, no solamente robó la vida al cuerpo de tu hijo que había invadido su casa, sino también la propia existencia, suicidándose en dramáticas circunstancias. Sin embargo, ni el dolor, ni la muerte logran mermar la responsabilidad que sólo el regreso a la oportunidad de reconciliación consigue remediar. Y aquí te encuentras, de nuevo, delante del condenado, junto al cual siempre sentiste antipatía gratuita, y aliado de la joven a quien prometiste amparar como hija muy querida al corazón. ¡Trabaja, amigo mío! Aprovecha los años que te restan, porque Alencar y tu pupila serán atraídos a la bendición del matrimonio. Actúa mientras puedas. Todo bien practicado te elevará, ya que no existe otro camino para Dios fuera del entendimiento constructivo de la bondad activa del perdón. Jorge, humillado y desilusionado, pagó el desvarío deplorable, soportando innominable martirio moral en pocos años de acusación indebida y prisión tormentosa, con viudez, enfermedades y privaciones de toda especie.

Nuestro orientador le miró, compadecido, en la pausa más o menos larga

que se hiciera y concluyó:

–¿Estás dispuesto a reconsiderar la situación? Una conmoción saludable, oculta a nuestra apreciación, ciertamente surcaba, profundo, el espíritu del magistrado, que mostraba el semblante extremadamente cambiado. Le vimos levantarse, en lágrimas, tambaleante. La fuerza magnética de nuestro instructor alcanzó sus fibras más íntimas, ya que sus ojos parecían iluminados de súbita determinación.

Se acercó a Jorge, le extendió la diestra en señal de fraternidad que el hijo de Saldaña besó igualmente en llanto, y enseguida, se acercó a la joven, abrió sus brazos acoge-dores y exclamó, conmovido:

–¡Serás mi hija, de ahora en adelante, para siempre!... Una indescriptible alegría nos inundó en ese inolvidable minuto.

Gubio les ayudó a partir en dirección a la casa, y cuando nos disponíamos a reconducir a Jorge al hospital donde el cuerpo en reposo le esperaba, Saldaña, plenamente transformado por una alegría misteriosa, que cambiaba la expresión de su rostro, avanzó hacia nuestro instructor e intentando besarle las manos, murmuró:

–¡Nunca pensé encontrar noche tan gloriosa como ésta!

Iba a expresar palabras de reconocimiento, pero Gubio, con naturalidad, le comentó:

–Saldaña, ningún júbilo, después del amor de Dios, es tan grande como aquel que recogemos en el amor espontáneo de un amigo. Semejante alegría, en este momento, es nuestra, porque sentimos tu amistad noble y sincera en el corazón.

Y un abrazo de cariñosa fraternidad coronó la inolvidable escena.

.

XIV - SINGULAR EPISODIO

Entrando en la habitación en que Margarita descansaba, nos aguardaban allí los dos hipnotizadores en función activa.

Gubio posó una significativa mirada en Saldaña y le pidió en tono discreto:

–Amigo mío, llegó mi turno de pedir. Discúlpame no haberte dicho hasta ahora el objetivo que nos trajo aquí.

Y, con inmensa conmoción en la voz, exclamó:

–Saldaña, esta señora enferma es hija de mi corazón desde otras eras. Siento por ella la misma ternura con que cuidaste hasta ahora a tu Jorge, defendiéndole con las fuerzas que dispones. Yo sé que la lucha impuso crueles espinas a tu corazón, pero también guardó tus sentimientos de padre. ¿Mereceré quizás, tu simpatía y ayuda? Somos hermanos en la devoción a los hijos, compañeros de la misma lucha.

Observé, entonces, una escena conmovedora que, minutos antes hubiera considera-do como increíble.

El perseguidor de la enferma contempló a nuestro instructor con la mirada de un hijo arrepentido. Gruesas lágrimas le brotaron de los ojos antes fríos e impasibles. Parecía incapaz de responder, ante la emoción que le dominaba la garganta. Gubio, abrazándole fraternalmente, dijo:

–Pasamos horas sublimes de trabajo, entendimiento y perdón.

¿No querrás disculpar a los que te hirieron, liberando, en fin, a quien me es tan querida al espíritu? Llega siempre un instante, en el mundo, en el que nos cansamos de los propios errores. Nuestra alma se baña en la fuente del llanto renovador y olvidamos todo el mal, a fin de valorar todo el bien. En otro tiempo, perseguí y humillé, yo también. No creía en buenas obras que no fuesen las que nacían de mis manos. Me creía dominador e invencible, cuando no pasaba de infeliz e insensato. Consideraba enemigos a cuantos no comprendiesen mis caprichos peligrosos y no alabasen mis actos. Experimentaba un diabólico placer, cuando el adversario mendigaba piedad a mi orgullo, y me gustaba practicar la generosidad humillante del que manda y ordena, sin rivales. Pero la vida, que hace caminos en la propia piedra usando la gota de agua, me hirió el corazón con el estilete del tiempo, transformándome, lentamente, y el déspota murió dentro de mí. El título de hermano es, hoy, lo único de lo que efectivamente me enorgullezco. Dime, Saldaña amigo, ¡si el odio está igualmente muerto en tu espíritu; dime si debo contar con tu bendita ayuda!

Eloy y yo teníamos lágrimas ardientes, ante aquel adoctrinamiento emocionante e inesperado.

Saldaña enjugó los ojos, los fijó, humildes, en el interlocutor bondadoso y aseveró, conmoviéndonos:

–Nadie me habló nunca como tú ... Tus palabras son consagradas por una fuerza divina que yo no conozco, porque llegan a mis oídos, cuando ya me encuentro confundido por tus actos convincentes. Haz de mí lo que quieras. Adoptaste, esta noche, como hijos de tu corazón a todos los parientes en cuya memoria aún vivo. Amparaste a mi hijo demente, ayudaste a la esposa alucinada, protegiste a la nuera infeliz, socorriste a la nieta indefensa y reprendiste a los que les perturbaban sin motivo justo... ¿Cómo no unir ahora mis manos con las tuyas en la salvación de la pobre mujer que amas como hija? Aunque ella me hubiese apuñalado mil veces, tu petición, después del bien que me hiciste, la redimiría a mis ojos.

Y, deteniendo, costosamente, el llanto que le manaba espontáneo, el ex perseguidor dijo, con expresión respetuosa:

–¡Poderoso espíritu y buen amigo, que me buscaste en la condición del siervo apagado para despertar mis fuerzas endurecidas en el hielo de venganza, estoy dispuesto a servirte! ¡soy tuyo, de ahora en adelante!

–¡Seremos de Jesús para siempre! –corrigió Gubio, sin afectación.

Y abrazándole efusivamente, le condujo a un pequeño aposento próximo, para organizar un plan de acción eficiente y rápido.

En ese momento me acordé que nos hallábamos en la presencia de los dos hipnotizadores en función activa, junto a la pareja en reposo. Uno de ellos se revelaba inquieto y se mostraba francamente comprensivo; notaba que algo extraordinario ocurría, pero, tal vez, compelido por votos de disciplina no se animaba a dirigirnos la palabra. Sin embargo, el otro no acusaba ninguna emoción. Continuaba ajeno al drama que vivíamos. Parecía un autómata en servicio, impresionándome, particularmente, por la impasibilidad de la mirada.

Algunos minutos transcurrieron pesados, cuando Gubio y Saldaña volvieron a la escena.

El ex obsesor de Margarita se mostraba cambiado, casi imponente. Se veía, en su porte, la renovación de su interior.

Seguramente, había establecido un nuevo programa de lucha, en compañía de nuestro instructor, porque llamó al hipnotizador más despierto, para una conversación particular.

–Leoncio –dijo Saldaña entusiasmado–, nuestro proyecto cambió y cuento con tu colaboración.

–¿Qué hubo? –preguntó, curiosamente el interpelado. –Un gran acontecimiento.

Y prosiguió, transformado:

–Tenemos aquí, un mago de la luz divina.

En trazos rápidos, le narró los sucesos de la noche, en conmovedora síntesis, terminando por rogar:

–¿Podremos contar contigo?

–Perfectamente –dijo el compañero–, soy amigo de los amigos, a pesar de los riesgos de la empresa.

Y señalando con un golpe de vista al otro magnetizador que proseguía operando al lado de Margarita, en servicio automático, objetó:

–Pero, hay que tener mucho cuidado con Gaspar, que no se halla en condiciones de adherirse.

–Tranquilízate –dijo Saldaña muy atento–, estamos en ello.

Leoncio mostró un extraño brillo en los ojos, y dirigiéndose al ex-jefe de tortura, habló suplicante:

–¡Escucha! Conoces mi problema. Ya que fuiste socorrido por el mago, no podré recibir algo de él yo también? Tengo, en la Tierra a la esposa seducida y a mi hijo muriéndose.

Imprimiendo inolvidable acento a la voz, comentó:

–Saldaña, sabes que soy un criminal, pero también soy padre... ¡Si yo pudiese librar al hijo de la revuelta y de la sepultura, mientras estemos a tiempo, me consideraría sumamente feliz. Sabes que un condenado no desea igual suerte para los retoños del corazón!

Ante el lloroso ruego, Saldaña no dudó:

–Bien –tornó, un tanto embarazado–, expón al benefactor Gubio el caso con franqueza.

Leoncio no se hizo de rogar.

Se acercó, respetuoso, a nuestro instructor y explicó, claramente:

–Amigo, acabo de saber con que devoción movilizas tu fuerza en beneficio de criaturas desviadas del bien, como nosotros, que nos sentimos despreciables delante de todos. Por esto también vengo a implorarte auxilio inmediato.

–¿En qué podremos ser útiles? –indagó el orientador, cortés.

–Pasé para acá, hace siete años largos y dejé, en el mundo, a mi mujer y un hijo recién nacido. Volví joven, aun, sofocado en el agotamiento por el trabajo excesivo en busca del dinero fácil. Obtuve, realmente, lo que quise, con la provisión de grandes sumas de dinero, con los que mi esposa se mantiene hasta hoy, a cubierto de todas las necesidades. La desesperación, el ansia inútil por retomar el cuerpo que abandonara, la vanidad herida, me convirtieron en el colaborador inhumano del que Gregorio, nuestro jefe, tanto se enorgullecía... Pero, ay de mí, que me sentía dueño exclusivo de los encantos de la mujer que yo adoraba. De dos años para acá, mi infortunada Avelina pasó a escuchar las fantasiosas propuestas de un enfermero que se aprovechó de la fragilidad orgánica de mi hijito para insinuarse a la pobre madre, viuda y joven. Llamado a prestar socorro al niño, después de un incidente sin importancia, el profesional percibió las preciosidades materiales de la presa codiciada. Desde entonces, asedió a mi esposa, sin descanso, y

pasó a envenenar a mi pequeño, poco a poco, a fuerza de medicinas administradas por él, siguiendo un plan cruel. En el transcurso del tiempo, consiguió de Avelina cuanto quería: dinero, ilusiones, placeres y la promesa de casamiento. Creo que el matrimonio se realizará dentro de breves días y ya me resigné a semejante acontecimiento, porque el alma encarnada respira bajo la tela gruesa de pesadillas y exigencias, pero el perseguidor disfrazado, sintiendo en mi hijo un rival fuerte a los bienes que amontoné, procura aniquilarle, sin prisa, robándole, calculador e ingrato, la ocasión de vivir para un futuro digno y feliz.

Se interrumpió, por algunos momentos y prosiguió, conmovido:

–Francamente, me avergüenzo de suplicar un favor que no merezco, pero el espíritu pervertido como yo, que pide recursos salvadores para los seres amados, guarda con-ciencia de su propio infortunio en el mal que eligió para inspirarle el camino. Benefactor, ¡por piedad! mi desventurado Ángelo permanece al borde de la tumba ... Admito que el fin de sus días está marcado para dentro de pocos días, si manos amigas y consagradas no le brindan ayuda. Ya hice todo cuanto se hallaba al alcance de nuestras posibilidades, sin embargo, soy parte integrante de una falange de seres malvados y el mal no salva, ni mejora a nadie.

Gubio iba a responder, pero Eloy tomó la delantera y, con inmensa sorpresa, para nosotros, preguntó, sin ceremonia:

–¿Y el nombre del enfermero? ¿Quién es ese casi infanticida? –Es Felicio de...

Cuando el apellido fue pronunciado, nuestro compañero se apoyó en mí, para no caer.

–¡Es mi hermano! –gritó– ¡es mi hermano!...

Una fuerte emoción empalideció su rostro y una expectativa inquietante cayó sobre nosotros.

Pero, Gubio, sereno, abrazó a Eloy y preguntó:

–¿Existe algún infeliz que no podemos ver como nuestro hermano necesitado? La frase inteligente y bondadosa sosegó al colega deprimido y jadeante.

Deseoso, tal vez, de deshacer las nubes que se condensaban en aquella casa y de transformarlo en un bendito santuario, nuestro instructor nos invitó a visitar al niño enfermo, sin pérdida de tiempo.

Saldaña indicó la figura extraña de Gaspar, que parecía sordo e insensible a lo que pasaba y sugirió:

–Le dejaremos solo por algunas horas. Además, necesitamos, por lo menos de un día, a fin de fortificar la defensa. La falange de Gregorio no nos perdonará.

Nuestro instructor sonrió, en silencio, y nos ausentamos. Soplaba un suave y fresco viento en la madrugada y reinaba una pesada quietud en las calles que cruzábamos a paso rápido.

Leoncio, al frente, nos mostró una confortable vivienda e informó: –Aquí mismo. Entramos.

En aposentos distintos, dormían la dueña de la casa y el enfermero, mientras un pequeño gemía, casi imperceptiblemente, demostrando angustia y malestar.

Se notaba en él la devastación operada por los tóxicos. Tenía en la mirada una gran melancolía.

Leoncio, el temido hipnotizador, le abrazó diciendo:

–Los venenos sutiles que ingiere en dosis diminutas y sistemáticas, invaden su cuerpo y alma.

Hilos magnéticos e invisibles unían, allí, padre e hijo, porque el niño en un lance conmovedor, a pesar de la postración en la que se hallaba, contempló, embebecido, el retrato grande del padre, suspendido de la pared, y habló, suplicando, bajito:

Papá ¿dónde está el Señor?... tengo miedo, mucho miedo...

Lágrimas ardientes siguieron a la oración inesperada y el hipnotizador de Margarita, que hasta entonces parecía un genio horrible, prorrumpió en un llanto emocionante.

Gubio se ausentó por momentos y regresó trayendo a Felicio, el enfermero, provisionalmente desligado de su cuerpo. El individuo, no obstante, semi-inconsciente, al ver a Eloy junto al enfermo, procuró retroceder, en un impulso de evidente pavor, pero nuestro instructor le contuvo, sin aspereza.

Mi colega se acercó a él, con la cara transfigurada, para dirigirle la palabra. El instructor, no obstante, le acarició con la diestra y avisó:

–Eloy, no interfieras. No te encuentras en condiciones sentimentales de operar con éxito. La indignación afectiva te inhabilitaría para atender este género de servicio. Actuarás al final.

En seguida, Gubio aplicó pases de despertar en Felicio para que su mente asimilase la lección de aquella hora, dentro del más alto estado de conciencia que le fuese posible, notándose que el paciente pasó a vernos con mayor claridad, avergonzado y asustado. Miró a Eloy, positivamente amedrentado, y

observando a Leoncio que lloraba sobre el hijito, hizo un nuevo movimiento de retroceso, aunque preguntando:

–¿Qué? ¿Este monstruo llora?

Gubio aprovechó la pregunta brutalmente dirigida e intervino, sereno:

–¿No concedes a un padre el derecho de emocionarse ante el hijo perseguido y enfermo?

–Solo sé que él, para mí, es un enemigo implacable –comentó el hermano de Eloy, con irreprimible animosidad–, y le reconozco de cerca. Es el marido de Avelina. Al principio le veía en los odiosos retratos que pueblan esta casa pero después pasó a flagelarme en las horas de sueño...

–¡Escucha! –le dijo el orientador, con inflexión de cariño ¿quién habrá lanzado la primera piedra? ¿Su corazón, humillado y herido en los sentimientos más altos que posee, o el tuyo que planificó un lamentable proyecto de conquista sentimental ante una viuda indefensa? ¿El, que padece en los celos inquietantes de padre o tú que compareces en este hogar con el oscuro propósito de asesinar a su hijo?

–¡Pero, Leoncio es un "muerto"! –suspiró el enfermero.

–¿Y no has de serlo tú, un día –dijo el instructor–, cuando hayas devuelto el cuerpo de carne al inventario de polvo?

Y como el interlocutor no pudiese proseguir, turbado por la fuerza de su culpa, el instructor continuó:

–Felicio, ¿por qué insistes en este enredo, con el que preparas tal calculado crimen? ¿No te compadeces de un niño enfermo y sin el padre

visible? Crees que Leoncio es un monstruo por defender al frágil retoño del corazón, tal como el ave que ataca, aunque imponente, en el ansia de preservar el nido ... Pero ¿qué decir de ti, hermano mío, que no vacilas en devastar esta casa, tan solo con el instinto de gozo y poder? ¿Cómo interpretar el gesto lamentable del enfermero que se vale del divino don de aliviar y curar para perturbar y herir? Felicio, la experiencia humana confrontada con la eternidad en la que se moverá su conciencia, es simple sueño o pesadilla de algunos minutos. ¿Por qué comprometer el futuro al precio de la comodidad ilusoria de algunos días? Los que plantan espinas recogen espinas en su propia alma y comparecen ante el Señor con las manos convertidas en garras abominables. Los que esparcen piedras alrededor de los pies ajenos serán sorprendidos, más tarde, por el endurecimiento y la parálisis del corazón. ¿Guardas, acaso, suficiente noción de la responsabilidad que asumes? Guardas aún, en el corazón, evidentes restos de bondad igual a aquellos que se acogen en el ámbito de una familia bendita y grande, en cuyo seno, la solidaridad es cultivada, desde los comienzos de la lucha. Veo que el entusiasmo juvenil no se extinguió, del todo, en tu mente. ¿Por qué ceder a las sugestiones del crimen? ¿No te conmueve la postración de este niño a quien quieres imponer la muerte lenta? ¡Observa! el drama de Leoncio no se resume al conflicto de un "muerto", como supones en tu perturbado raciocinio. ¡Auscúltale el corazón de padre amoroso y dedicado! encontrarás, dentro de él, el amor dulce y puro a la manera del brillante oculto en la cáscara, rígido y contundente.

El hermano de Eloy posaba en nuestro instructor los ojos medrosos y espantados. Después de una leve pausa, Gubio continuó:

–Aproxímate. Ven a nosotros. ¿Perdiste la capacidad de amar? Leoncio es tu amigo, nuestro hermano.

Felicio gritó con visible expresión de angustia:

–Quiero ser bueno, pero no puedo... Intento mejorarme, y no lo consigo...

Con la voz entrecortada por los sollozos comentó:

–¿Y el dinero? ¿Cómo rescataré las deudas contraídas? ¡Sin el matrimonio con Avelina, la solución es impracticable!

Nuestro dirigente le abrazó y dijo:

–¿Y crees solventar compromisos financieros provocando deudas morales que te atormentarán por tiempo indeterminado? Nadie prohíbe tu matrimonio, ni Leoncio, el organizador de los bienes materiales que pretendes disponer, discrecionalmente, te podría inducir a la abstención en ese sentido. Los actos de cada hombre y de cada mujer construyen sus destinos. Somos responsables por todas las deliberaciones que abrazamos ante los programas del Eterno y no podríamos interferir en tu libre albedrío, pero pedimos tu ayuda en beneficio de esta vida frágil que debe continuar... Quieres dinero, recursos que te hagan respetado o temido por los otros hombres. Pero, convén-cete que la fortuna es una corona demasiado pesada para la cabeza que no sabe sustentarla y acostumbra arrojar al polvo, a través del cansancio y de la desilusión, a todos aquellos que la tienen, sin horizontes largos de trabajo y merecimiento. No importa, pues, que gestiones los valiosos depósitos de plata y oro que Leoncio amontonó, inadvertidamente, porque aprenderás, con los años, que la felicidad no está metida en cofres que la herrumbre consume. Sin embargo, Felicio, nos interesamos por tu promesa en favor de este niño extenuado por el sufrimiento. ¡Cuida su cuerpo tierno y aguarda el futuro! ¡No traigas para el reino de la muerte semejante delito, que llevará a tu espíritu a las urnas oscuras de expiación regeneradora!

Ante la interrupción que siguió, Felicio quiso decir algo para justificarse, pero no pudo.

No obstante, Gubio prosiguió, sereno:

Cásate, malgasta las reservas preciosas de este hogar sino sabes entender a tiempo la sagrada misión del dinero, sube a la cima de la vida social transitoria, adórnate con los títulos convencionales con los que el mundo inferior se habituó a premiar a las criaturas sagaces que suben la ladera de la dominación inútil o ruinosa, sin infringir aparentemente las leyes, porque el tiempo te esperará siempre, con lecciones de maestro; pero ayuda al pequeño a restablecerse.

Y dirigiendo una compasiva mirada al hipnotizador de Margarita, comentó: –¿Leoncio, no es esto cuánto deseamos?

–Sí –confirmó el pobre padre con lágrimas tiernas–, el dinero no importa y ahora reconozco que Avelina es tan libre cuanto yo mismo. Pero, si mi hijo sigue en la Tierra, tengo esperanzas en mi propia regeneración. Tendré, en él, un compañero y un amigo, ligado a mi memoria, en cuya capacidad de servir podré encontrar bendito campo de servicio espiritual. Este niño, por ahora, es el único medio que dispongo para retomar a la creencia en el bien del que me había alejado.

Reconociendo el doloroso esfuerzo para hablar y rogar en aquella hora, Gubio le abrazó, le levantó y dijo:

–Leoncio, Jesús cree en la cooperación de los hombres, tanto así que tolera nuestras imperfecciones hasta que aceptemos el imperativo de nuestra conversión personal al supremo bien. ¿Por qué habíamos entonces de no creer? Confía en la renovación de Felicio. De hoy en adelante, tu hijo no será vigilado más por un perseguidor y sí protegido por un desvelado benefactor, digno de nuestro apoyo fraterno.

El enfermero, vencido por semejantes palabras, se arrodilló ante nosotros, y juró:

–¡En nombre de la justicia divina, prometo amparar a este niño como verdadero padre!

Enseguida, se levantó e intentó besar las manos de Gubio, pero nuestro instructor absteniéndose, delicadamente, de recibir el homenaje, nos pidió a Eloy y a mí, que llevásemos al paciente al cuerpo físico, mientras que él mismo aplicaría pases de fortalecimiento al enfermo.

Felicio nos abrazó, y después de nuestro auxilio por reajustarse al cuerpo

carnal, despertó en el lecho en copiosas lágrimas.

Pero, el lance, no terminó allí.

Forzando la situación de algún modo, Eloy le infundió intensa energía magnética a la esfera ocular y el hermano, aletargado, nos vio por algunos segundos.

Boquiabierto, asombrado, no sabía que decir, pero, Eloy se acercó a él y con benéfica indignación resplandeciéndole en los ojos, le dijo, francamente:

–Si asesinas a este niño, yo mismo te castigaré.

El enfermero profirió un grito terrible y dejó caer en la almohada la cabeza desfallecida, perdiéndonos de vista.

En ese instante, creí, con sinceridad, que la promesa de Felicio sería cumplida integralmente.

.

XV - FINALMENTE, EL SOCORRO

Entusiasmado con la actuación de nuestro instructor, Saldaña multiplicaba los gestos de humildad, y tanto él como Leoncio pasaron a cooperar activamente con nosotros en los preparativos en beneficio de la solución que buscábamos.

Ambos solicitaron una aparente continuidad, para no despertar, contra nosotros, imprudentemente, la furia de las entidades ignorantes que se mantenían en posición contraria a la nuestra. Podrían organizarse en legión amenazadora y destrozar nuestros mejores proyectos. Conocían la existencia de procesos de auxilio, iguales a aquel en que funcionábamos y permanecían

informados en cuanto al potencial de la zona enemiga, del centro de la cual podrían surgir, de inmediato, centenas de adversarios en masa, contra aquella casa, poco preparada a resistir un semejante cerco.

Oyendo esto, presté atención a la situación de Gaspar, sin disimular mi justificada extrañeza. El hipnotizador, cuya presencia ya era de por sí muy desagradable, por los fluidos poco simpáticos que emitía, continuaba ausente de nuestras conversaciones. Su mirada, casi vítrea, incapaz de fijarse en nosotros, daba la idea de parálisis del alma, de la petrificación del pensamiento.

No pudiendo contener la curiosidad por más tiempo, pregunté a Gubio la causa de esto. ¿Qué significaba aquella máscara psicológica del magnetizador de las sombras? Yacía sordo, casi ciego, plenamente insensible. Respondía a las más largas e importantes preguntas, a través de monosílabos, de modo vago y demostraba una insistencia irreductible en el campo de flagelación a la víctima.

El orientador, me explicó, con toda libertad:

–André, hay obsesores marcadamente endurecidos de corazón que se petrifican cuando están bajo la influencia de perseguidores aun más fuertes y más perversos que ellos mismos. Inteligencias temibles de las tinieblas, absorben ciertos centros periespirituales de determinadas entidades que se revelan pervertidas e ingratas al bien, y las utilizan como instrumentos en la extensión del mal que eligieron como semilla en la vida. Gaspar se encuentra en esa situación. Hipnotizado por señores del desorden, anestesiado por los rayos entorpecedores, perdió, transitoriamente, la capacidad de ver, oír y sentir con elevación. Se detiene en una aflictiva pesadilla como ocurre al encarnado común, dentro de la cual el ataque contra Margarita es una idea fija, obsesiva.

–¿Pero, no podrá reintegrarse en la posesión de los sentidos naturales? –pregunté.

–Perfectamente. El magnetismo es una fuerza universal que asume la

dirección que le dictemos. Pases contrarios a la acción paralizante le restituirán a la normalidad. Pero tal operación, exige momento adecuado. Es necesario disponer de recursos regeneradores intensos, susceptibles de ser encontrados junto a servicios de grupo, en que la colaboración de muchos se engrana a favor de uno solo, cuando es necesario.

En ese instante, Saldaña se acercó a nosotros y pidió instrucciones, sin reservas.

–Mi benefactor –dijo a Gubio, con reverencia–, comprendo que demostrar de pronto la nueva situación sería atraer sobre nuestro esfuerzo una terrible reacción de cuantos pasarán a vigilarnos, despiadadamente. Con franqueza, me veo en un campo nuevo y desconozco el camino por donde recomenzar.

El interpelado, consintió, con bondad:

–Sí, Saldaña, permaneces bien inspirado. Somos débiles para batallar en conjunto. Es indispensable que Margarita alcance mejoras positivas, ante todo. Aguardemos la noche. Espero situar el caso en algún núcleo de amor fraternal. Hasta allá, conviene guardar la casa sin alteraciones, incluso porque Gaspar es otro enfermo, exigiendo especial atención: trae su vehículo periespiritual enfermizo y viciado, reclamando ayuda caritativa.

No había terminado estas frases cuando Gabriel entró en el aposento, y se acercó a la esposa, desalentada y abatida.

Gubio, ahora señor de la situación, se aproximó al joven, y colocó sobre su frente la diestra paternalmente, dominando en su cerebro, las zonas directas de la inspiración, dando curso, naturalmente, a las fuerzas magnéticas susceptibles de inclinar el problema de asistencia a la solución favorable.

Observé que el esposo de Margarita, bajo la influencia renovadora, pasó a contemplar a la compañera, tiernamente. Le tomó las manos con sincera ternura y dijo, espontáneo:

–Margarita, me duele verte así, tan profundamente desanimada. Una pequeña pausa pesó sobre ambos, al cabo de algunos momentos, volvió el marido con los ojos iluminados por indefinible esperanza:

–¡Oye! Una súbita idea me brotó en el pensamiento. Desde hace muchos días estamos intentando remedios violentos y medidas drásticas que no te ayudaron con la eficiencia necesaria. ¿Te parece bien que pida, en nuestro favor, la ayuda de algún amigo del Espiritismo Cristiano?

Impactada por aquella onda de bendito cariño que fluía imperceptiblemente de Gubio, por intermedio de Gabriel, la enferma abrió los ojos, llenos de nuevo interés, como quien encuentra una inesperada senda salvadora y accedió, feliz:

–Estoy lista. Aceptaré cualquier recurso que consideres justo y digno.

El esposo, esperanzado, salió, precipitadamente, acompañado de Gubio, que nos re-comendó permanecer al lado de Saldaña, preparando el servicio para la noche próxima.

En la intimidad del ex-perseguidor, no perdí tiempo.

Me había internado en una actividad absolutamente nueva para mí y deseaba ampliar conocimientos y recursos. Consideré que un trabajador incompleto, en mi posición, precisa estudiar siempre, y aproximándome al verdugo, transformado en amigo, interrogué:

–Saldaña, ¿cómo explicar tanto temor por nuestra parte ante los compañeros retar-dados?

Él fijó, en mí, la mirada espantada y observó:

–Amigo mío, conozco suficientemente este tema. Si nos dispusiéramos a luchar, abiertamente, conservando con nosotros a esta joven señora enferma en un patrón físico de menor resistencia, perderíamos muy pronto la ocasión de ayudarla. En los círculos inferiores en los que nos encontramos, la maldad es fuerza dominante en casi todas partes, contando con intérpretes que nos vigilan a través de todos los flancos y no nos es fácil escapar. Para combatir el mal y vencerlo, urge poseer la prudencia y la abnegación de los ángeles. De otro modo es perder el tiempo y caer, sin defensa, en peligrosas celadas de las tinieblas.

El nuevo aliado echó una mirada por el cuarto, comprobando que no éramos oídos por adversarios comunes y prosiguió:

–Yo mismo, inmediatamente después de mi venida, hice lo posible por huir del mal, pero en vano. Viejas oraciones aprendidas en mi infancia, que el tiempo no consumió del todo en mi espíritu, articuladas entonces por mi boca, merecieron sarcasmo cruel de los enemigos del bien. En verdad, pensamientos indignos me poblaban la cabeza, pero la voluntad de mejorarme era sincera en mi corazón. Me esforcé de alguna manera, reaccioné cuanto pude; sin embargo, mi impulso para el bien legítimo era, en el fondo, un soplo frágil al frente de un tifón. Con el contacto de esa gente desencarnada, infeliz y vengativa, perdía la compostura moral, que buscaba mantener, en balde. Si el alma, liberada del cuerpo de carne, no se encuentra amparada en principios robustos de virtud santificante, sentida y vivida, es casi imposible salir victoriosa de las celadas os-curas.

–Pero –objeté– ¿no será esa actitud simple reflejo de la ignorancia?

–Admito que sí –explicó el ex-obsesor, sorprendiéndome por la claridad de su argumentación– sin embargo, no desconoces que la mayor dificultad no nace de la ignorancia, en sí misma, sino de nuestra dureza contraria a la capitulación indispensable. La sabiduría golpea la ignorancia, la bondad humilla la perversidad, el amor verdadero sitia el odio en un círculo de hierro; no obstante, aquellos que son sorprendidos en el campo de la inferioridad, maniobran contra el bien, deliberadamente, con mil armas de despecho, calumnia, envidia, celos, mentira y discordia, provocando perturbación y

desánimo.

Escuchando estas palabras, tan claras, cuya desenvoltura y acierto me asombraba, comenté:

–Tu caso es un ejemplo vivo. Me asombra el caudal de tus comentarios inteligentes. De ningún modo podrías ser un ignorante.

–¡Ah! ¡sí! –replicó, el ex-verdugo, sonriendo– inteligencia no me falta. Estoy positivamente informado con relación a los deberes de orden general que me competen. Pero, me faltaba la compañía de alguien que consiguiese mostrarme la eficiencia y la seguridad del bien, en medio de tantos males. Imagínate a un hambriento oyendo discursos. ¿Crees que las palabras cubrirían las exigencias del estómago? Esto fue precisamente lo que me ocurrió. Preocupado con la esposa y la nuera, desencarnadas en terrible desequilibrio, atormentado por mi hijo loco y por la nieta en peligro, no había "espacio mental" en mi cabeza para aceptar, simplemente, teorías salvadoras. No obstante, el benefactor Gubio, me demostró que el bien es más poderoso que el mal. Esto me bastó. En las dudas, las aclaraciones benéficas suponen verdadera caridad.

Observó alrededor, con extrema desconfianza en la mirada, y acentuó:

–Pero sé, por experiencia propia, quienes son los rebeldes en cuyo equipo trabajé hasta ayer. Francamente, aun no sé con certeza que será de mí. Me perseguirán, sin tregua. Si pudiesen, me conducirán al valle de miseria y penuria. Sin embargo, noto que una transformación saludable inunda ahora mi espíritu. Me convencí que el bien puede vencer al mal y espero que nuestro instructor no me abandone. Aunque sufra, le acompañaré. No pretendo regresar al repugnante camino recorrido.

Leoncio, que nos miraba atento, atendiendo la conversación, aseveró por su parte: –Yo tampoco puedo servir más en las filas de la venganza.

Estoy harto...

Manifesté, a ambos, nuestra simpatía y les prometí, en nombre de nuestro orientador, que no les faltaría acogida en plano superior.

Sonreían satisfechos, cuando Gubio retornó al compartimento de la enferma, notificando que el problema estaba resuelto.

Margarita y el esposo comparecerían en la noche próxima a una reunión familiar, en un importante sector de socorro mediúmnico.

La enferma encarnada y Gaspar, el hipnotizador traumatizado, recibirían recursos eficientes.

Con ansiedad, aguardamos el anochecer.

De cuando en cuando, Gubio colocaba la diestra sobre la frente de la enferma, como para reforzar la resistencia general.

Alrededor de las veinte horas, un automóvil recibía a la pareja, que fue acompañada por nosotros y por gran número de "ovoides", aún ligados a la cabeza de la enferma, bajo proceso de imantación.

Saldaña tuvo buen cuidado de despistar a todos los compañeros perturbadores que intentaban seguirnos. Les tranquilizó con buenas palabras, afirmando, además, con mucha razón, que el asunto venía siendo bien tratado.

Llegamos a una vivienda, donde fuimos admirablemente recibidos.

El señor Silva, dueño de la casa, acogió a Gabriel y a su esposa con inequívocas demostraciones de cariño, y Sidonio, el director espiritual de los trabajos que se realizarían, nos extendió sus brazos fraternales.

Allá adentro, cuatro caballeros y tres señoras, componentes habituales de las reuniones, según fuimos informados, pasaron a intercambiar ideas con los visitantes, reanimándoles e instruyéndoles hasta que el reloj marcase la hora para los servicios de la noche.

A las preguntas de Gubio, Sidonio contestó:

–Nuestro grupo funciona, satisfactoriamente; pero podría llevar a efecto una más amplia cosecha de bendiciones, si la confianza en el bien y el ideal de servir fuesen más amplios en nuestros colaboradores en el plano físico. Sabemos que el instrumento es esencial en cualquier servicio. El brazo es intérprete del pensamiento, el operario es complemento del administrador, el aprendiz es vehículo del maestro. Sin compañeros encarnados que correspondan a los objetivos de la acción santificante, ¿cómo establecer la espiritualidad superior en la corteza de la Tierra? Efectivamente, encontramos hermanos dispuestos a la ayuda fraterna, aunque es forzoso decir, que la mayoría espera la mediumnidad espectacular, a fin de cooperar con nosotros. No saben que todos somos médiums de alguna fuerza buena o mala, en nuestras facultades receptivas. No aceptan las necesidades del servicio que nos aconsejan buscar el desarrollo sustancial en la auto-iluminación, a través del servicio a nuestros semejantes, y exigen los dones mediúmnicos, como si fuesen dádivas milagrosas a ser transmitidas, graciosamente, a través de una "varita mágica". Se olvidan que la mediumnidad es una energía peculiar a todos, en mayor o menor grado de exteriorización, energía esa que se encuentra subordinada a los principios de dirección y a la ley de uso, así como la azada, que puede ser usada para servir o para herir, conforme al impulso que la oriente, mejorando siempre, cuando está en servicio, o revistiéndose de herrumbre asfixiante y destructiva, cuando queda en constante reposo. Nuestros amigos no perciben el valor de una actitud valiente y permanente de fe positiva, dentro del camino noble, pase lo que pase y, no obstante, cuidar devotamente de su creencia con la misma ternura consagrada por el labrador vigilante a la plantita tierna que encierra la esperanza del porvenir, basta que espíritus perturbadores o maliciosos les visiten, sutiles, a la manera de mirlos en un arrozal, y allá se van los gérmenes superiores que les confiamos, incesantemente, al suelo del corazón. De un instante para otro, dudan de nuestro es-fuerzo, desconfían de sí mismos, cierran los ojos ante la grandeza de las leyes que les cercan en los ángulos de la naturaleza terrestre, y las energías mentales que deberían centralizar en construcción activa y santificante, con vistas al perfeccionamiento propio, son desbaratadas, casi

diariamente, por la argumentación mentirosa de espíritus ingratos y poco permeables al bien.

Al hacer una pausa, me aventuré a preguntar:

–¿Lo que ha dicho se puede aplicar a un grupo como éste? ¿Será posible que un conjunto organizado sobre propósitos tan saludables dé guarida fácil a las fuerzas deprimentes?

El director de la casa sonrió de buen humor y respondió con franqueza:

Sí, en general se reúnen ahora, bajo este techo amigo, y buscan la compañía espiritual. Pero, esto sucede durante seis horas, en las ciento sesenta y ocho horas de cada semana. Mientras están con nosotros se dejan envolver en las suaves irradiaciones de la paz y de la alegría, del buen ánimo y de la esperanza, captando las vibraciones edificantes de las cuales deseábamos fuesen ellos nuestros portadores permanentes y seguros en la esfera cotidiana de la lucha humana. Sin embargo, tan pronto se encuentran a pequeña distancia de nuestras puertas, aceptan o provocan millares de sugestiones sutiles, diferentes de las nuestras. Choques de pensamientos, adversos a nuestro programa, nacidos de la mente de encarnados y desencarnados, nos castigan sin piedad. Muy raros son los que comprenden que la fe es una bendición susceptible de ser aumentada indefinidamente y muchos otros no son conscientes del servicio que la conservación, la consolidación y el crecimiento de esos dones nos ofrecen a todos. Además, cuando algún hermano revela disposiciones más avanzadas para servir al bien de todos, en favor del imperio de la luz, acostumbra ser visitado inmediatamente, en las horas de sueño físico, por entidades expertas en la práctica del mal, interesadas en la extensión del dominio de las sombras que le desintegran convicciones y propósitos nacientes con insinuaciones poco dignas, cuando el espíritu del trabajador no está convenientemente apoyado en el deseo robusto de progresar, redimirse y marchar hacia adelante.

La exposición era muy interesante y me hubiese encantado recibir más información sobre el tema, pero el reloj marcaba el momento de nuestra cooperación activa.

Para los trabajos de la reunión que congregaba a nueve personas terrestres, veintiún colaboradores espirituales se movilizaron en nuestro círculo de acción.

Gubio y Sidonio, en común esfuerzo, efectuaron operaciones magnéticas alrededor de Margarita, desligando, finalmente, a los "cuerpos ovoides" que fueron entregados a una comisión de seis compañeros que les condujeron, cuidadosamente, a puestos de so-corro.

Inmediatamente después, mientras la oración y los estudios evangélicos se hacían oír, dentro de las contribuciones de nuestro círculo, gran acopio de fuerza nerviosa, con la debida compensación de fluidos vigorizantes de nuestra esfera, fue extraída a través de la boca, nariz y manos de los asistentes encarnados, fuerza esa que Gubio y Sidonio aplicaron sobre Margarita y Gaspar, con la evidente intención de restaurar sus energías periespirituales.

La joven señora pasó a demostrar benditas señales de alivio y Gaspar, de impasible como se hallaba, se puso a gemir como si hubiera despertado de una intensa y larga pesadilla.

En ese momento, nuestro orientador preparó a doña Isaura, señora de la casa y médium, adiestrándole la facultad de incorporación por intermedio de pases magnéticos sobre la laringe y, en particular, sobre el sistema nervioso. Cuando se inició la hora de amor cristiano a los desencarnados, los orientadores trajeron a Gaspar a la organización mediúmnica, a fin de que pudiese él recoger algún beneficio al contacto de los compañeros materializados en la experiencia física, que le habían suministrado energías vigorizantes, tal como sucede a las flores que sustentan, sin percibir, el trabajo saludable de las abejas laboriosas.

Percibí que los sentidos del insensible perseguidor ganaron una inesperada percepción. Los sentidos de la visión, audición, tacto y olfato fueron súbitamente despertados e intensificados en él. Parecía un sonámbulo, despertando. A medida que se unían sus fuerzas a las energías de la médium,

más se acentuaba el fenómeno de reavivamiento sensorial. Tomando posesión, provisionalmente, de los recursos orgánicos de doña Isaura, en visible proceso de "injerto psíquico", el hipnotizador gritó y lloró, lastimosamente. Mezcló blasfemias y lágrimas, palabras conmovedoras y palabras poco dignas, entre la penitencia y la rebeldía. Escuchando, ahora, con aguzada sensibilidad, conversó detenidamente con el adoctrinador. El señor Silva, marido de la médium, le hizo sentir la necesidad de renovación espiritual en edificante lección que nos alcanzó las fibras más íntimas, y después de sesenta minutos de exhaustiva lucha emocional, Gaspar fue conducido por dos servidores de nuestro equipo al lugar que le correspondía, esto es, a la posición de demente con retorno gradual a la razón.

Finalizados los servicios activos, la reunión fue cerrada, notándose que una inmensa alegría transbordaba de todos los corazones.

Margarita estaba, al fin, aliviada y, en llanto, pedía al esposo que agradeciese de viva voz, las dádivas recibidas.

Pero, Gubio viendo a Saldaña asustado, indicó:

Todavía no conseguimos triunfar. Margarita recibió amparo inmediato, pero necesitamos, ahora, socorrer su casa hasta que ella misma incorpore a su individualidad, en carácter definitivo, los beneficios recogidos aquí.

Sonrió, bondadosamente, y comentó:

–Para que una planta sea efectivamente preciosa, no basta que esté bella y perfuma-da, en la estufa protectora. Es necesario recibir el auxilio externo, consolidando su resistencia para producir utilidades en el bien común.

Hablando con Sidonio, aceptó la colaboración, por diez días sucesivos, de doce compañeros espirituales incorporados a la agrupación destinada a reforzar las actividades defensivas en la morada de Gabriel, porque, según Saldaña y Leoncio, del día siguiente en adelante, tendríamos guerra abierta con los asalariados de Gregorio que vendrían naturalmente sobre nosotros,

temibles e insistentes.

.

XVI - ENCANTAMIENTO PERNICIOSO

Finalizada la reunión, observé que la médium doña Isaura Silva mostraba una sensible transfiguración.

Mientras duraron los trabajos, mostraba radiaciones brillantes, alrededor del cerebro, ofreciendo un magnífico ambiente personal; pero concluida la sesión, se rodeó de emisiones de sustancia fluídica cenicienta oscura, como si hubiese apagado repentina-mente alguna lámpara invisible.

Impresionado, le pregunté el porqué de esto a Sidonio, a lo que él me respondió, atento:

–La pobrecita se encuentra bajo verdadera tempestad de fluidos malignos que le van siendo dirigidos por entidades inferiores, con las cuales se sintonizó inadvertidamente, por los hilos negros de los celos. Mientras se halla bajo nuestra influencia directa, especialmente en los trabajos espirituales de orden colectivo, en que actúa como válvula captadora de las fuerzas generales de los asistentes, disfruta buen ánimo y alegría, porque el médium es siempre una fuente que da y recibe cuando está en función entre los dos planos. Sin embargo, terminada la tarea, Isaura vuelve a las tristes condiciones a las que se relegó.

–Pero, ¿no hay algún recurso para socorrerle? –indagué, curioso.

–Sin duda –explicó el orientador de la pequeña institución–, y porque no la abandonamos, aún no sucumbió. Es imprescindible, entretanto, en un proceso de semejante naturaleza, actuar con cautela, sin humillarle y herirle. Cuando defendemos un retoño tierno, del cual es justo aguardar preciosa cosecha en el porvenir, es necesario combatir los gusanos invasores, sin alcanzarlo. Dañarle hoy es perder la cosecha de mañana. Nuestra hermana es una

valiosa cooperadora, revela cualidades apreciables y dignas, sin embargo, no perdió aún la noción de exclusivismo sobre la vida del compañero y, a través de esa brecha, que le induce a violentas vibraciones de cólera, pierde excelentes oportunidades de servir y elevarse. Hoy vivió uno de sus días más infelices, entregándose, totalmente, a ese género de flagelación interior. Nos pide ayuda, en esta noche, pues cada siervo despierto para el bien, cuando se proyecta en determinada faja de vibraciones inferiores durante el día, marca casi siempre, una entrevista personal, para la noche, con los seres y las fuerzas que le ocupan.

Mostró una significativa expresión y dijo: –Mientras la criatura es vulgar y no se destaca por aspiraciones de orden superior, las inteligencias pervertidas no se preocupan con ella; no obstante, después que demuestre propósitos de sublimación, se purifica su tono vibratorio, pasa a ser notada por las características de elevación y es naturalmente perseguida por quien se refugia, en la envidia o en la rebelión silenciosa, dispuesto a no conformarse con el progreso ajeno.

Estimé que el caso asumiría gran importancia para mis estudios particulares y, comprendiendo que Margarita ya había recibido grandes ventajas, pedí permiso a nuestro instructor, después del consentimiento de Sidonio, para observar en aquella noche, el conflicto inquietante entre la misionera y los que se le unían a las telas oscuras del sentimiento.

Gubio estuvo de acuerdo.

Aguardaría mi regreso al día siguiente.

Nuestro grupo se retiró conduciendo a la enferma y al esposo, infinitamente satisfechos, y me mantuve con Sidonio, en interesante conversación.

–Por ahora –me explicó a cierta altura de la útil charla–, este domicilio está bajo la guardia de nuestros procesos de vigilancia. Las entidades perturbadoras o criminales no disponen de acceso hasta aquí, pero nuestra amiga, trastornada por los celos, va ella misma, siguiendo a los malos consejos. Esperemos que abandone el vehículo de carne, bajo la acción del

sueño, y verás de cerca.

Transcurridas apenas dos horas, vimos al señor Silva que nos señalaba la puerta próxima, ya desligado del cuerpo físico. Sidonio se levantó y, convocando a uno de sus auxiliares, le recomendó acompañase al dueño de la casa en provechosa excursión de estudios.

El señor Silva, junto a nosotros, alegó pesaroso:

¡Deseaba tanto que Isaura viniese, pero no atendió a mis ruegos!

¡Déjala! –observó Sidonio, con inflexión de energía en la voz– hoy, todavía no se halla preparada para atender las lecciones.

El interlocutor mostró profunda tristeza en el semblante, pero no vaciló. Siguió, sin demora, al cooperador que le había sido presentado.

Algunos minutos más, y doña Isaura, fuera del cuerpo de carne, surgió a la vista, revelando el periespíritu intensamente oscuro. Pasó muy cerca, sin prestarnos la mínima atención, mostrándose encarcelada en absorbente idea fija. Sidonio le dirigió algunas palabras amigas, que no fueron oídas en absoluto. El amigo intentó tocarle con la diestra luminosa, pero la médium se precipitó en veloz carrera, dejándonos percibir que nuestra aproximación constituía, en aquellos instantes, una tortura. Se encontraba inca-paz de darse cuenta de nuestra presencia; pero percibía, instintivamente, las vibraciones mentales y demostraba temer el contacto espiritual con nosotros.

El benefactor me explicó que podría obligarle a oírnos, sometiéndole sin reservas, a nuestras influencias; no obstante, semejante actitud, de nuestro lado, implicaría la supresión indebida de las posibilidades educativas. Isaura, en el fondo, era señora de su propio destino y, en la experiencia íntima, disponía del derecho de errar para aprender mejor –el camino más acertado en defensa de la propia felicidad. Allí estaba, con el fin de ayudarle, cuanto fuese posible, en la preservación de las fuerzas físicas, pero no para encadenarle a actitudes con las que aún no pudiese concordar,

espontáneamente, ni aun en nombre del bien que no reclama esclavos en su acción y, sí, servidores libres, contentos y optimistas.

Con gran sorpresa, para mí, el servicial guardián continuó explicando que aquella señora, efectivamente, poseía extensas posibilidades en el servicio a los semejantes. En el caso que quisiese perderlas temporalmente, no nos cabía otro recurso salvo el de entregarle a la corriente de su propia voluntad, hasta que un día, consiguiese, ella misma, despertar en plano de comprensión más alta. Sabía, hasta la saciedad, que el marido no era de su propiedad exclusiva, que los celos desvariados sólo podrían conducirla a una peligrosa situación espiritual, no ignoraba que la palabra del Maestro exhortaba a los aprendices al perdón y al amor para que los compañeros más infelices no se proyectasen en los despeñaderos profundos de la senda. Entretanto, si sus designios se retrasaban en la línea contraria a la ruta que el plano superior le había trazado, sólo nos restaría dejarle circunscrita a los círculos de la mente en desánimo o en desespero a fin de que el tiempo le enseñase su propio reajuste.

Después de pacientes explicaciones, Sidonio concluyó, con una sonrisa melancólica:

–La educación no viene por imposición. Cada espíritu, deberá a sí mismo, la ascensión sublime o la caída deplorable.

A esa altura, acompañábamos a la señora Silva, fuera del cuerpo de carne, huyendo de su domicilio para la vía pública. Apresuró el paso hasta encontrar una vieja casa deshabitada, a cuya sombra se le unieron dos malhechores desencarnados, enemigos sagaces del servicio de liberación espiritual del que era devota servidora. Es evidente que le esperaban con el deliberado propósito de intoxicar su pensamiento.

Se acercaron a ella, amistosos y suaves, sin percibir nuestra presencia.

–Entonces, doña Isaura –dijo uno de los embusteros, presentando, en la voz, fingido acento de compasión–, la señora ha sufrido bastante en sus respetables sentimientos de mujer...

–¡Ah! Amigo mío –clamó la interpelada, visiblemente satisfecha, por encontrar a alguien que comprendiese sus dolores imaginarios e infantiles–, ¿entonces usted también lo sabe?

–¿Cómo no? –comentó el interlocutor, enfático– soy uno de los espíritus que la "protegen" y sé que su esposo ha sido un desalmado verdugo. A fin de "ayudarle", he seguido al infeliz, por todas partes, descubriendo sus traiciones a los compromisos de pareja.

Doña Isaura, en lágrimas, se confió al fingido amigo.

–Sí –gritó, molesta–, esta es la verdad. Sufro infinitamente... No existe, en este mundo, criatura más desventurada que yo...

–Reconozco –acentuó el locuaz perseguidor–, reconozco la extensión de sus padecimientos morales, veo su esfuerzo y el sacrificio y no ignoro que su marido eleva la voz en las oraciones, a través de las sesiones habituales, para cubrir, simplemente, sus propias culpas. A veces, en plena oración se entrega a pensamientos de lascivia, fijando, en la mente, a señoras que frecuentan su hogar.

Tratando de envolver a la médium imprevisora en sus mentiras, decía:

–¡Es una pena! Me duele verla encadenada a un pillo enmascarado de apóstol.

–Eso es... –confirmaba la pobre señora, como si fuera golondrina delicada, porta-dora de importante mensaje, repentinamente presa en una bandeja de miel–, estoy rodeada de gente deshonesta. ¡Nunca sufrí tanto!

Señalando la triste escena, Sidonio me informó:

–Sobre todo, los agentes de la desarmonía perturban sus sentimientos de mujer para, enseguida, eliminar sus posibilidades de misionera. El celo y el egoísmo constituyen puertas fáciles de acceso a la obsesión que arrasa el bien. Por el exclusivismo afectivo, la médium, en esta conversación ya se unió, mentalmente, a los astutos adversarios de sus compromisos sublimes.

Dejando entrever inmensa tristeza, me dijo: –Observa.

El inteligente obsesor abrazó a la señora, parcialmente desligada del cuerpo físico y prosiguió:

Doña Isaura, somos sus leales amigos. Y los protectores verdaderos son aquellos que, como nosotros, conocen sus padecimientos ocultos. No es justo que se someta a las arbitrariedades del marido infiel. Absténgase de aceptar en su casa a sus compa-ñeros hipócritas, interesados en oraciones colectivas, que más parecen payasadas inútiles. Es un peligro entregarse a prácticas mediúmnicas, como viene haciendo en compañía de gente de esa especie... ¡Tenga cuidado!...

La médium poco vigilante abrió desmesuradamente, los ojos, impresionada con la extraña inflexión impresa en las palabras oídas, y gritó:

¡Aconséjame, espíritu generoso y amigo que tan bien conoces mi martirio silencioso!

El interlocutor, con la intención de destruir la célula iluminativa que funcionaba con inmenso provecho en la casa de la joven señora, asediada, ahora, por sus argumentos dulzones y venenosos, observó, con malicia:

–Usted no nació con vocación teatral. No permita la transformación de su casa en una sala de espectáculos. Su marido y sus relaciones sociales exageran sus facultades. Necesita todavía de largo tiempo para desarrollarse suficientemente.

Y, envolviéndole en los pesados velos de la duda que anula tantos trabajadores bien intencionados, dijo:

–¿Meditó en la mixtificación inconsciente? ¿Está convencida que no engaña a los demás? Es indispensable prevenirse. Si estudiase la grave cuestión del Espiritismo, con inteligencia y acierto, reconocerá que los mensajes escritos, a través suyo, y las incorporaciones de entidades supuestamente benefactoras, no pasan de pálidas influencias de espíritus perturbados y en alto porcentaje de los productos de su propio cerebro y de su sensibilidad, agitada por las exigencias de las personas que frecuentan su casa. ¿No ve la plena conciencia con la que se entrega al imaginado intercambio? No crea en posibilidades que no posee. Trate de preservar la dignidad de su casa, debido a que su esposo no tiene otro objetivo sino el de utilizar su excesiva credulidad, lanzándole a la triste aventura del ridículo.

La pobre criatura, ingenua y servicial, escuchaba con visible terror, aquellos conceptos sobre el asunto.

Asombrado con la pasividad de Sidónio ante aquel asalto, le dirigí la palabra, respetuoso, pero intranquilo.

–¿No será necesario defenderla?

Él sonrió, comprensivamente, y aclaró:

–¿Pero qué hicimos, hace pocas horas, en el culto de la oración y del socorro fraternal, sino prepararle para su propia defensa? Trabajó, mediúmnicamente, con nosotros, oyó una hermosa y conmovedora prédica evangélica contra los peligros del egoísmo enfermizo; colaboró, decidida, para que el bien se concretase y, ella misma, nos prestó los labios a fin de enseñarnos principios de salvación en nombre de Cristo, a quien debería confiarse. Pero, porque el esposo se dispuso a la justa gentileza con las damas que buscaron su compañía fraterna, obscureció el pensamiento en el celo destructor y perdió el equilibrio íntimo, entregándose, inerme, a

entidades que explotan su sentimentalismo.

Hizo significativo gesto, apuntando a los malhechores desencarnados, y explicó:

–Estos compañeros retardados proceden con los médiums a la manera de ladrones que, después de saquear una casa, despiertan al dueño, le hipnotizan, compiliéndolo a sentirse en la condición de mentiroso y mixtificador. Se aproximan a la mente poco vigilante, desequilibran su armonía, le arrebatan su tranquilidad y después, con sarcasmo imperceptible y sutil, le obligan a creerse fantasiosa y despreciable. Muchos misioneros se dejan atropellar por la falsa argumentación que acabamos de oír y menos-precian las sublimes oportunidades de extender el bien, a través de la preciosa semilla que enriquecería su futuro.

–¿Pero, no hay recursos –pregunté, sensibilizado– de apartar a semejantes malhechores?

–Sin duda –explicó Sidonio de buen humor–, en todas partes existe contención y panacea, remediando situaciones por la violencia o por el cebo perjudiciales, pero, en la intimidad de nuestra tarea, ¿qué será más aconsejable? ¿espantar moscas o curar la herida?

Sonrió, enigmático y prosiguió:

Tales dificultades son valiosas lecciones que el espíritu del médium entre encarnados y desencarnados, debe aprovechar en benditas experiencias y no nos compete substraer la enseñanza al aprendiz. Mientras un trabajador de la mediumnidad presta oídos a historias que lisonjean la esfera personal, haciendo, de eso, la condición para cooperar en la obra del bien, quiere decir que aún estima el personalismo inferior y el fenómeno por encima del servicio que le corresponde en el plano divino. En esa posición se demorará largo tiempo entre desencarnados ociosos que disputan la misma presa, anulando valiosa ocasión de elevarse porque, después de cierto tiempo de auxilio desaprovechado, pierde, provisionalmente, la compañía edificante de hermanos más evolucionados, que todo hacen, inútilmente, por

reencaminarla. Entonces cae vibratoriamente en el nivel moral al que se ajusta, convive con las entidades cuyo contacto prefiere, y despierta, más tarde, dándose cuenta de las horas preciosas que despreció.

En ese momento, el obsesor de doña Isaura, le sugería: –Estudie, señora, su propio caso. Consulte a profesionales competentes. Lea las últimas novedades en psicología y no pierda su oportunidad de restauración, bajo pena de enloquecer.

Y comentaba, sacrílego:

–Le hablo en nombre de las esferas superiores, en calidad de amigo fiel. –Sí... comprendo... decía la interlocutora, tímidamente.

En ese momento, Sidonio se acercó al grupo y se hizo visible para doña Isaura, hipnotizada por los perseguidores, y la médium notó su presencia con alguna dificultad, exclamando:

–¡Veo a Sidonio, nuestro consagrado amigo espiritual!

El locuaz obsesor, que de ninguna manera nos podía percibir, en virtud del bajo patrón emocional en el que se mantenía, comentó:

–Nada de eso. La señora no ve nada. Es pura ilusión. Abandone el vicio mental para evitar mayores desequilibrios.

Sidonio volvió, algo triste, e informó sin rodeos:

–Desde el instante en el que Isaura se proyectó en la zona sombría del celo, tiene la materia mental en posición difícil y no se halla en condiciones de comprenderme. Pero podemos socorrerla de otro modo.

En rápido vuelo, en el que fue seguido por mí, encontró al marido de la médium en una reunión instructiva, junto a varios amigos espirituales y le recomendó tomar el cuerpo físico sin pérdida de tiempo, a fin de auxiliar a la esposa en dificultades.

El hermano Silva no lo dudó.

En breve, regresaba a la cámara conyugal, entrando, de nuevo, en el vehículo denso.

El cuerpo de la señora, a su lado, se movía en reiteradas contorsiones, encadenada a una indecible pesadilla.

Por influencia de Sidonio, procuró despertarla, tocándole delicadamente

Isaura, en copioso llanto, retornó al campo carnal, rápidamente, abriendo los ojos asustados:

–¡Oh! ¡cómo soy de infeliz! –gritó, angustiada– ¡estoy sola! ¡sola!

Sidonio, casi incorporado al marido complaciente y bondadoso, le llevó a hablar, constructivamente.

–¡Acuérdate, querida, de nuestra fe y de cuanto hemos recibido de nuestros amados benefactores espirituales!

–¡Nada de eso! –replicó, irritada.

–¿Cómo hablas así? –dijo él paciente– ¿no hemos sido tan amparados, a través de tu propia mediumnidad?

–¡Nunca! ¡nunca!... –protestó, la pobre señora–, todo es una farsa. Los mensajes que recibo son pura actividad de mi imaginación. Todo es expresión de mí misma.

–¡Pero oye, Isaura! –dijo el esposo, sonriendo– jamás fuiste mentirosa. Ya sé. Caíste en las mallas de nuestros infelices hermanos que te conducen al purgatorio del celo terrible, pero Jesús nos auxiliará en el reajuste oportuno.

En ese momento, Sidonio se volvió hacia mí y sugirió:

–Pienso, André, que ya asististe a la fase culminante de la lección. Y esta conversación seguirá, ahora, hasta muy lejos. Con la ayuda del tiempo, pacificaremos la mente de la servidora respetable, pero exclusivista y poco vigilante. Vuelve a tu círculo de trabajo y guarda la enseñanza de esta noche.

Profundamente impresionado por lo que había visto, le di las gracias y me alejé.

.

XVII - ASISTENCIA FRATERNA

En el segundo día de servicio espiritual definitivo, en la tarea de socorro a Mar-garita, nuestro movimiento expresaba un sublime entusiasmo en la casa, que se revestía, nuevamente, de una dulce claridad de paz.

La casa se transformó.

Desde la víspera, Saldaña y Leoncio eran los primeros en pedir instrucciones de trabajo.

Insistían en decir que los adversarios del bien volverían a la carga, conocían la crueldad de los antiguos compañeros y que muchos protegidos de Gregorio vendrían a fiscalizar la normalidad del proceso alienante de la esposa de Gabriel. Gubio comenzó por situar expresivas fronteras, alrededor de la casa, mantenidas de allí en adelante bajo la responsabilidad de los colaboradores que Sidonio nos había cedido, por gentileza.

Mientras preparábamos la defensa, la joven pareja alababa la alegría que había vuelto a sus corazones.

Margarita se sentía liviana, bien dispuesta, y rendía gracias al Eterno por el "milagro" que se había producido. El esposo formulaba mil promesas de trabajo espiritual, con el júbilo del neófito, embriagado de sublime esperanza.

Entretanto, por nuestro lado, las responsabilidades pasaron a crecer.

Atendiendo las órdenes de Gubio, Saldaña se dirigió al interior de la casa y trajo, por influencia indirecta, a una vieja sierva encarnada, que desempolvó muebles, lustró adornos y abrió las ventanas dando paso a vastas corrientes de aire fresco.

La casa se reconciliaba con la armonía.

Las medidas referentes a la limpieza, proseguían adelantadas, cuando unas voces ásperas se hicieron oír, partiendo de la vía pública.

Elementos de la falange gregoriana gritaban preguntando por Saldaña, que compareció junto a nosotros, algo afligido. Nuestro instructor le recomendó, paternalmente:

–Ve, amigo mío, y muéstrales tu nuevo camino. Ten coraje y resiste al venenoso fluido de la cólera. Usa la serenidad y la delicadeza.

Saldaña mostró en su rostro un perceptible gesto de reconocimiento y avanzó en dirección de los recién llegados.

Una de las entidades, de horrible semblante, con las manos en la cintura, le gritó, irreverente:

–¿Entonces? ¿Qué pasó aquí? ¿Traicionando las órdenes?

El interpelado, a quien los últimos sucesos habían alterado profundamente, respondió humilde, pero firme:

–Mis compromisos fueron asumidos con la propia conciencia y creo disponer del derecho de escoger mi camino.

¡Ah! –dijo el otro sarcástico– Ahora tienes derechos. Veremos...

E, intentando insinuarse de manera directa, dijo: –¡Déjame entrar! –No puedo –expuso el ex-perseguidor–, la casa sigue en otra dirección.

El interlocutor le lanzó una mirada de revuelta irreprimible y preguntó, estruendoso: –¿Dónde tienes la cabeza?

–En el lugar apropiado.

–¿No temes, acaso, las consecuencias de lo que estás haciendo? –No tengo que arrepentirme de nada.

El visitante puso cara de irritación extrema y dijo: –Gregorio lo sabrá.

Y se retiró, acompañado de los demás.

Transcurridos algunos instantes, otros elementos se asomaron a la entrada, asustados e insolentes, con la repetición de los mismo hechos.

Así sucedió en varias ocasiones más.

Gubio colocó señales luminosas en las ventanas indicando la nueva posición de aquel refugio doméstico, oponiéndose a las manchas de sombra que provenían de allí; y, naturalmente atraídos por ellas, espíritus sufridores y perseguidos, pero bien intencionados, aparecieron en gran número.

La primera entidad en aproximarse fue una señora que se arrodilló, en la entrada, suplicando:

–Benefactores de lo Alto, que os congregasteis en esta casa en servicio de luz, ¡libradme del sufrimiento!... ¡Piedad! ¡Piedad!...

Nuestro instructor la atendió, inmediatamente, permitiéndole el paso. Y, contó bañada en lágrimas, que se mantenía, hace mucho tiempo, en un edificio próximo, segregada por verdugos impasibles que la explotaban para el vicio. Pero, se hallaba cansada del error y suspiraba por el cambio benéfico. Se arrepentía, pretendía otra vida, otro camino. Imploraba asilo y socorro.

El orientador le consoló, bondadoso, y le prometió amparo. Después, surgieron dos ancianos rogando protección. Ambos habían desencarnado en extrema indigencia en un hospital. Estaban poseídos por un inmenso terror. No se conformaban con la muerte. Temían a lo desconocido y mendigaban explicaciones. Padecían verdadera locura.

Una curiosa dama compareció pidiendo providencias contra espíritus pervertidos y perturbadores que, en gran número, no le permitían aproximarse a su hijo, lanzándole a la embriaguez.

Otra, vino a solicitar recursos contra los malos pensamientos de un espíritu vengativo que no le daba oportunidad de orar.

Sin embargo, la corriente de los peticionarios no quedo ahí.

Tuve la idea que la misión de Gubio se había convertido de repente, en una avanzada institución de primeros auxilios espirituales.

Decenas de criaturas desencarnadas, bajo régimen de prisión a los círculos inferiores, se alineaban, ahora al lado de la residencia de Gabriel, bajo las órdenes de Gubio que aguardaba a la noche para los servicios de la oración en general.

Pero antes que el día expirase, comenzaron a surgir varios elementos de la falange de Gregorio, afirmando estar dispuestos a su renovación.

Procedían de la propia colonia en que estuvimos, y uno de ellos con gran asombro para mí, fue muy claro:

–¡Sálvenme de los jueces crueles! –suplicó, emocionándonos por la inflexión de voz– ¡no puedo más! no soporto, por más tiempo, las atrocidades que estoy obligado a practicar. Supe que el propio Saldaña se transformó. Yo no puedo persistir en el error. Temo la persecución de Gregorio, pero si es necesario arrostrar los mayores dolores, los enfrentaré, de buen grado, prefiriendo el golpe fulminante a regresar. ¡Ayúdenme! Aspiro a un nuevo camino, en el bien.

Ruegos como éste fueron repetidos muchas veces.

Encaminado a los sufridores de intenciones nobles y rectas que llegaban hacia el gran recinto que disponíamos, nuestro instructor recomendó que Eloy y yo nos colocásemos a su disposición, oyéndolos con paciencia y prestándoles la asistencia posible, a fin de prepararse, mentalmente, para las

oraciones de la noche.

Confieso que me sentí muy bien.

Nos dividimos, entonces, en dos sectores distintos.

Organicé a los hermanos que me correspondía atender en asamblea fraterna; pero, en vista de seguir llegando más necesitados, poco a poco, era necesario mas sitio en el extenso grupo de los oyentes.

Afuera, muchas entidades en desequilibrio, reclamaban acceso pronunciando rogativas conmovedoras; sin embargo, nuestro orientador aconsejó que la entrada fuese privativa a los espíritus que se mostrasen conscientes de las propias necesidades.

Desde hace mucho había aprendido que un dolor mayor siempre consuela un dolor menor y me limitaba a pronunciar frases cortas, para que los infelices, congregados allí, encontrasen alivio, uno con los otros, sin necesidad de adoctrinamiento, por mi parte.

De ese modo, pedí a una de las hermanas presentes, en lamentables condiciones periespirituales, que expusiese su experiencia.

La infortunada concentró la atención de todos en virtud de las extensas heridas que mostraba en el semblante ahora erguido.

–¡Ay de mí! –comenzó penosamente– ¡Ay de mí, a quien la pasión cegó y venció, llevándome al suicidio! Madre de dos hijos, no soporté la soledad que el mundo me impuso con la muerte de mi marido tuberculoso. Cerré los ojos al campo de obligaciones que me invitaban al entendimiento y sofoqué las reflexiones ante el futuro que se avecinaba. Olvidé el hogar, los hijos, los compromisos asumidos y me precipité en el valle profundo de sufrimientos inenarrables. Hace quince años, precisamente, vago sin rumbo, como ave

imprevisora que destruyó el nido... ¡Fui liviana! cuando me vi sola y, aparentemente desamparada, entregué mis pobres hijos a parientes caritativos y sorbí, loca, el veneno que me desintegraría el cuerpo menospreciado. Suponía reencontrar al esposo querido o zambullirme en el abismo de la inexistencia; sin embargo, ni una cosa ni la otra ocurrieron. ¡Desperté bajo una densa niebla de lodo y ceniza, y en balde, clamé socorro a la vista de los pensamientos que me asfixiaban. Cubierta de llagas, como si el tóxico letal me alcanzase los más finos tejidos del alma, grité, sin destino cierto!

En ese momento, ya que la emoción ahogaba su voz, interferí, preguntando, para fijar más la posible enseñanza

–¿Y no consiguió volver a su casa?

–¡Ah! ¡Sí! fui hasta allá –dijo la interpelada, intentando dominarse–, pero para acentuarme la angustia, mi cariño hacia los hijos amados, que había confiado a los parientes próximos, les provocaba sufrimiento y enfermedad. Las irradiaciones de mi dolor alcanzaban sus cuerpos tiernos, envenenándoles su carne delicada, a través de la respiración. Cuando comprendí que mi presencia les inoculaba un pavoroso "virus fluídico", huí de ellos aterrada. ¡Es preferible soportar el castigo de mi propia conciencia aislada y sin rumbo que infligirles sufrimiento sin causa! Experimenté miedo y horror de mí misma. Desde entonces, deambulo, sin consuelo y sin norte. Por eso vengo, hasta aquí, implorando alivio y seguridad. Estoy cansada y vencida...

–Convénzase que recibirá los recursos que pide, por intermedio de la oración –aclaré, prometiéndole la colaboración eficiente de Gubio.

La pobrecita se sentó, más calmada; y, reparando que uno de los hermanos presentes buscaba destacarse, con la intención de relatarnos la experiencia de la que era víctima, rogué atención, en torno a las palabras que pronunciaría.

Le miré, vigilante y noté un brillo singular en los ojos. Parecía alucinado, abatido. Con la expresión típica de la locura crónica, habló, afligido: –¿Me

permite preguntar? –Claro, –respondí sorprendido.

–¿Qué es el pensamiento?

No aguardaba esta pregunta pero, centralizando mi capacidad receptiva, con el propósito de responder con acierto, expliqué como pude:

–El pensamiento es, sin duda, fuerza creadora de nuestra propia alma y , por esto mismo es la continuación de nosotros mismos. A través de él, actuamos en el medio en que vivimos y operamos, estableciendo el patrón de nuestra influencia, en el bien o en el mal.

–¡Ah! –dijo el extraño caballero, un tanto atormentado– ¿significa esto que nuestras ideas exteriorizadas crean imágenes tan vivas como deseamos?

–Indiscutiblemente.

–¿Qué hacer, entonces, para destruir nuestras propias obras, cuando interferimos, erróneamente, en la vida mental de los otros?

–Ayúdenos en su caso, contándonos algo de su experiencia –pedí con interés fraterno.

El interlocutor, probablemente impresionado por el tono de mi solicitud afectuosa, expuso la perturbación que llevaba en su interior, con frases incisivas, ardientes de sinceridad y dolor.

–Fui hombre de letras, pero nunca me interesé por el lado serio de la vida. Cultivaba el chiste malicioso y, con él, el gusto de la voluptuosidad, ofreciendo mis creaciones a la juventud de mis días. No conseguí una posición famosa; pero, más de lo que yo podría imaginar, impresioné, destructivamente, muchas mentalidades juveniles, arrastrándoles a peligrosos pensamientos.

Después de mi muerte, me buscan incesante-mente las víctimas de mis insinuaciones sutiles, que no me dejan en paz y mientras esto ocurre, otras entidades me buscan, formulando órdenes y propuestas referentes a acciones indignas que no puedo aceptar. Comprendí que me hallaba unido, desde la existencia terrestre, con una enorme cuadrilla de espíritus perversos que me tomaban como herramienta poco vigilante de sus manifestaciones indeseables. En el fondo, yo mantenía, por mi mismo, en mi espíritu, suficiente material de liviandad y malicia que ellos explotaron largamente, agregando a mis errores, los errores mayores que intentarían, en balde, practicar, sin mi concurso activo. Pero, ocurre, que abriendo mis ojos a la verdad, en la esfera en la que respiramos hoy, en vano busco adaptarme a los procesos más nobles de vida. Cuando no estoy atribulado por mujeres y hombres que se afirman perjudicados por las ideas que les infundí, en la armonía carnal, ciertas formas extrañas me oprimen el mundo interior, como si viviesen incrustadas en mi propia imaginación. Se asemejan a personalidades autónomas, si bien que son visibles, tan solo, a mis ojos. Hablan, gesticulan, me acusan y se ríen de mí. Les reconozco, sin dificultad. Son imágenes vivas de todo lo que mi pensamiento y mi mano de escritor crearon para anestesiar la dignidad de mis semejantes. Embisten contra mí, me insultan y me flagelan, como si fuesen hijos rebeldes contra un padre criminal. ¡He vivido al aire, cual alienado mental que nadie comprende! Pero, ¿cómo entender las pesadillas que me poseen? ¿Somos el domicilio vivo de los pensamientos que generamos o nuestras ideas son puntos de apoyo y manifestación de los espíritus buenos o malos que sintonizan con nosotros?

Había, en los oyentes, una significativa expectación, a pesar de la calma reinante.

El infeliz dejó de hablar, titubeante. Se mostraba atormentado por energías extrañas a su propio campo íntimo, entontecido y trémulo a nuestra vista. Fijó en mí los ojos aterrorizados y, corriendo a mis brazos, gritó:

–¡Mira! Mira que llega por dentro de mí... ¡Es uno de mis personajes en la literatura grosera y licenciosa! ¡Ay de mí! ¡Me acusa! ¡Se carcajea irónico y tiene las manos crispadas! ¡Va a ahorcarme!...

Alzando la diestra a la garganta, decía, afligido: –¡Seré asesinado! ¡Socorro! ¡Socorro!...

Los demás compañeros, perturbados y sufridores, presentes allí, se alarmaron, desdichados.

Hubo quien intentó huir, pero, con una frase apenas contuve el tumulto que se iniciaba.

El pobre literato desencarnado se contorsionaba en mis brazos, sin que yo pudiese socorrer su mente errante y herida.

Cautelosamente, envié un emisario a Gubio, que compareció en algunos segundos.

Examinó el caso y pidió la presencia de Leoncio, el ex -hipnotizador de Margarita. Al frente del recién llegado, le indicó al enfermo en crisis y le dijo:

–Intenta aliviarle.

–¿Yo? ¿Yo? –dijo el convertido semiaturdido– ¿mereceré la gracia de transmitir alivio?...

Gubio, no obstante, comentó sin dudar:

–El servicio constructivo y la actividad destructiva constituyen un problema de dirección. La corriente líquida, devastadora, que derrumba y mata, puede sustentar una central térmica de fuerza edificante. En verdad, amigo mío, todos somos deudores mientras nos situamos en las líneas del mal. Pero, hay que reconocer que el bien es nuestra puerta redentora. El mayor criminal puede abreviar largos años de pena, entregándose a su propio rescate, a través del servicio benéfico a los semejantes.

Disipando sus dudas, comentó, con inflexión de ternura:

–Comienza hoy, aquí y ahora con Cristo. En la determinación de ayudar, se esconde la solución del secreto de tu felicidad.

Leoncio no vaciló más.

Magnetizó al enfermo enloquecido que, pocos minutos después cayó en profundo reposo.

Desde ese instante, el ex- perseguidor no me abandonó en las experiencias de ese día, desempeñando funciones de excelente compañero.

Mientras, la asamblea crecía de hora en hora.

Entidades de buena intención nos buscaban sedientas de paz y esclarecimiento, pero, francamente, me dolía observar tanta ignorancia, más allá de la muerte del cuerpo.

En la mayor parte de los presentes no surgía el más leve trazo de comprensión de la espiritualidad. Raciocinios y sentimientos presos al suelo terrestre, vinculados a intereses y pasiones, angustias y desencantos.

Y nuestro orientador fue categórico en las últimas informaciones que transmitió. La noche próxima nos señalaría el término de la permanencia junto al hogar de Margarita, y nos cabía preparar a cuantos nos buscaban, hambrientos de conocimiento santificante para los servicios de oración que él pretendía realizar. No convenía que compareciesen sin saber las obligaciones y esperanzas que debían desarrollar.

Por eso, interferí en las conversaciones dando las explicaciones oportunas.

Al atardecer, reinaban en todos los rostros señales de contento

reconfortantes. Nuestro instructor prometió conducir a los compañeros de buena voluntad a una esfera más elevada, garantizándoles el paso para la condición superior y un dulce júbilo se desprendía de todas las miradas.

En la exaltación de la fe y confianza que nos dominaban, una simpática señora me pidió permiso para cantar un himno evangélico, lo que permití con mucho gusto, y era de ver la belleza de la melodía emitida en notas de maravilloso encantamiento.

Alegre y reconfortado por la expresión del servicio que nos había sido encargado, tenía mis ojos nublados de llanto, cuando, con los últimos versos del cántico de esperanza, una joven dama de triste rostro, avanzó hacía mí y dijo con voz suplicante:

–Amigo mío, de hoy en adelante, tomaré un nuevo rumbo. Siento en este cenáculo de fraternidad, que el mal nos sumerge, invariablemente, en las tinieblas.

Fijó los ojos lacrimosos en los míos y rogó, después de una conmovedora pausa:

–Pero, ¡prométeme la bendición del olvido en la "esfera del recomienzo"! Fui madre de dos hijitos, tan bellos y tan puros como dos estrellas, pero la muerte me arrebató muy rápido del hogar. Mas, no fue la muerte el único verdugo que me hirió, despiadado... Mi marido, en seis meses, olvidó las promesas de muchos años y entregó mis dos ángeles a la madrastra sin entrañas, que los humilla, cruelmente... ¡Hace veinte meses que lucho contra ella, poseída de espantosa revuelta; sin embargo, estoy cansada del odio que inunda mi corazón! Necesito renovarme para el bien a fin de ser más útil. Pero amigo mío, tengo sed de olvido. ¡Ayúdame por piedad! Acógeme en algún lugar donde mis recuerdos amargos puedan morir tranquilamente. No me dejes, por más tiempo, entregada a los caprichos que me arrastran. Mi inclinación al bien es insignificante ristra de luz, en el seno de la noche del mal que envuelve. ¡Compadécete y ayúdame! ¡No sé amar, aún, sin los celos violentos e ignominiosos! Pero, ¡no ignoro que el Maestro divino se entregó a

la cruz, en extrema renuncia! ¡No permitas que mis elevadas aspiraciones de esta hora vayan a perecer!

Las rogativas y lágrimas de aquella mujer despertaron el recuerdo vivo de mi pro-pio pasado…

Yo también sufrí, intensivamente, para zafarme de los lazos inferiores de la carne. Sensibilizado, vi, en ella, a una hermana del corazón, a la que me correspondía ilustrar y amparar.

La abracé, conmovido, como si lo hiciese con una hija, llorando, también, por mi parte. Y reflexionando en las dificultades de cuantos emprenden el revelador viaje de la muerte, sin bases de verdadero amor y de legítimo entendimiento en los corazones que permanecen a la retaguardia, exclamé:

–Sí, haré todo cuanto esté en mis fuerzas para auxiliarte.

Fíjate en Jesús y el dulce olvido del perturbado campo terrestre te aliviará el espíritu preparándote para el vuelo a las torres celestes. Seré tu amigo y desvelado hermano.

Ella me abrazó, confiada, como una niñita cuando se siente segura y feliz.

.

XVIII - PALABRAS DE BENEFACTORA

La reunión nocturna nos reservaba una sorprendente alegría.

Bajo la dulce claridad lunar, Gubio asumió la dirección de los trabajos y nos congregó en un gran círculo.

Era un gran guía hasta en los menores gestos, conduciéndonos a los montes de elevación mental.

Nos recomendó el olvido de los viejos errores y nos aconsejó una actitud interior de sublimada esperanza, encuadrada en optimismo renovador, a fin de que nuestras energías más nobles fuesen exteriorizadas. Aclaró que un caso de socorro, cuando es orientado en los principios evangélicos, como sucedía en el problema de Margarita, es siempre susceptible de comunicar alivio e iluminación a mucha gente, explicando también que, nos encontrábamos, allí, para recibir la bendición del Plano Superior, pero para eso, se hacía imperioso guardar una inequívoca posición de superioridad moral, porque el pensamiento, en una reunión como aquella, ponía en juego fuerzas indivi-duales de suma importancia en el éxito o en el fracaso del intento.

De todos los rostros se desprendía la alegría y la confianza, cuando nuestro orientador, irguiendo la voz en el cenáculo de fraternidad, rogó, humilde y conmovedor.

–¡Señor Jesús, dígnate bendecirnos; somos tus discípulos sedientos de las aguas del reino celeste.

Nos congregamos aquí, aprendices de buena voluntad, a la espera de tus santas determinaciones.

Sabemos que nunca nos impediste el acceso a los graneros de la gracia divina y no ignoramos que tu luz, como la del Sol, cae sobre santos y pecadores, justos e injustos...

Pero, nosotros, Señor, nos hallamos atrofiados por nuestra imprevisión. Tenemos el pecho reseco por el egoísmo y los pies congelados en la indiferencia, desconociendo nuestro camino. Sin embargo, Maestro, más que la sordera que afecta los oídos y más que la ceguera que nos nubla la mirada, padecemos, por desdicha nuestra, de extrema petrificación en la vanidad y en el orgullo que, a través de muchos siglos, elegimos como nuestros conductores en los despeñaderos de la sombra y de la muerte; pero,

confiamos en Ti, cuya influencia santificante regenera y salva siempre.

Poderoso Amigo, Tú que abres el seno de la Tierra por la voluntad del Supremo Padre, usando la lava, libéranos el espíritu de las viejas cárceles del "yo" aunque para eso seamos compelidos a pasar por el volcán del sufrimiento. No nos relegues a los precipicios del pasado. Ábrenos el futuro e inclínanos el alma a la atmósfera de la bondad y de la renuncia.

Dentro de la extensa noche que improvisamos para nosotros mismos, por el abuso de los beneficios que nos prestaste, poseemos, tan solo, la linterna de la mala voluntad que el huracán de las pasiones puede apagar de un momento para otro.

¡Oh Señor! ¡líbranos del mal que amontonamos en el santuario de nuestra alma! Ábrenos, por piedad, el camino salvador que nos haga dignos de tu compasión divina. Revélanos tu voluntad soberana y misericordiosa, a fin de que, ejecutándola podamos alcanzar, un día, la gloria de la resurrección verdadera.

Distantes, ahora, del cuerpo de carne, no nos dejes cadavéricos en el egoísmo y en la discordia.

¡Envíanos, magnánimo, los mensajeros de tu bondad infinita, para que podamos abandonar el sepulcro de nuestras antiguas ilusiones!

En ese momento, las lágrimas serenas del orientador, en oración, recibieron res-puesta celestial, porque una auténtica lluvia de rayos diamantinos comenzó a caer de lo alto sobre él, como si una fuerza misteriosa e invisible hubiese liberado, allí, divino torrente de claridad en nuestro favor.

Se apagó su voz, pero el cuadro sublime nos arrancaba lágrimas de indefinible emoción. No había uno solo de los presentes que no reflejase en su rostro aquel éxtasis bendito que asomaba, sorprendentemente, a nuestros corazones.

El instructor parecía vacilante, no obstante el halo radiante que le cubría gloriosamente la cabeza venerable.

Me llamó, con un susurro, y dijo:

–André, dirige los trabajos de la reunión, mientras debo suministrar recursos a la materialización de nuestra benefactora Matilde. La veo, a nuestro lado, diciéndome que ha llegado la noche largamente esperada por su corazón materno. Antes del reencuentro con Gregorio, en compañía de bienaventuradas entidades que la asisten, pretende visitarnos de manera tangible, impulsando a cuantos están hoy, aquí, al servicio preparatorio de ingreso en círculos superiores.

Temblé ante la orden, pero no vacilé.

Tomé el lugar, sin demora, mientras el sabio mentor se recogía a dos pasos de nosotros en profunda meditación.

Observamos, en silencio, que una luz brillante y dulce pasó a irradiar de su pecho, del semblante y de las manos, en ondas sucesivas, semejándose a materia estelar, tenuísima, porque las irradiaciones fluían en torno, como formando singulares paradas en los movimientos que le eran característicos. En breves instantes, aquella masa suave y luminosa adquiría contornos definidos, dándonos la idea que manipuladores invisibles le infundían plena vida humana.

Algunos instantes más y Matilde surgió, ante nosotros, venerable y bella.

El fenómeno de la materialización de una entidad sublimada se hizo allí, prodigioso a nuestros ojos, en proceso casi análogo al que se verifica en los círculos carnales.

Ante la benefactora, diversas mujeres presentes, se pusieron de rodillas, dominadas de una gran emoción, actitud natural que no nos sorprendió, porque, efectivamente, nos sentíamos en contacto directo con un ángel glorioso, en forma de mujer.

La abnegada protectora dirigió, a la asamblea, un gesto de bendición y habló con voz pausada y emocionante, después de un breve saludo.

–Amigos míos, todos aguardáis la hora feliz del bendito retorno a la "esfera del recomienzo"; pero la dádiva del cuerpo de carne es inapreciable bendición divina.

No busquéis la reencarnación tan solo por el ansia de olvido, en los sueños del mundo que las tentaciones del campo inferior pueden transformar en pesadilla.

La vida que conocemos, hasta ahora, es un continuo proceso de perfeccionamiento. No basta desear. Es imprescindible orientar el deseo en dirección del bien infinito.

Hizo una ligera pausa, y, tal vez, respondiendo a los mudos pensamientos de muchos, prosiguió:

–No juzguéis que sea una excepcional emisaria del reino de la luz. Soy humilde servidora, sin otro crédito ante el Eterno Donador que no sea el de la buena voluntad. Mis pies yacen, aún, marcados por el pasado oscuro y mi corazón aún guarda cicatrices recientes y profundas de experiencias amargas que el tiempo, hasta ahora, no consiguió apagar.

No me confiráis, por tanto, nombres y títulos que no poseo.

Soy simplemente vuestra hermana de lucha interesada en despertaros para el futuro sublime.

Nuestro corazón es un templo que el Señor edificó, a fin de estar con nosotros para siempre.

Gloriosas simientes de divinidad esperan nuestra armonía y el ajuste interior para surgir, dentro de nosotros mismos, llevándonos a las esferas resplandecientes.

Pero la adquisición de las virtudes iluminadas no es un servicio instantáneo del alma, que pueda efectuarse de un momento para otro.

Somos, cada cual, un imán de elevada potencia o un centro de vida inteligente, atrayendo fuerzas que se armonizan con las nuestras y constituyendo, con ellas, nuestro domicilio espiritual. La criatura, encarnada o desencarnada, donde esté, respira entre los rayos de vida superior o inferior que emite, alrededor de sus propios pasos, tal cómo la araña que se confunde en los hilos oscuros que produce, o la golondrina que corta los altos cielos con sus alas. Todos nosotros exteriorizamos energías, con las cuales nos revestimos, y que nos definen mucho más que las palabras.

¿De qué os valdría el retorno al taller de la carne, sin conocimiento de las obligaciones que nos competen ante la justicia divina? ¿Qué adelantaría el olvido temporal del pasado, sin integrarnos en la responsabilidad, la mayor fuerza capaz de socorrernos en los círculos de materia densa y que se traduce en tendencia noble, persistiendo con nosotros?

La vuelta a la vestimenta física es una bendición que podemos conseguir a costa de generosas intercesiones, cuando nos faltan méritos para obtenerla, en el instante oportuno, por nosotros mismos, tanto como es posible conseguir trabajo digno en la Tierra, a través de amigos que nos permitan alcanzar los objetivos disputados; no obstante, como ocurre a muchos encarnados que están en respetables cuadros de servicio, tan sólo para usar derechos que nada hicieron por merecer, con flagrante abuso de las leyes que rigen nuestras acciones, muchas almas procuran el santuario de la carne, formulando precipitadas promesas y penetran en él, agravando sus débitos. Tímidas, livianas o inconsecuentes, aprovechan el aprendizaje bendito en la

Región de la Neblina, para repetir las mismas faltas de otra época, con absoluta pérdida del tiempo que es patrimonio del Señor.

En ese momento, dentro del breve intervalo que imprimió a la alocución edificante y piadosa, Matilde extendió sus manos que despedían rayos de intensa luz y exclamó, maternal:

–Rogáis el regreso a la sombra protectora de la carne, con el propósito de deshacer las señales desagradables que señalan vuestra vestidura espiritual. Con todo, ¿ya almacenasteis suficiente fuerza para olvidar los males que os fueron causados en la corteza de la Tierra? ¿Reconocéis vuestros errores al punto de aceptar la necesaria rectificación? ¿Fortalecisteis el ánimo a fin de examinar las necesidades que os son peculiares, sin aflicciones alucinatorias? ¿Aprendisteis a servir con el Cordero divino, hasta el sacrificio personal en la cruz de la incomprensión humana, anulando en vuestra alma las zonas viciadas de sintonía con los poderes de las tinieblas? ¿Ya auxiliasteis a los compañeros del camino evolutivo y salvador con la intensidad y la eficiencia que justifiquen vuestro ruego de colaboración intercesora? ¿Qué buenas obras efectuasteis, ya, a fin de rogar nuevos recursos del cielo? ¿Con quién contáis para vencer en las experiencias venideras? ¿Creéis acaso que el labrador recogerá sin plantar? ¿Almacenasteis bastante serenidad y entendimiento en el corazón, de manera que no os intoxiquéis mañana en el plano físico, bajo el bombardeo sutil de los rayos pardos de la cólera, de la envidia o del celo nefasto? ¿Estáis convencidos que nadie se calentará al sol divino, sin abrirse a las corrientes de la luz eterna? ¿Ignoráis, acaso, que es preciso igualmente trabajar para merecer la bendición de un templo carnal en la Tierra? ¿A qué amigos beneficiasteis para pedirles la ternura y el sacrificio de la paternidad y de la maternidad en el mundo, en vuestro favor?

No os eludáis.

Solamente las criaturas primitivas, en los círculos salvajes de la naturaleza, conocen, por ahora, la semi-inconsciencia del vivir, por acercarse, aún, a los reinos inferiores. Reciben la reencarnación, casi a la manera de los irracionales que perfeccionan instintos para ingresar, más tarde, en el santuario de la razón.

Pero para nosotros, señores de vigorosa inteligencia, que ya respiramos en centenas de formas diversas y que ya atravesamos varios climas evolutivos, ofendiendo y siendo ofendidos, amando y odiando, acertando y errando, rescatando deudas y contrayéndolas, la vida no puede reducirse a un sueño como si la reencarnación constituyese un simple proceso de anestesia del alma.

Es indispensable, pues, que nos rehagamos, elevando el tono vibratorio de nuestra conciencia, dirigiéndola para el bien supremo e iluminándola con la claridad renovadora del Divino Maestro.

La mente humana, honrando los patrimonios celestiales que le fueron dados, no podrá vegetar a la manera del arbusto mezquino que nada produce de útil, ni debe imitar al irracional que se localiza en la retaguardia de la inteligencia incompleta.

Una existencia entre los hombres, por más humilde que sea para nosotros, es acontecimiento muy importante para que lo apreciemos sin mayor consideración. Entretanto, sin abrazar la noción de responsabilidad individual, que debe marcarnos el esfuerzo de santificación, cualquier empresa de ese orden es arriesgada, porque en nuestro aprendizaje intensivo, en la recapitulación, cada espíritu sigue solo en el círculo de los propios pensamientos, sin que los compañeros de jornada, con rarísimas excepciones, conozcan sus esperanzas más nobles y compartan sus aspiraciones dignas. Cada criatura encarnada permanece sola, en el reino de sí misma, y se hace indispensable mucha fe y suficiente coraje para marchar, victoriosamente, bajo el invisible madero redentor que nos perfecciona la vida, hasta el calvario de la suprema resurrección.

En ese instante, Matilde hizo una pausa más larga en la alocución con la que nos enriquecía aquella hora de sabiduría y luz y se acercó a Gubio, postrado y palidísimo.

Le acarició, bondadosamente, con palabras de agradecimiento y, en seguida, como si desease romper el ambiente de solemnidad que su presencia había aportado a la reunión, se dirigió, con acento cariñoso, a los oyentes, rogándoles que dijesen los proyectos acariciados para el futuro.

Muchas voces de gratitud se elevaron, conmovidas.

Un caballero, de ojos fulgurantes, se destacó y fue claro en la consulta:

–Gran benefactora –dijo, gravemente–, fui doble homicida en la última romería terrestre. Respiré muchos años en el cuerpo carnal, como si fuera la persona más tranquila del mundo, no obstante, traer la conciencia tiznada de remordimiento y las manos manchadas de sangre humana. Engañé a cuantos me rodeaban, a través de la máscara de la hipocresía. Atravesando los umbrales de la tumba, atormentado por tristes recuerdos, supuse que tremendas acusaciones me esperarían. Semejante expectativa me aliviaba, de algún modo, porque el criminal perseguido por el remordimiento encuentra verdadero socorro en las humillaciones que le atormentan. Pero no encontré sino desprecio, con envilecimiento de mí mismo. Mis víctimas se distanciaron de mí, me disculparon y me olvidaron. Sin embargo, me veo, atacado por fuerzas de castigo que nunca podré describir con los detalles deseables. Hay un tribunal invisible en mi conciencia y, en balde, procuro huir de los sitios en los que menoscabé las obligaciones de respeto al prójimo.

Sofocando los sollozos, remató, conmovedor: –¿Cómo iniciar el esfuerzo de mi restauración?

Tan inmensa tristeza se vertía en aquella voz humilde que nos sentíamos todos tocados en las fibras más íntimas.

Pero, Matilde, respondió, sin titubear:

–Otros hermanos, no lejos de nosotros, soportando la carga de las mismas culpas, peregrinan, desdichados, entre tremendas pesadillas y sufrimientos. Abre tu corazón para ellos. Comenzarás ayudándoles a divisar la senda regeneradora, alimentándoles con esperanzas e ideales nuevos y atrayéndoles al trabajo de sublimación, por el esfuerzo, en la constante aplicación del bien. Sufrirás sus injurias e incomprensiones, pero descubrirás un medio de ampararles con eficiencia y dulzura. Después de semejante semilla,

comenzarás a recoger las bendiciones de paz y de luz, ya que el espíritu que enseña con amor, aunque delictuoso e imperfecto, acaba aprendiendo las más difíciles lecciones de la responsabilidad que adquiere, transmitiendo, a otros, revelaciones salvadoras, que no le pertenecen. Realizado este servicio ennoblecedor, retomarás, entonces, más tarde, el cuerpo físico, recapitulando las enseñanzas que grabaste en la mente interesada en renovarse. Encontrarás, de ahí en adelante, mil motivos para la cólera violenta; y tendrás con frecuencia la tentación de eliminar adversarios. Pero, si sabes y, sobre todo, si quieres vencer los propios impulsos destructivos, cuando te encuentres en plena y bendita lucha en la "esfera del recomienzo", plantando amor y paz, luz y perfeccionamiento, alrededor de tus pies, entonces habrás demostrado aprovechamiento real y efectivo de las dádivas recibidas y te revelarás preparado para una mayor ascensión.

Antes que la emisaria pudiese imprimir nuevo brillo a la enseñanza, una llorosa mujer recurrió a su consejo, exclamando, humillada:

–Gran mensajera del bien, confieso aquí mis faltas delante de todos y te pido un camino salvador. Mientras estaba encarnada, nunca fui castigada por mis excesos en el abuso de los sentidos. Poseí un hogar que no honré, un esposo que de prisa olvidé e hijos que aparté, deliberadamente, de mi convivencia, para gozar, a la saciedad, los placeres que la juventud me ofrecía. Mi extravío moral no fue conocido en la comunidad en la que viví, mas la muerte pudrió la máscara que me ocultaba a los ojos ajenos y pasé a experimentar horrible pavor de mí misma. ¿Qué haré por retornar a la paz? ¿Cómo expresar el arrepentimiento que llena mi alma de infinita amargura?

Matilde la miró, compungidamente, y observó:

Millares de seres, despojados del ropaje fisiológico, sufren en zona próxima, bajo la mano cruel de las pasiones a las que se encadenaron poco vigilantes. Podrás iniciar el reajuste de tus energías, dedicándote, en los círculos próximos, ayudando a levantarse a los sufridores de buena voluntad. Con olvido de ti misma, arrebatarás a muchos espíritus que se tornaron cadavéricos en el abuso a los pantanos de dolor en los que se debaten. Plantarás en su mente nuevos principios y nuevas luces, consolándoles y transformándoles, camino de la armonía divina, reconquistando, a tu vez, el derecho de regresar al campo bendito de la carne. Reconducida, entonces, a

la bendita escuela terrestre, recibirás, tal vez, la prueba terrible de la belleza física, a fin de que el contacto con las tentaciones de la propia naturaleza inferior te fortifique el acero del carácter, si consiguieres mantener fidelidad suprema al amor santificante. Esta es la ley, ¡hija mía! Para que nos elevemos con seguridad, después de la caída al precipicio, es imprescindible auxiliar a cuantos se proyectan en él, consolidando ante los dolores ajenos, la noción de la responsabilidad que nos debe preceder a las acciones futuras, de modo que la reencarnación no se convierta en nueva inmersión en el egoísmo. El único recurso de huir definitivamente al mal es el apoyo constante al bien infinito.

La benefactora calló por unos instantes, miró a la asamblea que le oía, expectante y concluyó:

–¡Y que ninguno de nosotros admita el acceso fácil a los tesoros eternos, tan solo porque actualmente nos veamos liberados de las cadenas beneméritas del cuerpo de carne, el Señor creó leyes eternas y perfectas para que no alcancemos el reino de la divina luz, por azar, y ningún espíritu traicionará los imperativos sabios del esfuerzo y del tiempo! Quien pretenda recoger la cosecha de felicidad, en el siglo venidero, comience, desde ahora, la semilla de amor y paz.

En ese momento, se entregó Matilde a una pausa mayor, y mientras parecía meditar, en oración, de su tórax iluminado nacían, espontáneas y brillantes, ondas sucesivas de maravillosa luz.

.

XIX - MARAVILLOSO ENTENDIMIENTO

Creyendo habernos transmitido a nosotros las enseñanzas que podíamos recibir, la noble mensajera recomendó a Eloy que trajese a Margarita a aquel lugar amoroso, dejando percibir que pretendía consolidar su equilibrio y fortalecer su resistencia.

Transcurridos algunos minutos, la esposa de Gabriel, que se había convertido en el objeto de nuestras mejores atenciones en aquellos días,

desligada del envoltorio denso, compareció en el cenáculo.

Mostraba paso vacilante y extraño y mirada perdida, revelando la semi-inconsciencia en la que se encontraba.

Por lo que me pareció, la luz reinante, no le afectó la mirada. Se caracterizaba, en aquella hora, por los movimientos impulsivos, caminando en nuestro medio, como si fuese una sonámbula vulgar.

Maquinalmente, se asiló en los brazos maternales que Matilde le ofrecía y tan de prisa se acogió en el regazo de la benefactora que la envolvía en dulce ternura que reaccionó, favorablemente, contemplándonos entonces asustada. Parecía despertar, poco a poco.

La protectora, interesada en despertar algunos centros importantes de su vida mental, comenzó a aplicarle pases a lo largo del cerebro, operaciones que no pude comprender tan bien como deseaba. Observé, entretanto, que Matilde le aplicaba recursos magnéticos sobre los conductores nerviosos del órgano de manifestación del pensamiento, tanto como a lo largo de toda la región del simpático, aclarándome el instructor, más tarde, que el estado natural del alma encarnada puede ser comparado, en mayor o menor grado, a la hipnosis profunda o a la anestesia temporal, a la que desciende la mente de la criatura a través de vibraciones más lentas, peculiares a los planos inferiores, para fines de evolución, perfeccionamiento y redención, en el espacio y en el tiempo.

Se hicieron patentes a nuestra observación fenómenos de metabolismo, en la organización periespiritual porque Margarita expelía, a través del tórax y de las manos, fluidos cenicientos y oscuros en forma de vapor tenuísimo, deshaciéndose en el vasto océano del oxígeno común. Inmediatamente después de semejante "operación de limpieza", las zonas del sistema endocrino emitían radiaciones diamantinas, pareciendo una constelación de caprichosos contornos brillando en las sombras del periespíritu, hasta ese momento opaco y vulgar.

Del pecho de Matilde, partían ondas luminosas, ininterrumpidamente, y

todo nos hacía creer que la tutelada de Gubio se hallaba, en aquella hora, en un baño auténtico de esencias divinas.

A cierta altura del singular proceso de despertar, la joven señora abrió, desmedidamente, los ojos, como niña espantada, y nos miró con expresión de asombro, ensayando movimientos de retroceso y pavor. Pero, volviéndose para el semblante dulce e iluminado de la benefactora, se tranquilizó, suavemente, como magnetizada por indefinible amor.

Matilde le besó enternecida, y, al contacto de aquellos labios sublimes, Margarita, mostrándose tocada en lo íntimo del ser, la abrazó evidenciando un ansia suprema de integración espiritual.

Con repentino júbilo, gritó con lágrimas conmovedoras: –¡Madre! ¡Querida madrecita!

–Sí, hija mía, soy yo –dijo la interlocutora, acariciándole con extremado afecto–; ¡el amor jamás desaparece! La unión de las almas vence el tiempo y la muerte.

–¿Por qué me abandonaste? –preguntó la esposa de Gabriel, situándose al lado de su corazón.

–Nunca te olvidé –explicó la benefactora, acogiéndole con más intensa ternura–. El país de la "neblina carnal", muchas veces, parece distanciarnos unos de otros; no existirá sombra alguna que pueda separarnos. Nuestras aspiraciones y esperanzas se confunden, cual puntos de luz, en las tinieblas de la separación, así como las estrellas se asemejan a balizas brillantes en la oscuridad nocturna, recordándonos el infinito y la eternidad.

Al son acariciador de aquellas palabras, la ex-obsesa parecía despertar cada vez más a nuestro plano.

Con los ojos ansiosos, fijos en la protectora, como magnetizada por inconmensurable afecto, dijo entre lágrimas:

–¡Madrecita querida, estoy cansada y soy infeliz!

–¿Cuándo empezarás a luchar? –preguntó Matilde, sonriendo.

–Me siento rodeada de enemigos, sin entrañas. Debo ser atormentada día y noche. Noto un invencible antagonismo entre mis sentimientos y la realidad humana. Incluso el matrimonio, en el que yo depositaba los más elevados sueños, no fue sino un oscuro libro de desengaños crueles. Traigo mi corazón extenuado y oprimido. Frustración y ruina espiritual me siguen de cerca... Por esto, soy una carga pesada para mi esposo, tan dedicado y digno de mejor suerte.

Violentos sollozos le impidieron continuar.

La venerada emisaria enjugó su llanto y habló, bondadosa:

Margarita, vivir en el cuerpo terrestre, entendiendo los deberes divinos que nos corresponden, no es tan fácil, ante la gloria infinita que, en compañía de él, podemos recoger. Todos poseemos un pasado de culpas a redimir. Sin embargo, es imperioso reconocer, que si la experiencia humana puede ser doloroso curso de renuncia personal, es también bendita escuela en la que el espíritu de buena voluntad puede alcanzar la cúspide. No obstante, para esto, es indispensable que se abra el corazón al clima interior de la bondad y del entendimiento. Somos diamantes brutos revestidos por el duro cascajo de nuestras milenarias imperfecciones, puestas por la magnanimidad del Señor en la orfebrería de la Tierra. El dolor, el obstáculo y el conflicto son herramientas bienaventuradas de mejoría, funcionando en nuestro favor. ¿Qué decir de la piedra preciosa que huyese de las manos del tallista, del barro que repeliese la influencia del alfarero? Cambia tus más íntimas disposiciones con respecto a tus adversarios. El enemigo no siempre es una conciencia actuando, deliberadamente, en el mal. La mayoría de las veces, atiende a la incomprensión como cualquiera de nosotros; procede en determinada línea de pensamiento, porque se cree en ruta infalible a los

propios ojos en los lances del trabajo al que se empeñó en los círculos de la vida; enfrenta, como nos ocurre también a nosotros, problemas de visión que sólo el tiempo, aliado al esfuerzo personal en la ejecución del bien conseguirá decidir. El batracio y el ave se caracterizan por impulsos diferentes, no obstante, ser hijos del mismo mundo. Es necesario, Margarita, saber utilizar al enemigo, situando en él nuestra lección benefactora. Realmente, en vista de nuestra posición de inferioridad, seremos adversarios naturales de la obra de los ángeles, en la esfera menos elevada que atravesamos en el presente; sin embargo, las potencias angélicas, no nos castigan la incapacidad temporal de comprensión ante los servicios divinos que les corresponden en el universo. En vez de condenarnos, identifican nuestras deficiencias compasivamente y nos extienden sus brazos fraternales, a través de mil recursos invisibles e indirectos, a fin de que aprendamos a escalar el monte de la sublimación, en marcha hacia las cumbres celestes.

Al hacer una pausa la madre, la joven dijo:

–¡Amada madrecita! ¡Si pudiesen mis oídos guardar siempre la dulce música de tus palabras! ¡Tristemente, preveo el torbellino de dificultades terrenas a las que debo volver. Todo ahora es consuelo y esperanza; pero mañana seré nuevamente prisionera en la cárcel física y caminaré con la memoria anestesiada en conflicto incesante con los monstruos que me asedian!

–Esta, hija –acrecentó Matilde, afectuosa–, es la tarea que debes realizar. Mientras, no pierdas los tesoros del tiempo en consideraciones inútiles. Ocupa tus horas de trabajo saludable con la armonía, fuente de toda belleza. La inteligencia que, de algún modo ya superó las limitaciones de la animalidad, se encuentra en el cuerpo de carne, como el luchador en un campo de pruebas. Allá adentro, en la arena de las posibilidades sublimes que la región de la niebla ofrece, hay quien se encamina a la cima y quien se dirige hacia abajo. No te eches atrás ante las barreras que surjan para tu perfeccionamiento, ni tomes el mentiroso elixir de la ilusión, apasionadamente usado por todos los que se dejaron vencer por las tentaciones del desánimo, incapaces de aceptar el desafío que el mundo les dirige. La vida, para toda alma que triunfa en una senda áspera, es servicio, movimiento, ascensión. Y en la lucha que te conducirá al pináculo luminoso, no creas que estas sola en la difícil jornada. Otras, por millares, sudan y sangran en silencio. Pasan por la escena del mundo sin el afecto de un esposo y sin la bendición de un

hogar. No conocen, como tu, la dádiva de un cuerpo normal, ni pueden guardar los mínimos sueños que mantienes en el corazón femenino. Son hombres olvidados y mujeres desamparadas que pasan desapercibidos y humillados, de la cuna a la tumba. Respiran en régimen de tortura moral y siguen, por el camino, destrozados y carentes de protección a los ojos del mundo, ocultando los propios sollozos que, si fuesen oídos, les acarrearían implacable castigo. Pero a pesar del espeso velo de lágrimas que dificulta su marcha, continúan caminando impávidos, contando con un mañana, cada vez más impreciso y distante, que parece ocultarse indefinido, en los horizontes sin fin.

Margarita, que escuchaba atentamente, rogó, suplicante:

–Madrecita querida, enséñame a continuar. ¡Deseo aprovechar la bendita oportunidad que recibí!

–No busques ser atendida en todos tus deseos –habló la benefactora, suavemente–, sino intenta servir, fraternalmente, a cuantos reclamen tu protección y brazo fuerte.

Ayuda, antes de procurar auxilio.

Comprende, sin exigir comprensión inmediata. Disculpa a los demás, sin disculparte.

Ampara, sin la intención de ser amparada. Da, sin el propósito de recibir.

No persigas el respeto humano que te haga aparecer mejor de lo que eres, sino busca en todo tiempo y lugar la bendición divina en la aprobación de la conciencia.

No busques una posición destacada delante de los otros; antes de todo, perfecciona tus sentimientos, cada vez más, sin hacer alarde de tus virtudes

vacilantes y problemáticas.

Actúa correctamente y olvida las frases vacías o venenosas de la maledicencia contumaz.

En cuanto a los demás, desconfía de las palabras que lisonjeen tu fantasiosa superioridad personal o que te inclinen a la dureza de corazón.

Ante la abundancia o la escasez recuerda el servicio que el Señor te pidió realizar y haz el bien en su nombre, donde estuvieres.

Acuérdate que la experiencia en la carne es demasiado breve y que tu cabeza debe permanecer tan llena de ideales santificantes, como las manos repletas de trabajo saludable.

Sin embargo, para que atiendas a semejante programa es imprescindible que abras el corazón al sol renovador del sumo bien.

Con el alma cerrada al interés por la felicidad del prójimo, jamás encontrarás tu felicidad.

La alegría que siembres en torno a los demás, te llenará de júbilo. En la paz que siembres, encontrarás la cosecha de paz que deseas. Estos son principios de la vida radiante.

En el aislamiento, nadie recogerá la suprema alegría.

Para la sabiduría divina, tan infortunado es el pastor que perdió el rebaño, como la oveja que perdió al pastor. Desistir de ayudar es nefasto.

El egoísmo conseguirá crear un oasis, pero nunca edificará un continente.

Es indispensable, Margarita, aprender a salir de ti misma, percibiendo la necesidad y el dolor de aquellos que te rodean.

En ese momento, calló la protectora por un instante y, sintiéndose bañada en la infinita luz de aquellos momentos inolvidables, la esposa de Gabriel preguntó, embriagada de ventura:

–¡Oh Dios! ¡Padre misericordioso! ¿A qué debo atribuir la gracia inolvidable de esta hora?

Matilde, pretendiendo, tal vez, imprimir una amplia familiaridad a la escena a que asistíamos, se levantó abrazada a la hija espiritual, y, caminando a nuestro encuentro, nos presentó a ella como amigos particulares.

Se estableció una conversación fraterna, que contuvo nuestras lágrimas, que pugnaban por salir, ante las frases conmovedoras e inolvidables.

Llegó el momento en el que la benefactora tuvo que despedirse.

Pero, antes, fijó su lúcida mirada en la ex-obsesa y habló, resueltamente:

–Margarita, ahora que retienes tanto como es posible en tu conciencia, oye el ruego que te dirigimos. No supongas que te visito por el simple placer de consolarte, lo que sería, tal vez, inducirte al camino de la despreocupación irresponsable que nunca nos dirige a la verdadera paz. La finalidad divina ha de ser, en todo, el alma de nuestra acción. El labrador que labra el suelo y lo riega, espera algo de la semilla que reclama su esfuerzo diario. El amparo de lo alto, directo o indirecto, reservado u ostensivo, no es solo simple exhibición de poder celestial. Los moradores de los círculos más ele-vados, no se arriesgarían a descender, sin objetivos de orden superior al domicilio de la mente encarnada, así como los artistas de la inteligencia no se animarían a crear espectáculos de cultura intelectual, sin fines educativos, junto a los

hermanos de raciocinios y sentimientos aún rudimentarios o inferiores. El tiempo es valioso, hija mía, y no podemos menoscabarlo, sin grave perjuicio para nosotros mismos.

Ante la expresión de sorpresa que la tutelada de Gubio estampaba en el semblante inquieto, Matilde continuó:

–En pocos años volveré al círculo de luchas en que te debates.

–¿Tú? –gritó Margarita, atontada, ante la perspectiva de renacimiento carnal para el ser iluminado que se mantenía a nuestra vista– ¿por qué te sería impuesta semejante pena?

–No pienses en tamaña incomprensión de la ley del trabajo –añadió la mensajera, sonriendo–; la reencarnación no siempre es simple proceso regenerativo, aunque, en la mayoría de las veces, constituya recurso correctivo de espíritus que permanecen en el desorden y en el crimen. La corteza de la Tierra es comparable a un inmenso mar donde el alma laboriosa encuentra valores eternos, aceptando los imperativos de servicio que la bondad divina nos ofrece. Más allá de eso, todos tenemos dulces lazos del corazón que quedan por muchos siglos retenidos en el fondo del abismo. Es indispensable buscar las perlas perdidas para que el paraíso no permanezca vacío de belleza a nuestra mirada. Después de Dios, el amor es la fuerza gloriosa que alimenta la vida y mueve los mundos.

La benefactora miró a la joven señora, extasiada, hizo una pequeña pausa y dijo:

–Por esto, espero no desconozcas la santidad del ministerio maternal, en la orientación de los espíritus renacientes. Nuestras mejores posibilidades se pierden en la "esfera del recomienzo" por falta de brazos decididos y conscientes que nos guíen a través de los laberintos del mundo. Casi siempre no falta el cariño en el hogar, donde nos habilitamos para la recapitulación de valiosa aventura; pero la ternura absoluta es tan nociva como la aspereza absoluta. No ignores, amada hija, que la entidad más noble, al tomar de nuevo el vehículo de carne, está expuesta a vicisitudes propias de su estado.

Las leyes fisiológicas que dominan en la corteza, no hacen excepción. Se imponen sobre los justos y pecadores con el mismo rigor. El ángel que descienda al fondo de la mina de carbón continuará naturalmente siendo un ángel en la vida íntima; pero no escapará al clima deprimente del subsuelo. El olvido temporal, me acompañará, en las células físicas, mas conseguiré el éxito deseable solamente si yo pudiera contar con tu orientación robusta y vigilante.

Bien sé que, después, regresando, a tu vez, al envoltorio que te liga al círculo común de la lucha terrestre, olvidarás, igualmente, nuestra conversación de esta hora. No obstante, la salud y la armonía que inundarán tu senda de ahora en adelante, aliadas al optimismo y a la esperanza que persistirán en tu espíritu como recuerdos indelebles y vagos de estos instantes divinos, no te dejarán olvidar del todo.

Defiende tu cuerpo, como quien preserva un recipiente sagrado para el servicio del Señor y espérame en poco tiempo.

Viviremos más juntas en la peregrinación meritoria.

En los benditos hilos de la sangre, seremos madre e hija de manera que aprendamos, más intensamente, la ciencia de la fraternidad universal.

Realmente, Margarita, mi retorno será para ti sacrificio doloroso al cuerpo frágil y delicado, ayúdame en la semilla renovada para que yo te sea útil en la cosecha infalible.

No me recibas en los brazos como muñeca mimosa e impasible. Los adornos externos nunca traen felicidad legítima al corazón, y, sí, el carácter edificado y crista-lino, base segura en la que se expande la buena conciencia. La estufa puede alimentar las flores más lindas de la Tierra, pero no produce los mejores frutos. El árbol bienhechor no prescindirá del cariño y de la asistencia constante del agricultor. Pero, hay que reconocer que solamente se fortalecerá bajo la canícula, bajo aguaceros saludables o a golpes del ventarrón fuerte. La lucha y el sufrimiento son bendiciones sublimes a través de las cuales realizamos la superación de nuestros viejos obstáculos. Es

necesario no menospreciarles, identificando, en ellos, la ocasión bendita de elevación.

Comprende mis necesidades para que yo te pueda entender en el momento justo. Las conveniencias humanas son respetables pero las conveniencias espirituales son divinas. Auxíliame a conquistar el equilibrio en las primeras, a fin de atender a los imperativos celestiales del espíritu eterno. Después que me sientas en tus brazos, no me relegues a la coquetería y a la inutilidad, con el pretexto de guardarme en maternal protección. No es con adornos exteriores que ayudaremos al vegetal precioso a crecer y fructificar, sino con el esfuerzo perseverante de la azada, con la vigilancia en la defensa, con el abono estimulante y con la poda benefactora. No me pierdas de vista para que el amor y la gratitud a Dios perduren para siempre en mi memoria frágil. Socórreme a tiempo, para que yo sea útil en el momento oportuno.

Ilustrados con la lección indirecta que se nos administraba, observamos que Margarita, en copioso llanto, prometía todo cuanto le era solicitado.

La dulce charla nos interesaba a todos y, por nuestra voluntad, hubiera sido alargada indefinidamente en el tiempo; sin embargo, Matilde revelaba, ahora, en la mirada, la preocupación de ausentarse.

Dirigió, aún, dulces frases de consuelo a la hija querida, le envolvió en operaciones magnéticas, reajustándole los centros periespirituales cariñosamente, y rogó el auxilio de Eloy, para que la esposa de Gabriel regresase al envoltorio carnal.

Al despedirse, la gran mentora añadió algunas recomendaciones:

–Margarita –dijo, bondadosa–, no te olvides del reino de belleza que puedes improvisar en el hogar.

Huye resuelta de los peligrosos fantasmas del celo y de la discordia. Aprende a renunciar en las cuestiones pequeñas para recoger, con facilidad, la luz que emana del sacrificio. No comprometas, por bagatelas, el éxito

espiritual que la experiencia te puede ofrecer. Estás libre de los males exteriores, pero aún no te liberaste de los propios males. Confía en el poder divino y no desfallezcas, aun cuando la tempestad te azote las fibras más íntimas del corazón.

Madre e hija se dieron un abrazo lleno de indefinible ternura y, encaminándose hacia Gubio, Matilde le explicó, discretamente, el trabajo que había planificado para las horas siguientes, asegurando que nos esperaría en un lugar próximo.

Después, nos agradeció con extrema gentileza, sin darnos oportunidad de expresarle el reconocimiento y el júbilo que poseían nuestra alma.

En seguida se ausentó, restituyendo, naturalmente, a nuestro orientador, las fuerzas que le había tomado con carácter temporal.

Gubio, entonces, tomó de nuevo las riendas del trabajo indicando que, a excepción de cuatro compañeros que montarían guardia fraterna junto al hogar de Gabriel, deberíamos partir, todos, en dirección a los círculos más altos con escala en uno de los "campos de salida" de la esfera carnal.

.

XX - REENCUENTRO

Avanzada la noche, nuestro instructor vagando la mirada en derredor, parecía consultar el paisaje externo ensimismado, pensativo...

Inmediatamente después, miró enternecido a la hija espiritual que había vuelto a un suave y defendido reposo. Oró, largamente, junto a ella, en su cuarto y, enseguida, vino a anunciarnos el instante de la partida.

Como aves volviendo al nido de esperanza y de paz, deberíamos ahora transportar con nosotros, otros pájaros de alas semi-mutiladas, que la

tormenta de las pasiones amenazaban. Todos los corazones que habíamos socorrido allí, encontrarían, junto a nosotros, otros campos de acción regeneradora y redentora.

Aquellas entidades sufridoras y amigas, incluso las que permanecían en las inmediaciones de la locura por los desequilibrios del sentimiento al que se habían confiado, tenían lágrimas de alegría y reconocimiento en los ojos. En cada una palpitaba el anhelo de rectificación y de vida nueva. Por esto mismo, tal vez, fijaban la mirada in-quieta y jubilosa en nuestro orientador, anhelando sus palabras.

Todos los compañeros incorporados a nuestra misión de estos días –decía Gubio, paternal–, siempre que se mantengan perseverantes en el propósito de auto-restauración, seguirán a nuestro lado, con acceso a los círculos de trabajo digno, donde, estudiantes del bien y de la luz recogerán, con simpatía, sus aspiraciones de vida superior. Con todo, espero que no aguarden milagros en la esfera próxima. El trabajo de reajuste propio es un artículo de ley irrevocable, en todos los ángulos del Universo. Nadie suplique proteccionismo que no mereció, ni flores de miel, a las simientes amargas que sembró en otro tiempo. Somos libros vivos de cuanto pensamos y practicamos y los ojos cristalinos de la justicia divina nos leen en todas partes. Si hay un ministerio humano en la corteza de la Tierra, determinando sobre las vidas inferiores del suelo planetario, tenemos, en nuestras líneas de acción, el ministerio de los ángeles dominando en nuestros caminos evolutivos. Nadie traiciona los principios establecidos. Poseemos, ahora, lo que guardamos en el día de ayer y poseeremos, mañana, lo que estemos buscando en el día de hoy. Y como enmendar es siempre más difícil que hacer, no podemos contar con el favoritismo en la obra laboriosa del perfeccionamiento individual, ni pedir una solución pacífica e inmediata para problemas que gastamos largos años en entretejer. La oración ayuda, la esperanza consuela, la fe sustenta, el entusiasmo revigoriza, el ideal ilumina, pero el esfuerzo propio en la dirección del bien es el alma de la realización esperada. En razón de eso, aun aquí, la bendición del minuto, la dádiva de la hora y el tesoro de las oportunidades de cada día, han de ser convenientemente aprovechados, si pretendemos esa noble ascensión. Felicidad, paz, alegría, no se improvisan. Representan conquistas del alma en el servicio incesante de renovarse para la ejecución de los designios divinos. Felizmente, desde ahora, estamos protegidos en el santuario de la buena voluntad y aun en este instante, nos cabe no olvidar la promesa evangélica: “quien persevere hasta el fin, será salvo”. La gracia celestial, sin duda, es un

sol permanente y sublime. Sin embargo, es necesaria la creación de cualidades superiores en nosotros para que sus rayos nos sean provechosos.

En la pausa que siguió, observamos el júbilo reinante.

Un saludable optimismo emanaba de todos los rostros. Saldaña, con los ojos fijos en nuestro dirigente, destacaba por su llanto de contrición purificadora, corriéndole abundante por sus ojos.

Antes que nuestro instructor pudiese tomar de nuevo el hilo de la palabra reforzadora y vigilante, algunas hermanas entonaron un hermoso himno de alabanza a la bondad de Cristo con visible serenidad en la mirada firme, antes ansiosa y dolorida, llenándonos el corazón de un intraducible bienestar.

Rayos de zafirina luz se derramaron profusamente sobre nosotros, mientras las voces armoniosas y sencillas se esparcían alrededor, tañéndonos las fibras más recónditas en lo íntimo del ser.

Terminado el cántico melodioso que nos recordaba los pensamientos sublimes del inolvidable Salmo de David, el instructor tomó nuevamente la palabra e informó que, no obstante las alegrías de aquella hora, la batalla no estaba terminada.

Nos faltaba el epílogo, aclaró con inflexión más grave en la voz.

Matilde se había ido antes para esperarnos en la región intermedia en cuyo clima vibratorio le sería posible materializarse, de nuevo, a los ojos de todos, realizando el soñado reencuentro espiritual con el hijo de otras eras que en poco tiempo nos buscaría en la condición de vengador.

Evidenciando una gran preocupación en su mirada, nuestro orientador prosiguió diciendo que Gregorio, consciente de las novedades habidas en el drama de Margarita e, informado acerca de la renovación de muchos de sus

compañeros y colaboradores, ahora francamente inclinados al bien, aburridos de la ignorancia y del odio, de la perversidad y de la insensatez, se dirigiría contra él, Gubio, disponiéndose a buscarle para un ajuste de cuentas en el que se juzgaba acreedor. Explicó, emocionado, que en un duelo espiritual como aquel que iba a mantener, esperaba, de todos nosotros, el auxilio eficiente de la oración, y de las emisiones mentales de amor puro. No deberíamos recibir los denuestos e insultos de Gregorio, como ofensas personales, ni llevar sus actitudes a la cuenta de la maldad o de la grosería. Nos competía observarle, en los gestos de incomprensión, el dolor que endurece el espíritu oprimido e inconforme, viendo en sus palabras, no la maldad deliberada sino la eclosión de una revuelta enfermiza e infeliz, que no podría perjudicar y herir, sino a él mismo. El pensamiento es una fuerza vigorosa que rige los mínimos impulsos del alma y, si nos entregásemos a la reacción espiritual, armada de odio o desarmonía, pactaríamos con la violencia, impidiendo no sólo la manifestación providencial de Matilde, la benefactora, sino también la renovación de Gregorio que guardaba la inteligencia centralizada en el mal. Emisiones de amargura o de represalia nos colocarían en trabajo contraproducente. Las vibraciones de amor fraterno, como las que Cristo nos legó, son las verdaderas energías disolventes de la venganza, de la persecución, de la indisciplina, de la vanidad y del egoísmo que atormentan la experiencia humana. Más allá de eso, nos correspondía considerar que aquella mente desviada del camino divino se caracterizaba mucho más por la molestia del orgullo herido e impenitente, que por la perversidad. Gregorio era tan solo un infeliz, como nosotros mismos, en un pasado próximo o remoto, estimulado por rebeliones y remordimientos interiores que desajustaban sus sentimientos. Merecía por esto mismo, nuestra dedicación cariñosa y confortante, incluso si nos visitase con apariencias de perverso o de loco, nuestra conducta debía regirse por las lecciones que Cristo había dado, trabajando en beneficio de todos y padeciendo el sólo en la cruz.

También nos comentó que el sacerdote de las sombras se haría acompañar de muchos compañeros tan envenenados mentalmente como él y que contra ese equipo de criaturas enemigas de la luz, nos correspondía formar un todo de defensa armónica a través de la fraternidad legítima, de la oración intercesora y del amor espiritual que se compadece y actúa en favor de la restauración del bien.

En la pausa que siguió, Saldaña preguntó a nuestro mentor si no debíamos organizar, por lo menos, un movimiento coordinado de repulsión

enérgica a lo que el dirigente sabio y amigo respondió sonriendo:

–Saldaña, en compañía del Maestro que abrazamos, solo hay lugar para el trabajo saludable entendiendo las lecciones de sacrificio e iluminación que nos dejó. No creas que un golpe pueda desaparecer con otro golpe. No se cura la herida profundizando el surco de la carne que sangra. La cicatriz bendita surge siempre a costa de enfermedades, remedio o rectificación, con ascendientes de amor. Quien pretende el Reinado de Cristo se entrega a Él. Somos siervos. La defensa, cualquiera que sea, pertenece al Señor.

El ex-perseguidor se calló, humilde.

Transcurridos algunos minutos, nos alejamos en bloque de la vivienda en la que tantas enseñanzas preciosas habíamos recibido.

Amparados los más enfermos en aquellos que se mostraban más fuertes, nos retiramos, cautelosos, encaminándonos a la zona preestablecida.

Dos horas de jornada, bajo la supervisión de Gubio, perfectamente entrenado en experiencias de aquella naturaleza, nos condujeron al sitio deseado.

El campo, alrededor, era singularmente bello.

Una verde meseta, coronada de luna, nos invitaba a la meditación y a la oración y la brisa ligera y fresca de la madrugada, nos acariciaba el cerebro confortándonos las fuentes del pensamiento.

Nuestro instructor nos hizo sentar en semicírculo, tal como en las escenas evangélicas e informó, con visible emoción que, según un mensaje particular recibido por él, Gregorio y los suyos ya se habían puesto en nuestra persecución y que, si algunos de los compañeros buscasen evitar su presencia, cualquier fuga, en nuestro grupo se hacía impracticable, dado que,

un elevado porcentaje de peregrinos reunidos allí, se revelaban incapaces del vuelo por la densidad del patrón mental en el que se mantenían.

Ahora nos correspondía, pues, la actitud de oración y expectativa amorosa de quien sabe comprender, ayudar y perdonar.

Del cielo estrellado descendían valiosos estímulos para nosotros.

Las constelaciones centellaban distantes mientras la Luna, silenciosa y bella, parecía dispuesta a testimoniarnos el esfuerzo cristiano.

Observé que nuestro dirigente, aislado en el césped suave, asumía la misma posición de instrumento mediúmnico, como había sucedido en la reunión que acabábamos de tener, por lo que delegó en mí la dirección de la asamblea, lo que acepté con gran preocupación, aunque sin dudar un instante.

Tomada esta medida, Gubio pasó a elevada condición mental, a través de la oración. Le acompañamos, reverentes. No había lugar para conversaciones ajenas al delicado problema de aquella hora.

Nos manteníamos en observación expectante, cuando un ruido lejano nos anunció la llegada de los acontecimientos.

El instructor, aunque palidísimo, dándonos la idea que ya se hallaba en comunicación con entidades superiores e imperceptibles a nuestra mirada, una vez más nos exhortó al silencio, a la paciencia, a la serenidad y a la oración, recomendándonos seguir todos los hechos, sin revueltas, sin amargura, y sin desánimo.

No fue necesario esperar mucho.

Algunos minutos pasaron rápidamente y Gregorio, con algunas decenas de asalaria-dos, surgió en el campo, embistiéndonos con palabras duras y violentas. Los recién llegados aparecieron acompañados de gran número de animales, en su mayoría monstruosos.

En otras circunstancias, sin la bendición del aviso saludable, probablemente nos habríamos desbandado, pero Gubio, cuya superioridad conocíamos por experiencia propia, se mantenía, allí, resuelto e imperturbable, emitiendo ondas de luminosidad intensa, movilizando fuerzas magnéticas imponderables que, dirigidas sobre nosotros, nos suplían de recursos necesarios en tal situación.

Yo, al observar las máscaras siniestras que se acercaban a nosotros, confieso que, nunca antes, sentí tamaña amenaza de miedo y tan profundo contagio de confianza.

El sacerdote de las sombras avanzó hacia nuestro orientador como un general parlamentando en la plaza antes de comenzar la batalla y acusó sin rodeos:

–Miserable hipnotizador de siervos ingenuos ¿dónde están tus armas para el duelo de esta hora? ¡No contento con perjudicar mis proyectos más íntimos, en un problema de orden personal, atrajiste a numerosos colaboradores míos en nombre de un Maestro que no ofreció a los que lo acompañaron, sino sarcasmo, martirio y crucifixión! ¿Crees, acaso, que yo estoy dispuesto a aceptar principios que relajan la dignidad humana? ¿Piensas quizás que me va a fascinar a mí un hechicero de tu ralea? ¡Traidor de la palabra empeñada, desbarataré tus poderes de brujo desconocido! ¡No creo en el amor azucarado que elegiste como señal de lucha! ¡Creo en la fuerza que gobierna la vida y que te pondrá, igualmente, a mis pies!

Observando que nuestro orientador no se levantaba, como si estuviese fundido al suelo, en postración, no obstante, rodeado de intensa luz, el sacerdote de los misterios negros, acariciando el puño de la espada reluciente, dijo airado:

–Cobarde ¿no te levantas para oír la acusación justa y digna? ¿Perdiste, también, el brío, asemejándote a cuantos te antecedieron en el movimiento de humillación que persiste en el mundo, hace casi dos mil años? También, en otra época, creí en la protección celestial, a través de la actividad religiosa, en los ideales en los que hoy te empeñas. Entendí, sin embargo, a tiempo, que el trono divino flota demasiado distante para que nos preocupemos en alcanzarlo. No hay un Dios misericordioso y sí, una causa que dirige. Esa causa es la inteligencia y no el sentimiento. Me situé en esa fuerza poderosa para no zozobrar. ¡El "querer", el "mandar" y el "poder" están en mis manos. Si tu magia prevalece por encima de los principios que consagro y defiendo, ¡acepta el guante que te lanzo a la cara! ¡Combatamos!

Gregorio paseó su mirada por la muda asistencia y exclamó:

–Aquí descansan inermes, a tu lado, mis colaboradores que adormecieron, vergonzosamente, con tu cántico seductor; pero cada uno de ellos pagará, muy caro, su desafección y desobediencia.

Fijó, con más atención, los ojos felinos en la asamblea, pero, excepto yo, que debería permanecer atento a la tarea direccional que me había sido encomendada, nadie osó modificar la actitud de profunda concentración en los propósitos de humildad y amor en que debíamos mantenernos.

Demostrando una gran contrariedad, en vista de los insultos sin respuesta, el temible director de las legiones sombrías se acercó más a nuestro sereno instructor y gritó:

–Te levantaré a golpes, como te mereces.

Pero, antes, que consiguiese unir el intento a la acción, un delicado aparejo luminoso surgió, en lo alto, a la manera de garganta improvisada en fluidos radiantes como las que se forman en las sesiones de voz directa, entre los encarnados y la voz cristalina y tierna de Matilde, resonó por encima de nuestras cabezas, exhortándole con amorosa firmeza:

¡Gregorio, no endurezcas el corazón cuando el Señor te llama de mil formas, al trabajo renovador! ¡Tu largo período de dureza y sequedad está terminado! ¡No intentes nada contra los seguidores de nuestro eterno Padre! ¡La espina hiere mientras el fuego no lo consigue; y la piedra muestra resistencia mientras el hilo de agua no la des-gasta! Para tu alma, hijo mío, finalizó la noche en que tu razón se eclipsó en el mal. La ignorancia puede mucho; no obstante, es simple bagatela cuando la sabiduría esparce sus avisos. ¡No admitas que los monstruos de la magia negra te alimenten el corazón con la felicidad deseable!

El temido perseguidor se mantenía confundido, semi-aterrorizado, mientras que nosotros mismos, los unidos a la misión de Gubio, no conseguíamos disimular la inmensa sorpresa que nos dominaba ante el cuadro imponente e inesperado.

Comprendí que la benefactora se valía de los fluidos vitales de nuestro orientador para expresarse en aquel plano, como lo hiciera horas antes en la residencia de Mar-garita.

El sacerdote extraviado, en un complejo de espanto, rebelión y amargura tenía ahora el aspecto de una fiera enjaulada.

–Crees, por ventura –prosiguió la voz maternal, dulcemente–, ¿qué el amor puede cambiar en el curso del tiempo? ¿Creíste alguna vez, que yo te pudiese olvidar? ¿Olvidaste la imantación de nuestros destinos? Peregriné mi alma a través de mil mundos, pero siempre suspiré por la integración de nuestros espíritus. La luz sublime del amor, que arde en los sentimientos más profundos, puede resplandecer en los precipicios infernales, atrayendo para el Señor aquellos que amamos. ¡Gregorio, resurge!

Y con lágrimas que desarmarían el raciocinio más endurecido, dijo:

–¡Acuérdate! ¿Dejaste que los siglos anulasen los proyectos de amor que trazamos en la Toscana y Lombardía distantes? ¿Olvidaste nuestros votos al pie de los altares humildes y las cruces de piedra que oían nuestras oraciones? ¿No prometimos ambos trabajar en común por la purificación de

los santuarios de Dios en la Tierra? Siempre grande y bello en el combate a la política venal de los hombres, fijaste, en la mente, los desvaríos del orgullo y de la vanidad, adquiridos al contacto de una corona pútrida. Ahogaste ideales preciosos en la corriente de oro mundano y perdiste la visión de los horizontes divinos, sumergiéndote en la sombra de los cálculos por la extensión del imperio de tus caprichos. Adulaste la grandeza de los poderosos del mundo en contra de los humildes, incentivaste la tiranía espiritual, creyéndote poseedor de autoridad infalible y suponías que el cielo, más allá de la muerte, nada más fuese que simple copia de los tribunales y de las cortes de la Tierra. Tremendos desengaños te sor-prendieron al despertar y, aunque humillado y sufriente, coagulaste los pensamientos en el ácido venenoso de la revuelta y elegiste la esclavitud de las inteligencias inferiores, como única posición digna de conquistar. Durante siglos has sido, apenas, rudo opresor para la disciplina de almas criminales y perturbadas que la tumba encontró en la imprudencia y en el vicio. Pero, ¿no te dolerá, hijo mío, la triste condición de genio despreciable? Semejante pregunta no muere sin respuesta. Hablan por ti el inmenso tedio del mal y la profunda soledad interior que, en el presente, invaden tus horas. Aprendiste que los tesoros divinos no reposan en frías arcas de valores monetarios, y sabes, ahora, que Jesús dispone de escaso tiempo para frecuentar basílicas suntuosas, aunque respetables, porque de la oscura senda humana emergen sollozos de peregrinos sin luz y sin hogar, sin abrigo y sin pan...

Se veía que la benefactora, casi asfixiada por la emoción, presentaba enorme dificultad para continuar, pero, después de larga pausa, que nadie osó interrumpir, prosiguió, conmovida:

–¿Cómo pudiste olvidar, por algunos días de autoridad efímera en la Tierra, nuestras redentoras visiones de Cristo angustiado en la cruz? Te has unido a los dragones del mal, al constatar la tiara pasajera no podría aureolar tu cabeza en los dominios de la vida eterna a los que la muerte nos arrebató; pero el Divino Amigo jamás dudó de nuestras promesas de servicio y espera, por nosotros, con la misma abnegación del principio. ¡Vamos! Soy Matilde, alma de tu alma, que un día, te adoptó como hijo querido y a quien amaste como dedicada madre espiritual.

Se calló la voz de la mensajera, impedida por el llanto.

Fue entonces que Gregorio, haciendo cuanto le era posible por mantenerse en pie, gritó como ansioso por huir de sí mismo.

¡No creo! ¡no creo! ¡Estoy solo! me consagré al servicio de las sombras y no tengo otros compromisos.

Se adivinaba dentro de la voz menos altiva, un tono de pavor indescriptible. Parecía dispuesto a la fuga, totalmente transformado. Pero, ante la asamblea extática y silenciosa, se mantenía magnetizado por la palabra de la benefactora que se hacía oír, austera y dulce, bella y terrible, abriendo su conciencia. Dirigió la mirada de león herido a través de todos los ángulos del campo que nos situaba y, sintiéndose en el centro de cuantos asistían, allí, atónitos, a la escena inesperada, exteriorizó en la expresión fisonómica todo el desespero extremo que vagaba en su alma, sacó la espada de la vaina y gritó encolerizado:

–Vine para combatir, no para dialogar. No temo sortilegios, soy un jefe y no puedo perder los minutos con palabras. No admito la presencia de mi madre espiritual de otras eras, conozco las artimañas de los fascinadores y no tengo otra alternativa, sino pelear.

Mirando la delicada forma de luz que fluía en el espacio, exclamó:

–¡Quién quiera que seas! ¡Ángel o demonio, aparece y combate! ¿Aceptas mi desafío? –Sí... –respondió Matilde, con ternura y humildad.

–¡¿Y tu espada?! –gritó Gregorio, jadeando. –La verás, dentro de poco...

Después de algunos momentos de ansiosa expectativa se apagó la garganta luminosa, que brillaba sobre nosotros, pero, leve masa radiante y deforme, surgió, no lejos, a nuestra vista.

Comprendí que la valerosa emisaria se materializaría, allí mismo,

utilizando los fluidos vitales que nuestro orientador le suministraría.

Júbilo y asombro dominaban la asamblea.

En pocos instantes, se levantaba Matilde, a nuestra mirada, con el rostro cubierto por un velo de gasa tenuísima. La túnica blanca y luminiscente, aliada al porte fino y noble, bajo la aureola de zafirina luz de la que se tocaba, recordaba alguna encantada madona de la Edad Media, en repentina aparición.

Se adelantaba, digna y con calma, en dirección al sombrío perseguidor; sin embargo, Gregorio, perturbado e impaciente, la atacó de lejos y empuñó la espada en ristre, exclamando, resuelto:

–¡A las armas! ¡A las armas!...

Matilde se paró, serena y humilde, aunque imponente y bella, con la majestad de una reina coronada de Sol…

Transcurridos algunos instantes ligeros, se movió, nuevamente y, alzando la diestra radiante hasta el corazón, caminó hacia él, afirmando en voz dulce y tierna:

–¡Yo no tengo otra espada sino la del amor con que siempre te amé!

Y, súbitamente, descubrió su semblante revelando su individualidad en un diluvio de intensa luz. Contemplando, entonces, su belleza suave y sublime, bañada de lágrimas y, sintiendo las irradiaciones enternecedoras de los brazos que ahora se le abrían, envolventes y acogedores, Gregorio dejó caer la acerada espada y, de rodillas, se postró gritando:

–¡Madre! ¡Madre! ¡Madre!... Matilde le abrazó y exclamó:

¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Dios te bendiga! ¡Te quiero más que nunca!

Se verificó, allí, en aquel abrazo, un espantoso choque entre la luz y las tinieblas, y las tinieblas no resistieron…

Gregorio, como si hubiese sido sacudido en los escondrijos de su ser, regresó la fragilidad infantil en pleno desmayo de la fuerza que le sustentaba. Finalmente, había iniciado su liberación.

La benefactora extasiada, le recogió, debilitado, en sus brazos, mientras numerosos miembros de la sombría falange huían despavoridos.

Matilde, victoriosa, nos agradeció con palabras que nos hacían vibrar las fibras más recónditas del alma y enseguida confió a nuestros cuidados al hijo vencido, indicando que el abnegado Gubio se encargaría de guardar, por algún tiempo, aquel a quien ella consideraba su divino tesoro.

Después de abrazarnos, generosa, se desmaterializó a nuestro coro de hosanna a fin de seguir, de más lejos, la preparación del futuro glorioso.

Se rehizo nuestro orientador, reintegrándose a nuestro grupo de servicio.

Edificado, feliz, Gubio sustentó a Gregorio inerte en los brazos a la manera del cristiano fiel que se enorgullece de soportar al compañero menos feliz. Oró, cercado de claridad santificante, arrancándonos lágrimas irreprimibles de alegría y reconocimiento y, después, ante la paz que se estableció, triunfante y dichosa, dio por terminada nuestra tarea, disponiéndose a guiar la heterogénea colectividad de nuevos estudiantes del bien, recogidos en los trabajos de salvación de Margarita hasta la importante y bendita colonia de trabajo regenerador.

Llegó para mí, la despedida. Tenía mis ojos húmedos de llanto.

El instructor me abrazó y, reteniéndome junto al corazón, me dijo, bondadoso:

–Jesús te recompense, hijo mío, por el papel que desempeñaste en esta jornada de liberación. Nunca olvides que el amor vence todo odio y que el bien aniquila todo mal.

Quise responder, esclareciendo que, solamente a mí, discípulo inhábil, cabía el deber de gratitud; sin embargo, la emoción me lo impidió.

El orientador, no obstante, leyó en mi mirada los sentimientos más profundos y sonrió, retirándose.

Eloy se alejó en busca de otros sectores.

Y volviendo solo, a mi domicilio espiritual, rogué, llorando:

–¡Maestro de bondad infinita, no me abandones!, ampárame en mi insuficiencia de siervo imperfecto e infiel.

En torno, reinaba un insondable y sublime silencio, pero, mientras el horizonte se teñía de rojo, preludiando la fiesta de la aurora, la estrella matutina brillaba, resplandeciente ante mis ojos, cual celeste respuesta de luz.

F I N